

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

67

**LA HISTORIA
COMO ELEMENTO CREADOR
DE LA CULTURA**



CARACAS / 1985

ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

Director de la Academia Nacional de la Historia

Carlos Felice Cardot

Comisión Editora:

Blas Bruni Celli

Guillermo Morón

Mario Briceño Perozo

Oscar Beaujón

Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:

Guillermo Morón

**LA HISTORIA
COMO ELEMENTO CREADOR
DE LA CULTURA**

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

67

**LA HISTORIA
COMO ELEMENTO CREADOR
DE LA CULTURA**



CARACAS / 1985

ESTUDIOS, MONOGRAFIAS Y ENSAYOS

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1985
Impreso en Venezuela por Italgráfica, S.R.L.
ISBN 980-222-017-5

PRESENTACION

POR

GUILLERMO MORON

SOBRE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

1

Desde luego historia es, en primer lugar, investigar. Pero se ha de tener en cuenta que historiar, escribir historia, no tiene sentido unívoco. La investigación que realiza el historiador no es la previa al acto de escribir. Esa investigación, imprescindible, es una operación de carácter técnico: se ordenan los datos, se cotejan las fuentes, se relacionan las fichas, se computariza la cronología y todo lo demás. La historia adquiere su profunda dimensión sólo cuando se escribe, allí donde la escritura basada en la investigación previa se convierte en una actividad creadora, se escribe y se investiga al mismo tiempo, cada palabra, cada frase, cada oración, cada página es la investigación final. Siempre será posible contar los nombres de los historiadores de una cultura; pero sólo algunos de ellos se tendrán como historiadores en el sentido verdadero de investigadores: aquellos que terminan la tarea de creación en un libro o en muchos libros. Mario Briceño Iragorry no habría escrito ensayos sin esta dimensión de historiador.

2

Así, pues, Mario Briceño Iragorry es historiador. Reune en sus obras las condiciones desde antiguo establecidas para este género de escritura: sabe investigar y sabe escribir. Las dos funciones en una sola capacidad. El investigador de historia escribe sobre las realidades y restablece, o establece por primera vez la reali-

dad verdadera, la realidad real, aunque los lectores, los actores, los contemporáneos o los posteriores difieran sobre esa realidad real. Para ser tal historiador Mario Briceño Iragorry no habría necesitado pertenecer a la Academia Nacional de la Historia. Pero fue su Individuo de Número, elegido el 22 de junio de 1929 e incorporado el 25 de enero de 1930. Actuó dentro de la Institución: Secretario en los períodos 1943-1945 y 1947-1949. Pero sobre todo actuó con la palabra, excelente conversador, y con la presencia que la Institución recuerda continuamente con añoranza: un caballero de antigua estirpe, identificado con las noblezas del pueblo, exaltado por las tradiciones de la cultura, entrañablemente apegado al idioma de la identidad.

3

El Caballo de Ledesma (1942) es el primer libro que los estudiantes de mi tiempo leyeron en voz alta, esto es con alegre admiración. Allí comenzó, para este tiempo, la clara convicción de pertenencia a la estirpe antigua, al único pueblo venezolano conocido como tal pueblo venezolano, los ya quinientos años de esta historia, distinta a las otras historias que confluyen en nuestra historia, pero que no son nuestra historia. Por ese hilo de ferviente construcción, de acercamiento a la heredad, de reconocimiento de nuestro destino vienen todos los demás libros, monografías, ensayos, reflexiones, defensas, llámense *Mensaje sin Destino* (1934, 1950), *La Historia como elemento de Creación* (1942), *Casa León y su tiempo* (1954), *Patria Arriba*, *Tapices de Historia Patria*. Todo el inmenso esfuerzo intelectual de este gran escritor es una labranza sobre la heredad venezolana, sobre la identidad del pueblo venezolano, sobre los valores de nuestra historia venezolana.

4

Mario Briceño Iragorry (Trujillo 15 de septiembre de 1897 - Caracas 6 de junio de 1958) es ya un clásico de nuestra literatura, de la venezolana, de la hispanoamericana, de la lengua. Ha cum-

plido ya parte de la condición para que un verdadero escritor se convierta en clásico: 27 años de muerto que son, para la obra y para el nombre imperecedero, 27 años de sobrevida. Cuando haya caído el tiempo y ningún venezolano recuerde su timbre de voz, sus ásperas cejas, su entonada presencia, su rotunda palabra, este historiador seguirá vivo. La Academia Nacional de la Historia publica este volumen para rendir homenaje a su memoria. Cualquier oportunidad habría sido buena. Los tres títulos seleccionados se cobijan bajo una denominación común (*La Historia como elemento creador de la Cultura*) para ratificar la convicción de que toda la escritura de Briceño Iragorry está conformada por la pasión de investigar el sentido de la cultura que es lo mismo que el sentido de toda la historia venezolana. La Academia publica dos estudios sobre nuestro escritor, uno de Ramón J. Velásquez y otro del entrañable y legendario amigo, nuestro y de don Mario, Don Joaquín Gabaldón Márquez (1906 - 1984), quien seleccionó los títulos, aprobados por los sucesores representados por Beatriz Briceño Picón, escritora hija del escritor.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

POR

RAMON J. VELASQUEZ

En las evocaciones de la Mérida de sus días estudiantiles, Mariano Picón Salas siempre recordaba el papel de agitador cultural que representó Diego Carbonell, desde el rectorado de la Universidad. Con Carbonell llegaron a la ciudad andina, las noticias de todas las revoluciones culturales, políticas y científicas ocurridas en el mundo y el médico e historiador oriental se convirtió en un predicador de la buena nueva de la reforma universitaria y en estimulador de audacias juveniles, en adversario del viejo estilo retórico de los letrados merideños y en el hombre que abría las puertas a todos los interrogantes que destruían la vieja fe. En el mundo de sus contemporáneos tres eran los nombres preferidos en el recuerdo de Mariano: Tulio Gonzalo Salas, la extraordinaria voz lírica perdida en el amanecer; Alberto Adriani, el joven que leía en otros idiomas textos de geografía y de historia y de ciencias sociales, muchos de ellos prohibidos y en el índice el Arzobispo Silva y Mario Briceño Iragorry, el cabecilla de la rebeldía, el joven iconoclasta que cuestionaba verdades consagradas como dogmas en la más organizada, tradicional y jerárquica sociedad de la provincia venezolana como era la merideña. Que Mario Briceño Iragorry, el joven estudiante trujillano, buen jinete y mejor conversador planteara ante tímidos auditorios sus dudas y analizara y desmenuzara los valores consagrados por la rutina y planteara insólitos enjuiciamientos sobre la sociedad y su destino tenía que provocar sorpresa, protestas y silencios hostiles. No en balde quería curar la parálisis del pensamiento científico. Invitar a pensar, a contrastar ideas, a revisar sistemas no son actitudes que se pueden asumir, sin pagar las consecuencias. Estaba presente en estos primeros pasos

del joven universitario Mario Briceño Iragorry una posición ante la vida que lo acompañó hasta la hora de su muerte. El examen de conciencia, el reclamo de conducta a quienes desempeñan el papel directivo en las sociedades y su autoconfesión. La confesión en voz alta de quien creía débil frente a los deberes superiores que, en su concepto, le imponía su misma condición de pensador y dirigente de una comunidad.

Tapices para una sala desnuda

Briceño Iragorry, al igual que Caracciolo Parra León, Alberto Adriani, Tulio Gonzalo Salas, lograron en sus días de estudiantes merideños, la mejor formación humanística que Venezuela en aquellos años de aislamiento y pobreza, podía entregar en las aulas universitarias. Completaban así la sólida formación lograda en aquellos famosos colegios de provincia en donde el papel del estudiante era estudiar y el del profesor, enseñar.

En ese final de la década de los años diez de este siglo, Mérida ciudad para el estudio, la meditación y el diálogo ofreció a esa generación un mirador que por una parte oteaba los panoramas del mundo clásico y por el otro abría los caminos del conocimiento de las nuevas tesis sociales y científicas. Esta circunstancia dotará a Briceño Iragorry, de los fundamentos indispensables para cumplir la tarea que con la publicación de "Lecturas Venezolanas" empieza a cumplir en el ámbito nacional a partir de 1926.

Por otra parte, la circunstancia de pertenecer Briceño Iragorry a una sociedad como la andina, de tradiciones tan vivas y de historia y de historias tan ricas y formar parte de los núcleos sociales directivos de Trujillo y de Mérida, regiones tan cercanas y tan distintas en la estructuración social de sus comunidades, lo llevará a tener en todas las etapas de su vasta obra, un novedoso sentido regional, nacional y nacionalista de su papel de historiador.

En 1932, en la Universidad de Caracas, Parra León y Briceño Iragorry se proponen iniciar un ambicioso cambio en la orientación de la casa de estudios. La universidad se había con-

vertido en una escuela menor en donde la rutina ahogaba la curiosidad intelectual y científica de los estudiantes. La memorización, en un instituto sin bibliotecas, ni laboratorios señalaba la crisis de nuestra educación superior, unidos estos hechos a la ausencia de toda filosofía, de todo rumbo ético, de toda noción de los valores históricos del país.

Este es el momento en que Parra León y Briceño Iragorry propone la creación de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad. Era un intento audaz, cualquiera que fuera el signo de esas ideas. Porque como antes señalamos, Venezuela padecía una parálisis cultural que la colocaba décadas atrás del progreso que naciones vecinas habían logrado en la formación académica de sus nuevas clases dirigentes.

¿Qué es Venezuela?, ¿qué somos los venezolanos?, ¿por qué ha estado Venezuela atada a un destino trágico?, ¿cuál es el camino del cambio?, eran las preguntas que en un medio universitario tan estrechamente vigilado y ante un país atemorizado pretendían analizar y responder desde la nueva Escuela, Parra León y Briceño Iragorry.

A Briceño Iragorry preocupaba la pérdida del sentido histórico que se observaba en la comunidad venezolana. Y lo achacaba a la manera como se estaba contando la historia en escuelas y liceos y de la forma como oradores y letrados presentaban el proceso nacional a estudiosos y curiosos. La tarea de investigación realizada en décadas anteriores por Angel César Rivas, Laureano Vallenilla Lanz, César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya, Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas se había perdido. Ahora se quería enseñar a las nuevas generaciones que Venezuela había nacido del seno de la oscuridad, el 19 de abril de 1810. Se pretendía borrar el proceso de formación de una sociedad, los trescientos años de gestación y crecimiento de la conciencia nacional, la tradición cultural, religiosa y económica de sus regiones para colocar ante las nuevas generaciones, una sociedad sin raíces y unos héroes letrados y militares, ideólogos y caudillos cuya formación había sido la obra de la iluminación de un día de abril de 1810 y producto exclusivo de las noticias revolucionarias llegadas de América del Norte y de Francia. En este plano se desconocían las propias advertencias del Libertador cuando obser-

vaba que nuestras sociedades hispanoamericanas para el momento de la independencia eran viejas en usos civiles y la muy trágica de que habíamos perdido todo lo alcanzado en la larga gestación colonial a cambio, únicamente, de la independencia.

Al iniciar sus clases sobre Historia Nacional en la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Caracas utiliza un método novedoso. En las paredes desnudas de la sala de clases va a colgar unos tapices. Parecidos a los murales de Diego Rivera, pues está dispuesto a cumplir un reclamo que desde La Rotunda hizo José Rafael Pocaterra a finales del año 21: escribir la historia del pueblo venezolano. No habrá héroes epónimos en sus catorce tapices, o mejor los héroes epónimos son parte de los grupos que forman el motivo central de sus pinturas. Para Briceño Iragorry la historia que elimina a la sociedad para relatar en forma avasallante la vida de un caudillo tras el cual marchan silenciosas, sumisas, las masas es uno de los factores que han estimulado en Venezuela, la tesis cesarista y las corrientes dictatoriales.

Briceño Iragorry va contando a los universitarios cómo se dilataron las fronteras de la patria, pues es tal la ignorancia que es común la creencia de que desde la hora del descubrimiento y conquista, Venezuela ha tenido las mismas dimensiones. Analiza la participación de indios y negros en la formación del nuevo país; señala la presencia del criollo y el desarrollo del sentimiento de autonomía; se detiene en el análisis del proceso que convierte la lucha de clases sociales en lucha por la nacionalidad; valora la participación de la iglesia en la formación del medio social y de qué manera los corsarios contribuyeron indirectamente a la formación del espíritu de la nacionalidad; y defiende la preeminencia de los argumentos propios en la lucha por la libertad e independencia.

Con sus tapices, Briceño Iragorry se propone reconstruir el mosaico roto, juntar las partes del rompecabezas histórico venezolano. ¿Dónde se formaron los autores del prodigioso episodio de la independencia?, se pregunta Briceño Iragorry. E invita a detenernos en los finales del siglo XVIII venezolano y a estudiar los orígenes y formación de la pléyade de personalidades que se disponen a ser los protagonistas de la obra de la emancipación

continental: Miranda, Bello, Simón Rodríguez, Roscio, José Luis Ramos, Cristóbal Mendoza, Francisco Espejo, Fernando Peñalver, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga, Pedro Gual, Mariano de Talavera y Garcés, Miguel José Sanz, Manuel García de Sena. Reclama Briceño Iragorrry atención a este hecho para afirmar “que en Venezuela se había vivido un proceso de perfeccionamiento, una evolución perfectiva, en el transcurso del siglo XVIII para que en su extremo postrero encontremos una ciudadanía de tan excepcional calidad humana”.

Desde estos Tapices leídos en la cátedra el año 1932 y publicados dos años más tarde hasta sus obras de los años 50, el tema es el mismo: el proceso histórico venezolano, la historia de la sociedad venezolana, la historia del hombre venezolano, la historia de las regiones, la historia de la crisis de la sociedad venezolana. Augusto Mijares anota a este respecto “que un hombre del talento de Mario Briceño Iragorrry, de sus condiciones y del espíritu que en otros aspectos manifestó, prefirió servir a Venezuela dedicándose casi exclusivamente a los temas nacionales, renunciando de manera voluntaria a la gloria y al éxito que le habrían podido haber dado otros temas y que en escritores latinoamericanos de menos valía que él, les ha dado altísima categoría”.

Mario Briceño Iragorrry no escribía la historia de los jefes insignes, patricios o guerreros, pero se decide a construir en una sucesión de obras admirables, una tipología histórica venezolana que comienza con Alonso Andrea de Ledezma y remata con Los Riberas.

En Alonso Andrea de Ledezma, en el Regente Heredia y en Fernando Peñalver exalta las virtudes que constituyen la garantía de la vida democrática y de la conciencia nacional, que son ejemplo de la entrega sin condiciones al servicio de la República. Son las virtudes diarias, aquellas que debe conservar y exaltar el venezolano para garantizarse una vida de dignidad y a su patria, una barrera moral, de defensa frente a las arremetidas de todos los conquistadores.

Del fondo de la historia, resucita a Andrea de Ledezma, pero no para contar su vida de hazañas sino para recordar a sucesivas generaciones el deber de pensar libremente hasta quedar en absoluta soledad y señalar en el gesto final del hidalgo frente

al corsario invasor, el deber indeclinable de defender la dignidad de la patria. Es un mandato para todos y cada uno de los venezolanos, una hazaña de soledad, pero que sumadas todas las soledades forman el ejército invencible de la dignidad de un pueblo.

“El Regente Heredia”, publicado en hora singular de la vida venezolana cuando parecía que las cataratas del odio habían vuelto a desatarse sobre Venezuela, es una invitación al ejercicio de la justicia. Es la hazaña del juez frente al terror de las furias desatadas, el valor que no tiene cantores, la defensa del enemigo, el llamamiento a la concordia y a la convivencia.

Este libro sobre el Regente y su ensayo sobre Fernando Peñalver son dos obras que reflejan la tragedia venezolana, la soledad de los justos, el valor de quienes no alardean de valentía pero tienen que renovar cada día su fe en la justicia y en la moral para desafiar las amenazas que lo rodean. Fernando Peñalver, es Mario Briceño Iragorry, José Gil Fortoul, Jesús Muñoz Tébar, Eduardo Calcaño y toda esa ilustre teoría de venezolanos que quieren servir a Venezuela, que sirven a Venezuela y tienen que correr las contingencias de situaciones políticas que no han creado y sobre las cuales no tienen poder de decisión. Es el Marcos Roger de la novela de Gallegos.

En “El Marqués de Casa León” realiza Briceño Iragorry, por vez primera en nuestro país, la biografía de una clase social. La biografía de un grupo, la de una oligarquía untuosa, suntuosa, gelatinosa, pegajosa, cuyo símbolo eterno es Casa León. La desmemoriada oligarquía que adula y traiciona a Bolívar, que adula y traiciona a Páez y a Monagas, que desconoce a uno de los de su clase, en las revueltas del 78 y del 89; la que rodea de doncellas, cortesanas y celestinas a Cipriano Castro; de la que huye Juan Vicente Gómez encerrándose en su fortaleza de Maracay. Y que se mimetiza y maneja con increíble destreza todo el cordaje del diapasón político. Briceño Iragorry considera que Casa León como grupo “destruye todo ideal de justicia, así ande envuelto en títulos de aparente honorabilidad y gravedad jurídica”.

“Los Riberas”, remate de la serie de esta tipología es al mismo tiempo un excelente y galdosiano conjunto de episodios

nacionales. Es otro mundo venezolano, el de la política palaciega, que puede ser democrática al mismo tiempo, el gran mural de esa fauna política pintada en tiempos del liberalismo amarillo por la mano maestra del costumbrista y político Francisco Tosta García y colocada en los escenarios de nuestro siglo xx por Mario Briceño Iragorry. El historiador y crítico literario Ramón Díaz Sánchez consideró a “Los Riberas” como una “novela histórica” al mismo tiempo que un original ensayo de interpretación del problema de la moral política en la Venezuela de los años veinte. Destaca Díaz Sánchez el interés permanente del autor de “Los Riberas” en señalar en los personajes de su novela la dimensión ética de sus pasos y afirmaciones y deja constancia de su preocupación al observar que el comportamiento de muchos de los actores del drama pintado en “Los Riberas” de aparente defensa frente a los métodos de terror que utilizaba la dictadura se ha prolongado y se multiplica en muchos sectores de la vida democrática, cuando ninguna razón de atropello, temor o necesidad, lo justifica.

Un paréntesis personal

Conocí a Briceño Iragorry, una tarde de 1935 cuando el historiador y literato presidía un jurado examinador en el Liceo “Andrés Bello” y yo era un examinando. La materia: Historia de la Literatura Universal. Los compañeros del jurado: Julio Planchart y Alberto Arvelo Torrealba. Diserté sobre Quevedo y luego sobre Montalvo. Al final, me preguntó si yo era hijo del periodista del Táchira, compañero de Carlos Rangel Lamus. Empezó nuestro diálogo que terminó en los días finales de su vida. Me permitió que lo acompañara en su caminata hasta la esquina de Camejo, en donde funcionaba la Editorial de los Parra León. Me regaló la primera edición de “Tapices” que me dedicó con su hermosa letra. Desde ese día frecuenté su amistad, pues siempre quería oírlo, unas veces en el Archivo Nacional, otras en la Academia, en el Congreso, en la Plaza Bolívar. Era una cátedra que no cesaba, una invitación a ver las cosas de otra manera, un constante examinar, en alta voz, su conducta para encontrarse imperfecto y llamarse a la reflexión.

En los años 1942, 1943, 1944, ejercía yo tareas de redactor político en un diario caraqueño y Mario Briceño Iragorry era figura destacada en el gobierno de Isaías Medina Angarita y dirigente nacional del partido de gobierno. Los contactos entre el periodista y el político fueron constantes, encaminados en su mayor parte a someter al político a largos interrogatorios acerca de la actualidad nacional y a lograr definiciones sobre el rumbo del novedoso experimento de crear un partido político, democrático y moderno, desde las alturas de un poder que había tenido su origen histórico en el triunfo de una revolución, a comienzos del siglo. Bajo el gobierno de Medina Angarita se habían acentuado los signos civilistas del viejo régimen y se había avanzado mucho en el camino de las grandes rectificaciones iniciado por el Presidente López Contreras. Considero que a la distancia histórica que ya brindan los lustros recorridos desde entonces y los grandes cambios operados en la vida venezolana, debe analizarse el gobierno de Medina Angarita, desde el punto de vista del comportamiento ético y de la personalidad intelectual de la mayoría determinante de los principales dirigentes.

Por primera vez en la historia de Venezuela, se congregaba en el seno de un gobierno liberal, respetuoso de la dignidad humana, prácticamente de las normas democráticas, comprometido en grandes reformas sociales, número tal de escritores, profesores universitarios, periodistas, científicos, artistas, juristas y hombres de empresa, provenientes muchos de ellos, de las filas de la más auténtica oposición antigomecista, procedentes otros de las filas del marxismo y representativos todos, del nuevo país que acababa de nacer. Juan Vicente Gómez había contado con la presencia en sus cuadros de gobierno y con la colaboración constante de los más brillantes representantes de la generación positivista, pero esa figuración estaba condicionada al silencio cívico y a la ceguera y sordera frente al drama nacional. En cambio, en los días de Medina Angarita, el debate político era el pan de cada día y los actos de los gobernantes estaban sometidos al bistruf de una oposición menos extensa que la de las últimas décadas, pero más vigorosa, en ocasiones implacables. Entre el de otros actores fundamentales de aquellas jornadas quiero recordar los nombres de Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Iragorry, Mariano Picón Salas, Ramón Díaz Sánchez, Augusto Mijares, Rafael

Pizani, Rafael Vegas, Enrique Tejera, Pastor Oropeza, Numa Quevedo, Julio Díez, Gustavo Herrera, Rodolfo Rojas, José Rafael Pocaterra, Diógenes Escalante, Luis A. Pietri, Tulio Chiossonne, Joaquín Gabaldón Márquez, Augusto Márquez Cañizales, Carlos Felice Cardot, Manuel Egaña, Vicente Fuentes, Pedro Cruz Bajares, Alirio Ugarte Pelayo, Héctor Cuenca, Alfredo Tarré Murzi, para mencionar algunos de larga lista.

Eran días de paz y libertad, sin prisioneros, ni desterrados. Y nadie advertía cómo iban conjugándose los factores de la crisis nacional de 1945 que al estallar devolvió al país a olvidados días revolucionarios y a una década dictatorial que finalmente habría de dar paso al más largo y estable proceso democrático que conoce nuestra historia. Briceño Iragorry, parlamentario y dirigente de partido se empeñó en abrirle paso en los diarios episodios de la lucha, a su tesis sobre la convivencia como factor fundamental en el propósito de asentar las bases del ejercicio político. Y fomentaba curiosas empresas como el Club de "*Los Xoquetos*", llamado así por el nombre vasco del restaurante en donde semanalmente se congregaban los más calificados representativos del gobierno y de la oposición (Arturo Uslar Pietri y Rómulo Betancourt; Raúl Leoni y Manuel Egaña; Jóvito Villalba y Valmore Rodríguez, etc.), junto con empresarios, periodistas y poetas en el más extraordinario concurso de coexistencia política y de buena voluntad venezolana.

El historiador y ensayista J. M. Siso Martínez, dirigente universitario en aquellos días y adversario político de la administración Medina Angarita recuerda en una página de memorias un episodio ocurrido en Ciudad Bolívar, en los primeros meses del año 45. Ejercía Briceño Iragorry, las funciones de Presidente del Estado Bolívar y a la capital regional llegó Siso Martínez a cumplir tareas de proselitismo y agitación políticas. Se sorprendió el joven dirigente democrático al no encontrar trabas que le impidieran cumplir su misión opositora y cuando invitó a la gente a Ciudad Bolívar a asistir a una conferencia en donde realizaría el análisis crítico del gobierno de Medina Angarita y de las actuaciones del PDV oficialista, vio llegar de los primeros, al Presidente Briceño Iragorry, dispuesto a oír cívica y pacientemente las acusaciones y críticas del joven político e historiador.

Actitud novedosa y pedagógica en una Venezuela acostumbrada a la permanente ruptura de relaciones entre gobierno y oposición.

El derrocamiento del Presidente Medina Angarita, en 1945 determina la sorpresiva liquidación de la empresa política dentro de la cual Briceño Iragorry desempeñaba el papel importante. Para los venezolanos empieza un nuevo tiempo, lleno de sorpresas, amenazas y esperanzas. En menos de un lustro se suceden un gobierno revolucionario, una Asamblea Nacional Constituyente, la elección y el derrocamiento del Presidente Gallegos y el comienzo de una dictadura militar que habría de mantenerse en el poder durante una década.

Presiones internacionales y la necesidad de conjurar intrigas y rivalidades en el seno de la camarilla dominante obligan al gobierno militar a convocar elecciones para el nombramiento de una Asamblea Constituyente, en 1952.

La convocatoria a elecciones y la necesidad de convertir aquel episodio en formal batalla por la conquista de la libertad, lleva a Briceño Iragorry a formar filas en la vanguardia de quienes representan la oposición al régimen dictatorial que pretende realizar unas elecciones amañadas para borrar su pecado original.

Y ante el reto cívico que en 1952 plantean las más dramáticas elecciones celebradas en Venezuela desde 1846, frente al peligro de la prisión, el destierro o la muerte, Briceño Iragorry, sin medir razones de edad, ni la magnitud de los riesgos, se une a quienes luchan por el rescate de la democracia y recorre las provincias invitando a la gente temerosa o indiferente, a unirse en el empeño de lograr la derrota de la dictadura. Y en la noche dramática de la clausura de aquella histórica campaña, pronuncia ante una impresionante multitud, un discurso que era denuncia, balance y proposición. Denuncia del régimen usurpador de la soberanía popular, balance del destino venezolano y programa para los días de retorno a la vida democrática.

El golpe militar del 2 de diciembre de 1952, significa para Mario Briceño Iragorry el camino del destierro a una edad en que muchos cobran el seguro del retiro bien remunerado. Vendrán largos años de lucha bajo la vigilancia de la dictadura que alarga su brazo por sobre el océano, para golpearlo a mansalva.

El destino de un mensaje

La última etapa de la obra de Mario Briceño Iragorry tiene un sentido de mensaje, dramática en su contenido y un tanto pesimista frente a los interrogantes que plantean la conducta de extensos y destacados sectores de la vida venezolana. Mensaje y actitud que son lógica continuación de sus tesis sobre el destino venezolano sostenidas desde la década de los años 30, unas veces en el seno de la Academia, otras en la cátedra o desde las tribunas de la prensa y el parlamento. Ahora y antes el auditorio que busca es el pueblo, la gente del común, sin títulos, ni preeminencias. En su destierro de Madrid, enfrenta los deberes de la lucha inmediata y sus denuncias encuentran tribuna en los grandes diarios latinoamericanos. Pero su tarea fundamental es la batalla por el fortalecimiento de los valores de la identidad nacional y la denuncia de quienes adoptan una posición cómplice de las tácticas imperialistas calificando el nacionalismo como factor de retroceso, alegando que el mundo liquidó tradicionales conceptos. El nacionalismo, replica Briceño Iragorry, no es una categoría opuesta al internacionalismo, sino al imperialismo. Reclama la exaltación de los valores que constituyen la fisonomía de lo venezolano frente a una invasión que ya no necesita de la ocupación militar de los territorios, o que utiliza como avanzada de esa ocupación el inmenso poder de los medios de comunicación social controlados por las grandes centrales multinacionales empeñadas en modelar una humanidad en donde los pueblos pierden su memoria y su rostro históricos para envolverse en un disfraz que constituye el uniforme del ejército universal del consumismo.

A todo lo largo de la década de los años cincuenta, señala Briceño Iragorry las características de la crisis que padecen las naciones latinoamericanas: anulación de los valores éticos sustantivos, ejercicio de un populismo infecundo en sus resultados pero que deteriora el sentido de responsabilidad de las mayorías, la hipertrofia de la presunción y del egoísmo. Repite a grandes voces la advertencia de Uslar Pietri en los días iniciales de 1936 sobre el peligro del mal uso de la inesperada riqueza petrolera y reclama la tarea colectiva de construir un gran país moderno, cada vez más independiente en su economía, riguroso en la justa distribución de la riqueza y en donde grandes objetivos naciona-

les congreguen las voluntades, perdidas hasta el presente en empresas mezquinas.

Cuando se dispuso regresar a Venezuela, en enero de 1958, después de seis años de destierro, escribió, desde Madrid, a Jovito Villalba: "Olvido y perdón pide la sociedad de los hombres. Olvido y perdón que surgen del propio examen que hacemos de nosotros mismos. Lo que Jesús escribió sobre las arenas, sólo lo leyeron la adúltera y sus acusadores. La sentencia escrita de Cristo debió haber sido más dura que las palabras con que desnudó a los presuntos monopolizadores de la virtud, empeñados en lapidar a los pecadores. Buscar cada quien su culpa antes de pedir el castigo de la culpa de otro, es norma que obliga en el orden de la ciudad tanto como en el orden de la teología de la salvación. Sobre esta realidad moral, se hace fácil el camino de la concordia y logra su cumplimiento la convivencia".

Briceño Iragorry fue historiador, pero también actor en fundamentales episodios de nuestra historia. Vida y obra forman unidad armoniosa, sin distancias, ni arreglos para engañar la posteridad. Como venezolano de tiempo no rehuyó responsabilidades, sirvió a la República con gran dignidad y dedicó su capacidad de intelectual a la exaltación de los valores que constituyen la estructura histórica de una nación. Sufrió persecución, destierros y atentados. Era su carta de identidad venezolana. Y dejó una obra inacabada, porque el tiempo que pudo dedicar a la construcción de una monumental interpretación de la historia venezolana tuvo que invertirlo en ganarse decorosamente la vida y dar ejemplo de pulcritud ciudadana y de consecuencia con sus prédicas.

Esa actitud de permanente consecuencia entre los pasos de este hombre y su prédica, el vigor y maestría literaria de sus páginas, la originalidad de sus investigaciones históricas y la anticipada visión de la crisis moral y nacional que confrontamos, explican la vigencia de ese mensaje destinado a la Venezuela permanente.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY*

POR

JOAQUIN GABALDON MARQUEZ

* Discurso en la Universidad Central de Venezuela.

Si esta intervención en recuerdo de Mario Briceño Iragorry, en el Décimo Aniversario de su muerte, fuese —como el otro día, en la inauguración, bajo su nombre, de la Biblioteca de la Escuela de Historia—, un acto casi familiar, realizado, justamente, en la Escuela de Historia, con Mario casi presente físicamente entre nosotros, ello me hubiese sido tal vez extremadamente fácil, como que habría fluído directamente del corazón y del cerebro a la lengua, bien que con la informalidad y el desmañamiento propios de la aparente improvisación. No habría sido sino como el discurrir de una pequeña vida personal —la mía—, al margen de una gran vida y de una gran obra, fluyendo paralela y a veces dialécticamente las dos, tal como fueron, en mucho trecho, aquella grandiosa, y la otra, de la que no habrá motivo alguno de memoria, sino acaso la de haber sido testigo, moral, intelectual y familiar, de la que es objeto de este acto.

Se trata, sin embargo, de que se puso originalmente a estas palabras, en algún papel de trabajo —como se dice ahora—, la denominación de Discurso de Orden, con lo que se me obliga, por respeto académico a evadir lo que habría sido cómoda charla mía, en vez de la necesaria ritualidad rigurosa, para poner siquiera orden formal a lo que no es para mí, ciertamente, sino un rato más del decurso natural de mi propia existencia. Es decir, como que se me compudiese a usar el método histórico, en lugar del método existencial vivo, que hubiese sido mucho más de mi agrado, por lo de la verdad y la veracidad integrales que por tal camino habrían sido tal vez asequibles.

Mi primer contacto con Mario Briceño Iragorry tuvo ocasión hace ya como cuarenta y cinco años. Yo estaba recién llegado a nuestra ciudad de la Paz de Trujillo —para fines de estudios secundarios, comenzados en Barquisimeto—, y venía de la Villa de Boconó, el más lindo aldeaño —sin daño intencional de terceros, y con el Páramo de La Cristalina de por medio—, el más amado aldeaño, digo, de la pequeña urbe capitalina del zanjón de Mucas, fundada por Diego García de Paredes. Había dado mis primeros pequeños pasos, o peninos literarios, en el gratamente recordado semanario de Samuel Barreto Peña. Y de allí que a poco recibo de Caracas una carta firmada por una mano que trazaba caracteres apretados, vigorosos, tirando hacia arriba, como empalizadas o palenques oblicuos, o como flechas listas a perforar el aire para ir a clavarse en el lejano borde de las montañas, o a volar a la par de las nubes pasajeras. Eran la carta y letra de Mario Briceño Iragorry. Yo apenas le conocía de nombre, o le intuía, porque me detenía a veces, goloso —como niño hambriento ante vidrieras de pastelería— frente a la vitrinilla con llave, en la que se alineaban —rigurosamente encerrados— los libros de Mario.

A Mario, repito, apenas le intuía, por lo del apetito propio de los libros prisioneros, o si se quiere —y es más propio—, bajo amorosas y maternales centinelas de vista. Le intuía, también por el retrato que estaba en la sala de la casa, con los bigotes de la época, un tanto mosqueteriles. Con los ojos cargados de pensamiento juvenil y de montañas, o montañesas, cejas y pestañas.

Mi tía María —“una Iragorry”, como se la mencionaba en Trujillo—, era rigurosa, bajo aquella risa jovial y un tanto levemente burlona. Con todo, un día me había atrevido yo a insinuar algo respecto de la pequeña biblioteca encerrada.

—Esos son libros de Mario me dijo—. ¿Quieres algún libro de los de estudiar en el colegio? ¡Esos son los libros de Mario! Tú me respondes por los que necesites. ¿Cuál quieres, ahora? El resultado fue que yo me armé con “Las Razas Humanas”, de Ratzel, bajo la más estricta promesa de devolución y trato cuidadoso.

Mas ahora había llegado una carta de Mario para mí: “Leído tus artículos y tus versos. Tú eres hijo de José, nieto de Don Manuel García Carrasquero, de la descendencia del Doctor Ricardo Labastida. Dile a tu tía María que te preste los tomos de “Juan Cristóbal”, de Romain Rolland . . . y sobre todo . . .” y mencionaba aquella carta que yo cito de escasa memoria, un libro de cierto autor español sobre preceptiva literaria. Hacía mucho hincapié en la lectura cuidadosa de aquel libro español, cuyo autor tenía dos apellidos separados por “i griega” —que nosotros llamamos todavía “y”—, apellidos que no eran ni los de Don Antonio de Balbuena, ni los de Gómez de Herosilla, ni el de Soldevilla o el de Don José de la Revilla. Tampoco eran —estoy seguro de ello— el de Don Patricio de la Escosura, de quien no recuerdo, por lo demás, si escribió alguna vez algún Tratado de Preceptiva Literaria. Hablaba también Mario de “Las Dos Carátulas”, de Paul de Saint-Victor. Allí hube de leerlos por primera vez.

Todo en conjunto, como quien dice: Preparación literaria sólida, raíces clásicas, lectura de Autores Españoles, que ya había sido tan formativa en la mente de Mario mismo; y sobre todo, pero nunca sin lo demás, Romain Rolland que habría de tener una influencia tan decisiva —yo diría definitiva— en la plasmación tan moderna y tan clásica a la vez, tanto que de Mario podríamos decir, en muchos aspectos, *Mario Briceño Irragorry*, nuestro *Romain Rolland*. Hasta en el desarrollo posterior de Mario, en los pasos de su espíritu, en su permanente espiritualidad humana; hasta en el radicalismo final, y perseverancia fonal, llegaron a parecerse. No por nada el primer “periodiúin” —como él dice—, dónde aparecieron sus primeros ensayos, como sería propio llamar a la literatura de la edad adolescente, se había llamado “Ariel” —tan amado de Rolland—. No por nada figuraban entre sus primeros libros los tomos de *Juan Cristóbal*.

Mas cuando ya estaba leyendo, y glosando, y gozando de la alta literatura espiritualista de Romain Rolland —espiritualista, en el mejor sentido de esta voz—, y de Mauricio Maeterlink, subrayaba la necesidad de la formación literaria básica: Historia, preceptiva, clásicos universales. Producto de esta temprana formación esencial fueron las páginas —precoces en su

estructura interna y externa—, a través de cuya lectura —se pregunta si no quería ya Mario aludir aun en la sencillez del título, “Horas”—, a una situación agónica, la misma unamuniana que será en él, después, y siempre, como un módulo trascendental de su existencia. Tal libro —“Horas”— en efecto, libro de juventud —casi adolescencia en sus primeros escritos—, es ya de una refinación del pensamiento y del sentimiento, que trascendían el nivel ordinario de una existencia de veinticuatro años apenas.

No tenemos a la mano, al escribir, ese libro, que consideramos fundamental, sin embargo, para la indagación de su espíritu profundo, que es el que comienza a moldearse a la altitud de la adolescencia en trance de maduración, o ya en los primeros “saltos” o “rápidos” del gran río desbordado de la incipiente juventud.

Nos lo mandó Mario a Trujillo por aquellos años de 1922 o 1923. Había sido publicado en Caracas en 1921. Pero muy bien lo recordamos, no sólo por haberlo releído después sino por la impresión perdurable que nos produjo su primera lectura. Está vivo en nosotros su contenido en la general y en lo diverso de sus páginas. Estudios literarios, precoces discursos académicos pronunciados en Mérida, hasta un ensayo dialogado que podríamos catalogar de drama espiritual. A través de aquellas páginas las figuras perfiladas, un tanto ascéticas —literariamente hablando—, pues que Maeterlink, así lo hemos visto después, era un tanto rozagante y regordete—, las figuras ascéticas de Rolland, de Julio Sardi —“el silencioso Julio Sardi”—, y particularmente la de Amado Nervo, en un estudio sobre el misticismo del poeta mexicano de las “Perlas Negras” y de la “Hermana Agua”. No es importuno, acaso, recordar, en memoria de todos ellos —de Mario mismo, para aquella época— los versos que al autor de *El Diamante de la Inquietud*, dedicara Rubén Darío, no sé si antes o después de haber estado él mismo en la Cartuja:

*Amado es la palabra que en querer se concreta,
Nervo es la resistencia de los nervios al mal,
Fraile de los suspiros, celeste anacoreta,
Que tienen en blancura la azúcar y la sal. . .*

Así mismo se nos figura entonces la figura de Mario, a pesar de los bigotes mosqueteriles que habíamos visto en el retrato de la sala de la casa de Candelaria en Trujillo. Años más tarde —creo que por allá el 25 o 26—, Pío Tamayo, no sé de dónde, y sí sé que en una revista caraqueña, de vida efímera, y cuyo nombre tengo también olvidado ahora, hacía un largo estudio sobre Mario, y le emparentaba, curiosamente, creo que muy razonablemente, con tendencias intelectuales que tenían ya entonces, o entonces todavía, cierta creciente y vigorosa notoriedad. Tales eran las del Mahatma Gandhi y otros pensadores orientales. ¡El nombre de Rabindranath Tagore cruza vagamente por mi memoria en este instante. ¡Ah, malhaya, que no tenga yo ahora aquí, por delante, aquella edición de “Horas”, tal como la tengo bien viva en la memoria! Un formato pequeño y alargado; papel muy delgado y fino, casi transparente, casi como de Biblia; letra muy menuda y con notas mucho más menudas todavía. Recuerdo, inclusive, ¡cosas de los tiempos!, cómo el libro estaba cosido o engrapado en tal forma que no se podía mantener abierto, sino casi a viva fuerza, con las manos bien firmes, para que no se cerrase solo de nuevo, y sin que se pudiese dejar boca arriba sobre la mesa, por la página que se estaba leyendo! Se diría que fuese aquel libro como una de esas frutas que llaman los botánicos “indeshiscentes”, que tienen la semilla bien adherida a la cáscara!

Así mismo era el estilo de aquel libro, tanto desde el punto de vista de las ideas como del de las palabras. Tesitura o textura tramadas de las unas y las otras. Indehiscentes, sí, como las páginas de papel engrapado, cuya condición o virtud contraria, deshiscencia, dicese por los Diccionarios “acción de abrirse naturalmente las anteras de una flor o el pericarpio de una semilla”. Sí, señor. Tal eran el estilo y la sustancia de los pensamientos y de las palabras de Mario en aquel libro. Lo cual denotaba muchas cosas, que yo sólo he venido a saber interpretar muchos años después. Una cultura ya formada de fondo. Los estratos, a pesar de su temprana condensación, bien tramados y entrecruzados los unos con los otros, dándole fuerza y consistencia al entero fruto. Sólida también la almendra, dentro del endocarpio profundo. Mas no desabrida ni amarga, si bien con un punto de este último sabor, para templar la dulzura.

Pero tales conceptos es mejor expresarlos mediante la traslación inversa a la verdad íntima que encierra la metáfora vegetal. La semilla, para germinar ahí mismo, el polen, para volar mucho más lejos, son, en efecto, como el alma, como las ideas del hombre, tanto más cuando se trata de algún caso de la formación o de la germinación culturales. El hombre son sus ideas en el cerebro y sus sentimientos en el corazón. Fuertes y duras son sus envolturas externas. Difíciles de descubrir. Más tiernas y dulces —de suavidad y de dulzura profundas—, cuando la sustancia matriz que las constituye son de la pureza, o de la frescura, o de la dulzura originales de que se han formado. Lo mismo de que hablaba Shakespeare con una metáfora distinta. La dulce leche de la bondad humana. *The sweet milk of human kindnes*. De eso era lo que estaban formadas las ideas y los sentimientos de Mario. Dentro de aquella cáscara dura y apretada, unas y otros correspondían ciertamente, en lo más hondo, a la condición de los elementos constitucionales, originales, y al acendramiento cultural —no de simple instrucción, como se suele confundir tales valores—, sino de formación nativa, de familia, de pueblo, de raza misma, y con todo ello esa cultura esencial que es la educación propiamente dicha, a más de la recepción y asimilación de noticias, de hábitos, de actitudes, de modales, a lo largo de la niñez, de la adolescencia, de la juventud, y que aún son susceptibles de fortalecimiento a través de la madurez, y que en Mario ¡Hélas!, no tuvieron la oportunidad de llegar más allá de la altura de los sesenta años, cuando estaba apenas en el límite formal de la vejez, a las puertas no más de aquella culminación goethiana de la ancianidad inmarcesible que suele coronar algunas vidas espléndidas!

La cultura de Mario no fue, en efecto, puramente libresca. A la imprenta grabada en su espíritu por la imagen de su padre —de quien dice, literalmente, entre paréntesis: “¡Y qué gran señor era mi padre”!— hubo de añadirse, o de sustituirse, por la temprana desaparición de Don Jesús Briceño Valero, la influencia decisiva de “María Iragorry”. Así se la llamaba como por antonomasia en Trujillo, tanto que Mario hubo de poner a su propia hija —primera entre las hijas—, como por nombre de pila, o de santo, o santa, el nombre de “María Iragorry”. Más tarde, mucho más tarde, cuando Mario escribía sobre los nom-

bres trujillanos de la nativa ciudad de Trujillo, y la llamaba —conforme a un clásico decir cordillerano—, “La Ciudad de María Santísima”, quién nos quita de la mente que no estaba él, quisiéramo o no, con plenitud de conciencia verbal, si no estaba pensando, más que en cualquier otra ciudad o persona, en la persona, o en la ciudad de María Irigorry. Ella, en efecto, dice Mario, “me enseñó a amar la vida y a buscar como finalidad de las acciones humanas algo más que la satisfacción de un lucro material”. “Tengo —dijo, refiriéndose al idealismo de que le motejaban algunos amigos o amiga—, que debo ese idealismo a que mi madre me enseñó a soñar desde muy niño. Como soy de buena memoria recuerdo que ella me explicaba el lento vuelo de las nubes. Más tarde nos habló de que el hombre vale por los actos y no por la monta de sus bienes”. Otras frases, otros recuerdos, inciden con tierna vehemencia en el espíritu de Mario, como para mostrar con orgullo ciertas circunstancias vitales que le hicieron, más de una vez, doler el alma misma.

Si yo continuara describiendo el proceso formativo de Mario Briceño Irigorry, hoy, dentro de un mundo áspero y complejamente multitudinario preñado de lo que a veces nos parecen enigmas indescifrables o bien claras, si bien torbellinescas incógnitas, si yo continuase, dijo, por ese camino, acaso alguien me motejaría, no sé, si con razón o sin ella, de lo mismo que motejaban a Mario entonces. Me motejarían, tal vez, también, de líricas interpretaciones retrospectivas, o de ingenuo asentimiento a afirmaciones de Mario, emitidas en momentos de líricas o sublimadas recordaciones. Mas sucede que la vida posterior suya y su perseverancia final —con todo lo que tiene de saltos y sobresaltos una vida intensamente vivida—, confirman los pronósticos que pudo haberse hecho tempranamente a los diagnósticos que pudieran haber sido sugeridos después, durante aquella vida de tan profundas incidencias reales y de tal pensamiento constante, adherido a una misma invariable condición espiritual. Pero más que todo ello, repito, ahí estará la “perseverancia final”, ya sin desmayos, signo tenido por casi sobrenatural, en lenguaje de tintes religiosos o místicos, indicativo, vaya el pleonasma, de un destino predestinado!

El hombre es frágil, en efecto. La condición humana es proclive —por causa de los golpes, de las caídas, de los desen-

pañños circunstanciales y aun definitivos—; es susceptible, digo, el hombre, de hundimientos morales o espirituales irreversibles. Y, a más de ello, la fisiología o biología declinantes —que son la de la naturaleza misma del hombre—, en su aterradora decadencia, y cuando se sienten afectados por esta última las bases, los goznes, los resortes, las paredes; o bien las alacenas, o las guardarropías, o las cocinas, las chimeneas, las puertas, las ventanas, las alcantarillas, las claraboyas, de la fábrica humana misma, en sus departamentos o en su conjunto!

Hay, en efecto, algunas de esas fábricas, que si no se caen de pronto, como polvo, es porque se han momificado dentro de sus propias pirámides o catacumbas portátiles. ¡Cómo se ve entonces que no habían tenido sino superficialmente —“como de prestado”, frase usual en el lenguaje de Mario—, superficialmente adheridos, digo, a su endeble estructura original, los materiales reunidos al azar en los mercados, y en las ferias o en las “chiveras” de las quincallas y de las chucherías morales o espirituales, ideológicas o sentimentales. ¡Cómo se ve entonces que les faltaban aquellas bases profundas, aquella selección de cosas duraderas, aquella estructuración apretada, rigurosa, como para que pudieran resistir no digo a los sismos, sino a las ventiscas, a las granizadas, al regalo pérfido, pero pasajero, de los nubarrones oscuros; cuando más al paso vertiginoso de los ventarrones y de los huracanes. ¡Fenómenos, por cierto, señores, de que suelen ser campo o teatro —a menudo ignorado—, más hombres de los que sabemos, en más circunstancias de las que podemos adivinar!

Mas he aquí que la vida y la obra de Mario Briceño Iragorry, en sus hitos, en sus momentos, en sus incidencias esenciales, y sobre todo, en el terreno de las etapas postreras, constituyen como un testimonio retrospectivo, probatorio de su redonda integridad y unidad definitivas!

La vida y la obra, particularmente en aquellos momentos en que la obra intelectual condiciona —o debe condicionar— la vida moral, o como cuando ésta última se nos presenta como la surgente necesaria de aquélla; una y otra, digo, guardan en Mario una ajustada y constante correlación. Creo que podría

demostrarlo ahora mismo, si fuese la hora y el lugar que así lo requiriesen.

Mas yo no pretendo, sin embargo y ello por más de una razón —entre ellas, muy significativas, por cierto, las del afecto profundo, moral e intelectual; las de la vinculación familiar; la de la afinidad ideológica, en determinados puntos esenciales de nuestras respectivas posiciones ante la interpretación de la sociedad y de la vida humanas—; yo no pretendo, repito, presentar aquí, ahora, la obra y vida de Mario Briceño, en lo que considero la verdad minuciosa de esa unidad luminosa. Ello sería acaso una afirmación puramente panegírica. Tal estaría fuera de lugar en este sitio. Ello estaría muy fuera de mí mismo en mi pretensión personal de posición académica; científica, si se quiere. Yo traigo aquí, más bien que ello, y más que una pura exaltación ditirámbica —y por más cara que ella pudiese ser a mi corazón—, una inciativa distinta. Algo así a modo de una tesis, o si se prefiere, de una plausible hipótesis, susceptible de ser probada o reducida a su exacta significación. Tal es la proposición que se desprende de los lineamientos generales que he trazado sobre la obra y vida de Mario, y no movido por otra razón —en este instante— sino de que esa vida y obra puedan prolongar su sentido, su influencia benéfica —que es lo que él mismo hubiese querido— más allá de la que pudo haber ejercido en el breve ¡muy breve, ay!—, de su rica existencia mortal.

Sí. Que todo ello se estudie en esta Universidad Central de Venezuela, que fue suya en tantos aspectos. Que se examine en el seno de sus órganos especializados, atinentes a las cuestiones que fueron preocupación suya y son sustancia de la obra y vida del historiador trujillano, y que han sido, y siguen siendo, hoy mismo, inquietudes vivas y urgentes de la existencia universitaria, y nacional, y continental, en la mente de la juventud venezolana de este tiempo.

Esa obra, en efecto, ha sido ya señalada como la de un Maestro de Juventudes. Su pensamiento y su actuación individual, esto es, su ejemplo integral, así lo justifican y aun lo hacen indispensable. Y tal empresa, curiosamente, por cierto, no ha de ser una empresa romana, desde el punto de vista instrumental, ya que el propio Mario, con la conciencia que tenía —yo

diría conciencia moral, intelectual, científica—, se encargó, él mismo, de trazarnos de su propia pluma, y de su propio empeño, y no como rasgos de una imagen deformada, sino como los “rasgos” de un camino, el camino que diríamos bibliográfico, y aun biográfico, para semejante necesario estudio. La reciente fundación de la Biblioteca de la Escuela de Historia, bajo el nombre de Mario Briceño Iragorry, por iniciativa de su Director Doctor Germán Carrera Damas; los Seminarios que allí se proyectan, ordinarios y de Doctorado o de Post-Grado; la necesidad de intensificar allí, y en otros sitios fundamentales de la Universidad, la profundización de las indagaciones en curso; todo ello, ya nos indica uno más de los varios caminos que tenemos abiertos ante nosotros, no tanto —diría yo—, para el mejor homenaje al gran historiador, como para someter a prueba una tesis, una hipótesis, de las más trascendentales para la juventud de Venezuela. Tal es la de investigar la virtualidad efectiva de nuestras estructuras culturales, de nuestras figuras humanas, así en la investigación de los fenómenos históricos que hemos vivido, como en cuanto a la personalidad de los hombres que han sido protagonistas, o testigos, o exégetas, de esos mismos fenómenos. En este caso, la obra y vida de uno de los más altos personeros, de una de las más sugestivas fuentes de tal conocimiento histórico, y de las correspondientes conclusiones sociológicas o filosóficas.

He dicho que el mismo Mario ha de facilitar la realización de semejante empresa. Su obra escrita tiene, en efecto, de caracteres de excelencia formal y substantiva de tanto acendramiento que ya, con el solo encararnos a lo que podría parecer, en otros casos, una simple labor editorial, convierte nuestra entrada inicial, mediante el proceso antológico concienzudamente realizado, en una manera incipiente de sistematización, de metodización, de instrumentalización, que nos permite ya, desde el comienzo mismo, acercarnos a la esencia pura del pensamiento del historiador trujillano. Tal es el volumen, de un mil cien páginas, que encierra sus *Obras Selectas*, y del cual podríamos avanzar nuestro juicio personal, en cuanto decimos cómo realizado por Mario Briceño mismo, podemos afirmar que no consistió materia de desecho. Sin que ello, por otra parte, arguya, que esté allí toda la obra, ya del pensamiento, ya de la investigación docu-

mental o bibliográfica llevada a cabo por el autor. Cuando Mario escribía, ya en libros, ya en estudios monográficos, ya en artículos de prensa, muchos de los trabajos de lo que él llamaba sus "Virutas", no lo eran de la carpintería circunstancial o de ocasión o fortuna —burdos maderajes ordinarios, labrados para molde o encofrado de otras tales bastas construcciones—. Lo eran de las más finas maderas, usadas en la ebanistería de más alta calidad —como de cedros del Líbano o de nuestras propias selvas nativas—, cuyos solos recortes o cuyas solas aromas resultaban por sí mismas materia apta para el más noble mobiliario de estilo, o para los más finos objetos de adorno, en vitrinas, en salones, o sobre los humildes muebles o en los más sencillos y limpios recintos de las casas levantadas para la cultura del pueblo.

Aparte de esas condiciones ingénitas de los materiales utilizados por Mario para la elaboración y sustentación documental de sus obras, estaban los procedimientos de selección, verificación y depuración de los mismos, como que no estaban destinados a la fabricación y expendio de artículos de pacotilla, sino a constituir la estructura, o el limpio barniz, o el permanente ajuste de labores de artífice. Tales son el estilo de Mario, su artesanía, en lo formal o adjetivo, cuanto más en lo sustancial o de fondo.

No he hecho no aquí señores, no podría hacer otra cosa sino abrir la puerta de la casa de la vida y de la obra de Mario Briceño Iragorry. o mostrar el sitio —la vitrina o los estantes, archivos y epistolarios—, de la biblioteca fundamental de la cultura nacional de Venezuela, donde se encuentran los libros, los folletos numerosos, los artículos innumerables, relativos a materia de historia, de derecho, de filosofía, de literatura universal o nacional, con los que contribuyó el polígrafo trujillano a echar las bases del pensamiento nacional, y por tanto, de nuestra conducta personal y social. Cuando he utilizado la palabra "nuestro", no he hablado sino de Venezuela, y digo entonces, lógicamente, del ejemplo y de la línea de horizonte para el hombre venezolano. Mas no se reduzca a esos límites la palabra de nuestro pensador. Ella tenía, por su proyección histórica y humana, un alcance continental, pues que tanto necesita este Continente, como Venezuela, de un pensamiento que tiene su ori-

gen en las raíces comunes, y aun mucho más que eso, en los problemas comunes de hoy y de mañana para este mismo entero Continente, no tan entero, por cierto, sino en su concepción ideal de metas y caminos, que no en la presente verdad de intrusiones, mutilaciones, físicas, morales, políticas, e intelectuales mismas. Cosas hay escritas por Mario, que podrían ser leídas —si se pudieran leer o publicar—, con la misma resonancia, con el mismo sentido, en cualquiera de los países de nuestra América.

Para demostrar la anterior afirmación, bástanos referirnos al último capítulo de uno de los sus más bellos libros. “Alegría de la tierra”, se llama ese precioso, pequeño libro. “Tierra ocupada”, se titula ese capítulo final. En su verdad —que lo era ya, cuando fue escrito. y que lo es hoy, mucho más, infinitamente más—, no hay tampoco desecho. Oigase esa media página:

“Cuando el Departamento de Estado creyó necesario a los intereses de Estados Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana, envió sus lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo feroz de la resistencia contra el grosero invasor. Sandino no era un santo. Sandino fue una fuerza puesta al servicio de la América libre. La invasión se hacía entonces por medio del big stick con que el viejo cazador de tigres africanos quiso dominar la altivez de la América española”.

Los medios han mejorado en los últimos años, y hoy para la ocupación no es necesario hacer uso de marinos ni de lindas naves de guerra. La ocupación se hace lentamente, suavemente, alegremente. No es preciso exponer el propio pellejo ni asustar a los indígenas. Todo lo contrario. Los indígenas se sienten profundamente complacidos. “No hay como los jugos americanos”, decía en estos días cerca de mí una fatua señora de la aristocracia caraqueña. “Esto de que a una no le queda ni el olor del verdín en la mano, es una gran cosa”. Esta señora es una legítima pitianqui, al servicio inconsciente de la invasión extranjera. Y lo que se diga de los enlatados, puede y debe decirse de los demás artículos importados. Son los marinos de la nueva ocupación, a quienes los alegres pitianquis abren festivamente los caminos de la nación.

Había desaparecido, ciertamente, hace más de un siglo y medio, la ocupación de España en nuestra tierra. Había desaparecido la ocupación por el venezolano blanco de nuestros venezolanos negros. Comenzaba a desaparecer poco a poco, es verdad, la ocupación por las oligarquías criollas, de otras categorías de venezolanos de diverso color. Ahora —Mario lo previó—, la foránea ocupación es mucho más sutil, más profunda, y no sólo del cuerpo y de las tierras de los venezolanos, sino también de sus almas: Lo poco que de ellas nos queda; de nuestras conciencias: Lo grande o pequeño que de ellas habíamos comenzado a formar. Y en cuanto a la tierra misma —sustentáculo propio de nuestros cuerpos, de nuestras almas, y de nuestras conciencias—, la de Patria —antes que todo— en qué estado de ocupación se encuentra ahora; tal que a veces como que no nos diéramos, siquiera, o no pudiéramos, ya, y no pensáramos, ya más nunca, en darnos cuenta de cómo estamos ocupados: tierras, almas, vida, no sé si corazón, también, y hasta cuáles profundidades insondables!

Pero no resistimos a copiar otra media página de Mario:

“Vigorosamente guarnecidas y vigiladas por el ojo militar pueden estar nuestras costas. Ello no obsta para que los marinos de ocupación sigan entrando. Y sigan siendo alabados por los pitianquis. Su derrota y expulsión es problema de conciencia y problema de realidad. Necesitamos una vigilante actitud que nos permita detener el paso a estos festivos intrusos. Cerrar una fila de conciencias que ni se abran a los halagos fáciles ni se dejen rendir a los cantos de sirena. De otra parte, mirar hacia una tierra que pierde, por el abandono, su alegría salvadora. Lo que nos da su entraña opulenta, convertirlo en riesgo, en máquinas y abonos que hagan cuajar y multiplicar las diversas cosechas con que abastezcan las industrias y mercados. Nuestro petróleo y nuestro hierro, retornarlos a la tierra en ferrocarriles, en diques, en tractores, en molinos que aumenten la verdura de un suelo que pierde, por la sed y el abandono, la alegría antigua. La antigua alegría de las cultivadas por hombres libres...”

Y no escribió Mario sus ideas y sus juicios —moralista como era, para Venezuela y para la América nuestra—, como un pensador abstracto, como cuando se pinta o se juzga a través de libros ajenos o de vidas ajenas, deduciendo ejemplos y máximas caracterizados por la frialdad de las creaciones del pen-

samiento puro, o de la libresca erudición. Sus ideas las pensó a la vez que las sentía —o como él mismo diría, unánimemente, padeciéndolas, como del hombre que ha vivido muchos años, muy largos años, en cruz —a veces como siglos—, con el alma colgada del madero simbólico.

Mario gustaba de citar —porque suele haber uno como masoquismo místico del dolor del ideal—; gustaba de recordar, digo, la frase del penetrante novelista llanero venezolano Rafael Cabrera Malo, con la que había expresado éste, en una carta, la sensación que la había causado la lectura de “Horas”, primer libro del por entonces aún casi adollescente Mario Briceño Iragorry. “Usted debe sentirse —decíale Cabrera— como desollado, cuando terminó su libro”. Quien ha andado, llanero en su rocín, por días, la llanura venezolana, bajo el sol, bajo la lluvia, por junto a las “matas”, a través de los esteros y de los chaparrales; y cuando se llega en un mediodía calidísimo, o en un atardecer rojizo de crepusculares encendimientos, al alar de una casa de palma, donde apenas se logra, acaso, alguna vez, un trago de agua, o un trozo de res mal asada; ése, pudo comprender y sentir, seguramente, lo que quería expresar Cabrera Malo, de cómo se siente uno a veces, como “desollado” en el alma, y no sólo de las espaldas azotadas de sol, o de los pies descalzos o embotados —embotados, como el cerebro mismo—, y cubiertos de arena ardiente y polvorienta de los caminos sin término de la llanura venezolana, de la planicie sin límites que ha sido a veces la vida venezolana; que lo es ahora mismo, por ratos largos, la vida moral de la tierra venezolana. No olvido, tampoco, en este instante, aquella alucinante inspiración de un poeta venezolano del Llano, que nos habló un día —Pedro Sotillo recogió su verso único—, de los “diez mil caminos que tiene el Llano; diez mil caminos que son un solo camino, porque todos parece como que condujeran a la misma llegada, aunque a veces piensa, siente, y padece uno, perdido bajo la ardiente alucinación de una jornada sin fin, ni orientación, ni jagüey, como si esos diez mil caminos no condujeran a ninguna parte. Y es entonces, la horcajadura sobre la bestia —siempre el mismo rocín sediento y flacuchento de que hablara otro llanero, Arvelo Larriva—, cuando se siente más “desollado” el viajero, más desollado que nadie, más desollado que nunca, mientras sigue la llanura adelan-

te —sobre cuyos meandros terrosos se tiene la sensación de que se estuviese andando por una llanura desértica: sin oasis ni cañones, sobre el mismo rocín, sin alero ni árbol. ¡La llanura moral de Venezuela! ¡Cómo se siente entonces, muy más que “desollada”, la horcajadura del hombre, hacia el mismo confín, en el mediodía que tampoco tiene fin!

Porque se puede haber vivido ese cuadro, señores, dentro de un marco físico y moral, o espiritual, mucho más limitado que el que sugiere el símbolo de la llanura venezolana, que lo es también el de la llanura de La Mancha, y acaso el de todas las llanuras morales del mundo!

Cuando Mario hace la glosa, como al pasar, inadvertidamente, frente a la frase del novelista llanero, deja caer esta frase propia: “Sobre todo, me preocupaba el problema del espíritu. Me inquietaba la gran angustia que había hecho presa de mí el día en que sin haber roto los linderos infantiles sentí el vértigo del Infinito”. El mal metafísico, digamos —que dijera otro—, que no suele ser sino el malestar, el estar mal, infinitamente mal, dentro del cauce diminuto de un pensamiento o de un sentimiento puramente físico. La cáscara de nuez, *the nut's shell*, de que hablaba Hamlet, dentro de la cual se puede ser libre —llegar a ser libre—, pero que es donde más a menudo se siente la verdad de estar real y definitivamente preso. La cáscara de nuez, que puede ser sólo el cuarto de la pensión estudiantil, un aula cotidiana, una silla detrás de un pupitre, la columna de un periódico, la casa misma nuestra, con su jardín, su biblioteca, su gran salón alfombrado y rutilante de espejos y lámparas! ¡Si se diría que la cáscara de nuez de Hamlet no es otra que la cáscara de sí mismo, y de sí solo, que lo es de todas esas formas y dimensiones que dije, satisfactorias para algunos, como si fueran navíos gigantescos. (“¡Te llevaré a Puerto Rico en un cascarón de nuez!” —como puede decir la metáfora por otro lado); navíos gigantescos de cáscara de nuez o de otras cáscaras —*the nut's shell*, en sus diversas variedades—, a bordo de los cuales se estuviese viajando; navíos demasiado pequeños para otros, como pudieran ser, sin embargo, el asiento no sólo de cien, sino de mil años de soledad!

Mas —¡ay, del hombre solo, *vae soli!*—, del hombre solo y que no tiene conciencia de su soledad infinita. ¡Ese es el mismo a que se refiere Mario, cuando hace presa en él, y no atiende a la voz del abismo, ese vértigo del infinito, esa soledad en sí mismo, esas infinitas soledades —en el cielo—, que asombraban al alma abismática de Blas Pascal. ¡Y cuán difícil la liberación, la cual sólo suele obtenerse cuando el hombre se niega a sí mismo en su identidad puramente personal, para poder hacerse dueño de sí propio, saliéndose del camino —por la escotilla casi clandestina— que da hacia la mar embravecida de que nos hablaba Horacio en la Oda, tan bellamente traducida por Andrés Bello!

Y tal es lo que hace, precisamente, Mario Briceño Iragorry. Salirse del gran navío —¡oh, alma de Erasmo, con tu Elogio de la Locura, cómo surges de pronto, al sólo nombrar ese navío de que estamos hablando! ¿Mas, cómo hacerlo?— ¿No está el hombre atado, allí arriba, o más bien, allí abajo, por mil lazos sutiles, de amada compañía, trenzado de danzas y de músicas, amarrado a las mesas de las viandas magníficas; de los vinos generosos, de flores y frutas conservadas en frigoríficos para la larga travesía carnavalesca; o fabricantes de telas plásticas que imitan el color, y acaso el olor, de las flores, y el sabor de las frutas de los jardines naturales de una tierra de promisión, que se cree que es la cubierta misma del barco? ¿La cubierta del barco mismo en que se va navegando, con sus salones, sus bibliotecas, sus camarotes, sus piscinas, sus casinos para los pequeños y grandes juegos del azar y de la falsía, y con todo lo demás que le ofrece el gran barco en que se va, y se viene, y se vive, navegando?

En 1936, a la muerte del Dictador Gómez, Mario empieza a asomarse y a descender luego por la escotilla, en dirección hacia el barquichuelo que se mueve a lo lejos, casi invisible, entre las revueltas olas, y que apenas pareciera llevar una sola vela mítica, como un brazo vendado, elevado en la blancura de su venda hacia el cielo infinito, sobre la mar procelosa, inhóspita para su “tramante quilla”. Tiene ya Mario 39 años. Tres tréadas de años más acá del *mezzo del cammin di nostra vita* de que nos habla el primer verso de la Divina Comedia. Está, si se

quiere decirlo, un poco en retardo con respecto a la primera tría-da, aquella a cuyo comienzo empezó Jesús aquel, para él, muy más fácil camino de andar sobre las olas del Mar de Tiberíades. ¡Claro, Jesús era un buen poco más de Dios entonces, cuando comenzó —según reza el Evangelio—, el camino de su vida pública. ¡El hombre, en cambio, qué poco de hombre suele tener a menudo, con lo que difícilmente puede fácilmente tratar de ser Dios, sin haber sido primero hombre completo! ¡Y cuán difícil, sin embargo, le fue al propio Jesús, llegar a ser Dios completo, a la altura de aquéllos, tan cortos años de su vida terrestre!

A bordo del navío, año tras año, el ceño juvenil entre las cejas tempranamente tempestuosas, se le ha vuelto cada vez más ceñudo. Así ha cruzado el torbellino de la adolescencia y el turbión de las gentes que bailan y brincan y comen y se acuestan y se levantan, y sólo rara vez miran al mar. También él se ha acercado alguna vez a las mesas de las viandas y a las mesas del juego. Más de una vez ha alzado la fina copa de champán y del vino de color de oro o de sangre. Pero más de una clara mañana, y de un mediodía tórrido, y de una turbida o límpida noche de tempestad o de luna, se ha estado mirando al mar, con su libro en la mano. El ceño cada vez más fruncido preside su sólido andar, levemente cojo, al parecer, a veces, sobre la cubierta móvil del barco.

Veintidós años va a durar su nueva travesía, ahora, cuando ya está a bordo de su barco nuevo, el de una sola vela mítica, levantada hacia el cielo. El puede pensar, seguramente, ahora, cómo su barco, cómo el vaso del poeta, es pequeño; pero cómo son su barco y su vaso, propios. Y ninguno de los dos será ahora, ya más nunca, como el barco ni el vaso borrachos del otro poeta, del que se fugó, también, definitivamente, pero que, porque se embriagó tal vez, de su vómito, fue a dar a la profundidad de la nada sin fondo. ¡Sí, ciertamente, Rimbaud se escapó por una escotilla equivocada, hacia una dirección que no llevaba a ninguna parte. Tal vez la escotilla por donde se escapó Rimbaud del *Barco Borracho* lo condujo por allí mismo, a la vecindad de algún puerto solapado en la bruma, hacia una obscura, o más bien opaca tierra de nadie!

Aquel ceño cargado de pensamiento, o mejor, aquel pensamiento cargado de ceño, no había tenido en Mario los efectos mortales a que Hamlet se refiere cuando dice:

Thus conscience does make cowards of us all,
 And thus of native hue of resolution
 Is sicklied over with the pale cast of thought,
 And enterprises of great pitch and moment
 With this regard their currents turn awry
 And lose the name of action. . .

Versos que malamente traducidos dicen como “la conciencia nos toma a todos cobardes” —la conciencia, por saber simplemente ilustrado y no por pensamiento firme y profundo; y cómo, así, por ello mismo, “se vuelve enfermizo el original tinte de la resolución”; y cómo “empresas de gran savia y trascendencia toman el rumbo y pierden hasta el nombre de acción”!

Han de ser, de allí en adelante, en progresiva ascensión devoradora, para Mario, los veintidós años que le restaba vivir, de tan extraordinario vigor, de tan luminosa labor, que difícilmente podría alguien imaginar que no fuesen el producto de la retenida acumulación de los treinta y nueve años primeros de una existencia aparentemente detenida, mas ni domeñada ni claudicante. A lo académico, a lo preparatorio, a lo acumulativo —como en almacén de géneros preciosos—, han de seguir nuevos libros, estudios, artículos, discursos, de los cuales cada uno es una acción —o muchas acciones a la vez—; o bien, cada uno es una toma de posición. Hay entonces acciones casi de laboratorio, como es “Casa León y su tiempo, aventura de un anti-Héroe”, libro de anatomía patológica de una época de una clase social, y de un personaje que la representa cabalmente, y que Mario, con colores de pintor maestro, con brocha y pinceles de documentada seguridad y veracidad, y en estilo al que él atribuye la condición del “más cocinado de sus libros”, y al cual declara, expresamente, como un libro político. Libro, por cierto, que tuvo un resplandor más histórico y literario que verdaderamente político, y cuya vigencia es ahora cuando está más viva, por cuanto los fenómenos a que Mario se refería han cobrado de entonces acá —junto con otros factores no menos terribles para la vida de la nacionalidad venezolana—, caracteres

proporcionales a la dimensión atómica de la economía petrolera, mientras que en su lejana forma original, primitiva —casi rudimentaria o elemental—, apenas si eran significativos de procesos semejantes en el limitado terreno de las casi comparativamente idílicas economías del ganado, del café y del cacao. ¡Sin que dejasen de estar presentes, por supuesto, las oligarquías importadoras y exportadoras, bien personificadas por la Real Compañía Guipuzcoana!

Pero, no, señores! Yo no podría intentar aquí, ahora, ni siquiera un breve recuento sistemático, descriptivo y narrativo, de la obra y vida de Mario Briceño Iragorry. Eso sería en cierta manera como dar, de un solo golpe —como un paseo a vuelo de avión —una visión de la historia total de Venezuela. ¡Volemos, no obstante!

La inquietud y la consiguiente incursión, siempre penetrante y buida —profunda y comprensiva—, de Mario por nuestra historia, es un hecho sobresaliente de su vida y de su obra. Desde la arqueología indígena trujillana y venezolana, pasando, con miradas a fondo, por el proceso de la Conquista; con detenimiento no menos aprehensor en el terreno de la Colonización; entre pobladores, misioneros, indiadas, esclavos, Hacienda Real, Cabildos, Iglesias, piratas y filibusteros, maestros de escuela y de Universidades —relato de la cultura en todos sus aspectos—; hasta la entrada profunda a la tierra donde se afincan las bases y raíces de la Nacionalidad venezolana, la indagación de Mario —bajo cubierta de “Tapices de Historia Patria” y de otros muchos libros así bien llamados, si se quiere también, por la objetiva y emocionada artesanía histórica y literaria—; desde los prolegómenos, y las sacudidas, y los “entueritos” del gran parto secular de la República, a través de la guerra de Emancipación de la lucha por la instauración fallida del Orden Civil; y desde esto último, a través de “Las Furias Desatadas” de la Federación, que buscan consolidar la igualdad de los derechos humanos, ya en parte, esa igualdad hecha carne viva de nuestro pueblo a través de la contribución popular a la independencia nacional. Desde todos esos sitios y momentos, y a través de todos ellos, la mirada de Mario atisba y consigna el hecho y la observación originales, y sobre todo, el pensamiento y la conclusión

vivos, que muestran cómo los ojos de su alma —más allá de la simple retina fotográfica del historiador simplemente profesional—, estaban viendo, existiendo, y siendo, como compendio viviente y padeciente de la historia venezolana, en sus más temblorosas —temblorosas en el sentido goethiano, según el cual “lo que vale en el hombre, es lo que tiembla en él”—; en los más temblorosos instantes y períodos del agitado *devenir* de cuatro siglos.

Todo este proceso personal de cultura y de vivencias históricas y humanas, desemboca, en Mario —como un culminante desbordamiento de quien ya encontró estrechos, desde un punto de vista vital, los cauces de la pura inquietud cultural—; desemboca, digo, ni tampoco sólo, en la inquietud espiritual política, sino en la actitud y actividad política concretas. Alguien dirá, acaso, cómo le parece que ésta haya sido una transición un tanto tardía, sólo en el borde de los cuarenta años. Tal sería tema muy profundo, muy importante, para el esclarecimiento de las conductas humanas. Muy importante, además, por las enseñanzas de diverso y hasta contrario signo que pueden de ello deducirse. En el caso de Mario Briceño Iragorry ello sería ocasión de una indagación trascendental. Quien habla, como que vivió muy día a día, y desde muy cerca, ese proceso, bien pudiera intentarlo. Los lineamientos esenciales están en mí muy claros. Los datos históricos, episódicos y anecdóticos, están también muy claros en mí. Las conclusiones las he formulado, a veces, parcialmente, en forma verbal; acaso también escrita. Pero ello no puede ser producto de una improvisación oratoria. En ello están en juego elementos fundamentales para evaluar integralmente la conducta del hombre —no sólo del venezolano—, frente a la historia, frente a la biología personal, ante el problema de las generaciones, frente a un mundo cambiante a vertiginosa velocidad. Otro día será. O quién sabe, más bien, si será tema para otros, con mayores bríos restantes para una empresa de semejante envergadura. Mis testimonios personales, sí quedarán, seguramente, a favor de la documentación de tal estudio y de mi afecto y mi admiración perdurables.

Quiero, sin embargo recordar algo que me parece ya interesante desde ahora mismo. Decía Frank Harris, fino escritor

norteamericano, de penetrantes atisbos críticos —en lo personal y en lo literario—, cómo —y lo decía a propósito del gran novelista del Norte, Teodoro Dreiser—, cómo la formación de los grandes árboles —lo mismo que la de ciertos grandes hombres—, suele ser de largo trayecto y yo agregaré, del propio pensar, en este instante, cómo las hierbas del campo, y aun los arbustos de mediano vivir temporal, suelen marchitarse y desaparecer a la vuelta de pocas revueltas de la gran rueda de la fortuna del mundo y del hombre. Sobre esta última observación he intentado formular, algunas veces, mi teoría del desmayo, como indicativa del pronto perecer de las estructuras humanas alzadas sólo a favor del viento biológico de la adolescencia. Aquello mismo que ha sintetizado nuestro pueblo en la frase proverbial: Carrera de caballo . . . parada de . . . , bueno, parada de lo que dice el refrán de nuestro pueblo, cuyo remate no asumo yo como literalmente verdadero, en su expresión concreta, porque yo tengo un enorme respeto, una profunda estimación por el rucio de Sancho, y por el borrico de la Huida a Egipto, y por el pollino del Domingo de Ramos, y por muchos otros de los borricos que en el mundo han sido.

En Mario, acaso pueda decirse que hubiese sido tardía su eclosión política, pero cuando ésta se produjo, lo hizo con tanto vigor, con tanta firmeza, con tanta precisión, y con tal conciencia definitiva, que ya, ni él mismo, ni nadie, pudo pensar en el menor desmayo. La decisión con que se entregó a la vida de su pensamiento, a la realización de su idea, yéndole en ello, además —y con plenitud de conocimiento—, la suerte de su existencia física misma, y no sólo la de su seguridad personal—, lo comprueban. Su sacrificio individual no fue producto del arrebató juvenil, tan hermoso como éste suele ser, en su valor y a su propio nivel. Fue esencialmente la ejecución sosegada de un acto de la conciencia entregada al cumplimiento de un deber necesario.

¡Pues, bien! La que alguien pudiese considerar de tardía, o de tarda, carrera política de Mario Briceño Iragorry, no ha terminado todavía. Mientras esté por delante de nuestros ojos y de nuestras almas —como visión de ilímite horizonte—, la llanura de la vida venezolana, de la historia por hacer de la

tierra venezolana, la obra y vida de Mario Briceño tienen mucho que correr todavía, ¡jinete sobre el Caballo de Ledesma!

¡*Laus Deo!* Señores y señoras, como el propio Mario hubiese amado decir, y no “gracias, muchas gracias por la atención prestada”, como suele ya decirse, y aun en sitios como éste, por contagio de la mistificación pseudo-electrónica, aplicada a la vida y muerte del pensamiento humano!

¡*Laus Deo!*, aunque hoy ya casi no sepa nadie latín, ni siquiera en la América Latina!

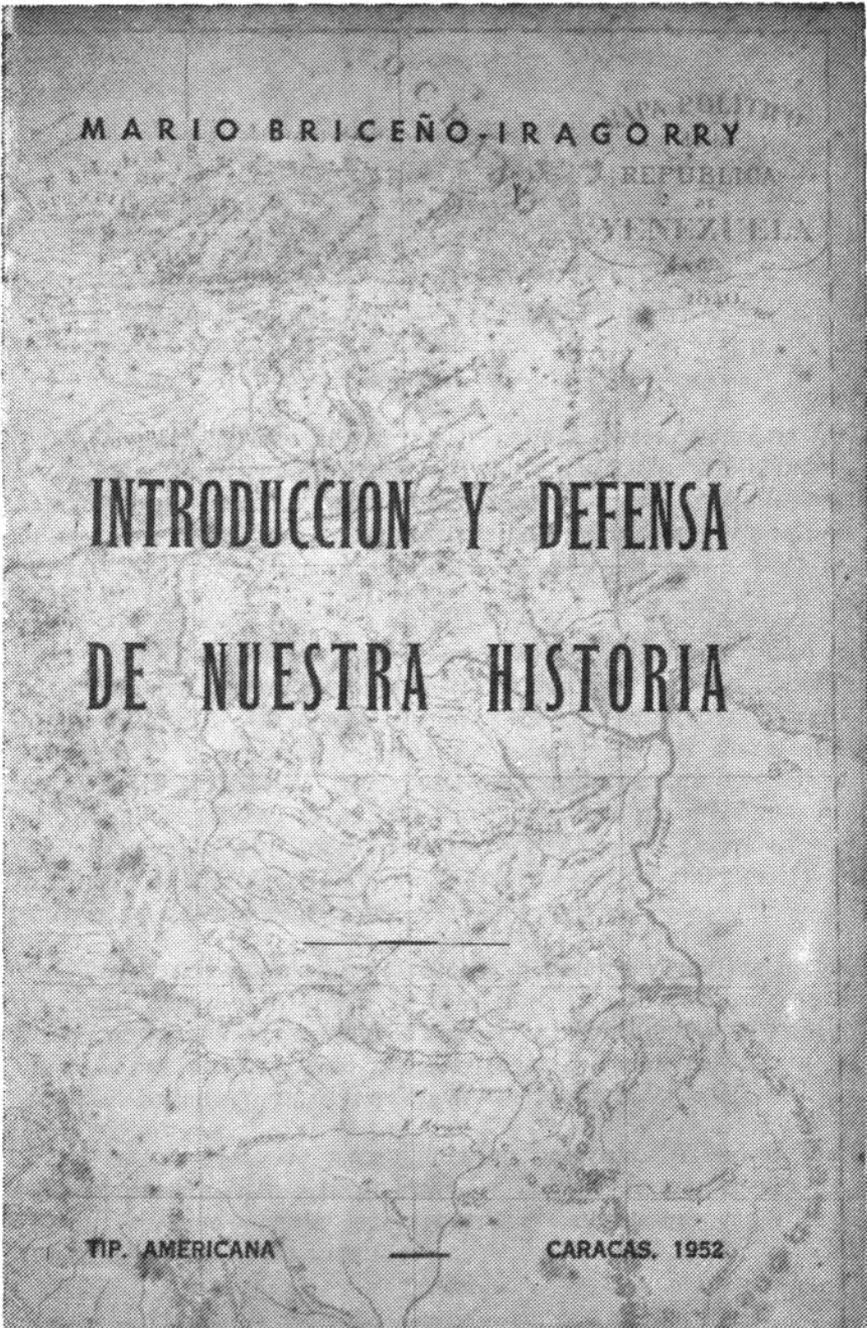
¡*Laus Deo!* en el sentido profundo con el que Mario depuró sus más altos pensamientos acerca del destino de la sociedad, de la patria y del hombre venezolano. ¡*Laus Deo!*, “por la Ciudad hacia el Mundo”, como él mismo dijo, en una de sus más hermosas palabras. ¡*Laus Deo*, hacia la Ciudad de Tomás Moro, hacia la Ciudad de Marx, hacia la Ciudad de Juan Veintitrés, hacia la Ciudad de Simón Bolívar, en y desde la pequeña Ciudad de nosotros, perdida aún, como hubiese dicho él mismo, bajo la inundación del “excremento del diablo”, que halló el descubridor y dijo el cronista, flotando alrededor de la Isla de las Perlas, y cuando ya sabemos entonces por qué tiene la Venus nuestra, surgiendo de su concha marina, un color cadavérico, y mientras se eleva a los cielos, como una pequeña y gran vela mítica, hacia la “Ciudad-Isla” de Dios, rodeada de petróleo por todas partes en medio del mar de la llanura venezolana, la parábola de Mario Briceño Iragorry!

Señoras, señores!

**INTRODUCCION Y DEFENSA
DE NUESTRA HISTORIA**

POR

MARIO BRICEÑO IRAGORRY



MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

INTRODUCCION Y DEFENSA
DE NUESTRA HISTORIA

TIP. AMERICANA

CARACAS, 1952

EXPLICACION

a PASTOR OROPEZA,
testimonio de alto aprecio

M.B.I.

*Al releer algunos de mis trabajos sobre temas históricos, les he hallado cierto carácter que permitiría utilizarlos como introducción para estudios formales de nuestro pasado. Por ello, me he atrevido a darles cuerpo de libro y publicarlos bajo el nombre de INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA.**

Digo Introducción, por cuanto con ellos apporto datos y observaciones que pudieran constituir guiones para un estudio acerca de la Historia de nuestra Historia y, además, sirven otros para pautar una posición crítica en relación con el sentido alcanzado por la Historia, más como expresión de una conciencia que busca en sí misma el ímpetu y la forma de realizarse en hechos sociales, que como afanoso inventario de guerreros, de filósofos, de artistas, de mercaderes o de santos que persiguen realizar su destino individual.

Otros temas están encaminados a defender nuestra historia como patrimonio moral de la nación. No sólo se enderezan los esfuerzos del historiador a conocer al hombre por el contenido de su Historia, sino a pulir líneas que dan carácter a la sociedad actual, como expresión de un proceso formal.

Vista la Historia nacional como la propia fisonomía del pueblo, precisa fijar y resguardar los valores de ella surgentes, del mismo modo como se resguarda el patrimonio geográfico donde descansa la nacionalidad.

* Ediciones Bitácora, Tipografía Americana, Caracas, 1952.

A la defensa de este sentido de nuestra Historia se encaminan estos flacos ensayos, que, acoplados en libro, expongo a la meditación de los compatriotas que se preocupan por la defensa integral de la República. No los ofrezco como iluminadas enseñanzas que reclamen la absorta y sumisa admiración de los lectores. Son, como digo, guiones apenas, donde se compendia un cuarto de siglo de modesta y constante meditación sobre la problemática del país. Con mis estudios sólo he buscado servir a una más clara y objetiva intuición de la Historia. Como pago de mi esfuerzo, que no es sino ingenua expresión de buena fe, únicamente pido que mi pensamiento sea estimado en la realidad de lo que expresa y en la integridad de lo que expone, sin llevar a él supuestos que arranquen de una polémica apreciación del lector. En el caso, pongamos de ejemplo, del tradicionalismo, no hay derecho para que un honesto lector imagine que yo desfiendo la permanencia de hábitos y de usos superados en razón de una ley de progreso, ni esperar, tampoco, que me aferre en la vigencia de formas heredadas de cultura, cuya desvitalización la impone el examen de sus contenidos.

Sin caer en extremos viciosos, he abogado fervorosamente desde hace muchos años, (desde una época en que esto no se miró como un problema nacional) por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra Nación, es decir, los valores sutiles, imponderables que dan fisonomía diferencial a los pueblos. En todos mis trabajos he recalcado el tema de que las naciones se forman por la comunidad de valores geográficos, económicos, históricos y morales. He insistido sobre el valor de los cánones espirituales que dan carácter a los pueblos. Aun después de la gran diáspora, el pueblo hebreo fue una nación, de variada sangre y peregrina geografía, pero sostenida sobre vínculos históricos y morales. Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo, más resistente y fácil será su defensa. Cuando, en cambio, las naciones han descuidado el cultivo de sus lazos morales, será más factible su dominio por las fuerzas extrañas. Jamás perecerá íntegramente un pueblo que mire hacia su pasado. Justamente perecen y caen bajo el imperio de nuevas y extrañas fuerzas, los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. Función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio

social. Su objeto es presentar las formas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear cuando se ignora la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra. Para que la Patria sea la tierra feliz de nuestros hijos, debemos verla y amarla como el grato legado de nuestros padres. Cuando el extranjero sin estirpe local hace suyo y lega a sus hijos el suelo de la nueva Patria, le lega no sólo un campo para la lucha y para la muerte, sino el patrimonio de Historia a cuyo goce y signos se ha sumado voluntariamente. Porque el irlandés que muda su mundo a la Nueva Inglaterra se hace nieto moral de los Pilgrim Fathers y nieto de Washington y de Lincoln, del mismo modo como el griego que arraiga entre nosotros, hace suyos los viejos mitos de Ledesma y de Bolívar.

Algunos lectores, a causa de mi posición en el orden de la americanidad, quizás me tomen por impasible superviviente de la época esperanzada del arielismo. Ello, lejos de serme causa de desdén, me anima a proseguir en el camino, hoy desamparado, que, con Bolívar, marcaron los grandes constructores del pensamiento de la unidad americana: Martí, Rodó, Vasconcelos, Ugarte, Carrión, Gabriela Mistral, Sanín Cano, García Monge. Justamente son las ideas de estos egregios pensadores de la América libre, los mejores soportes para la defensa de la Historia nacional de nuestros pueblos latinoamericanos.

M.B.-I.

Caracas, 15 de septiembre de 1952.

NUESTROS ESTUDIOS HISTORICOS*

Historia es la forma espiritual en que una cultura se rinde cuenta de su pasado. —Huizinga. El Concepto de la Historia.

Hace algunos años nos decía un historiador ya muerto que las investigaciones históricas en Venezuela habían llegado a tal grado de adelanto que sólo esperaban la perspicacia de un Taine que reconstruyese las leyes e hilos del pasado. *Pese al optimismo* del sabio compañero, creemos que apenas empezaron la labor de metodizar el estudio de nuestros anales y que falta algún tiempo aún para que pueda en verdad comenzarse una racional labor de reconstrucción de nuestro pasado.

Si ya a mediados del siglo último poseíamos buenas y ricas fuentes documentales y narrativas, no era con mucho el criterio aplicado a los estudios históricos capaz de fijar líneas precisas de orientación para un descombramiento científico que permitiese una construcción con características formales.

Hubo afán de hacer historia durante los años iniciales de la República, mas el numen que guió a los trabajadores estuvo circunscrito a las grandes hazañas de la epopeya emancipadora. Se miró como ley o *fiat* de nuestro proceso de pueblo la lucha por la independencia, y en ésta como causal y guía, el pensamiento de los héroes que condujeron la guerra. El aspecto heroico de este período miró a la exaltación providencialista de los hombres, y, recién salidos de la matriz colonial, el discurso histórico hubo de adquirir carácter *polémico* que defendiese las razones de la independencia. Más que historia crítica se escribió historia política, enderezada a justificar la revolución, y harto especioso sería pedir hoy que los hombres de la nueva república hubiesen tenido para el juicio del pasado la claridad que alumbró en sus últimos años la mente desencantada de Bolívar. El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fue el vestido que más gustó a nuestros historiadores del

* *Revista de Historia de América*. Dic. 1947. No. 24. México.

siglo pasado y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera etc. Sin pretenderlo, los historiadores crearon un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo, por cuanto promovieron con el ditirambo de los hombres representativos, una actitud de espasmo ante lo heroico. La vivencia histórica se buscó en la belleza de los hechos y en el contorno de los tipos "valientes" que pudieran servir para una especial ejemplificación. Lamartine, Michelet, Quinet y Sismondi fueron tomados como maestros de una historia que buscó, a pesar de los propios postulados de la escuela, el elemento personal del valor y de la audacia como determinativo de lo valioso heroico. Semejante literatura promovió una conciencia *sui generis*, que miró las espuelas de los hombres a caballo como argumento cívico.

Con los estudios de Lisandro Alvarado viró hacia otra posición la inteligencia de la Historia. La escuela positivista, explicada por Ernst y Villavicencio en la Universidad de Caracas, había abierto nuevos rumbos al pensamiento científico, y las doctrinas de Lamarck (discutidas desde los primeros años del siglo XIX en la propia Universidad), las de Darwin, Herder, Buckle, Spencer, Taine, Renán, Rossi y Lebon empezaron a florear en el criterio aplicado a la investigación de nuestro proceso histórico. Al rescoldo de estas nuevas luces se forjó la obra de Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, Angel César Rivas y Laureano Vallenilla Lanz, principales entre quienes estudiaron con criterio moderno nuestra historia de pueblo. Unos y otros proyectaron sobre el análisis del pasado la noción en moda, que veía la Historia, más que como disciplina literaria y filosófica, como capítulo de las ciencias físicas y naturales. Al amparo del determinismo y del psicociologismo se abrieron caminos que en forma indirecta provocaron una revisión realista de los hechos antiguos: el carácter orgánico de lo histórico se impuso sobre la vieja noción de una mera indagativa y de una entusiasta exposición de circunstancias. Más que al relato se atendió al contenido positivo de los hechos. El eslabón que une el presente con el pasado pidió mayor amplitud de búsqueda y aun para la propia interpretación de la "edad heroica", se buscó el nexo causal que explicase los movimientos sociales. Este proceso concluyó por abrir la etapa que podríamos llamar del "revisiónismo colonial".

Se juzgó que ninguna época histórica en lugar alguno puede estudiarse y comprenderse sin el conocimiento previo de las épocas ante-

riores. Así entre algunos escritores, fieles tanto al romanticismo heroico y al iluminismo del siglo XVIII, como a la disvaliosa polémica de los primeros tiempos, perdurase la idea de que pudiera existir un “hiato” o pausa entre la Colonia y la República, se hizo, sin embargo, campo cierto la tesis realista de que sin el estudio constructivo de nuestro pasado español, (pasado nuestro, no de agentes peninsulares), por jamás podría comprenderse el proceso de la república. A pesar de ser por demás meritoria y orientadora la aportación de los nuevos métodos, el carácter de ciertas conclusiones condujo a una apreciación pesimista de nuestra propia vida social. Estudiando el hecho histórico como simple fenómeno de reacciones primitivas y orgánicas, e influidos los investigadores por los principios en uso, que hallaban en fórmulas raciológicas, en complicados axiomas de herencia, en fatales circunloquios telúricos y en la exaltación de los instintos biológicos la razón de ser de aquéllos, produjeron una “conciencia de realidad”, que desembocó especialmente en los estudios de Vallenilla Lanz, en toda una filosofía del hecho de fuerza como expresión permanente de lo histórico venezolano. (Aprovechando fórmulas falsas, se ha creado la peligrosa tesis del “gendarmismo”, como método de gobernarse la sociedad venezolana). Sin advertirlo, los autores llegaron, de ensayo en ensayo, sobre la primitiva fórmula del monismo evolucionista, a edificar el hecho de cultura sobre una concepción físico-antropológica que miró al soma con prescindencia de las valorizaciones psíquicas.

Pero a la labor iniciada por Rivas, Arcaya, Vallenilla Lanz y Gil Fortoul se sumaron la investigación y el discurso de Tulio Febres Cordero, Lino Duarte Level, Caracciolo Parra Pérez, Rufino Blanco-Fombona, Eloy G. González, Caracciolo Parra León, Rafael Domínguez, Nicolás E. Navarro, Vicente Dávila, Luis Alberto Sucre, Héctor García Chuecos y algunos más, quienes, con disperso criterio dualista, buscaron la explicación del proceso histórico colonial en hechos de cultura más que en fórmulas deterministas. Sobre la magnífica aportación historiográfica de Arístides Rojas, pionero de archivos y museos; con la ayuda del material, desordenado y a veces baladí, de Manuel Landaeta Rosales; husmeando en la estupenda colección de Blanco y Azpúrua, tan impropia-mente llamada “Documentos para la Vida Pública del Libertador”; con consulta de los fondos del Archivo General de la Nación y de las copias de Sevilla que enriquecen la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, los investigadores han tenido a la mano ricos papeles que facilitan la indagación del proceso colonial. Mas, la corriente nueva, si

bien ha logrado una serie de rectificaciones y ha suscitado una nueva polémica de carácter doctrinario, no ha obtenido aún la sistematización que permita una clara e integral concepción del pasado. Apenas se ha logrado la fijación de hitos firmes para futuros trabajos.

Los factores humanos que se conjugaron para la formación de la sociedad colonial, (español, indio y negro), no se han investigado en la medida deseable. Por lo que dice a los elementos etnográficos y etnológicos se ha carecido hasta hoy de una sistemática que preste soluciones armoniosas. Los trabajos de Gaspar Marcano, Ernst, Arístides Rojas, Rafael María Urrecheaga, Monseñor Jáuregui, en el siglo pasado, enderezados al estudio *in situ* del hombre aborigen, ayudados eficazísimamente por la aportación de investigadores extranjeros, han tenido continuadores entusiastas en Lisandro Alvarado, Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero, Julio C. Salas, Elías Toro, Amílcar Fonseca, Pedro Manuel Arcaya, Américo Briceño Valero, Samuel Darío Maldonado, Bartolomé Tavera Acosta, Abelardo Gorrochotegui, Rafael Requena, Luis R. Oramas, Gilberto Antolínez, Walter Dupouy, Juan Liscano, Antonio Requena, Arturo Guevara, Tulio López Ramírez, Julio Febres Cordero G., Hno. Nectario María, y especialmente en Miguel Acosta Saignes, a quien corresponde el mérito de haber promovido la creación del Departamento de Antropología en la Universidad de Caracas, donde habrán de adquirir normas científicas las nuevas investigaciones y donde se dará seguramente una orientación de equipo al trabajo de los estudiosos.

Coadyuvante del progreso de los estudios históricos ha sido la formación de museos y el arreglo de los archivos. A la labor de Ernst y de Arístides Rojas se debió en el siglo pasado la primitiva organización de nuestros museos de historia civil y de historia natural.* Mas, dichos institutos fueron hasta época muy reciente, centros muertos, carentes de la sistematización que les permitiera su indiscutible función didáctica. En cuanto a nuestros archivos, aprovechados sin método por los laboriosos compiladores del siglo último, y así hayan servido a partir de 1912 de excelentes centros de divulgación, no han rendido todo el fruto deseable. La meritísima labor de clasificación y catalogación realizada en el Archivo General de la Nación y la reproducción en su Boletín de los índices generales, si en verdad constituyen una rica contribución para

* Ver nuestra publicación *Régimen de Archivos y Museos Nacionales*, Tip. Americana, 1946.

el conocimiento de nuestras fuentes históricas, son apenas parte de la obra a que está destinado el Instituto. Junto a la labor de oficina, cumplida en función burocrática, ha faltado la promoción de un espíritu de trabajo en equipo que sistematice la investigación y dé al Archivo el carácter de Centro de Investigaciones históricas que le reconoce la Ley de 1945, sobre su antigua función de depósito de fondos documentales. En este sentido se intentó en 1941 la formación de un Seminario de paleografía y de investigación archivística, que de haber proseguido hubiera sido parte a caracterizar el trabajo futuro.

La carencia de espíritu de acoplamiento en la labor histórica ha sido una de las causas fundamentales del poco desarrollo de nuestro espíritu investigador. La obra histórica nuestra ha estado representada por el meritísimo esfuerzo señero de los amantes de la Historia. ¿Dónde la escuela que pudieron formar Alvarado, Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz? El trabajo de éstos, como el de la generalidad de los historiadores, se realizó en forma individual, venciendo grandes obstáculos y sin crear el espíritu de grupo llamado a proseguirlo. Para tener discípulos inmediatos se ha necesitado profesar la materia en algún instituto de secundaria, como en el caso de Eloy G. González. Como obra colectiva de trabajo sólo puede presentarse la labor realizada en el Archivo General de la Nación, mas este trabajo, según ya hemos dicho, sólo puede presentarse como fruto de una consigna burocrática encaminada al arreglo de papeles antiguos. Si mucho representan las publicaciones del Instituto (Causas de Infidencias, Encomiendas, Hojas Militares, Diccionario de Ilustres Próceres, Orígenes de la Hacienda, Indices de secciones etc.), no tienen aún el carácter de indagación y de exámen crítico que están pidiendo sus ricos fondos documentales. Para ello ha faltado una sistematización didáctica de los estudios históricos, que permita orientar vocaciones y ordenar el trabajo de los investigadores. Según el plan que se estudia para el desarrollo de las futuras actividades de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad caraqueña, es de esperarse la próxima creación de un Departamento de Historia, donde se puedan emprender estudios científicos y literarios que faciliten la racionalización de una investigación que supere la etapa de los estudios individuales.*

* El Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, cuenta con una Cátedra de Introducción a la Historia; una de Historia de América; dos de Historia de Venezuela (Colonia y República); una de Historia de la Literatura Venezolana.

Justamente hemos llegado a un estado de conciencia que permite revisar con éxito nuestro proceso histórico. Ya ha declinado la época en que se juzgó actitud antipatriótica censurar la personalidad de los héroes de la independencia y en que se miró como anhelo de retorno servil la justificación "*en tiempo*" del período colonial. Entre nuestros estudiosos, cualquiera que sea su posición doctrinaria diferencial, han aparecido retoños de urgencia hacia una nueva obra sin prejuicios ni silencios interesados. Pero ella reclama una conciencia de grupo, un *concepto previo que lleve a considerar las disciplinas históricas como proceso que pide la cooperación armoniosa de un conjunto de trabajadores.*

Si como fruto de trabajo aislado, nuestra bibliografía histórica presenta obras de densidad y brillo que prestigian nuestras letras, ¿qué no cosecharía mañana el trabajo en equipo de los nuevos investigadores? A ello debe caminarse con un sentido de realidad y con espíritu de verdadero patriotismo. Urge dar al trabajo histórico un carácter de comunicatividad y de cooperación que lo aleje de la vieja actitud silenciosa que hacía mirar en el estudioso de Historia una especie de mago, *guardador de los secretos del tiempo, a quien pareciera mover un candoroso deseo de ganar albricias.*

De lo expuesto y en cuanto a su caracterología, la Historia de nuestra Historia podría enmarcarse en los siguientes ciclos:

1º - *Ciclo de la conquista y la colonia.* Lo representan el acervo de los primeros cronistas de tipo particular (Castellanos, Aguado, Simón, Piedrahita, Oviedo y Baños, etc.), las relaciones de tipo general indiano, los viejos relatos de viajeros, los documentos de los propios conquistadores (Federmann), las relaciones obandinas (1572-1585), las divulgaciones y los estudios etnográficos y lingüísticos de los misioneros, las visitas e informes generales (Martí, Olavarriaga, Iturriaga etc.).

2º - *Ciclo heroico.* De carácter literario y polémico, que tomó como centro de interés para el estudio del pasado la lucha de Independencia y la exaltación romántica de sus hombres. (Yanes, Baralt, J. V. González, Larrazábal, etc.).

3º - *Ciclo científico,* cuyas realizaciones pudieran encuadrarse así:

a) El estudio del hombre primitivo venezolano. (Ernst, Marcano, Rojas, Alvarado, Salas, Jahn, etc.).

b) La historiografía con consulta documental. (Rojas, Febres Cordero, etc.).

c) La revisión crítica del proceso anterior a la Independencia y la aplicación de ideas positivistas en la interpretación del hecho histórico venezolano. (Alvarado, Angel César Rivas, Pedro Manuel Arcaya, Laureano Vallenilla Lanz, etc.).

d) La publicación oficial de grandes colecciones documentales. Blanco y Azpúrua, Anales de Venezuela, O' Leary, Cartas del Libertador, Archivo de Miranda, Archivo de Sucre, etc.).

e) Las tentativas de organización archivística.

f) El neo-revisionismo contemporáneo (Augusto Mijares, Santiago Key Ayala, Arturo Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, Enrique Bernardo Núñez, Cristóbal L. Mendoza, Mariano Picón Salas, Jesús Antonio Cova, Luis Beltrán Guerrero, Ambrosio Perera, Eduardo Arcila Farías, Juan Oropesa, Carlos Irazábal, Julio Febres Cordero, Mercedes Fermín, Héctor Parra Márquez, Casto Fulgencio López, Jesús Arocha Moreno, J. A. Armas Chitty, Arellano Moreno, Rondón Márquez, José Nucete Sardi, Luis Acosta Rodríguez, Juan Liscano, Juan Saturno, Rafael Pinzón, Siso Martínez, Pedro José Muñoz, Fernando Carrasquel, Joaquín Gabaldón Márquez, Ismael Puerta Flores, Carlos Felice Cardot, Polanco Martínez, Giménez Landínez, Montaner, etc.).

Aventurado y arbitrario sería pensar que entre el segundo y el tercer ciclo existe una separación ideológica que permita dar por abolido el criterio que inspiró a los historiadores de su tiempo. Aun en la etapa que nos atrevemos a llamar del neo-revisionismo, subsisten escritores de historia que permanecen fieles a las líneas mentales que inspiraron a los románticos del siglo pasado.

Sin embargo, y así la Academia Nacional de la Historia haya realizado por más de cincuenta años una fecunda labor de divulgación y de enriquecimiento de los instrumentos generales, nuestros estudios históricos, no sólo desde el punto de vista de la eurística, adolecen de retardo en lo que dice a metodología interpretativa. El plano de la historiografía retiene a muchos trabajadores. Se necesita formar un recto concepto historicista que busque para la exposición y la crítica de los hechos la aportación de las nuevas conclusiones filosóficas ensayadas para la explicación de los complejos procesos sociales, en cuyo alumbramiento disputan aquellos que explican al hombre, según decir de Sheller, como "un portador de espíritu" y lo que, fieles al monismo materialista, reducen los fenómenos de la cultura a mera culminación de reacciones

orgánicas sin espíritu. Para airear este nuevo paso de nuestros estudios históricos, urge variar su propia concepción metódica: junto al investigador, el intérprete que sea capaz de mirar más allá del campo estático de los datos. Volviendo las aguas del tiempo, hacer del historiador lo que los jonios del siglo VI expresaron con el vocablo "histor". El indagador que conoce y explica la verdad. Para llegar a ese momento, precisa invertir una serie de supuestos aún cargados de vigencia. Urge que el historiador venezolano, apartándose definitivamente de la idea de guardador de una gloria mayestática, mire al deber de dar vida, con fines presentes de comprensión social, al mundo de la Historia, no en su mera concepción de disciplina cultural, sino en su profundo y permanente valor de hechos que hablan en la pervivencia de la sociedad. Para interpretar lo actual, es decir, la vida visible del pueblo, necesitamos conocer las reacciones ocurridas en la época que nos vela el tiempo. Como inmenso cuerpo humano para cuya anatomía se le hubiese colocado la mitad en cámara luminosa y la mitad en otra cámara, adonde no podemos penetrar materialmente, la sociedad reclama las voces de quienes en el recinto vedado tienen el secreto de las reacciones que no vemos. Asimismo, para que en la vida de hoy se vea la continuidad imperiosa del remoto ayer, es necesario estudiar con fines de complementación y de balance creador el mundo antecedente. Para llegar a ello, debemos encaminar nuestros mejores esfuerzos hacia una etapa historicista que nos capacite, por medio de mejores instrumentos de investigación y de crítica, para el cabal conocimiento de las leyes de nuestro desenvolvimiento de pueblo. Y hecho el balance de nuestras deficiencias, buscar con optimismo la enmienda de nuestros errores sociales y precaver la deformación de nuestra conciencia nacional.

SUELO Y HOMBRES*

Cualquier estudio severo de nuestra Historia nacional debe comenzar por el examen del área geográfica donde se ha movido nuestra sociedad histórica y por el examen sincero y profundo de los diversos elementos étnicos que se conjugaron para producir el alegre y calumniado mestizaje venezolano.

Lamentablemente nuestros estudios geográficos carecen de las condiciones requeridas para que se pueda tener de ellos una síntesis apropiada al logro de una visión de conjunto de nuestro suelo y su función ecológica. Quizá entre los factores que ponen más de bulto la tragedia de nuestra desidia nacional, ocupa sitio avanzado la pobreza de nuestros estudios geográficos y estadísticos. Como todo lo hemos hecho a la buena de Dios, que con frecuencia ha resultado ser la mala del Diablo, jamás hemos pensado en comenzar las cosas por sus principios. En 1841, Agustín Codazzi preparó, como complemento de su gran carta y de su atlas estupendo, su "Geografía de Venezuela", e hizo que el ilustre Rafael María Baralt y don Ramón Díaz escribiesen su magnífica "Historia". Pensó Codazzi con lógica simplista: primero el suelo, después el drama que lo tuvo de escenario. Para abonar el prestigio de la Geografía, pidió al historiador el relato de las hazañas que tuvieron por marco la grande área, cuyas cualidades y condiciones físicas estudió, palmo a palmo, sobre los caminos patrios. Codazzi entendió que suelo y hombres hacen una unidad funcional, cuyo producto es la cultura que recogen analistas y folkloristas y que explican los sociólogos y los filósofos. Sin el estudio del relieve geográfico y de sus condiciones esenciales, no es posible, tampoco, la fijación de normas que hagan provechosas las actividades futuras de la colectividad.

* Lectura en el Ateneo de Valencia.

La Patria se mete por los ojos. Con el paisaje se recibe la primera lección de Historia. Entender nuestra Geografía y escuchar sus voces, es tanto como adentrarnos en el maravilloso secreto de nuestra vida social. La cultura, así adquiera los contornos de la Acrópolis griega, mantiene siempre su primitivo signo vegetal. La Geografía es de indispensable conocimiento para la comprensión de la problemática social. El suelo define en parte el destino de los pueblos. Los hace mineros, pastores, agricultores, pescadores o industriales. La ladera y la llanura configuran tipos a quienes diferencia la actitud que toman cuando roturan los sembradíos. El hombre que crece en la llanura y frente al mar acostumbra los ojos a una visión en línea recta. El montañés adquiere el hábito de la variante continua a que lo obligan cimas y abismos. El ribereño, junto con el dominio de las aguas, crea la confianza de que ellas le darán un nutrimento que ni lo ve nacer ni lo mira en su desarrollo esperanzado. En cambio, el recolector agrícola sabe que a diario ha de poner la mano en los sembrados. El minero tiene fe ciega de que la tierra le recompensará en un minuto fulgurante todo el tiempo que haya dedicado a soñar la áurea veta o la arena diamantífera. La montaña, el río, la ladera, el lago, la llanura producen tipos que, al diferir en razón de las peculiares condiciones para el trabajo y el enriquecimiento, promueven corrientes diversas en la propia relación social. ¿Qué decir de los hombres que viven y crecen en terrenos resecos, en arenales sin sombra o en hondonadas de rocas? ¿Qué pensar de los que viven en zonas insalubres, pobres de agua y ásperas de vientos?

La obra del hombre frente al suelo consiste en dominar la Geografía y ponerla al servicio de la cultura. "Venceremos la Naturaleza", exclamó Bolívar en uno de los momentos más trágicos de nuestra Historia. La frase fue tomada en distinto sentido del que le dio el Libertador, y aún teólogos amigos de su gloria se han puesto en el empeño de desvirtuirle la intención blasfema con que la propalaron los realistas. "Vencer la Naturaleza" es, en cambio, junto con un acto de fe suprema en las potencias del espíritu, todo un tratado de eficacia política, al cual nosotros culpablemente, hemos dado espaldas. Lejos de intentar que nuestro esfuerzo rinda la rebeldía de la Naturaleza, hemos creado una teoría determinista de nuestra Historia, la cual busca explicar nuestra sociedad como expresión de causas tan inmutables como la misma corteza terrestre. El fatalismo de esta hermenéutica pesimista ha subido hasta fórmulas que niegan la misma movilidad de la conciencia popular,

en su anhelo de anchar el radio de sus derechos inmanentes, luz y norte de toda Historia.

“Vencer la Naturaleza”, en orden a que sirva cabalmente a los fines de nuestro desarrollo, tampoco lo hemos podido hacer con método los venezolanos, por cuanto, además de haberla descuidado y entregado al extranjero, no la conocemos en toda la amplitud de sus posibilidades creadoras. Escasos y dispersos, nuestros estudios geográficos han carecido del carácter funcional que persiga, por medio del examen del ambiente, las posibilidades de hacer mejor la vida del hombre. Ni siquiera se nos ha ofrecido una geografía alegre que incite nuestro esfuerzo hacia el arraigo de la tierra. Aún en el orden del esparcimiento y de la distracción que reclama el hombre de los grandes centros urbanos, el venezolano busca horizontes extraños, por cuanto no se le ha enseñado a mirar su propio paisaje. Un interior sin caminos y sin posibilidades de alojamiento, no es, en realidad, para invitar a meterse en él.

Los españoles pensaron de diverso modo, y aunque no con el concepto moderno de los valores geográficos, buscaron desde el propio siglo XVI el mayor acopio de datos sobre el suelo de las Indias. Para completar las descripciones, frecuentemente delirantes, que estampaban los primeros cronistas, las autoridades de España giraron instrucciones para fijar de manera uniforme un sistema de redactar la descripción del suelo indiano. Las más antiguas acerca de nuestra regiones fueron formadas en el siglo XVI a requerimiento de Don Juan de Obando, Presidente del Real Consejo de Indias. Enredadas y confusas, las memorias y las relaciones de tierras y productos naturales y agrícolas, formadas durante nuestra era hispánica, acusan un propósito de ahondar los secretos del suelo como tema esencial para planificar una política. También lo pensaron así los hombres de la República y, posiblemente a iniciativa de Antonio Leocadio Guzmán en el primer Gabinete de Páez, el Ministerio de lo Interior solicitó de los Gobernadores amplios informes geográficos y estadísticos, muchos de los cuales fueron utilizados más tarde por Codazzi. Comprendió muy bien el sagaz estadista, a quien tocaba orientar las líneas organizativas de la Tercera República, que era preciso proseguir el camino de los geógrafos y de los estadígrafos que buscaron durante la época hispánica describir la tierra y recoger las cifras de la riqueza humana y de la riqueza territorial. Hoy conocemos la excelente labor de don Pedro José Olavarriaga, quien formó en 1721 el censo agropecuario de la primitiva provincia de Venezuela, y también los da-

tos estadísticos del Obispo Martí, los de Castro y Araoz y las noticias de Centurión, todas encaminadas a fijar importantes referencias sobre el desarrollo de la población y de su riqueza.

Hombre de amplia visión de gobernante, Guzmán Blanco hizo editar los famosos *Anuarios*, de donde arranca nuestra moderna estadística, valiosa a pesar de su discontinuación y de habérsela hecho muchas veces sin el verdadero sentido de sus fines. En los *Anuarios* guzmancistas junto con datos histórico-geográficos, se recogieron minuciosos cuadros que hoy sirven para juzgar el estado de nuestra riqueza y de nuestra cultura de entonces. Sabía el Ilustre Americano que el gobierno de una nación no es proceso empírico que puede realizarse sin previo conocimiento de las realidades sociales. Sin un profundo dominio de los problemas históricos, geográficos y sociológicos de una nación, no se podrá modificar alentosamente sus posibilidades constructivas. Por eso, hoy los Institutos geográficos y estadísticos han tomado un desarrollo inmenso en países, como el Brasil, digamos, donde sus hombres dirigentes tienen marcado empeño en aposentar una cultura.*

Entre nosotros se ha trabajado al milagro de las corazonadas y de los falsos aciertos. Hemos hecho nuestro camino público como el vagabundo que toma en los cruces la primera vía. Por ello, presentamos el curioso caso de que a estas alturas haya necesidad de decir a la gente, y a la gente que se llama directora, que es urgente hacer el balance histórico de nuestras posibilidades y que es de imperio ver sobre los cuadros del pasado los propios problemas que quedaron truncos en su resolución. Nada tan doloroso y que explique mejor la razón de nuestra crisis, como el espectáculo de un pueblo que quiere olvidarse de sí mismo y que sólo busca en su pasado los mortecinos fulgores de una gloria personalista, donde tuvo antaño relieve nuestra función humana.

Con el del suelo, el del hombre en su valorización antropológica, constituye problema de previa comprensión para quien pretenda explicar el desarrollo histórico de una comunidad. El hombre, tanto por su valor de individuo como por su significado integrador de las entidades sociales: pueblo, religión, ejército, raza, es el verdadero sujeto de la Historia. Sujeto en la actividad de crear hechos, y sujeto en la pasividad de

* El incansable trabajador DR. RICARDO ARCHILA, ilustre sanitarista e historiador de nuestra Medicina nacional, publicó en 1949 una valiosa monografía titulada *Orígenes de la Estadística Vital en Venezuela*.

estar incluido en la propia realidad de los procesos colectivos. El área geográfica, con sus múltiples alternativas y fenómenos, y el hombre, en la diversidad de sus manifestaciones físicas y morales, colectivas o individuales, son los temas donde tienen afínco y toman impulso las realizaciones que son objeto de la Historia. Benedetto Croce definió la Historia como una hazaña de la libertad. También es una hazaña por dominar, para esa misma libertad, los obstáculos de la naturaleza. Quienes busquen en el pensamiento de Bolívar un sentido creador que todavía pueda ayudarnos en nuestra lucha presente, ya tienen un programa de acción en su estupenda frase "Vencer la Naturaleza". Aún no hemos intentado vencerla, en el orden de dominar sus obstáculos y en el camino de aprovechar sus promesas.

Cuando el estudioso de nuestra Historia se empeña en buscar la explicación de los hechos cumplidos en nuestro territorio, ha de comenzar, una vez conocida la realidad geográfica donde se enmarcan nuestros pueblos, por indagar el valor de los hombres que llegaron a formar nuestra comunidad social. Bastante se ha hablado de nuestro mestizaje americano, y a él se imputan las grandes fallas que se observan en nuestro proceso de pueblo. A la ligera se ha juzgado el caso, y muchos hombres serios han parado en desesperar de nuestro porvenir, en razón del tan traído y tan mal llevado plasma mestizo. Somos en realidad un pueblo de trasplantes y de confluencia. En nuestro territorio se reunieron durante el siglo XVI grupos sociales correspondientes a disímiles culturas que iban a interferirse: el español, mestizo de muchos pueblos y con signos de marcada regionalidad peninsular; el indio, representado por diversas tribus, en condiciones de inmenso atraso; el negro, traído de distintas regiones del Africa esclavizada. Ninguno de los tres grupos poseía homogeneidad de valores étnicos y de hábitos sociales, pues aun el español, que iba a marcar con sus signos precisos y admirables, el nuevo orden social, difería entre sí según la oriunde regional de la Península. El andaluz, el catalán, el gallego y el extremeño, pusieron sus características diferenciales en los pueblos diversos donde aposentaron. (En Venezuela, por ejemplo, se observó hasta hace relativamente poco tiempo, cierta diferencia regional en el régimen de las aguas comuneras; su estudio, a través de los viejos sistemas de policía rural, serviría de hilo para llegar a los viejos derechos forales peninsulares, trasplantados por los primitivos pobladores). Pero el español, pese a estas curiosas diferencias, poseía una uniformidad de símbolos que lo colocaba en plano arrogante. El era quien venía a dar la mejor aporta-

ción para la mezcla. El era el pueblo con Historia que venía a unirse con tribus y grupos sin anales.

Cuando se puso a andar nuestro proceso social, él fue la cabeza. Poseía un histórico señorío de cultura. El indio, dueño antiguo de la tierra, aportaba apenas una modestísima experiencia agrícola. Claro que me refiero al indio nuestro. No al indio de México, Centro América y Perú, que mantenían la presencia de una antigua cultura. De los nuestros, algunos tenían sistemas artificiales de riego y labraban con gracia el algodón. La cerámica hallada en Occidente y en Tacarigua sirve para pensar en un pueblo antiguo o en comercio con regiones de avanzada cultura artística. Aunque pudieran tener los timoto-cuicas relaciones con los chibchas del altiplano de Cundinamarca, su nivel cultura era por demás bajo, mucho más si se piensa en las culturas, ya decaídas a la hora de la conquista, que los españoles hallaron en México, Centro América, Ecuador, Perú y Bolivia.

Pero el indio es factor muy principal para el estudio de nuestro mestizaje y para la comprensión del proceso formativo de los pueblos. Su aportación precisa verla, no sólo como elemento de trabajo en la formación material de la riqueza colonial, sino también en lo que representa para el nuevo sentido que adquirirán en nuestro suelo las fórmulas hispánicas. A su lado el mundo negro reclama, sin embargo, un mayor estudio y una más meditada comprensión. El simplismo con que se nos enseñó nuestro proceso antiguo ha sido parte a que el negro se haya visto como una uniforme masa esclava, dedicada al paciente laboreo de la mina, de la caña de azúcar y del cacao. Se empieza ahora, siguiendo el ejemplo de Nina Rodríguez, Arthur Ramos y Gilberto Freyre, en el Brasil, y de Fernando Ortiz, en Cuba, la investigación de nuestras raíces negras, a fin de establecer con la debida precisión los procesos de transculturización ocurridos en nuestro mundo americano. Se ha sabido que en los barcos negreros, Inglaterra y Portugal transportaron a nuestra América tribus enteras que gozaban en el territorio africano un grado apreciable de cultura. Reyes de mayor categoría que nuestros Piaches y Caciques aruacos y caribes, fueron trasladados a nuestro suelo para el laboreo de las minas. El Negro Miguel acaso no buscaba en Buria una corona nueva. Posiblemente sus hombros habían sentido el suave y adulator peso de la púrpura en tierras africanas. (Por ligereza hemos llegado, yo mismo caí en ello, a negar la dimensión del Rey Miguel y a verlo como mero expediente del español para acrecer sus méritos). Más que

el indio, el negro fue muro de resistencia y de rebeldía contra las autoridades españolas. En papeles de Trujillo, correspondientes al siglo xvii, he leído acerca de expediciones encargadas de reducir las "cimarroneras" alzadas. El "quilombo" apareció por ello como el homenaje de su rebeldía. Mientras en Coro, Maracaibo y Güiría se oye a los negros vocear la revolución a fines del siglo xviii, el Capitán Sevilla anota en sus "Memorias" la sorpresa que le causó ver a los indios de Oriente engrosar entusiastas los pelotones del Rey. Y como el español no se desdendió del ayuntamiento con una y otra razas, luego el torrente sanguíneo mostró un pulso entero.

Yo, por ejemplo, considero que lo negro no es reato alguno para nuestro progreso, así lo pregonen quienes olvidan graves e innegables compromisos. Creo, de lo contrario, que el negro, ya presente en el plasma del español, constituye una fuerza viva que no aportó el indio, de malicioso y resignado genio. Además, si en verdad los signos que dan dignidad y categoría histórica a nuestra cultura provienen del conquistador español que trasportó a las Indias la Historia cargada de siglos del viejo mundo, también es cierto que el negro y el indio dieron lo que era suyo, en vicios y virtudes, para la formación de lo que socialmente hoy somos. El sentido igualitario del español promovió la síntesis de sangre que trajo por resultado nuestro mestizaje, raíz y afínco de la democracia social de Hispanoamérica. En cambio, el puritanismo del Norte y el genio clasista del anglosajón, provocaron la espantosa paradoja de la desigualdad que consagran y legitiman las leyes norteamericanas. Entre los yanquis, una gota de sangre negra desfigura y negrea la más blanca prosapia; entre nosotros, una gota de sangre blanca modifica favorablemente las más negras estirpes.

Pueblo con grandes posibilidades de mejoramiento, el nuestro lo habría logrado ya, si le hubiesen ofrecido medios idóneos para levantar el nivel de su cultura. Pero, los dirigentes que han tenido en las manos el gobernalle de la nave, no han pensado en el pueblo sino como mero soporte de sus necesidades y caprichos. Buen pueblo para llamarlo a engrosar las tropas que han derramado su sangre en los campos de batalla donde lucía el ímpetu de los mandones; buen pueblo para llevarlo a recoger la cosecha de cacao, de caña o de café; buen pueblo para que en el pozo petrolero trabaje día y noche en beneficio de las empresas extranjeras. Pero a ese buen pueblo no se le ha educado cívicamente para otra misión que no sea dar su respaldo a las autoridades del momento. Se le

mantiene en la alegría de sus formas primitivas, pero no se le indican los caminos de que su grito se convierta en voz deliberante. Ese pueblo con cultura puede, en cambio, superar todos sus reatos y puede volver a realizar la hazaña portentosa que le dio el mayorazgo de la libertad en América. Si no ha reaparecido plenamente en el campo de la Historia, es por la simplísima razón de que no se le ha buscado ni se le ha hecho conocer el sentido de su propia misión de pueblo.

Los eximios patricios civiles que hicieron la Independencia, necesitando la fuerza del pueblo, fueron a él para predicarle directamente las consignas nuevas. Por ello, en grandes generales concluyeron antiguos universitarios. Prodigioso ejército de letrados, en el cual hasta el Licenciado Miguel José Sanz —honra y prez de esta altiva y noble ciudad— tomó una lanza para acabar con Boves. Estos maravillosos creadores de la República compartieron con Juan Pueblo su ración de casabe y de cecina. Ellos se sabían constructores de casa libre para todos, y buscaron a los hombres para predicarles el decoro y la libertad, y para decirles, también, la manera cívica de ser pueblo.

La Historia sirve para pintarnos el proceso doloroso por medio del cual se desvió el paso cívico, y los dirigentes encargados de iluminar caminos, le marcaron rumbos oscuros a la colectividad. Pareció a muchos que era más cómodo buscar un hombre que buscar un pueblo. Y la Historia se dividió en dos partes: la de quienes quisieron que el poder lo ejerciese Vargas en nombre de la mayoría, y la de quienes prefirieron seguir a ciegas la voluntad de Páez.

Se dice que de esta división tremenda tienen la culpa nuestra Geografía y nuestro pueblo. Se imputan al suelo deficiencias que justificarían la permanencia fatal de determinados vicios sociales: se acumulan al pueblo, por su estructura mestiza y por la aspereza del medio, factores de imposible superación. Pero así no es el cuento. Una centrada meditación acerca de nuestro pasado histórico, nos puede llevar a la certeza de que si carece de posibilidades cívicas nuestro pueblo, todo se debe a que a ello ha querido inclinarlo la voluntad de quienes —doctores y generales— más lo han visto como medio de beneficio personal que como fin racional de la organización estatal.

Muchos han falseado la propia interpretación de nuestra Historia y han erigido crasos errores en normas inmutables. Nuestra Historia, como explicación de nuestra propia vida social y como puerta para antever el

futuro, clama por voluntades esforzadas que salven su verdad, es decir, la verdad de nuestro propio destino histórico. Dentro se la destruye, fuera se la niega. La verdad de lo que somos, reclama el exhaustivo examen de la realidad de lo que fuimos. Pero nuestra Historia está enferma de mala intención en su propia raíz estructural. Y porque no sabemos lo que somos, carecemos del canon social que nos permita defendernos de nosotros mismos y de los aventureros extraños que desearían ver en nuestras plazas mayores la estatua del pintoresco Walter Raleigh o la de Walker el esclavista, en lugar de la estatua solemne de Simón Bolívar.

Pareciera que al circunscribir al mestizaje afro-indo-hispánico el soporte humano de nuestra Historia, yo estuviese cerrando muros a la universalidad de los procesos integradores de la cultura. Abiertas con la República nuestras puertas a toda inmigración, el país recibió durante el siglo último una magnífica aportación de sangre, distinta de la sangre tradicional de nuestro pueblo. Con ella vinieron ideas y hábitos que luego se fundieron con los hábitos e ideas cargados de solera venezolana. Hoy, dicho proceso, lejos de restringirse, tiene abiertas todas las posibilidades, con promesa de contribuir de buena manera al progreso de la República. Con la inmigración nos viene la refrescante cultura del mundo. América la necesita. Venezuela la reclama. Con la gracia del injerto, queremos en cambio, que no se pierda la continuidad histórica de nuestro pueblo. Martí lo dijo con palabras de admirable elocuencia: "Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas". La función troncal invocada por José Martí la desempeñan la tradición y la Historia nacionales. Ellas tienen la misión de configurar, para la nueva realidad social, el alma de los forasteros que vienen a sumarse a nuestra actividad cotidiana. En su rico hontanar duermen los dioses que dan unidad al destino de los pueblos.

Hechas a un lado, en cambio, la tradición y la Historia de Venezuela, como fuerza aglutinante de la nueva sociedad, proliferaría en nuestro país el espíritu disolvente que le marcaran los distintos grupos y los varios hábitos importados. Dejaría de ser la Venezuela perpetua, para tornarse en nueva comunidad, donde nuestros nombres y los nombres de nuestros mayores no tendrían razón de ser recordados. Perderíamos hasta el derecho de ser contados como muertos en el orden de la Patria futura. El vigor de la Historia, en cambio, va hasta darnos en los tiempos por venir una realidad de creación y de permanencia dentro del área moral de la República.

AMBITO Y RAZON DEL HUMANISMO AMERICANO*

No uno sino mil diversos temas acuden raudos a la mente en la oportunidad de ser memorado el día feliz cuando Cristóbal Colón sentó huella en las playas del nuevo mundo americano. En aquel momento concluía una audaz aventura y comenzaba un largo drama. Hoy, cuando en cortas horas rendimos por los aires la inmensidad atlántica, es difícil medir el acento trágico del viaje colombino. Si los portugueses habían realizado ya la ruta de los grandes mares de la India, puede decirse que se habían movido en un plano de mayor realidad y, consiguientemente, de menor incertidumbre. Hicieron casi un viaje de reencuentro de rutas presumidas. Colón, en cambio, iba en pos de un misterio y de una hipótesis. Más que un nuevo objetivo asiático, perseguía una finalidad de descubrimiento universalista. Se salía de la línea de los horizontes comunes para meterse en la tiniebla profunda y salvaje del océano. Su brújula iba a derivar sobre campos completamente inciertos, en pos del complemento dimensional de la teórica esfera terrestre. El día y la noche eran igualmente misteriosos para los navegantes de las tres carabelas del milagro. La misma luz solar resultaba otra en su nuevo esplendor maravilloso y cuando la aguja imantada, al variar de campo, dio por resultado un cálculo que no cabía en la normal arrojada por el cuaderno de bitácora, Colón, firme en su gran fe, no quiso mostrar ante sus compañeros ninguna sombra de duda, y achacó a equivocado movimiento de las estrellas y no a falla de su cálculo, la diferencia marcada por la brújula. En medio de aquel caos oceánico era posible pensar que las mismas estrellas erraran. En cambio, Colón, que era el hombre en pos del complemento de su mundo, no podía equivocarse. En aquel momento y en aquel sitio él tenía poder para alterar la geografía y para variar la astronomía y aun para agregar, en razón de sus diálogos con Dios, nuevos escolios a las

* Lectura en el Ateneo de Caracas, el 12-10-51.

sentencias teológicas. El era el hombre en la plenitud del goce de sus potencias creadoras. Llevaba entre sus manos el propio destino de la Historia universal, hasta entonces enmarcada en un mundo que, para redondear sus conceptos, tenía que subir o que bajar hacia planos de alucinante fantasía. El iba a transformar una geografía imaginativa que hasta para el examen de los fenómenos atmosféricos, hacía cuenta, junto con las tempestades y con los huracanes, de toda una subalterna mitología de pesadilla. Viaja Colón hacia occidente, y el mascarón de sus naves va rompiendo el secreto de las sombras espantosas, de cuya vigilancia estuvo encargado el feroz Melkarth, perpetuo custodio de las columnas que separaban el *Mare Nostrum* del *Mare Tenebrosum*. (Los fenicios, temerosos de que las sombras oceánicas pudieran oscurecer el milagroso mar interior que servía de asiento a la vieja civilización del hombre, confiaron a su Hércules impávido el gobierno de las tinieblas).

En aquellos momentos el mundo iba con Colón tras la verdad de su propia dimensión cósmica. La hipótesis de la redondez de la tierra era sometida a prueba de experiencia, gracias a la audacia de un puñado de aventureros que seguían el pensamiento y la voluntad de un heroico visionario del mar. Sus nombres los recogió la Historia para darles parte de la gloria del descubrimiento. Son: Juan de la Cosa, los seis Pinzones, los ocho Niños, Rodríguez Bermejo, Rodrigo de Triana, Cristóbal Quintero, Gómez Roscón y muchos hombres más, reclutados entre gente del pueblo, que hacían junto con la del Almirante, una enérgica voluntad de mando. Como en la cosmogonía de Thales de Mileto, el mundo resalta de las aguas: *aqua principium mundi est*. Si ahora el líquido elemento no le trasmite vida en un sentido orgánico, le da, en cambio, existencia en lo que dice a su propia categoría de universo. Son en realidad días de retrasada creación, en los cuales las palabras desesperadas que de la *Santa María* pasan a *La Pinta* y a *La Niña*, se confunden en medio del silencio del mar, con el eco previviente de las mismas palabras del Verbo creador. Colón, a la cabeza de sus hombres audaces, supera a los más fieros capitanes de todos los tiempos. El cumple un sino, cuya universalidad, si bien no la comprende claramente, la siente como poderoso ímpetu de acción. Más que una aventura marina. Colón realiza una empresa cuyas proporciones carecen de antecedentes en las viejas jornadas históricas. Supera al Macedonio, cuando éste fue a buscar los secretos de la filosofía oriental para producir en Alejandría el espiritualismo neoplatónico. Moisés mismo, para el milagro de su viaje, necesitó que Jehová se cara la ruta marina, a fin de ganar la otra ribera del Mar Rojo. De la

expedición de Alejandro, el mundo antiguo fue a parar a la tumba de los Faraones, donde durmió largos sueños. Al sacar a los israelitas de Egipto, Moisés apenas aseguraba a la de Abraham el reducido ámbito de una geografía nacionalista, que aún provoca problemas en el mundo. Con el viaje de Colón el hombre, en cambio, se completaba a sí mismo como agente universal de cultura. La Historia, si pudiera hacer pausas, se habría detenido en aquellos días del viaje, para mirar hacia atrás y medir lo que había sido sobre una trunca área geográfica, y lo que habría de ser sobre la geografía integral destinada a su función humana.

Más que examinar la noma dimensión del hombre que sabe poner la férrea mano en el peligroso gobernalle, sobre la cabeza y en el corazón del gran Almirante del Mar Océano, podemos intuir el secreto de las fuerzas que se conjugaban para hacer de la inteligencia del hombre instrumento verdadero de la Historia universal. Con la aventura colombiana, surge un nuevo sentido al humanismo, que se acopla con frescura al humanismo helénico, de nuevo vigente en Europa por el descombramiento y la divulgación de las letras clásicas. Los místicos mensajes que durante la apretada Edad Media habían caldeado la mente risueña de Francisco de Asís y de Joaquín de Fiore, exprimirán también su hondo sentido religioso en los perseguidores de la nueva edad de oro que se busca en las tierras desconocidas. Colón venía a ofrecer para ello al hombre europeo un ancho campo geográfico, donde la *República* de Platón se iba a transformar en la *Utopía* de Tomás Moro y donde la *Heliópolis* de Diódoro reviviría en la *Ciudad Sol* de Campanella. Aquel viaje maravilloso de 1492, de cuya primera etapa conmemoramos hoy el feliz término, fue manera de anchuroso delta donde se multiplicaron para una función recreadora las posibilidades del pensamiento antiguo. Un nuevo concepto del mundo y de la vida se abría como elemento capaz de dar otro valor al destino histórico del hombre. Surgía, pues, un humanismo, en el cual el antropocentrismo griego y el teocentrismo de la *Philosophia Christi* que entusiasmaba a Europa, pueden unirse, de manera que la tierra nueva sea un anticipo de la realidad divina del destino del hombre, tal como llegó a intuirlo en los planes de sus fundaciones piadosas para Nueva España, el sutil y noble espíritu de Vasco de Quiroga.

El divagar del pensamiento, que aún más que los propios vientos benévolos hacía bolinear las velas de las naves audaces, perdió su campo de azulosas aguas cuando un hombre, — ¿quién? — ¿Rodrigo de Triana? — ¿otro cualquiera? — anunció la voz ansiada del milagro. ¡Tie-

rra! — ¡Realidad! — ¡Exito! — Final de la carrera. El sueño que precede a toda gran realización, deshacía su cortinaje para dar sitio pleno al perseguido fin. Tierra. Realidad. Destino nuevo.

El valor mágico de la aventura oceánica desaparece, como desaparecen los dolores del parto, para que ocupen el tinglado de la acción los hombres encargados de montar el nuevo drama. En las carabelas de Colón, junto con el propósito mercantil de hallar otra ruta hacia el remoto reino de las especias, viaja, oculto y enérgico, un empeño de amplitud humana. Marco Polo había iluminado las veladas del Adriático con relatos maravillosos del Oriente, que llevaron al propio ánimo de Colón el propósito de navegar hacia el oeste en busca del placentero Cathay de los relatos. El hombre mediterráneo sabía de otras áreas de maravillosa cultura y de opulenta riqueza y en sus cartas Toscanelli aseveraba la posibilidad de llegarse a regiones de abundante riqueza. Se hablaba de un “cammino sicurissimo” hacia las tierras del Gran Kham, aunque aquella seguridad no había sido aprobada por ningún testigo. Pero a su final se esperaba tropezar con la Hespérides, con el Cipango o con El Dorado, que como imágenes delirantes, habían servido de permanente fermentario a muchos sueños.

Colón, sin embargo, llegaba a una tierra desierta de cultura, donde apenas lucía la naturaleza la sonriente opulencia vegetal del Caribe. Su aventura asiática se ha convertido en aventura cósmica. Hombres asustados y desnudos se acercaron al prodigio de las imponentes carabelas. Junto con estas criaturas indefensas, que miraban como dioses a los hombres blancos y fuertes surgidos de las aguas, se acurrucaban silenciosos perros. Entre los hechos que en su diario apunta Colón, deja nota de la falta de ladrido en los sumisos canes antillanos. El los cree mudos, pero no hay tal. El ladrido forma parte de un sistema humano de cultura. El perro como perro tiene la propiedad de aullar. El perro ladra como compañero del hombre. En un mundo sin plena palabra humana, los perros tenían que vivir ausentes de ladrido. El caribe y el aruaco, con quienes Colón tropezaba, no habían enseñado aún al galgo amigo el signo fonético de la domesticidad, por cuanto ellos aún no habían adquirido una forma y un sentido histórico de la existencia. Esa forma y ese sentido les venía en el fondo de las carabelas colombinas. Ya el drama empieza.

Cuando a la alegre Europa renacentista llegó el eco cargado de promesas que anunciaba el descubrimiento de las nuevas tierras, un ímpetu de viaje y de aventura hinchó el ánimo de navegantes y de reyes. Los

portugueses no se conforman ya con una ruta que les asegurase los ricos mercados de la costa de Malabar, y las carabelas de Alvarez Cabral empujan por los caminos de occidente, mientras la Corona británica enhiesta su peligrosa bandera en los palos de las embarcaciones de Caboto. Los viejos datos de Aristóteles y Estrabón acerca de perdidos continentes, adquieren una realidad que satisface el empeño ilusionado de caminos. Las nuevas empresas, al lograr éxito, sirven, más que las propias bulas alejandrinas, para dividir el área del Nuevo Mundo. Ya se sabe que de Cádiz, de Lisboa y de Londres, partirán a más de las dispersas aventuras de franceses, las grandes aventuras que trasplantarán al suelo de las Indias la cultura y los problemas del mundo europeo. Por ello a España, iniciadora de las rutas occidentales, toca empezar, con la energía y con la audacia que es prenda de sus hombres, el nuevo proceso social en las duras tierras de los trópicos donde hoy se erigen nuestros pueblos. Esto hace que nuestra evocación de hoy se concrete a lo particular de los signos que dan ambiente nacional a la empresa universalista del glorioso Almirante.

Más que como imperio, España se vuelca como pueblo sobre las tierras vírgenes de América, justamente en el momento en que los Reyes Católicos consolidan el proceso de la reconquista cristiana de la península. Con la toma de Granada no sólo se logró la expulsión del agareno sino también la fuerte centralidad del poder regio. Sobre el suelo de la vieja España se ha venido desarrollando una lucha tremenda en la cual, con los signos de la religiosidad, se confunden diversos modos del obrar político. Elementos antagónicos, cuyo pleno dominio procura la monarquía, han venido representando el pueblo y la nobleza. A todo lo largo de una historia que se distingue por la permanencia de una lucha entre el indígena y el invasor, a luego convertido en señor de la tierra —celtíberos, griegos, fenicios, romanos, judíos, visigodos e islamistas— se pronuncia el esfuerzo tenaz de absorción que representan reyes, príncipes y condes, frente a los intereses de grupos llanos, que pugnan por resistir la fuerza centralizadora de quienes aportan mejores instrumentos de mando. Cuando se busca el hilo de la historia institucional de la Península, damos con que el pueblo rodea a la Corona para defenderse de la rapacidad de la nobleza feudal. La monarquía que otorgó fueros y franquicias a las ciudades y a las villas, no vino a adquirir sus características despóticas hasta tanto Carlos de Gante, como heredero de la centralidad lograda por Fernando e Isabel, fue contra las Comunidades que representaban una supervivencia del viejo poder deliberante.

En este momento de plenitud del período nacional, parece que se produjera un regreso hacia el tradicionalismo en la Península, y que en Carlos I renaciese, por su sangre alemana, la vieja concepción de la aristocracia visigótica, enfrentada con el municipalismo de raíz románica, y los cuales, como sistemas uniformes de gobierno y de administración, habían sido quebrantados por la ocupación de los árabes. La larga historia que culmina en la rendición de las torres de Granada, es solamente la continuidad de un esfuerzo por echar fuera a los representantes de una raza extraña que deja, en cambio, con la sangre, la aportación de su genio para el mosaico emocional de la Península. España hasta los Austrias es el mayor esfuerzo de un pueblo por defender la dignidad del hombre y los derechos del común, frente a la garra feudal de los señores, y el cual no cesa en el empeño por declarar su derecho, desde que se vio encerrado en las propias líneas legales que erizan de autoritarismo a la monarquía visigótica. Una curva de perfecto desarrollo ascensional ha recorrido la conciencia democrática de España a partir de aquella declaración del *Fuero Juzgo*, donde se lee, en glosa romanceada, que “el Rey en las cosas que son comunales débelas gobernar con amor de toda la tierra: las que son de cada uno débelas defender omildiosamente, que todo la universalidad de la gente lo hayan por padre, e cada uno lo haya por señor, e así lo amen los grandes, e lo teman los menores en tal manera que ninguno non haya duda del servir, e todos se metan aventura de muerte por su amor”, hasta llegar a la estupenda altivez con que las Cortes de Ocaña declaran en 1469 que el rey “no es más que un mero empleado (mercenario) de sus súbditos pues para eso le pagan una soldada, que su oficio consiste en velar por ellos mientras duermen y que por contrato tácito está obligado a gobernar bien y regirlos en justicia”.

Esa enjundia democrática no la derrite el primer fuego del absolutismo. La larga experiencia deliberativa lograda en Concilios, Cortes, Comunidades, Concejos, Merindades, Germanías, Behetrías y Mestas, donde tan al propio se expresó el rebelde espíritu nacional que puso en jaque a Roma y que domó al árabe, no podía ser quebrantado por los reitres del Rey Carlos, cuya corte advenediza de flamencos y sus consorcios de banqueros alemanes, eran torpes para entender las voces recias con que el pueblo se opone al capricho y al mandonismo de las autoridades.

Carlos I venía a enfrentarse con un país donde de antiguo habían sido proclamadas las libertades y los privilegios del pueblo. Cuando In-

glaterra soportaba la violencia de reyes hechos a gobernar a lanzazos, España reunía juntas deliberativas donde el estado llano intervenía libremente. Diferencias de clima, genio que busca su explicación en los propios secretos de la tierra y en la misma manera de mirar al sol, hace que mientras en España se oscurezcan las libertades antiguas, en Inglaterra sean las nuevas más claras y firmes. El tradicionalismo español no fue edificado por déspotas. La verdadera tradición española, la que estamos memorando en este día como aurora de nuestro mundo hispanoamericano, es tradición de libertad e independencia. Nos hemos acostumbrado a mirar sólo la superficie heroica de la historia de España, sin buscar los caminos que nos lleven al secreto de su genio rebelde y a la explicación de su permanente municipalismo. Si éste se opaca a la hora de dilatarse el imperio de los Austrias, es en razón de que no puede compadecerse con los regímenes de autoridad personalista. Municipio y tiranía son términos excluyentes. En Roma, con el Imperio, se nubla el sistema comunal. En España lo rinde la impetuosidad del rey flamenco.

Memorar la lucha de las Comunidades en el siglo XVI es evocar la más hermosa página del civismo español. Y la traemos a cuento por coincidir con la conquista de América. No entienden los déspotas que una boca que se cierra con la pena capital sigue hablando para mil espíritus libres. Traidores llamaron los verdugos a los heroicos capitanes de la epopeya comunera. Traidores, como todos los déspotas suelen llamar a los hombres dignos que se alzan por la libertad contra los gobernantes que miran el suyo personal como el bien público. Traidores llamaron las autoridades coloniales a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a Hidalgo y a Martí. Desafectos y traidores siguen llamando los políticos de oportunidad a quienes no se suman al coro de los que ciegan con lisonjas la mente de los mandatarios.

Ahí va camino del suplicio el bravo Juan Bravo. El los desmiente a todos, afincando en la autoridad con que la vecina muerte amerita aún su limpia palabra de apóstol de la dignidad comunal: "Traidores no, mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino!". Hay gente leal en la plaza de la ejecución. Permanecen mudos los labios mas la protesta, inútil hoy, hierve como germen de fecundas empresas en los corazones estrujados. Los ojos, blancos de asombro, y los oídos sensibles como antenas finas, están todos abiertos para recoger este cuadro de eternidad homérica. Allí caía, para ganar vida permanente, la vieja España, la España grande, la España polémica y agónica de que nos ha-

bla Unamuno, la España perpetua que se salvará contra toda manera de despotismo. Y aquel cuadro, humedecido con las lágrimas enjutas de los testigos derrotados, vino a extenderse sobre los anchurosos caminos de América. Aquel grito de rebeldía, aquel tradicionalismo autonómico, halló en nuestro virgen continente campo donde revivir en forma digna. En Villalar triunfó el despotismo, postizo desde entonces en la tradición de España. Mas el tuétano rancio, la solera que mantuvo el espíritu de autonomía y el aire de la rebelde personalidad del español, se echó a la mar en las naos de la conquista, para hacer del nuevo mundo su solar nuevo.*

Cuando aquello ocurría en la Península, América ya se había abierto a la ambición de España y de su pueblo. El siglo XVI inició su cuenta con un gran vuelo de velas que regaban la esperanza en medio del temido Mar de las Tinieblas. Las sombras antiguas habían sido sustituidas por el ofuscante azul de unas aguas propicias a la carrera de todo empeño de creación. El pueblo de España se sintió atraído por una voz poderosa y se echó sobre el mar, en la incommovible confianza de que ayudaría a levantar su propio nivel histórico. Las expediciones se suceden y enrumban hacia todas las variantes del oeste marino. Los señores se quedan en la paz de los mayorazgos y en el disfrute de las sinecuras. Viajan, con los soldados de Flandes y de Italia, hidalgos pobres y gente del común del pueblo. Vienen clérigos ansiosos de místicas siegas. Viajan también físicos y letrados. Quienes son agricultores y otros artesanos. Cervantes, a pesar de que también quiso venir, habló de criminales y de prófugos de las leyes. En aquellas manos llegaban la espada que destruye y también la balanza de la justicia: con el tesorero, el predicador; con el férreo soldado. Viene el hogar nuevo, la familia que será raíz de frondoso árbol. Los indios los acechan desde los bosques cercanos a la desierta playa. Es de noche y el frugal refrigerio reclama el calor de la lumbre. Para evitar el retardo de los frotos del pedernal, un marinero corre a la vecina carabela y de ella trae, cual Prometeo marino, el fuego que arde e ilumina. Ya, como en un rito védico, Agni impera en la nueva tierra y un canto de esperanza colma el corazón de los hombres extraños, hechos al dolor y a la aventura. Y aquel fuego casi sagrado, que caldeará durante siglos el hogar de los colonos y alumbrará las vigilias de la Patria nueva, ha venido de España, en el fondo de los barcos, por el camino de los cisnes, como los normandos llamaron al mar.**

* Prefacio del I Tomo de las Actas del Cabildo de Caracas.

** *Tapices de Historia Patria.*

Ha venido en realidad el fuego de una cultura que luchará en nuevo marco geográfico por el espaciamiento de los símbolos antiguos. El Renacimiento, que en el Viejo Mundo buscaba nuevas dimensiones para el hombre, encuentra en América una inocente barbarie, a cuyo roce la severa conciencia que fraguó la Edad Media, puede adquirir un temple más en concordancia con la verdadera estructura del hombre. El español vuelve a encontrarse consigo mismo cuando echa la mirada sobre las mil posibilidades constructivas que le ofrece el continente virgen. Mientras ingleses y holandeses salen de sus casas para ventilar los odios domésticos, el español se lanza con la alegría de conformar su destino. El Quijote, que supo expresar como nadie el sentido angustioso del alma española, enseña cómo “el camino es siempre mejor que la posada”. Por eso los aventureros que vinieron a formar nuestro mundo, dejaron a los hermanos peninsulares el disfrute de la paz hogareña, para darse a recorrer, vestidos de tiranos, como Lope de Aguirre, o con capa de santos como Martín Tinajero, los caminos ilusionados de El Dorado. Y mientras en la Península se conformó un modo de vivir político que daba robustez al centralismo monárquico, en las Indias renacía, con el Cabildo, el autonomismo municipal que llegó a resistir el imperio de las autoridades ejecutivas. Nuestra primera contienda política tuvo un hermoso carácter cívico. Contra el presunto heredero del Gobernador Alfínger, se levantó la voz de un Cabildo incipiente, que defendió para los Alcaldes el derecho de gobernar. En aquella oportunidad el civilismo del Municipio ganó la partida al mandonismo del ejecutivo. Y como los indios se empinaron para defender sus derechos, los primeros cedularios estuvieron marcados por un espíritu encaminado a conceder gracias y mercedes a conquistadores y pobladores. En Cédula de 1529 el Rey encarecía al Obispo de Santo Domingo que fueran cumplidas las capitulaciones y asientos celebrados con “los particulares” que hubieren fundado pueblos. El rey respetaba en tal forma el derecho de quienes a “su costa y minción”, como rezan los documentos de la época, fundaban poblaciones de propia iniciativa.

Este dual carácter —el oficial y el privado— se abulta durante el largo proceso que mantiene en agria querella el autoritarismo de los gobernantes, que representan a la Metrópoli, y la justicia que defendían los colonos ya arraigados, en quienes hablaba la geografía y el mestizaje de América, con voces no entendidas por los cortesanos de Madrid. Cuando España extravesó sus fuerzas hacia el Nuevo Mundo, se produjo un fenómeno de reversión, que puso a flor de actualidad los mejores valores

históricos del pueblo. El sentido polémico de lo español renacía en América en pos de caminos de justicia. Si hubo crueldad en el proceso de la conquista, también hubo, frente al duro ejecutor del crimen, una voz que clamaba por el reparo. Sin ir al examen de las Cédulas y Ordenanzas que forman el *Corpus Juris* indiano, bastaría perseguir a través del dédalo histórico de la Colonia, la recia voz que procura, cuando no puede hablar completo, bajar el tono que trasmite a las nuevas generaciones la indeclinable consigna de altivez. Por eso no se necesita, como lo deja entender el ilustre Altamira, una copia de crímenes y de fallas de las autoridades metropolitanas para explicar y justificar la lucha por la Independencia. Esta tenía que producirse por una u otra causa aparente, en razón de que su germen, como conciencia de personalidad, vino con Hernán Cortés, con Núñez de Balboa, con Francisco Pizarro, con Gonzalo Jiménez de Quesada, con Juan Rodríguez Suárez, con Diego de Losada, con Diego García de Paredes. No se trató de una rebelión de esclavos justificada por el sadismo de los amos, sino de la emancipación del mozalbate, cuando friso con la plenitud de su hombradía.

En el examen del proceso de la Colonia quienes persiguen el dato que se refiere el desarrollo material de las conquistas y el dilatamiento de los pueblos nuevos, otros miran las contorsiones del barroco en la fachada de templos y palacios, aquéllos buscan las cifras que concretan el progreso de la agricultura y del comercio, esotros prefieren indagar el desarrollo de la cultura literaria, mientras los más se imitan a ponderar los defectos y las fallas de hombres y sistemas. La unidad de juicio es difícil de ser lograda cuando se trata de saber la verdad de hechos en que tanto contradicen los jueces actuales como contradijeron los actores antiguos. Sin embargo, como elemento que hace resaltar el sentido creador del proceso hispánico, ninguno de mayor fuerza que el reconocimiento unánime de la lucha que se produjo entre criollos y autoridades, entre mestizos y criollos, desde la hora y punto que se formaron las nuevas comunidades. El drama comenzó cuando el propio conquistador, montado en rauda corcel, voceó al aire el derecho con que tomaba posesión de la nueva tierra. Tres siglos duró la Colonia y tres siglos duró la escena, cuyos personajes recibieron de la propia España los coturnos que les dieron dimensiones de gigantes en el cuadro de la Historia Universal. Cuando los padres de la Independencia defendieron la libertad y la autonomía, no fueron contra España, sino contra una España que se había amañado con el absolutismo, y de la cual difirieron los americanos desde el momento en que los abuelos antiguos olvidaron el camino del

regreso a la Madre Patria. Lejos de ir contra España como hontanar de nuestra cultura, la salvaron en su destino novicontinental. Los Padres de la Patria hispanoamericana defendieron el sentido de la España que en estos mares había logrado la democrática fusión de los pueblos indo-afro-hispánicos, condenados, sin remedio, al coloniaje político de ingleses o de angloamericanos, si no hubieran conquistado para ellos los signos de la república. La propia guerra de Independencia no fue, pues, sino una gran batalla ganada por el viejo hispanismo contra las fuerzas extrañas que empujaban el velamen de los antiguos piratas. Antiguos piratas, siempre nuevos y feroces en el horizonte de la Patria americana, cuyas sombras se empeñan en no ver los mercaderes que abastecen las naves del peligro.

Orgullo de peninsulares, el imperio español es obra que más nos pertenece a los nativos de América que a los descendientes de los burócratas que en la Península aprovecharon el oro y la plata, el añil y el cacao de nuestro ubérrimo suelo. Nuestros mayores, es decir, los abuelos de los hispanoamericanos de hoy —españoles, indios y negros— lo forjaron al dolor y a la esperanza. Con él pudo lucrar una Corona, que terminó por no saber dirigir el sol que iluminaba sus dominios, y que lo expuso a ser desquite del imperialismo anglosajón, si nuestros Padres, como he dicho, no le hubieran trocado por los de la libertad republicana los viejos símbolos monárquicos. Imperio de repúblicas convulsas y bárbaras, subsiste, a pesar de Belice, de Panamá, de las Guayanas, de Trinidad, de las Malvinas, de Curazao y de Puerto Rico, como esperanza de permanencia del genio insobornable que lo formó para un futuro de fraterna libertad. Así entienden los hombres libres de América el ámbito y el valor moral del hispanismo. Vemos en España una idea y una cultura colocadas sobre lo adventicio de intereses políticos en turno de éxito. Centro de gravedad de nuestra civilización, miramos los valores de la España eterna con los mismos ojos con que fueron vistos, sobre los de Fenicia, los valores de Grecia como nutrimento eficaz de la cultura mediterránea. Idea tocada de eternidad, nuestro hispanismo descansa en el espíritu de personalidad que distingue y da carácter al insobornable pueblo de Sagunto y de Bailén. Sus valores tienen la intemporalidad mítica de todo lo que dura: el Alcalde de Zalamea, Don Quijote de la Mancha, Ruy Díaz de Vivar, Santiago, el del níveo caballo, que todas las noches transita su luminoso camino de estrellas, en espera de ser invocado por quienes tengan el ánimo dispuesto a santificarse en el servicio de la libertad del pueblo. “¡Santiago, y a ellos!”, fue grito con el cual se es-

pantó a los piratas que amenazaron la integridad del viejo mundo hispánico. Hoy nuestro grito, para defender nuestra unidad hispanoamericana de la permanente asechanza de los piratas del Norte, debe ser: “¡Bolívar y a ellos!”.

Bajo ese signo de inmortal rebelión, nos hemos reunido hoy para meditar en la alta misión de nuestra América como continente destinado a testificar el triunfo del hombre en su lucha interminable por la libertad, por la igualdad, por la justicia y por la paz.

LA LEYENDA DORADA*

Al empezar a explicaros este curso de Historia Colonial, considero un deber de sinceridad hacia vosotros y hacia mí mismo, exponer mi posición personal ante los problemas fundamentales de nuestra Historia, y en especial con relación a cierta graciosa atribución de fomentador de la "leyenda dorada" de la conquista hispánica, con que algunos adversarios de mis ideas filosóficas y políticas han pretendido obsequiarme. Además de esto, considero que en toda Cátedra donde se declaren ideas, el Profesor ha de comenzar por decir claramente a sus alumnos cuál sea el campo conceptual a que otorgue preferencia.

Dos tesis, a cual más falsa, han pugnado en la explicación del proceso de nuestra vida de colonia española. La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español, y que ha recibido peyorativamente el nombre de "leyenda dorada", y la que sólo concede boleta para el infierno a los hombres de la conquista. Sobre el furor negativo de esta última se ha alzado la llamada "leyenda negra". Pero ambas "leyendas" tienen a la vez sus variantes. Para la "dorada", hay un sistema que arranca de Ginés de Sepúlveda y concluye en José Domingo Díaz. Según ellos la Colonia fue de una legitimidad absoluta y de un proceder que sólo la ingratitud podría negar. A completarla se agregó el criterio contemporáneo de los peninsulares que piden estatuas para Boves y niegan las virtudes de nuestros próceres. De otra parte, se crearon dos "leyendas negras", la de fuera, provocada por los enemigos exteriores de España, y la de dentro, en parte alimentada por el mismo espíritu de justicia crítica que distingue al español. La "leyenda negra" actual es un infundio de tendencias forasteras y de incompreensión pseudo-nacionalista.

* Leída en la Cátedra de Historia colonial de la Universidad Central de Venezuela, el 5-10-51.

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que guiados por un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el período hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los Padres de la Independencia, considerados como centros de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad, la Patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca de 1810. A la par de estos historiadores, hubo investigadores, entre quienes es preciso colocar en sitio primicerio a Angel César Rivas, a Laureano Vallenilla Lanz y a Pedro Manuel Arcaya, que, aplicando la metodología positivista al estudio de las capas históricas de la nación, encontraron una continuidad que arranca de la propia hora de la llegada a nuestro mundo americano de los pobladores hispanos que engendraron nuestras estirpes sociales y dieron carácter y fisonomía a la sociedad nacional. A esta corriente revisionista se sumaron valiosos historiadores contemporáneos, que reconocieron la necesidad de profundizar el estudio de nuestro pasado hispánico, para poder conocer la verdad de nuestra vida de comunidad. Se comprendió que los pueblos no se hacen de la noche a la mañana y que el magnífico florecer republicano de 1810 era la culminación de un proceso histórico que venía en lento desarrollo desde muy largos años.

Vosotros habéis tenido la suerte de hallar desbrozado el camino que nos tocó transitar a los viejos estudiantes de Historia. De algunos años a esta parte ha surgido una urgencia por los estudios de Historia nacional, y vosotros, los alumnos de hoy, contáis con textos algo mejores que los nuestros. Ya se os explica, ampliamente, por ejemplo, lo que fue la dominación española, así ciertos profesores no hayan logrado digerir la posición crítica de algunos escritores.

Si algunos maestros quisieran saber mi posición respecto a la llamada "leyenda dorada", podría leer y meditar lo que expongo en el prólogo de mi libro "Tapices de Historia Patria". Esta obra y "La Instrucción en Caracas", de Caracciolo Parra León, fueron utilizadas como manzanas de discordia por los enemigos de la revaluación hispánica. Aparecieron ellas en pleno debate acerca de la materia colonial y lucharon contra la obcecada negación de quienes no querían ver que, examinando y justificando en el tiempo la labor de los colonizadores españoles, se examina y se justifica la obra de los hombres que generaron nues-

tra vida cívica. Esos hombres motejados de barbarie, de crueldad y de ignorancia son los mismos hombres que dieron vida a nuestra nación. Manuel Díaz Rodríguez, proclamó, en oportunidad solemne, que no sólo los varones de la Independencia, sino también los heroicos conquistadores deben ser vistos como Padres de la Patria.

El caso, en lo que dice a valores internos, es muy sencillo. Cuando los viejos historiadores enfrentaron a los hombres que hicieron la Independencia con los hombres que representaban la soberanía española, creyeron que asistían a una lucha entre dos mundos sociales, cuando lo que se debatía era la suerte de dos sistemas. No era una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política. La misma guerra que libran los hombres y las sociedades todos los días. Los Padres de la Patria no eran seres milagrosos aparecidos sobre nuestro suelo al conjuro de voces mágicas, ni tampoco eran la expresión dolorosa de una raza que hubiera callado y soportado la esclavitud de un coloniaje impuesto por extraños conquistadores. Ellos eran, por el contrario, la superación de un pasado de cultura, que tenía su punto de partida en los conquistadores y pobladores llegados el siglo xvi. Si se examinan pacientemente las genealogías de los Padres de la Patria, se encontrará que los abuelos de casi todos ellos remontan a las expediciones de Alfínger, de Spira, de Fernández de Serpa, de Jiménez de Quesada, de Diego de Ordaz. Bolívar no llegó a Venezuela a la hora de hacerse la Independencia. Sus más remotos antepasados en la aventura venezolana, fueron Juan Cuaresma de Melo y Sancho Briceño, Regidor Perpetuo y Alcalde de Coro, respectivamente, en 1528. El apellido lo trajo para injertarlo en estas viejas estirpes venezolanas, don Simón de Bolívar, venido como Secretario del Gobernador Don Diego Osorio a fines del siglo xvi. De Don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante del poder ejecutivo nacional, fueron los más antiguos abuelos el Capitán Juan de Umpiérrez, encomendero en Trujillo por 1571 y Alonso Andrea de Ledesma, fundador de El Tocuyo, Trujillo y Caracas, y símbolo permanente de los valores de la nacionalidad. La sociedad colonial que se empinó para la obra admirable de la República, venía de atrás. Estaba ella latente durante el largo período que se dio en llamar peyorativamente "la tiniebla colonial". Esa sociedad, que a consecuencia de la guerra de emancipación cambió de signos políticos y de métodos gubernamentales, era necesario verla como resultado de un proceso sin pausas, que arrancaba de los propios conquistadores. Angel César Rivas, Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya aportaron valiosos elementos

desde el punto de vista de la sociología y de la política. A Caracciolo Parra León, Tulio Febres Cordero, Rafael Domínguez y Héctor García Chuecos, correspondió el mérito de haber ahondado en la investigación de la enseñanza colonial, y de haber logrado argumentos “intelectuales” para robustecer la idea que llevó a Gil Fortoul a poner en su debido puesto la oportuna influencia de la Revolución Francesa en nuestro proceso separatista. Con Parra León trabajé asiduamente en la obra de reivindicar nuestro pasado hispánico, y como tuvimos la suerte de hablar desde la Universidad y desde la Academia, se nos adjudicaron méritos que corresponden por igual a otros historiadores, empeñosos como nosotros en servir la verdadera Historia de la Patria.

Aunque parezca vano al caso, y así constituya repetición de lo que relato en el prólogo de mis “Tapices”, os diré cómo el propio discurso de Parra León para incorporarse en la Academia Nacional de la Historia, fue objeto de serias objeciones que arrancaban del carácter religioso de la enseñanza colonial, cuya existencia se pone de resalto en aquél. En un medio tan tolerante como el nuestro, aquella actitud causó sorpresa extrema y obligó al propio Gil Fortoul a favorecer la posición de Parra. Llegó a creerse necesario que la Academia de la Historia defendiera las conclusiones del determinismo materialista, que el recipiendario atacaba, y para componer las paces, en medio de aquel artificial campo de Agramante, hubo quien propusiese que no fuera yo, correligionario de Parra, el que respondiese su discurso, sino Alfredo Jahn, ilustre científico de acusadas ideas materialistas. El problema, como se ve, fue debatido en un terreno que rompía los límites de lo histórico, para abarcar el campo de la religión y la política. Se dijo que el discurso de Parra, por su amplitud no era discurso, y por lo tanto excedía las normas reglamentarias. Hubo necesidad de buscarle, para justificar la dimensión, antecedentes en los discursos de Descartes y de Bossuet. Y como Parra León daba noticia de que el egregio Fray Antonio González de Acuña había impuesto la obligatoriedad de la instrucción primaria en la segunda mitad del siglo xvii, César Zumeta, a quien tocó recibirse como académico después de Parra, creyóse obligado a atacar en su discurso el sistema colonial y volver por los fueros del padre republicano de la instrucción obligatoria, el ilustre Guzmán Blanco. Acuñó entonces nuestro grande hablista la frase que ha servido de fútil banderola a los enemigos de la revaluación de nuestro pasado hispánico: “Entre la Colonia y la República hay un hiato semejante al que separa al Antiguo del Nuevo Testamento”. La

frase puede impresionar a tontos, pero es de un absurdo doblemente manifiesto.

Dichosamente para el progreso de nuestros estudios históricos, esa posición negativa ha perdido espacio. Pueden hoy los historiadores diferir en la apreciación de lo hispánico, pero a ninguno ocurre negar los valores antiguos en aquella forma iconoclasta, y poco son los que puedan pensar hoy que en 1810 se produjo la ruptura de dos mundos sociales e históricos. Todo lo contrario, están contestes los historiadores, como apunté ya, en reconocer que el proceso emancipador estuvo encaminado a variar el estilo político de una sociedad histórica, cuya fuerza estribaba justamente en las realizaciones logradas durante el imperio del sistema que se buscaba abolir. Es decir, realizaron nuestros mayores una acción histórica semejante en grado a la del pueblo francés que después del 14 de julio se empeñó en cambiar por los de la República los viejos símbolos monárquicos de la Francia eterna.

Esto lo entendemos hoy claramente, gracias a la perspectiva de tiempo, pero cuando nuestros Padres fueron contra el mundo de las formas coloniales, creyeron, como era fatal que sucediese, que iban también contra el mismo mundo histórico que se había formado al amor de los viejos símbolos. Y como el gobierno y la administración de España eran objeto de críticas acerbas, fueron, sin ningún examen, contra todo el orden social de que eran producto y expresión los hombres que forjaron la Independencia.

En aquel evento, nuestros Padres tomaron como medios de lucha las armas de los viejos enemigos del imperio español. No sólo les facilitó Inglaterra rifles y pólvora para la aventura de la guerra; también les dio el instrumento intelectual de su odio y su descrédito contra la Madre Patria. Es decir, nuestros Padres se aliaron para atacar a la Metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la "leyenda negra" del despotismo y de la ineptitud de España, que habían creado los ingleses, se unió al odio contra la Metrópoli, que había provocado el propio sistema de la Colonia en el ánimo del criollo.

(Aquí pondré parte de lo que digo acerca de los piratas en mis "Tápicos de Historia Patria". Ello sirve para apuntalar referencias).

A tiempo que Francisco I se negaba a reconocer la partición del Océano entre España y Portugal, por desconocer la "cláusula del tes-

tamento de Adán en la que se me excluye (decía el Rey) de la repartición del orbe”, ya los barcos franceses infestaban las islas antillanas y la Corona había enviado carabelas que las defendiesen de los “ladrones” gállicos. So color de libertad de comercio, el Rey de Francia expidió las primeras patentes de corso y autorizó a los capitanes y armadores para que atacasen a españoles y portugueses. Era como el desquite contra la amenaza que para dicho país representaba el esplendor de España con su vasto imperio ultramarino.

Aquellas naciones que censuraban de los Reyes Católicos la sed de oro y la política que ponían en juego para lucrar con las minas, no paraban mientes en abordar las naves españolas que, lastradas con el fruto del trabajo minero, ponían rumbo a los puertos de la Metrópoli. Calificaban de crimen la explotación del rico mineral en el fondo de la tierra, pero no apropiárselo violentamente cuando estaba ya fundido. “Los países que reprochaban acremente a los españoles su crueldad, su codicia y su abandono de toda actividad útil para hacerse mineros, dice Carlos Pereyra, empleaban un número mayor de hombres en robar los metales preciosos fundidos y acuñados por España, que ésta en extraerlos y beneficiarlos”.

Mientras la Madre Patria, realizando el más generoso plan de colonización que jamás ha puesto un estado civilizado al servicio de naciones bárbaras, destruía por imprevisión sus propios recursos interiores, los colonos de la Nueva Inglaterra limitaban su obra a una tímida expansión que, sin la heroicidad leyendaria de los conquistadores españoles, realizó actos de suprema barbarie. Cuando en la América española ya florecían Universidades y Seminarios, en la del Norte no habían podido establecer un asiento los inmigrantes sajones; y sube de punto la admiración al considerar que el pueblo de San Agustín en La Florida, fundado por conquistadores españoles en 1565 y el más antiguo de la Unión, antecedió en cuarenta años al establecimiento de la primera colonia inglesa en Virginia. Si España dilató sus dominios a punto de no poder defenderlos, lo hizo por una política contraria: a la lentitud y timidez de la expansión sajona, opuso una audaz y temeraria penetración que en breve tiempo le dio por suyas las más ricas posesiones del Nuevo Mundo.

Para equilibrar las consecuencias de tan distintos planes de conquista y hacer que pasaran a las potencias que obraban lo mismo que Inglaterra, —Holanda y Francia—, los territorios sometidos a la Corona de Castilla, hubieron aquéllas de valerse de una apropiación indebida, para la cual ningunas eran tan adecuadas como las armas que cobijaba la bandera sin có-

digo de piratas y bucaneros: Jamaica, Granada, Tobago, La Tortuga, Curaçao, Aruba, Bonaire, testimonian, entre otros territorios, los resultados de la nueva política anti-española. En aquellas luchas sí cabe la definición que de la guerra dio Voltaire: *Dans tous les guerres il ne s'agit que de voler*. Y de qué manera!

El corsario, nueva faz del moro secular, amedrentaba a los colonos, y los unía para la común defensa de los puertos de la Patria. Y decimos nuevo moro, porque si aquel amenazó con la luz enfermiza de la Media Luna la totalidad religiosa de la Península, piratas y buscaneiros fueron también como brazos en la lucha de Inglaterra contra la catolicidad española. Los hugonotes vengaron en América la religiosidad de España, y defensores de la Rochela saciaron su odio anti-católico en el incendio de templos de Indias. Cromwell y la política a éste sucedánea habían heredado de los “puritanos de la época isabelina el tradicional aborrecimiento de España, como baluarte de Roma”, según observa Haring, y los capitanes que incendiaban y robaban, medraban justicia para sus empresas criminales al amparo de la doctrina corriente en la Corte de San Jaime, de que “los españoles como víctimas infelices de Roma, tenían bien merecido que se les robase y matase, si no se dejaban robar”. Chesterton, a pesar de enaltecer el carácter pintoresco de los piratas ingleses, termina por llamarlos “la plaga del imperio español en el Nuevo Mundo”, rescatadores, según otros, para la Corona Británica, de “la herencia de los Santos”.

El odio contra lo español fue arma de guerra al servicio de Inglaterra, preocupada tanto por la expansión del imperio como por el problema religioso que enfrentó a Felipe II con Isabel I. España debía ser desacreditada como reducto de fanáticos, para que así legitimase más fácilmente el odio de la Corona de San Jaime. Y España misma, como veréis, dio las mejores armas para la campaña de su demérito.

El español ha sido esencialmente un país crítico e individualista. Fue también el español el primer pueblo europeo que gustó las libertades personales. De los viejos fueros españoles copió Inglaterra sus primeras Cartas de Derechos. Cuando se nublaba la antigua independencia municipal de España, su pueblo se echaba al mar para la aventura de las Indias. Por eso en América resucitó el Municipio con fuerza ya perdida en la Península. A la conquista vino de todo: nosotros conocemos el nombre de Martín Tinajero y el nombre de Juan de Carvajal. Hombres con sentimientos de humanidad y hombres con entrañas de bronce.

La corona de España, sin embargo, se sintió desde un principio en el deber de componer la justicia, y cuando comenzaron a llegar noticias a la Corte de las crueldades y de las depredaciones que realizaban los conquistadores, buscó la manera de repararlas. Las acusaciones que el Consejo de Indias recibía contra la dureza de los encomendadores y contra la rapacidad de las autoridades, no eran producidas por personas extrañas a la administración española. Eran juristas, teólogos, frailes, capitanes y paisanos quienes denunciaban y, exageraban muchas veces, los delitos y las faltas de las autoridades. Para encontrarles remedio, en España se habló, se gritó y se escribió en todos los tonos. Los púlpitos de los templos y cátedras de las Universidades y de los Conventos peninsulares fueron tribunas donde tuvieron eco los dolores de los indios esclavizados. Al propio Emperador y al Papa mismo, negó Fray Francisco de Vitoria autoridad para distribuir a su antojo el mundo recientemente descubierto. Apenas se habla en las historias ligeras de las blancas figuras de Antonio de Montesinos y de Bartolomé de Las Casas como defensores del derecho de los naturales. Pero como Las Casas y Montesinos hubo miles de misioneros que sirvieron con espíritu cristiano los intereses de los indios, primero, y los intereses de los negros, después, cuando éstos fueron traídos para aliviar el trabajo de los aborígenes. Felipe II, llamado por los británicos el "Demonio del Mediodía", sancionó Cédulas y Pragmáticas a favor de los indios y de los negros que contrastan con la crueldad de los colonizadores ingleses en Norte América, y que son asombro de los Profesores modernos de Derecho Social. Mejores y de más precio que las margaritas del mar, consideró aquel "rey sombrío" a los indios que eran ocupados en la explotación de los placeres perlíferos, y en su provecho ordenó que no trabajasen más de cinco horas diarias bajo el agua. Muchos españoles, también para saciar personales venganzas, ponderaron en demasía las crueldades de los encargados de hacer justicia en el Nuevo Mundo. Pero todos fueron bien oídos y leyes se dieron con normas reveladoras de un elevado espíritu de equidad y de justicia.

Si en verdad esta actitud crítica sirve para mostrar diligencia en el camino de enderezar la justicia, muchos la tomaron en su tiempo como verídico elemento acusatorio, que presentaba a los conquistadores españoles como monstruosos bebedores de sangre indiana. Con tales elementos nutrió su odio contra España la "leyenda negra" que le edificaron ingleses y flamencos. Y esa leyenda, torcida en la intención del descrédito y no encaminada al remedio de las presuntas injusticias, la suma-

ron muchos americanos a la leyenda interna provocada por las propias desavenencias sociales. Un ilustre escritor hispanoamericano asentó en esta misma Universidad que la lucha por nuestra liberación continental había empezado en el canal de La Mancha, con el abatimiento de la Armada Invencible de Felipe II por el poderío de Isabel I. Tan arbitraria aseveración es tanto como negarnos nosotros mismos, pues, a pesar de nuestro mestizaje, somos culturalmente la continuidad de un proceso español, que en su hora de plenitud optó la emancipación heroica y tenazmente defendida por nuestros Padres. Aun desde un punto de vista de filosofía universal, sería arbitrario sostener que la Corte de San Jaime sostuviera un criterio de liberación política frente a un retraso ideológico español. La Inglaterra anterior a la Revolución del siglo XVII era más obscurantista que la España de Felipe II. Basta recordar cómo las autoridades inglesas ordenaban quemar libros como los de Roberto Belarmino, que proclamaban los derechos deliberativos de pueblo, mientras en la Península hasta se apologizaba el regicidio.

Justamente la destrucción de la Armada Invencible empujó la bárbara carrera de piratería que asoló nuestro mundo colonial y detuvo el progreso de los establecimientos hispánicos, donde adquiriría fuerza la cultura en cuyo nombre nos empinamos más tarde para defender el derecho de autodeterminación política. Esa tesis de que los piratas fueron portadores de consignas de libertad, la podrían defender los mercaderes ingleses que querían para sí el imperio absoluto del Nuevo Mundo, con la misma licitud con que los actuales piratas del industrialismo internacional se empeñan en convertirnos a la esclavitud de sus consignas absolutistas.

Insistentemente en el libro y en la prensa he escrito acerca de esta arbitraria manera de juzgar la piratería, la cual se me ocurre semejante a la tesis de un heredero que, por vengar cualquier lucro arbitrario de su antiguo tutor, celebrase al ladrón que durante su minoridad vino, con fines de riqueza personal y no de ayuda para su peculio, a devastar y reducir las grandes propiedades paternas. ¿Valdría en lógica estricta el argumento de que era cruel y malo el administrador? Claro que los descendientes y socios del intruso tendrían motivos para exaltar el valor y la audacia del ladrón, pero que esa alabanza la coreen los mismos que recibieron el perjuicio de la destrucción, no lo juzgo ajustado a ninguna manera de razón.

La tesis que encuentra méritos en la acción rapaz de los filibusteros y forbantes del siglo XVII, es secuela de la "leyenda negra" con que el

inmortal imperialismo anglosajón quiso legitimar su odio contra el imperialismo español, es decir, contra el imperialismo del pueblo que, dilatándose, nos dio vida y forma social. Porque, niéguese todo y reconózcase el error administrativo de la Metrópoli española, jamás podremos cerrarnos a comprender que cuanto mejor y más pacífico hubiera sido el desarrollo material del imperio español, tanto mejor y más eficaz hubiera sido nuestra anterior vida de colonia. ¿Podría sostener alguien que ingleses, franceses y holandeses vinieron a defender los derechos de soberanía del aborigen? De lo contrario, se empeñaron los pueblos enemigos de España en llenar al nuevo mundo con una nueva masa esclava: banderas inglesas trajeron a nuestro suelo, aherrojadas de cadenas, dolidas masas de negros africanos, y cada territorio arrancado por Inglaterra a la Corona española era convertido en asiento del mercado negro.

Traer al interior de nuestra historia los argumentos que esgrimieron contra España sus enemigos de ayer, lo he considerado una manera precipitada de juzgar nuestro pasado colonial, que pudo; sin embargo, tener apariencia de legitimidad cuando se consideró que la revolución de independencia había dividido dos mundos históricos: el hispánico y el americano. Una reflexión serena nos lleva a considerar, por el contrario, que la sociedad republicana, es, desde el punto de vista orgánico y moral, la misma sociedad colonial que cambió y mejoró de signos. Basta recordar que las leyes ordinarias de España estuvieron vigentes en Venezuela hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX. Y aún más: ese mismo examen nos conduce a aceptar cómo la evolución que produjo el cambio institucional, tuvo sus raíces en los propios valores que había venido creando el medio colonial y no sólo en razones imitativas y en doctrinas extrañas que iluminaran repentinamente la “tenebrosa” mente de nuestros antepasados.

Mi modesta labor de estudioso de la Historia se ha encaminado a defender esta tesis, la cual, repito, no va enderezada a beneficiar a España y su sistema, sino a beneficiar nuestra propia nación y sus valores constructivos.

Cuando procuro hacer luz acerca de la verdad de la Historia de nuestro pasado hispánico, creo, sobre servir a la justicia, que sirvo los intereses de una nacionalidad que clama por la mayor robustez de sus estribos. Al explicar y justificar la obra de los españoles que generaron nuestra cultura, explico y justifico la obra de nuestros propios antecesores, pues las estirpes que forman el sustrato social y moral de la Patria,

arrancan principalmente de los hombres que vinieron a establecer durante el siglo XVI, en el vasto territorio, hasta entonces sólo ocupado por los indios, las nuevas comunidades, donde se formó el mestizaje que sirve de asiento a la nación venezolana.

Este afán crítico, algunos escritores, errados o de mala fe, han querido confundirlo con una supuesta "leyenda dorada", cuyo fin fuera presentar el período hispánico, de acuerdo con José Domingo Díaz, como una "edad de oro", de la cual temerariamente se apartaron nuestros Padres. Cuando en 1933 yo escribía acerca del proceso del gobierno colonial, me adelanté a decir: "Muchos creerán que nosotros estamos dispuestos a procurar la canonización de los ciento y tantos personajes a cuyo cargo estuvo el gobierno de las Provincias venezolanas hasta 1810, porque a este extremo llegan quienes sólo tienen dos términos para calificar a los hombres. Como hemos dicho que no eran monstruos, supondrán, por inversión, que los tenemos catalogados en las páginas de algún santoral". Mi empeño, alejado de toda manera de "leyendas", ha sido aumentar cuanto sea posible la perspectiva histórica de la Patria. He buscado por medio de mis estudios de Historia nacional, que se la vea ancha y profunda en el tiempo, que se palpe el esfuerzo tenaz que la formó para el futuro, que sea más histórica, en fin, que sea más Patria.

Para amar la Patria es preciso amar su Historia, y para amarla en su totalidad, es necesario conocer y amar su Historia total. Y como no son sólo los intereses presentes lo que une a los pueblos para la común acción constructiva, precisa buscar los valores antiguos que dan continuidad y homogeneidad al proceso social. Sin solera histórica, los pueblos carecerán de la fuerza mágica que hinche los espíritus nuevos y los empuja a realizar su humano destino.

La aversión a los hispánico trajo, como partida contraria, la aceptación de las tesis anti-hispánicas de los países que fueron "nuestros" enemigos, cuando formábamos parte de la comunidad política española. Producida la Independencia, los hombres de Caracas, lo mismo que los hombres de otras porciones del antiguo mundo colonial, miraron a la urgencia de mantener en pie la unidad de intereses que se había formado durante el régimen español. Una pésima política ha impedido, desde 1826, que los países de extracción hispánica mantengan el tipo de relación que les permita la defensa de su tradicional autonomía, ora económica, ora espiritual. Todo lo contrario: nos hemos aliado individual e inconscientemente con los representantes actuales de las viejas culturas

antiespañolas, y hemos perdido, no sólo la plenitud de la soberanía política, sino la integridad de nuestra posición moral.

Somos, en último análisis, como una vieja casa de madera a la que imprudentemente, y para marcarlos a precio de vicio, hubiésemos ido cambiando por vistosos clavos de laca los viejos fierros que aseguraban su estructura. Venga el primer amago de ventisca y techos y paredes darán en tierra, como a la tierra irán nuestros esfuerzos de oponernos al empuje de fuerzas extrañas, si no creamos la oposición de una Historia que dé unidad y pujanza a nuestros valores fundamentales.

Buscar mayor resistencia para el basamento de la venezolanidad, he aquí el sólo móvil de mis estudios de historia. Creo en la Historia como en una de las fuerzas más efectivas para la formación de los pueblos. No miro los anales antiguos como historia de muertos o como recuento de anécdotas más o menos brillantes. La Historia tiene por función explicar el ser de la sociedad presente y preparar los caminos del futuro. Mientras más penetrante sea ella en el tiempo, mayor vigor tendrán los valores experimentales que de su examen podamos extraer. Las torres se empinan en relación con lo profundo de las bases.

Nuestra Historia no es, como creyeron ciertos demagogos, una aventura castrense que tomase arranque con los fulgores de la guerra de Independencia. Historia de trasplante y de confluencia, la nuestra es la prosecución del viejo drama español, en un medio geográfico nuevo y virgen, donde coinciden, para formar nuestro alegre y calumniado mestizaje, la aportación del indio, absorto ante los caballos y la pólvora, y la del esclavo negro, traído entre cadenas desde su viejo mundo selvático. Sus símbolos no son, sin embargo, el *tabú* africano ni el *totem* aborigen. Sus símbolos son una transfiguración, con sentido de mayor universalidad, de los símbolos hispánicos. En el orden de las categorías históricas, nosotros aparecimos como evolución del mundo español, del mismo modo que el yanqui apareció como resultado del trasplante inicial del pueblo anglosajón.

Ambas culturas, la inglesa allá y la española acá, sirvieron de gramo a cuyo rededor fueron tomando figura propia los varios valores que, a modo de aluvión, se les fue agregando al compás de los siglos. Por eso, en la historia de los Estados Unidos del Norte la región de la Nueva Inglaterra tiene el carácter privilegiado de centro donde gravitan las vivencias históricas que dan fisonomía al pueblo estadounidense. Por eso

mismo, allá se formó una categoría, prócera en el orden de la nacionalidad, que busca entronques con los inmigrantes del *Mayflower*. Nosotros, en cambio, igualitarios hasta en el área de los valores históricos, no hacemos diferencia entre los descendientes de recientes inmigraciones europeas y los que proceden de los rancieros troncos hispánicos transplantados en el siglo XVI, como no nos desdeñamos, tampoco, de nuestros abolengos indios o africanos.

Nuestro mundo prerpublicano, no fue, consiguientemente, como asientan algunos profesores un mundo ahistórico. En el por el contrario, se había formado una conciencia de autonomía que forcejaba por lograr los instrumentos de la libertad. Esa conciencia vino con el pueblo que se echó a la mar en las naves de la conquista. Luchó ferozmente durante tres siglos por lograr sus contornos definitivos y pulió, en medio de aquella lucha soterrada, el troquel donde iban a tomar nuevos signos los valores tradicionales.

Los hombres que en el siglo XVI dieron comienzo a aquel drama, fueron nuestros abuelos. ¿No es acaso hasta un acto de familiar justicia buscar las razones que expliquen la conducta de dichos hombres, antes que aceptar la rotunda condenación de sus actos?

Se ha hablado, con razón, del tribunal de la Historia. Algunos gobernantes han frenado sus ímpetus al temor de la sentencia que profieran por boca de los historiadores las nuevas generaciones. Entre nosotros, desgraciadamente, nadie ha temido esta clase de sanciones. Ni siquiera sirven de escarmiento las confiscaciones y los saqueos provocados por los violentos tránsitos del mando. Pues bien, en el orden del pasado, el historiador, al constituirse en juez, no debe proceder como esos magistrados achacosos, que sólo buscan motivos para condenar al culpado. Todo lo contrario, como si en realidad fuese juez de vivos, el historiador no es sino mero ministro de la justicia, jamás verdugo encargado de condenar sobre arbitrarias pruebas fabricadas por los acusadores. El caso nuestro es doblemente grave: las peores imputaciones sobre las cuales se fundamenta la "leyenda negra" de la conquista de América, son de origen inglés, y la casi totalidad de los reos son nuestros propios abuelos, puesto que esos jueces de quienes se dice que no hicieron jamás justicia, esos encomenderos a quienes se acusa de torturar a los indios, esos capataces denunciados de crueldad en su trato con los negros, esos tesoreros de quienes se habla que enriquecían sin razones justas, fueron los hombres que formaron la trama social de nuestros pueblos. Antes de

condenarlos en conjunto, debemos examinar lo que hicieron, a fin de que el garrote de la venganza no destruya arbitrariamente su recuerdo. ¿Qué hubo injusticias? Claro que las hubo por demás. Nadie, fuera de un obcecado discípulo de Ginés de Sepúlveda, puede negarlo. Pero esas injusticias no somos nosotros quienes ahora las estamos descubriendo. Ellas fueron denunciadas en tiempo, y a muchas se procuró remedio, con un sentido de equidad que es el mayor timbre de España como nación colonizadora. Ahí están las Leyes de Indias, monumento jurídico que por sí solo salva la intención generosa y civilizadora de nuestra antigua Metrópoli. Buenas leyes, de las cuales muchas no se cumplieron, es cierto, como tampoco hoy se cumplen por los modernos gobernantes las normas justas que fabrican los hombres de la inteligencia.

Sabéis, pues, que “leyenda negra” en el orden de la Historia de nuestro pasado hispánico, es acumular sobre las autoridades y sobre el sistema colonial en general, todo género de crímenes; “leyenda dorada” es, por el contrario, juzgar el sistema colonial como una edad dorada, igual a la que Don Quijote pintaba a los cabreros. Entre una y otra “leyendas” está la Historia que abaja lo empinado de los elogios y borra la tinta de los negros denuestos. Entre el grupo de los que piensan con este criterio medio, me hallaréis siempre a mí, hombre curado de espantos, que nada me sorprende en orden de novedades, porque, cuando quieren asustarme con nuevas razones, ya vengo de regreso del campo donde las cosechan.

Sé que se me ha querido motejar, para malos fines, de ardoroso hispanismo, por esta mi apología de la cultura colonial. Algunos, por error, han creído que he defendido la cultura colonial por ser ella y yo católicos. Que yo lo sea, es cosa mía, en que nadie tiene derecho de inmiscuirse; que fuera católica la enseñanza colonial, es cosa de la Historia. No podía ser protestante, siendo católico el imperio español. Pero, sin necesidad de mirar al signo de la religiosidad, hubo una cultura, que en colonias españolas no podía ser distinta de la cultura que se servía en la Península, y que, a pesar de reproducir las reticencias que durante los siglos XVII y XVIII padecía la enseñanza en la Metrópoli, sirvió en América para formar la gloriosa generación de la Independencia.

Cuando se profundizó en el estudio de nuestro pasado hispánico, nada fue parte para atacar el criterio revisionista, como este sambenito de la catolicidad. Y ahí palpita el corazón de las razones por qué sea a los historiadores de filiación católica a quiénes se nos moteje más acre-

mente de sembradores de la "leyenda dorada". Cuando la revisión la hicieron Rivas, Vallenilla y Arcaya, sin ahondar en los supuestos de la cultura intelectual nadie se alarmó de sus conclusiones. Apenas puesto a flor de evidencia el proceso educativo que tomó forma en las manos del Obispo Agreda, cuando aún no habían logrado estabilidad las fundaciones, la alarma cundió, a punto de declararse "peligrosa" para la República la difusión de aquellas conclusiones.

Otro factor surgió para asustar a muchos, cuando con fines de política, se pretendió convertir el revisionismo de nuestra época hispánica en una manera de quinta columna de la neohispanidad. Aquí ardió Troya, y con sobra de razones. Hubo hasta necesidad de que cada quien explicase su hispanismo.

Para mí la hispanidad es una idea de ámbito moral que no puede someterse a la antojadiza dirección de una política de alcance casero. España como idea, como cultura, está por encima de los adventicios intereses de los políticos en turno del éxito. La España histórica, España como centro de gravedad de nuestra civilización, es algo que vivirá contra el tiempo, sobre el vaivén de los hombres, más allá de los mezquinos intereses del momento. La hispanidad tiene por ello un sentido de universalidad que rebasa las lindes de toda política de circunstancias. Esa hispanidad, total, intemporal, de donde emana el valor agonístico de nuestro genio, representa para el mundo americano un factor de gravedad semejante al que representó el helenismo para la cultura mediterránea y a lo que constituye la latinidad para la civilización europea que busca por centro las instituciones romanas.

Lamentablemente esa función de nudo y de radio, sobre la cual pudo configurarse un sistema que defendiese los lineamientos autónomos de la cultura hispanoamericana, tropezó durante el siglo XIX, y continúa tropezando en éste, con la cerril incomprensión española para el fenómeno americano, no entendido ni por Menéndez y Pelayo, ayer, y desfigurado hoy en sus máximos valores, por hombres de las anchas entendederas de Salvador de Madariaga. No todos los españoles son Unamunos para calar en el alma mestiza de Bolívar la plena expresión de la angustia que es atributo de la stirpe hispánica. De otra parte, (y aquí el peligro se torció en quiebra), la reevaluación del hispanismo americano hubo de encarar con la política sutil, disolvente y suspicaz que en la relación con las repúblicas hispanoamericanas patrocinaron Inglaterra y los Estados Unidos.

Caracas, por medio de su carta a los Cabildos de la América Española, de fecha 27 de abril de 1810, dio expresión a la idea de permanencia de la comunidad existente entre las provincias que se separaban del gobierno metropolitano de Madrid. Esa idea estuvo también en los planes confederativos del Precursor Miranda y, por último, Bolívar buscó de darle forma por medio del Congreso de Panamá, del cual inicialmente, oígame bien, estuvieron excluidos los Estados Unidos, en cuyos hombres el Libertador solo miraba “regatones” con quienes, en su romanticismo político, no quería que se pareciesen los colombianos. Aún más: declaró Bolívar que el destino había colocado en el Mundo Nuevo a los Estados Unidos para que, en nombre de la libertad, sirviesen de azote a los demás pueblos. Pero, lamentablemente la unión, en primer término propugnada por Miranda y Bolívar, ha logrado realidad a través de un sistema continental colocado al servicio de intereses diametralmente opuestos a los genuinos sentimientos hispanoamericanos difundidos por Bolívar, y que, en consecuencia, no sirve de centro de unión de los verdaderos valores que conjugados pudieron mantener la vigencia de nuestras formas peculiares de cultura.

Ni en la vieja matriz peninsular, ni en lugar alguno del nuevo mundo, vidrioso y pugnaz por la fenicia política de Washington, han podido fijarse aún las bases de la estructura que sirva de defensa a los valores diferenciales que dan fisonomía a nuestra cultura. Así como el Cid ganaba batallas después de muerto, ésta es victoria póstuma de la política inglesa de los siglos xv y xvii, ganada por sus herederos en América a los herederos de España. El relajamiento de los nexos que debieron mantener unido a nuestro viejo mundo hispanoamericano, es fruto directo del criterio autonegativo provocado en nuestros países por la “leyenda negra”, elevada por los sajones a dogma político, unido al odio natural que surgió en la lucha de emancipación.

Para compensar en parte las tremendas consecuencias que derivaron de la flacidez con que la voluntad ahistórica de nuestros pueblos se ha plegado a los propósitos del nuevo filibusterismo económico, urge crear vivencias que den contenido resistente a nuestra conciencia de naciones. Esas vivencias pueden edificarse con buen éxito sobre lo que nos defina con rasgos comunes frente a la bandera de los nuevos corsarios. Ellas, para prosperar, reclaman una asimilación integral de nuestra historia de pueblo, cuajada ayer de netos valores, sobre los cuales podemos erigir hoy los nuevos valores anticolonialistas.

A la integración de esa historia conducen los esfuerzos que algunos estudiosos hemos venido haciendo cuando nos encaramos con la “leyenda negra”, que ánimos extranjeros formaron en mengua de nuestro pasado hispánico. No se crea que ha sido fácil la tarea, pues no han faltado espíritus desapercibidos para la lógica, que llegaron al absurdo de ponderar el probable progreso de “nuestros” territorios, si en lugar de ser colonizados por españoles los hubiese colonizado Francia o Inglaterra. Dígalo así un tercero, por caso un sueco, que se sitúe en plano neutral de consideraciones. Pero, quienes venimos de los hombres que poblaron este mundo aún bárbaro de América ¿podríamos, sin hundirnos en el absurdo, divagar sobre tales conjeturas? Pues, tal como lo digo, aun con empecinados de esta ralea hemos tenido que luchar quienes nos preocupamos por agrandar los linderos históricos de la Patria venezolana y por dar unidad y continuidad resistente al largo proceso de nuestra Historia nacional.

Sé que muchos profesores, seguramente poco léidos al respecto, han dicho que la labor de quienes revaloramos la obra de la España vieja, constituyen una mengua en el mérito de la República. ¡Si me lo han dicho en mi propia cara! Ese juicio precipitado arranca de la presunta idea de los dos mundos divididos en 1810: el pasado colonial tenebroso y el iluminado presente de la República. Claro que hubo, como sigue habiéndolos, dos mundos morales en pugna, pero lejos de estar divididos por una referencia cronológica, venían coexistiendo durante el proceso hispánico. Desde los albores de la dominación española se puso de resalto el espíritu que podríamos llamar anticolonial. Hubo, junto con la armazón político-administrativa de la Colonia en sí, la armazón espiritual de la anti-Colonia. Antonio de Montesinos y Bartolomé de Las Casas fueron a principios del siglo XVI expresión altísima de la anti-Colonia. El Regente José Francisco Heredia, así defendiese la unidad del imperio español, representaba, cuando la Colonia concluía, una conciencia anti-colonista, que coincidía con Bolívar en desear para nuestro mundo el reino de la justicia. Los separaba, en cambio, la circunstancia de que mientras el Libertador buscaba la libertad como único camino para llegar a aquélla, Heredia invocaba con mayor urgencia, y para igual fin, los cauces del orden y de la paz sociales. Disentían Bolívar y Heredia —por igual culminaciones eminentes de la cultura mestiza de América— en el planteamiento del problema donde estriba el destino de las sociedades, y que ha sido y seguirá siendo fuente de escándalos continuos a todo lo largo de la bárbara Historia hispanoamericana: la manera de aco-

plarse la libertad con el orden. Basta mirar alrededor, para ver cómo en razón de los apetitos desenfrenados de los hombres, sufrimos aún el drama en que no pudieron acordarse aquellos hombres sublimes. Cada día prueban, acá y allá, los presuntos defensores del orden su carencia de capacidad para respetar la libertad, y sin cuidar que es la justicia el único argumento que lo hace posible, arremeten contra la una y contra la otra, para sólo dar satisfacción a la violencia y al capricho.

Los que se niegan a la revaluación de nuestro pasado hispánico arrancan del supuesto falsísimo de que la República surgió como improvisada y candorosa imitación de movimientos políticos extraños, carentes, en consecuencia, de apoyos morales, económicos y sociales en el fondo mismo de la tradición colonial. Quienes así piensan, lejos de contribuir a aumentar la fama de los Padres de la Independencia, la disminuyen abiertamente, pues, en presentándolos como irreflexivos seguidores de novedades extrañas, ponen de lado el largo y callado esfuerzo del mismo pueblo que buscaba aquellas voces egregias para la expresión de sus derechos inmanentes. Olvidan así que la lucha por la justicia apenas viene a advertirse para el bulto de lo histórico, cuando acuden los hombres al argumento de la franca sedición o a la airada protesta. No quieren convenir en que dicha lucha tuvo vida secreta y dolorosa desde la hora inicial de la conquista, como protesta contra el inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador. No era espesa media noche la existencia colonial. Yo le encuentro semejanza mayor con una prolongada y medrosa madrugada, durante la cual los hombres esperaron el anuncio de la aurora. Nuestro siglo XVIII es la expresión viva de una agonía de creación. Había lucha, había afán de crecer, había empeño porque brillase la justicia. Al Rey se obedecía, pero se discutían sus órdenes. Cuando sucedió la independencia de las colonias inglesas del Norte y se produjo la explosión liberadora de la Revolución Francesa, ya en nuestro mundo colonial existía una conciencia capaz de asumir reflexivamente actitud congruente con los aires del tiempo. La libertad y la justicia no eran temas extraños al propósito de nuestros antepasados. Bastante tenían discutido con las autoridades los letrados. Por la autonomía de la provincia había sido condenada la memoria de Juan Francisco de León. Bolívar creció bajo un alero donde ya habían anidado las águilas rebeldes. Un año antes de venir al mundo el futuro Libertador de América, don Juan Vicente Bolívar escribía al díscolo Miranda sobre los problemas de la autonomía de la Provincia. Con hacerlos contraeco de voces extrañas, se reduce al tamaño de los Padres de la Patria. Cre-

cen, por el contrario, cuando se les presenta como conciencias poderosas en que se recogieron las voces antiguas para expresar las adivinaciones de su tiempo.

En esto no hay propósito alguno de echar brillantes capas de oro sobre el mérito de España como nación colonizadora. Esto no es leyenda ni blanca ni dorada. Esto es Historia con *verdad de vida*. Los que así pensamos, sólo perseguimos instrumentos con que anchar y pulir los contornos de la venezolanidad, al mismo tiempo que buscamos mantener como lumbre que dé calor a las conciencias, el fuego de esa tradición que no se ve, que no se escribe, que no se graba sobre piedras, pero que se siente como marca indeleble para fijar los caracteres y para empujar los ideales constructivos.

Cuanto se ha dicho de malo acerca de la "peligrosidad" de la llamada "leyenda dorada" de que se me hace abanderado, debe cargarse, en cambio, a la cuenta de la leyenda contraria. No debe olvidarse que ésta fue fraguada inicialmente a las orillas del Támesis, como arma contra los valores hispánicos que nutrieron nuestra cultura. En nombre de esa leyenda se ha logrado la desagregación de la conciencia de los pueblos hispanoamericanos y se ha hecho, en consecuencia, fácil el arribo de las naves donde viajan los modernos corsarios que buscan convertir nuestras repúblicas independientes en factorías para su lucro.

Como he dicho, no participo con las tesis de quienes sólo encuentran en la obra de España temas para el laude. Nuestra conciencia nacional se formó al rescoldo de ideas de tan acusado tinte rebelde, que los mayores admiradores de España siempre hallarían motivo de crítica en diversos aspectos del régimen colonial. Pero esa conciencia liberal y esa altivez nuestra, que repudia los encendidos contornos dorados, aún cuando se trate de ribetear con ellos la propia vida portentosa de Bolívar, se formó, aunque cauce asombro, en pleno período colonial. Sirva de ejemplo: en 1618, el Gobernador de La Hoz Berrío, hombre de gran piedad, junto con el Cabildo de Caracas, integrado por elementos de severas prácticas religiosas, pidieron que el Obispo Bohórquez fuera a radicarse a la ciudad episcopal de Coro, para que dejase en paz a Santiago de León de Caracas, cuyos moradores no hallaban la manera de componerse con el violento Prelado. Durante la Colonia se vio en Caracas el espectáculo de que fuera un Obispo condenado a resarcir perjuicios causados a clérigos, y de que más de un Gobernador tomase por habitación la Cárcel Pública. Hubo grandes injusticias, nadie lo niega; hubo

empeño cerrado, de parte de algunas autoridades, en quebrantar el ímpetu de los hombres libres; pero estos reatos coexistían, como ya he dicho, con actitudes contrarias, del mismo modo como han estado presentes, y seguirán presentes en el orden de nuestra Historia, los hombres que padecen por la libertad y la justicia, junto con los hombres que sienten placer en el ejercicio arbitrario del poder.

Al ahondar, pues, en el estudio de estos problemas de nuestra Historia nacional, sólo he buscado presentar los hechos en su verdad contradictoria. A la vieja tesis de un país colonial distinto del país republicano, he opuesto la tesis de un país nacional en formación, que luchó heroicamente, con sus propios recursos y contra los recursos de sus propios hombres, por transformar un sistema de minoría en un régimen de mayoría política. La oposición, insisto en decirlo, no es de fechas sino de actitudes. Y esa actitud de lucha prosigue y proseguirá siempre, como expresión del espíritu dialéctico de la Historia.

Cuando empecé a estudiar en serio nuestra Historia, di con las "tinieblas" coloniales que habían asustado a otros; mas, haciendo mío aquel consejo chino que enseña ser más prudente, cuando nos encontramos a oscuras, encender una vela que maldecir las tinieblas, busqué de prender la modesta candela de mi esfuerzo, hasta lograr que se disipara la obscuridad que a otros había movido a la desesperación y a los desuetos.

Buscar en nuestros propios anales respuestas para nuestras incessantes preguntas, dista mucho de que se pueda tomar como afán de vestir arreos dorados a la Metrópoli española. Repetidas veces he escrito que la aventura de las Indias produjo una escisión en el propio mundo español. Desde el siglo XVI existieron dos Españas. La vieja España, deseosa de más anchos horizontes, vino en el alma de su pueblo en busca de las playas ilimitadas de nuestra América. Que lo diga el opulento barroco de Méjico, de Lima y de Guatemala. Que lo digan los Cabildos americanos de 1810. Que lo digan las mismas Cortes de Cádiz, donde se dejó oír el acento viril de pueblos que reclamaban el reconocimiento de su personalidad. Acá, aunque lo niegue la tosudez de muchos peninsulares, fue donde culminó la obra portentosa de una España, que, nacida para la libertad y la justicia y al sentir las trabas del absolutismo que contrariaba las viejas franquicias, buscó una nueva geografía para la altivez de sus símbolos, y que al compás de la fuerza despótica que, con los Borbones, tomó el poder regio, fue creciendo en rebeldía hasta ganar la Independencia.

A la "leyenda negra" no opongo una "leyenda dorada" como han dicho algunos Profesores de Secundaria. Una y otra por inciertas las repudio. La falsedad que destruye, he intentado contrariarla con la verdad que crea, no con la ficción que engaña. Y si feroces críticos, desconociendo mi derecho a ser tenido por historiador y no por leyendista, me incluyen entre los partidarios de la trajinada "leyenda dorada", culpa es de ellos y no mía el hacerme aparecer en sitio que no me corresponde. Tengo, por el contrario, fe en que mi razonado hispanismo sirve de ladrillo para el edificio de la afirmación venezolana, en cuyo servicio me mantengo, dispuesto a encarar con las asechanzas de tantas conciencias bilingües como amenazan nuestra integridad nacional. Por medio de mi actitud no busco, tampoco, recompensa que sobrepase la que para su oscuro nombre esperaba Sancho, cuando dijo a nuestro Señor Don Quijote: "Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodega, venta ni mesón o tienda de barbero, donde no ande la historia de nuestras hazañas". A la zaga de Quijotes de buen porte, a quienes se nombre mañana como defensores del genuino destino de la Patria, confío que vaya mi nombre, en el mero puesto de campaña que para el suyo aspiraba el buen Sancho.

Claro y tendido os he hablado de lo que significa el hispanismo como elemento creador de signos que aún pueden dar fisonomía a nuestra América criolla, visiblemente amenazada de ruina por el imperialismo yanqui y por el entreguismo criollo. Sólo me resta advertir que no pretendo que nadie tome como verdad inconcusa la razón de mis palabras. Si no me creyese en lo cierto, no profesara tales ideas; mas, la certidumbre en que estoy de la bondad de mis asertos, jamás me mueve a desconocer el derecho que otros tengan para pensar a su manera, muy más cuando hombres de irreprochable honestidad difieren de mis conceptos esenciales. Hasta hoy, considero el cuerpo de ideas que durante más de veinte y cinco años he venido sosteniendo en la cátedra, en la tribuna y en el libro, como el mejor enderezado a dar vigor a nuestra Historia y fuerza defensiva a la nación. Si yo estuviese errado, pecaría de buena fe y a razón de un equivocado intento de ser útil a la cultura del país. De ese error saldría, en cambio, si en orden a destruir el mío, se me mostrase un camino donde fuera más seguro topar con ideas de ámbito con mayor eficacia para la afirmación de la venezolanidad.

Ojalá vosotros podáis mañana enhestar la conciencia en medio de un mundo altivo y libre, como para nosotros lo soñaron los grandes patrios formados al amor de la mediana cultura colonial y que en 1810 me-

ditaron el porvenir de la República, sin hacer mayor cuenta del porvenir de sus haciendas y sus vidas. Sólo os hago una indicación formal: procurad afincar los juicios futuros sobre el resultado de la investigación crítica y no sobre apreciaciones arbitrarias de otros. Se puede diferir en la estimativa de las circunstancias, pero no se puede erigir un sistema sobre hechos falsos. Posible es apartarse, pongamos por caso, del juicio optimista de Caracciolo Parra León en lo que se refiere al grado de progreso de la enseñanza filosófica que se daba en esta Universidad a fines del siglo XVIII; pero, en cambio, no puede, como aún se hace, seguir invocándose por prueba de un propósito encaminado a mantener en tinieblas a la Colonia, la frase atribuida a Carlos IV, cuando se negó al Seminario de Mérida la gracia de grados mayores. Bastante se ha escrito para probar la inexistencia de la Cédula en que se dice fue estampada dicha frase; de lo contrario, se comprobó que a disidencias cantonales nuestras, se debió la prudente abstención del Monarca español. Sobre hechos como éste no es posible edificar ninguna crítica seria. Con aceptar la verdad, rendimos parias a la justicia, sin favorecer por nada al sistema de los Reyes. En este caso, vindicar una verdad que aproveche al infeliz Monarca, no constituye demérito para la obra de quienes pusieron término con sus hechos heroicos al dominio español en las Indias, así hubieran ponderado los Padres de la Patria, como instrumento de guerra, los vicios y los defectos de los Reyes. Lo inexplicable es pretender escribir historia imparcial con espíritu de guerra. Se escribirán panfletos y diatribas que empujen la oportuna propaganda de la muerte. Jamás llegará a escribirse la Historia con *verdad de vida* que ha de ayudarnos a entender y a superar la honda crisis que nos viene negando capacidad para organizarnos como nación.

SENTIDO Y FUNCION DE LA CIUDAD*

Empinada honra constituye para mí llevar la palabra del historiador en la noble tierra de Gil Fortoul y de Alvarado. Lejos de atribuirle a méritos de mi persona y sólo a la generosidad amistosa del Gobernador Felice Cardot y del Excelentísimo Obispo Benítez Fontourvel, reconozco que se me ha elegido para iniciar estas charlas que antecederán las solemnes oraciones dedicadas a exaltar la egregia memoria de la ciudad en el momento del Cuatricentenario, por ostentar yo el honorífico título de Cronista Oficial de la ciudad mayor de Venezuela. En mí recae, pues, parte del justo homenaje que corresponde a la capital de la República, en el proceso conmemorativo de la fundación de la muy noble ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto.

Fiesta de la Ciudad, aquí han de oírse las voces de las demás ciudades que integran la sagrada comunidad venezolana. Como no se trata de función recoleta, dedicada a exaltar los valores diferenciales de la región, sino de acto, por el contrario, encaminado a medir su esfuerzo de ayer y su esfuerzo de hoy en la obra secular y común de integrar la nacionalidad, se extienden los blancos y largos manteles de la anfictionía, para que las demás ciudades tengan puesto en el ágape fraterno donde, con el recuerdo, logran anastásicas fuerzas los antiguos valores formativos de la Patria.

Estas fiestas conmemorativas están llamadas a ejercer influencia poderosa en la conformación del espíritu del pueblo. Hace treinta años se las miró como sucesos locales de escasa trascendencia. No hubo despliegue nacional de ninguna especie a la hora en que Cumaná, La Asunción y Coro alcanzaron la misma dignidad de siglos. Cuando El Tocuyo co-

* Lectura inicial del curso de conferencias que antecedió a la celebración del IV Centenario de la ciudad de Barquisimeto. 14-3-52.

ronó los cuatrocientos años, el país sintió, en cambio, el vetusto prestigio de la ciudad donde estuvieron el primitivo solar de la venezolanidad y el eje de los grandes radios que conformaron la geografía de la nación. Hoy, en realidad, hay mejores ojos para mirar la Historia. Ayer se la tomó como reducida aventura de arduos romeros, que hicieran camino en pos de alguna ermita donde fuese milagrosa la evocación de cualquier prócer republicano. En cambio, de algunos años a esta parte, el estudio de nuestro pasado ha venido perdiendo el carácter ahistórico que alcanzó bajo la inspiración de quienes miraron la Historia Patria como un proceso de milagrería y como un rígido "estar" en el seno de una gloria trabajada por los Padres de la República. Hubo deseos de ahondar en la roca viva donde estriba el edificio de la nación, y se halló que no es de ayer nuestra vida de pueblo y se supo que los orígenes de la nacionalidad no arrancan de la hora luminosa de la rebelión de nuestros Padres contra el ya caduco sistema colonial. Al hacerse el examen de la realidad social de nuestro país, se halló que uno de los factores que más intensamente ha contribuido a retardar la cuaja de nuestro pueblo, ha sido el desdén por su verdadera Historia. Cuando el gran Zumeta dijo en fino lenguaje de malabarista que existe un hiato o una pausa entre la Colonia y la República semejante al que separa del Antiguo al Nuevo Testamento, no estaba haciendo en verdad una teoría de nuestra Historia, sino una frase que condensa a maravilla el estado de conciencia ahistórica que hasta entonces influía en el estudio de nuestro pasado. Existía en realidad, un grupo de espíritus que no habían logrado, pese a densos estudios, desvestir sus juicios de mohosos prejuicios anti-españoles, y que dieron en la flor de mostrar adhesión a la República y de exhibirse como hombres progresistas, por medio de juicios denigrativos del pasado hispánico de nuestra nación. Negados a entender la causación histórica, desconocieron trescientos años de Historia, para ponernos a correr con zancos prestados sobre el campo abierto de una República, que tampoco supieron cuidar, y donde fatalmente tenían que caer hombres con piernas postizas, a quienes no se les dio a conocer la robustez de sus genuinos remos.

En el proceso de nuestra Historia Nacional, esto también es hoy historia. Y aquí, Señores, estamos nosotros comprobándolo. Nos hemos reunido para empezar a memorar los cuatrocientos años de Historia que hacen de esta ciudad uno de los más firmes soportes de la nacionalidad venezolana. Aquí la Historia antigua tiene valores de resistencia cívica y del patriótico sentido de cooperación: a la epopeya de la libertad, Barquisimeto ofreció escenario para heroicas acciones; durante la República,

ha trabajado la tierra con un ejemplar empeño de suficiencia y se han hecho aquí fortunas que aseguran una economía feliz, y al compás de esta riqueza material, ha crecido en el orden de la cultura, hasta poder contar por suyos a los Limardos, a los Montesinos, a los Riera Aguinalde, a los Alvarado, a los Gil Fortoul, a los Macario Yepes, forjados para la gloria en las disciplinas de las Universidades, y a aquellos caballerosos luchadores en nuestras guerras intestinas que, como Jacinto Lara y Aquilino Juárez, no sólo aprovecharon a Minerva para el engaño de Héctor, sino que, escuchando su certero consejo, se dieron, también, a la obra fecunda de la cultura civil.

Pero no se reúnen los hombres y las mujeres de la tierra para cantar alabanzas al progreso de la cabilla y del cemento, ni para formar el inventario de la riqueza material, que hace de Barquisimeto una de las más prósperas y adelantadas ciudades de la Unión Venezolana. Ello se hará apenas como corolario feliz del tema principal. Para alabar la obra de los ingenieros modernos habrá que empezar por elogiar la obra de los constructores antiguos. Aquí venimos a festejar la ciudad en su integridad funcional. Para saber lo que vale hemos de empezar por ahondar sus orígenes y por examinar su papel en el proceso que tuvo culminación en la unidad venezolana. En último análisis, estas fiestas, más que destinadas a exaltar con hedonista complacencia el mérito de la jornada hasta hoy cumplida tienen carácter de reencuentro con nosotros mismos, justamente a la hora en que auras hostiles provocan movimientos evanescentes en la conciencia de nuestro pueblo. Anteo, para recobrar fuerzas, tenía que poner sobre el suelo nativo el heroico talón. Los pueblos, para conservarse en el goce de sus fuerzas creadoras, han de mantener los pies de la conciencia bien hundidos en la realidad de sí mismos. Y la realidad de los pueblos es el balance de su Historia, la cual deben mirar, no en pos de la alegre ejemplaridad, sino como dimensión que pone los signos diferenciales y unitivos de las generaciones que la llenan, y que, con nosotros, habrán de prolongarse por testimonio de un esfuerzo colectivo.

Hagamos a un lado el polvo de los años y busquemos el tiempo en que el sitio de la Ciudad era desierto. Es el año de gracia de 1552. Estamos a mitad del siglo de las grandes fundaciones. En la primitiva Venezuela, delimitada en sus costas cuando se la concedió un gobierno a los alemanes, existen sólo dos ciudades: Santa Ana de Coro y la Purísima Concepción de El Tocuyo. Para hacer el camino del mar, han fundado un puerto en la Borburata. En Macarapana, al oriente, y desvinculada

esta región del gobierno venezolano, no se ha perfeccionado aún un sistema de categoría. Cumaná es apenas lánguido pueblo, de chozas miserables, que espera los prestigiosos jinetes de Fernández de Serpa. En la maravillosa Isla de Margarita prosigue el gobierno familiar concedido a Marcelo Villalobos, y que de doña Aldonsa Manrique, su hija, pasará sin ningún esfuerzo a las manos del nieto Sarmiento de Villandrando. La antigua ranchería de Maracaibo, con vida civil hasta 1535, está deshabitada desde que Federman trasladó a Río de Hacha sus vecinos. La región de los cuicas ha sido recorrida ya en son de descubrimiento y de dominio por Diego Ruiz Vallejo y Juan de Villegas. Justamente es Juan de Villegas quien comanda la gente española que en este hermoso y dilatado valle está echando las bases de la Nueva Segovia de Barquisimeto.

Hidalgo de antiguo solar castellano, está hecho desde niño a mirar anchas vegas, y su experiencia en las Indias lo ha convertido en férreo domador de selvas. En este momento se encarna en él un intrincado pretérito. Juan de Villegas lleva la palabra en el diálogo que mantiene el hombre viejo con la tierra nueva. Está investido, junto con su dignidad de Capitán, de carácter de sacerdote y de letrado. Juan de Villegas y sus valientes compañeros son una Historia cuajada de siglos que viene a cambiar de data en un trozo de geografía, tan vieja como la geografía del mundo antiguo, pero que ha mantenido con la barbarie vegetal la frescura de la virginidad. Este es un suelo de hombres sin Historia que empieza a sentir las pisadas de una Historia cargada de tiempo. No son ellos filósofos, ni eruditos, aunque bien pudieran viajar entre estos rudos milites becados arrepentidos de Salamanca o discretos filósofos que temieron enredos con la Inquisición. Con los simples letrados de San Casiano, bien puede confundirse un avisado lector de Erasmo, del mismo modo como vimos entre la gente de Alfinger un santo de la dulce simpatía de Martín Tinajero. No son en su conjunto famélicos y rudos aventureros. La mayoría conoce los caminos de la victoria en Flandes y en Italia. En cambio, todos son veteranos en las mil sendas por donde se va a la busca inútil de El Dorado. Algunos tienen servicios eminentes en la fundación de otras ciudades. La mayor parte son restos de las expediciones de Alfinger y de Spira. Otros han corrido aventuras y han tenido gobierno en Margarita, en Cubagua y en Macarapana. Largo sería enumerarlos. Pero hay uno cuyo recuerdo es de imperio en este caso. Entre los principales capitanes figura Diego de Losada. Está aprendiendo a fundar pueblos, para fundar mañana un pueblo mayor. A él tocará en suerte conducir a los bravos conquistadores que aseguraron los cimien-

tos de Santiago de León, en el dulce valle de los fieros caracas. Toda esta historia es un proceso común. Cuando Villegas funda la Nueva Segovia, sus tenientes sueñan la hora de ser ellos cabeza de fundaciones futuras. Losada es valiente y audaz. Ya Villegas lo ha ungido con la Alcaldía de la nueva Ciudad. Será él, pues, quien tenga la primera voz en el proceso civil que se inicia. Sin embargo, esta designación no satisface sus deseos de hacer Historia. Mientras se funda la Ciudad, él seguramente piense en la ciudad que dará permanencia a su nombre en la Historia de Venezuela. Caracas ya vive como un delirio en la imaginación calenturienta de Diego de Losada. Más allá de los horizontes, entre el incendio maravilloso de los crepúsculos que singularizan al valle de las Damas, Losada mira los techos rojos de la ciudad que le granjeará la inmortalidad. Cuando Villegas, caballero en rauda corcel, voceaba de uno a otro extremo de la presunta ciudad a quienes pretendieran argumentar contra los derechos del Rey, ahí representados en su brazo de valiente, Diego de Losada se miraba caballero en el níveo corcel de Santiago, a la hora venidera de cumplir los mismos ritos, con que ganaría título para codearse con los caballeros santiaguinos de su lejana ciudad nativa.

* * *

Se ha fundado la Ciudad. ¿Dónde? ¿Cuándo? Ha podido ser en distintos sitios y en insegura fecha. Una vez cumplidas las formalidades rituales de retar los supuestos contradictores del derecho regio, y de mudar piedras y de cortar hierbas, como símbolo de dominio, el fundador, ya sembrada la cruz que da signo a la jornada, marca lindes a la plaza mayor, divide en solares el perímetro urbano y señala sitio para la Iglesia y las Casas del Cabildo. Todo lo hace en nombre del Rey, de quien emana el derecho y quien retiene la soberanía. En medio del desierto salvaje, con la Ciudad aparece un sitio en donde asientan las instrucciones nuevas. La Ciudad no es sólo remanso y pausa en el caminar perpetuo de los conquistadores. La Ciudad es algo más. El campamento azaroso donde impera la ley de los valientes, es sustituido por la sala capitular, donde el Alcalde, desceñidas las armas, hace justicia apoyado en el débil bastón de la magistratura. Eso es la Ciudad. Se la funda para hacer en ella pacífica vida de justicia. La Ciudad sin justicia no es sino el campamento cargado de zozobra. Quienes la gobiernan se llaman Alcaldes o Justicias. La justicia ideal se hace masculina y recia en los Justicias hombres, que la administran en nombre de las leyes. Cada ciudad

es un nuevo jalón en el proceso de dar fisonomía a la Virgen tierra y de dar razón humana a la aventura conquistadora. Hasta en el orden de los vocablos, los grandes valores que hacen a las repúblicas derivan de la Ciudad. Ciudadano es el sujeto de derechos políticos; ciudadanía el concepto integral de dichos derechos; cívico lo que se distingue de la violencia que quedó superada en el nuevo sistema de vida comunal; civil el orden que se fundamenta en el suave imperio de las leyes. En la Ciudad antigua, de griegos y romanos, la ciudadanía era derecho reservado a las clases del privilegio. En la Ciudad colonial, la ciudadanía estaba restringida y el común del pueblo sólo beneficiaba de la paz del convivio. El proceso de la república es vivo e inconcluso testimonio de la lucha porque la ciudadanía convenga a todos los hombres y mujeres que forman la Ciudad.

Los hombres valientes y audaces que se echaron sobre las aguas oceánicas a la aventura de las Indias, han venido a algo más que a saltar indios y rescatar perlas. Han venido a hacer ciudades. Traen ellos entre las manos fornidas un mensaje de cultura, y esa cultura, para dis tenderse en la nueva área geográfica, reclama sitios de apoyo. Por eso, los pueblos que fundan los conquistadores tienen el signo de un proceso de calidad. Empiezan, claro que sí, por toldas pajizas que poco difieren de los bohíos del aborígen. Pero bajo esta modestísima techumbre anidan formas con rango de institucionalidad. Al fundarse la Ciudad, se ha creado una entidad que supera la realidad de los edificios. Si los vecinos resuelven trasladarse a otro sitio propicio, se va con ellos la Ciudad en su dimensión moral y jurídica, más que como masa migratoria de hombres y como hacinamiento de propiedades movedizas. Sobre los hombres, ella camina como un símbolo y como una esperanza. Nadie la ve, pero todos la sienten, al igual de los israelitas, cuando llevaban puestos los ojos en la nube que guiaba sus pasos hacia la tierra prometida. La Ciudad por sí misma tiene vida en el área de las realidades inmateriales. Aquí, allá, más allá, la Ciudad mantiene el sello de un derecho y el signo de un espíritu que la hacen sagrada. En el sistema de griegos y romanos tuvo dioses propios, cuyo culto no era posible compartir con los extraños. A nuestra Ciudad le da carácter religioso la tradición que la formaron las generaciones pasadas, y la cual deben cuidar y perfeccionar las generaciones presentes.

Unidad política, unidad administrativa, unidad económica, la Ciudad colonial las posee como las raíces del árbol de la futura nacionalidad.

En su fundación se han cumplido las fórmulas de un sacramentario que da la vida en el orden del derecho y la constituye primera estructura para el proceso de la integración del gobierno general. Tiene ella, junto con la autonomía de lo doméstico, carácter de célula en el conjunto tegumental de la futura nación. Se diferencia de las demás ciudades, mas como todas sienten sobre sí la superestructura del gobierno provincial y de la lejana Audiencia, se sabe comprometida en un engranaje que disuelve en parte el aislamiento cantonal. Cuando la Nueva Valencia o la Paz de Trujillo se ven amenazadas del corsario, Nueva Segovia les envía la ayuda de sus mejores capitanes y el socorro de su vino, su cecina y su bizcocho. En cambio, cuando el Gobernador y Capitán General le quiere imponer un Teniente que represente su autoridad centralizadora, se alza ante el Rey en defensa de mayor ámbito para sus mandatarios locales.

El conquistador español del siglo XVI, así aparezca cubierto con cota de bárbara violencia, poseía sensibilidad para los temas del derecho. El propio proceso de la conquista fue debatido en las Universidades, en los Consejos y en los Conventos de España como problemática que interesaba a la justicia universal. Grandes teólogos, con Francisco de Vitoria a la cabeza, intervinieron en larga disputa, de donde surgieron las bases del Derecho Internacional moderno. Las Cédulas y las Reales Provisiones eran para los conquistadores fuentes de derecho estricto. Las ciudades justamente surgían para que tuviese asiento ese derecho. El Municipio, sin tener el carácter popular que distingue el Municipio moderno, era el fermentario de la institucionalidad futura. Allí empezaba la nueva vida de relación civil. Más allá de la Ciudad y de su ejido, quedaba la indiada que sería sometida al nuevo sistema de civilización. La Encomienda apacientará al bravo aborigen y lo llevará a la vida de Doctrina, donde tendrán más tarde abreviada repetición rural los sistemas de gobierno de la Ciudad. Brazos del Municipio, los pueblos nuevos llevarán al campo los medios protectores de las leyes.

Injusticias, atropellos y violencias se ponen a flor de realidad cuando es examinado el proceso de la Conquista y la Colonia. Violencias, atropellos e injusticias se abultan en toda Historia, en mayor grado que los frutos de la justicia y la concordia. La Historia reclama perspectiva para sus juicios y adecuación del ojo crítico al plano temporal de los sucesos. Contradictorio y vario, el mundo de las formas coloniales impone reposo para su enjuiciamiento y búsqueda serena de la aguja que configuraba el cañamazo de los sucesos. Se la puede hallar en los ricos

archivos de la Metrópoli, pero más cerca la tenemos en la vida de nuestros Municipios. En los Cabildos, donde adquiere fisonomía el derecho de las ciudades, se daba vida a instituciones políticas enmarcadas en las posibilidades del tiempo y definidas por las líneas conceptuales de la propia filosofía de la sociedad. Las nuestras venían de la España del siglo XVI. Desatino sería pretender topar en aquel confuso tiempo con instituciones sigloventistas. Vinieron de la Península los viejos *Fueros* y las solemnes *Partidas*. España daba al Nuevo Mundo su derecho viejo. Claro que la Corona y los conquistadores buscaban la materialidad de los proventos, pero con la búsqueda de fortuna había empeño de crear también un mundo de derecho. Se quería el oro y las perlas de América, pero a ésta se ofrecían los lineamientos de una cultura, cuyos más recios afincos son las leyes. Alguno de estos conquistadores pudo haber saludado en la Península carrera de leyes. Pero quien sí debe estar provisto de algunos libros es el Padre Toribio Ruiz. En su pequeña y andariega librería, junto con los Testamentos y el Misal, deben de andar las *Siete Partidas*. Cuando los Alcaldes comienzan a impartir justicia, es casi seguro que los instruya con letras del Rey Sabio: “Cumplidas deben ser las leyes, e muy ciudadas, e catadas, de guisa que sean con razón, e sobre cosas que puedan ser segund natura”. En medio de la rudeza de la nueva vida, la ley es el *sancta sanctorum* donde buscan amparo los perseguidos. A las leyes del Reino, con vigencia general en las Indias, se agregaron después las leyes que el Rey fue creando para los flamantes dominios. No eran tan arbitrarias, que el propio Monarca mandaba a sus Virreyes, Presidentes y Justicias que acatasen y no cumpliesen aquellas Cédulas en las cuales se abultasen vicios o se previese de su lectura que habían sido arrancadas con malicia a la autoridad real. Acatar y no cumplir fue la orden del Rey, cuando la obediencia no había tomado el áspero carácter de ciega sumisión que entre nosotros le sumaron al vocablo más tarde los violentos. Metidas, pues, en los respetuosos linderos del obedecer sin cumplir, las autoridades coloniales discutieron al Monarca sus órdenes y lograron muchas veces la enmienda de sus fines. Por ello, cuando se estudian las *Leyes de Indias* a la luz de la razón histórica y no de la pasión política, aparecen como uno de los más excelsos monumentos de la legislación universal. Esas leyes sancionadas para América, expresan, en verdad, una conciencia jurídica que enaltece el tradicionalismo hispánico.

Ciudad también se llamaron los Cabildos o Ayuntamientos. Eran en verdad el rostro institucional del pueblo. Sus funcionarios se mudaban

con el año, excepto los que ejercían cargos caídos en la autorizada venalidad de los oficios. Se hacía, es cierto, la elección por el propio Cabildo y entre miembros de la clase alta. Esta clase la constituían los descendientes de los fundadores y primeros pobladores, que se fueron lentamente haciendo señores de la tierra. Pero estos terratenientes que ejercían, con el dominio del suelo, el poder municipal, representaban a su modo, en aquel momento de nuestra evolución histórica, la voluntad autonómica de las generaciones que se sintieron con mayor arraigo en la tierra nueva que en el viejo solar de los mayores. Con ellos fraguaba en el Cabildo una conciencia diferencial que terminó por desconocer la autoridad del lejano Monarca.

La prepotencia de clase la cubrieron los personeros de la Ciudad con la propia letra de la ley regia. Y hasta tanto ellos no se echaron a la calle con los pendones y las mazas que representaban el institucionalismo, no hubo revolución. El cuadro glorioso de José María España, sacrificado en 1799 por haber enarbolado el estandarte de la libertad, y la voz tremebunda de Miranda, que llamaba desde el mar a la lucha por la independencia, quedaron sin eco de realidad mientras la Ciudad, en nombre de la soberanía antigua, no voceó los derechos de la nación a gobernarse por sí misma. Tal fue la conformación legalista lograda por la conciencia del pueblo que iba a estrenar indumentaria de república, que necesitaron los directores del movimiento revolucionario meter las voces de la insurrección en la propia caracola del institucionalismo contra cuyas formas se abría la gran lucha para la nueva vida. Por ello, el absolutismo del gendarme tiene menos solera histórica que la vocación legalista, entorpecida por el interés de los gobernantes. La legalidad concretada en Peñalver es más vieja, como Historia, que la arbitrariedad que grita en labios de Páez.

Ese largo proceso comenzó cuando los fundadores cimentaron las ciudades. Han podido fundar fortalezas, donde Alcaldes sin leyes mantuviesen un régimen que sirviera de seguro a las expediciones encargadas de explotar la riqueza de los naturales. Pero con la conquista se inició en nuestras tierras un proceso que trasladaba a estos términos las raíces de la antigua cultura europea. Venían hombres con estirpe histórica a producir nuevas generaciones, llamadas a modificar por las varias interferencias de los distintos procesos de cultura, la propia concepción de la vida humana.

La Ciudad fue el coronamiento cultural de la gran aventura de los conquistadores. Fieros y audaces compañeros de Hortal, de Sedeño y de

Ordaz. Su recuerdo queda en nuestros anales sin otro asidero funcional que el mérito de haber corrido tierras y de haber desguazado ríos. La naturaleza apenas mantiene entre sus luces prodigiosas la memoria de estos hombres valientes, cuya historia se hundió en el misterio de la espesa y milagrosa selva o en el misterio de los profundos ríos. Los que fundaron ciudades permanecen, en cambio, como artífices iniciales de la cultura nueva. Ellos crecerán al compás del perímetro de las poblaciones. Juan de Villegas y sus afortunados compañeros se hacen más altos a medida que el pueblo por ellos comenzado toma contornos de gran ciudad. Y si aumentan de tamaño en proporción al esfuerzo con que la ciudad absorbe y funda el viejo ejido, donde pastaba el primitivo ganado doméstico, más crecen en razón del valor de los hombres que constituyen las individualidades luminosas con que logran su clímax de esplendor las generaciones que hacen la trama de su Historia.

Pequeña es la lista de los fundadores. Entre ellos figura el fundador de mi ciudad natal de Trujillo y el fundador de mi apellido en tierras de Venezuela. A mí me complace imaginar el diálogo de Diego García de Paredes y de Sancho Briceño, mientras Juan de Villegas ordenaba la nueva fundación. Se volverán a hallar juntos en Trujillo, cuando el primero satisface su anhelo de ser padre de un pueblo. Don Sancho estará otra vez en Nueva Segovía, cuando las otras ciudades —Coro, El Tocuyo, Nueva Valencia, Trujillo del Collado— envían a esta ciudad sus personeros, para acordarse en varios puntos que era urgente someter al Rey. Las ciudades visten con su mandato al viejo Briceño, quien al regresar de la Corte, entre otras de valor para la vida de la Provincia, trae una Cédula que configura un régimen especial para los Cabildos venezolanos. Lo que de propia iniciativa habían discutido los Alcaldes con los Tenientes Generales de los Gobernadores muertos, tenía ahora fuerza de ley. Serán los Alcaldes quienes gobernarán las ciudades con título accidental de Gobernadores. Con aquella Cédula quedaba robustecido el imperio de las ciudades y se daba figura a la nueva jerarquía que echaba fuerza en el orden estructural de la Provincia. La Ciudad crecía con ella y con la Ciudad crecían los valores de la nueva Patria.

Como premio del esfuerzo conquistador se entregaron encomiendas a los capitanes. El indio trabajaría para el encomendero. Este se encargaría de educarlo y prepararlo para la nueva vida civil. El principio no era en sí malo. La práctica resultó viciada muchas veces. Más tarde los fundadores, a más de sus solares y de las tierras aledañas que le han sido

concedidas para los nuevos cultivos, adquieren vastas tierras por el llamado sistema de composición. Estas tierras estarán en breve cubiertas de ricas siembras o de gordos ganados. Expondrá a la herrumbre las bélicas armas, cuando toma el conquistador la azada y el barretón para trabajar con el indio y con el negro esclavo la humífera tierra. Mas, cuando ésta dé gruesas cosechas, se convertirá en señor de verdad y comprará hasta títulos de nobleza para satisfacer la vanidad. Pero jamás olvidará la tierra donde se está labrando también una cultura. Con la riqueza que crean, mejora la Ciudad, porque de la abundancia de las trojes se beneficia el poblado. Están estos hombres echando las bases económicas de la independencia de la República. Si España hubiera podido cortar a los colonos las fuentes de aprovisionamiento, no hubiera habido libertad. Pero los pueblos antiguos se bastaban a sí mismos. Las ciudades viejas tenían reglado y seguro el nutrimento. Las ciudades de hoy tienen que comprar fuera de casa sus vituallas. Por ello, nuestra libertad está en extrañas manos.

Hoy, como en un deseo de reencontrarnos con nuestro propio destino, evocamos afanosamente la vida y la conducta de nuestros antepasados. Vosotros conoceréis los hilos que os llevan hasta entroncar vuestros linajes actuales con los Padres antiguos. Muchos tendréis lazos que no llegan, por pósteros, hasta las familias primitivas, pero aun en este caso, todos os sentís unidos en la comunidad de una familia, cuyos abuelos físicos o morales son los fundadores que acompañaron a Juan de Villegas a echar las bases de esta ciudad afortunada. Yo, que vengo de fuera, coincido a sentirme con vosotros descendiente de los Padres fundadores de Nueva Segovia. Evocarlos, es evocar la raíz de la Patria y sentir el rescoldo del fuego con que se han templado las grandes voluntades de la República. Algunos, por necia estima de los valores genealógicos, han puesto en burla la investigación de estos procesos; otros, en cambio, pretendiendo hacer historia demagógica, han llegado a negar la fuerza de los signos antiguos. Olvidan estos últimos que en Estados Unidos, país de intrincadas razas y de famosas prácticas democráticas, todo patriota se siente espiritualmente vinculado con los "Padres Peregrinos" que trajeron de Inglaterra, junto con sus pecados y sus vicios, los penates de la nueva nacionalidad. Para nosotros, los correspondientes símbolos de la cultura, vinieron en las duras manos de los hombres que fundaron nuestras ciudades. Lograron en ella más tarde ocupar honroso rango los descendientes del antiguo esclavo y del vencido aborígen, y éstos supieron agregar, también, nuevas dimensiones al proceso for-

mativo del pueblo, pero quedando el sentido humano y cultural del español como lo más valioso que se enterró en el *mundus* sagrado de la Ciudad antigua.

Buena cura para la crisis de valores que amenaza la integridad nacional, es este volver sobre nosotros mismos por medio de la reconsideración y revaluación del pasado. Delicada labor que reclama hábitos de moralista y de psicólogo, precisa remirar nuestro proceso histórico con sentido de realidad, que evite el peligro de ver con ojos desapropiados los hechos antiguos y de concluir como si se hubieran efectuado en otro plano de posibles. Seguro estoy de que un examen juicioso, sereno y esperanzado de nuestra vida histórica libraré a las futuras generaciones del espantoso pecado presente que está empujando a nuestro pueblo a desertar de sí mismo. Lo que en el orden del individuo sólo puede efectuarse por medio de la gracia divina, en el orden de los pueblos puede realizarse fácilmente en el área de los valores de la cultura. Porque aparezcan borrados los símbolos que dan precio a las monedas, no es de imperio echarlas a un lado como pasta vil para mero comercio. Revalorarlos es labor difícil; mas en los troqueles de la Historia existen eficaces medios para imprimir con nueva fuerza los signos que mantengan su vigencia circulante. Urge no olvidar que para seguir firmes el camino del progreso nacional, debemos examinar nuestro destino y nuestro deber de pueblo. Debemos defender la integridad de los valores que nos dan personería en los cuadros generales de la cultura. Ser venezolanos no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolanos implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América en ayuda de los otros hermanos, que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus re tortas de maga para cambiar el propio destino de un continente. Nuestar consigna fue luchar contra toda materia de colonialismo. Cuando la Ciudad sintió la plenitud de sus fuerzas, quiso ser por sí misma, sin extrañas tutelas, guardiana de su libertad. Era el árbol coposo que expresaba la voluntad de dominio del viejo conquistador. Los antiguos colonos, acatando y no cumpliendo las Cédulas del Rey, se sabían creadores de república. El respeto y la crítica fue su técnica defensiva ante la injusticia de los mayores. Honremos su memoria. Honremos sus ciudades. . .

EL SENTIDO DE LA TRADICION*

Se me ha otorgado, sin título alguno que lo justifique, el privilegio de hacer uso de la palabra en esta serie de eruditas charlas, promovidas con motivo de la exposición de porcelanas y de objetos suntuarios de los siglos XVIII y XIX, que tan acertadamente ha organizado la Directiva de la Asociación de Escritores Venezolanos. Si fuese crítico de arte, trataría, como pueden tratarlos Juan Rohl, Edoardo Crema, Picón Salas, Carlos Moller y Enrique Planchart, los temas delicados y sutiles que sugieren esas lindas piezas, expresivas del buen gusto y del rico poder de invención de nuestros antepasados. Apenas soy un fervoroso estudiante de nuestra historia civil, y la ocasión de ver congregada tan distinguida concurrencia en torno a las hermosas piezas aquí expuestas, me lleva de la mano a pensar en un tema insistentemente tratado por mí en mis modestos ensayos de Historia Patria.

Que nuestra Asociación haya tomado la iniciativa de exhibir en su sala lienzos, cerámicas y objetos que en pasados siglos sirvieron de adorno en nuestras viejas mansiones, corresponde a un tono de refinamiento artístico y de rebusca del tiempo pasado que viene tomando nuestra cultura doméstica. Ello no es obra de un día, pues de algunos años a esta parte se ha despertado cierto sentimentalismo colonial entre las clases cultas del país, y caso corriente es encontrar hoy opulentas mansiones que lucen con orgullo ricos mobiliarios del setecientos. A primera vista, dichas casas, con sus faroles antañones y sus vistosos artesonados, amén de odres y botijos centenarios y de graciosas hornacinas, dan la impresión de que mantuviesen, con la pátina del tiempo, las huellas de las graves pisadas de los viejos hidalgos que generaron la feliz stirpe. Pero si indagásemos la historia del costoso moblaje, encontraríamos frecuen-

* Lectura en la Casa del Escritor 15-IX-51.

temente que los floreros han sido recogidos acá y allá, de manos de humildes viejecitas que los utilizaron como cosa de poco valor durante muchas años; que los botijos y los odres estuvieron en las cocinas de humildes lavanderas y los “retablos” en el miserable dormitorio de unas ancianas manumisas, a quienes fueron donados por sus antiguos amos. Esto en cuanto a los muebles de legítima procedencia colonial, pues la mayor parte de ellos han sido labrados, al igual de las casas, por manos de artífices contemporáneos.

Junto con esta devoción por los objetos antiguos, ha aparecido otra, aún más curiosa y de verdadera inutilidad para la vida práctica, cuando con ella no se busca de explicar nuestro fenómeno sociológico: la de las genealogías que intentan regresar a España. Puede decirse que hay un afán por hallar entronques con la cultura condenada, y que muchos se sienten felices por descender de algún hidalguillo colonial, así aparezca lleno de apremios en los juicios residenciales.

Pero todo esto, a pesar de ser sólo una simple manifestación sentimental, en que incurren hasta los mismos coloniófobos, viene a adquirir indirectamente un verdadero valor en la interpretación de nuestro fenómeno histórico. El odre que estuvo oculto en la casa de la lavandera, es pieza que bien merece un capítulo en la historia de nuestro proceso social. Es como la historia misma de un período que clama por el descombramiento de sus fórmulas constructivas. A simple vista un odre utilizado en los menesteres domésticos de los señores de la Colonia, no debería tomarse en cuenta cuando se trata de investigar la razón vital de nuestro pueblo, pero sucede a veces que objetos de valor verdaderamente insignificantes adquieren el sello diferencial de una cultura y sirven para orientar las pesquisas que se instauren en pos de hechos cuya existencia intentamos conocer a cabalidad. ¿Cómo fue a dar al callado tugurio que esconde su miseria bajo la fronda de los samanes del Catuche, el hermoso recipiente ventrudo, que acaso perteneció a la rica mansión de los Condes de la Granja? . . . A mí me ocurre pensar en el momento en que el nuevo señor decretó su eliminación para sustituirlo por una pieza en armonía con el progreso republicano, del mismo modo como había arrumbado, para reemplazarlo por una cómoda-armario del Imperio, el hermoso bargueño donde los abuelos mantuvieron con religiosa devoción las ejecutorias de hidalguía. Pero el odre, como la cultura en general, hubo de mantenerse intacto, aunque menospreciado, en el fondo mismo del pueblo: por ser el más modesto y aprovechable de los enseres colonia-

les, bajó hasta las capas inferiores de la misma sociedad que lo desechaba, y siendo útil a la humilde maritornes, con ella permaneció hasta que una revaluación de la pasada moda lo llevó, entre frases laudatorias, a la rica mansión de los señores actuales.

Son hechos en general inconscientes, pero que suministran una aplastante evidencia al historiador. El capricho que mueve a nuestros contemporáneos a buscar como adornos preferentes para sus opulentos salones, los objetos decorativos de la Colonia, no pasa, claro que no, de constituir un mero indicio de *savoir vivre*, como diría cualquier elegante a la moderna, pero a mí me acontece ver en dicho capricho la manifestación de un retorno espontáneo hacia los símbolos de nuestra verdadera historia. Por lo menos hay un deseo ostensible de buscar algo suntuoso entre las formas que sepultó la tolvenera reaccionaria, y algo que, aunque menospreciado por las generaciones que nos son anteriores, es nuestro, o quizás lo único nuestro, como expresión histórica de un sentido artístico y como testimonio del propio temperamento creador del español. Vigoroso y áspero, éste supo dejar, como huella la leonina garra, su vigor y su aspereza en la ruda talla de los muebles que decoraron las mansiones de los ricos señores que en la Colonia se mantuvieron fieles a la tradición de rigidez y altanería de los hambrientos hidalgos peninsulares. Aunque en realidad lo importante no sea poseer vestigios hispánicos, sino ser vestigios de España, al modo como interesa a Francia e Inglaterra, según decir de Chesterton, ser restos de Roma, más que poseer ruinas romanas.

El mobiliaje colonial y las pinturas que exornaron salas y dormitorios de aquella época, corrieron la misma suerte de la cultura general. Ante la invasión de las modas sucesivas, fueron postergados y pasaron a llevar vida en la conciencia de la multitud indiferente. Y así como el capricho de algunos caballeros actuales busca las huellas vigorosas que sobrevivieron al desahucio de las viejas costumbres, y mientras los linajistas inquieran, por medio de pesadas investigaciones, sus orígenes hidalgos, la Historia persigue también, por otros rumbos, la revaluación de las formas pasadas, a fin de explicar integralmente nuestra vitalidad social, peligrante de ser desindividualizada por una crítica de falsos trazos*.

Para esta revaluación, cuyo fin no es quedarse en la simple contemplación de los contornos de nuestro barroco, sin ahondar en los hechos

* *Tapices de Historia Patria.*

que expliquen los caminos del arte en el área americana, precisa ir a lo nuestro de verdad, a fin de sentir el calor de la tradición que se enreda en porcelanas, hornacinas y retablos. Muchos se desdeñan porque se les llame tradicionalistas. Yo, en cambio, tengo a orgullo que se me moteje de tal y con clara responsabilidad de lo que ello representa, os hablaré esta tarde de la tradición como sentido creador y como fuerza defensiva de los pueblos.

Se ha hecho tan mal uso de estas palabras, que para la apreciación corriente han perdido parte de su fuerza simbólica. Hase querido presentar como opuesto al progreso todo valor que proceda de una antigua actitud cultural, y en el orden material de las naciones, se ha mirado como expresión de adelanto echar a un lado lo que construyeron los antiguos, para sustituirlo por las invenciones nuevas. Tumbiar, pongamos de ejemplo, las casas del Museo Colonial y del Colegio Chaves, para que no quede "torcida" la futura avenida "Andrés Bello". ¡Cómo penará el alma del Maestro inmortal, al imponerse que la "rectitud" de la avenida que recordará su nombre, obliga la mutilación de algo donde tiene su último refugio la herencia artística de la vieja Caracas! Arte nuestro, que si no tiene la riqueza y la opulencia del arte colonial de México y de Lima, es parte de nuestra Historia, como son de abuelos nuestros los modestos óleos pintados por mano esclava, con derecho de permanencia en nuestras salas, igual al que tendrían si fueran obra del insigne Goya.

A fin, pues, de que parezca derecho lo nuevo, se tuercen los valores artísticos y se destruyen los edificios que mantienen el recuerdo de nuestras épocas anteriores. Y esto no es nada. La Historia de nuestro país es la historia de un largo proceso de demolición. Bolívar mismo hubo de declarar que habíamos ganado la independencia a costa de arruinar tres siglos de cultura. Esto espantará a muchos maestros de escuela empecinados en negar que hubo un proceso de cultura durante las mal llamadas "tinieblas" coloniales. Por el momento sólo quiero referirme al orden de lo material, es decir, al afán de sustituir la arquitectura antigua y los estilos viejos por casas "a la moda". Claro que hay necesidad de estar con la moda en lo que ésta tenga de valioso y progresista. (Hay también modas abominables: el mambo, los chicles, la pintura abstracta y la literatura existencialista, pongamos por caso). El espíritu del hombre impone las innovaciones como señal de vida. El mundo en su marcha continua, va creando símbolos nuevos como expresión de su propia existencia. De hombres y pueblos que se estanquen y no produzcan, nuevos

valores, puede decirse que ya han cerrado el ciclo de su vida. A transformarlos precisaría en estos casos que viniesen otros factores etnogenéticos. Pero los valores recientes que producen las colectividades, son tanto más firmes y durables cuanto mayor sea la fuerza de los viejos símbolos que en ellos se transfiguran y con los cuales se hace el cotejo de su mérito en el balance de la cultura.

En nuestro país ha existido permanentemente un afán de hacer tabla rasa con los elementos antiguos. Hasta los viejos cementerios privados han sido, con muertos y todo, objeto de comercio. Se ha pensado irreflexivamente que todo debe ceder ante la excelencia y la ventaja de lo nuevo, sin meditar que muchas cosas antiguas tienen derecho cabal de permanecer al lado del fasto de última hora. Nuestro desacomodo social, la violencia de los tránsitos, políticos, el ascenso sorpresivo de fuerzas bárbaras a la rectoría de los pueblos, el prurito de no concluir los procesos que inició el sistema o la generación anterior, son factores que explican el poco escrúpulo que se ha tenido para arrasar con el pasado. (Cuando el año de 1870, entraron en Trujillo las fuerzas de Venancio Pulgar, fue su ocupación predilecta destruir los viejos escudos de armas que adornaban los portones antiguos, y para hacer tacos de pólvora, nada les pareció mejor que los expedientes del viejo Colegio Nacional). Se ha pensado que destruir es lo mismo que hacer algo, como si lo existente fuese un estorbo para la marcha de la sociedad. A quienes así piensan, los terremotos y los vendavales deben resultarles verdaderos fastos históricos.

Cada uno de nosotros en nuestro propio pueblo tiene el ejemplo de lo que ha sido el empeño de sustituir lo viejo por endebles artificios modernos. En una reciente evocación que dediqué a mi ciudad natal, pinto como en Trujillo se constituyeron "juntas de progreso" para borrar las huellas de la vida antigua. Altares de rica talla fueron reemplazados por nichos de pesada mampostería e imágenes que mantenían el recuerdo de tres siglos de unciosa devoción popular, fueron sustituidas por modernos santos de pasta iluminada. Una hermosa piedra labrada, que servía de fundamento a la sillería de una popularísima esquina y en la cual los trujillanos asentaron, para hacer tertulia, por más de dos siglos, fue rebajada a cincel, de orden de un magistrado que quería "igualar" las aceras.

De nuestra ilustre capital ¿que no puede decirse? Hubo empeño de destruirlo todo. A nada se le halló mérito. No se respetaron ni templos

ni sepulcros. Y porque nuestras edificaciones carecían de la riqueza de las de México, Lima, Guatemala y Quito, era preciso echarlas abajo. Todo se miró por feo y nada se quiso conservar. Hubo hasta una ordenanza que prohibió los aleros que daban tipicidad a la vieja "ciudad de los techos rojos" de Pérez Bonalde. Y cuando la urbe pudo estirarse hacia todos los vientos, para la edificación y el planeamiento de la gran metrópoli, lejos de haberse pensado en un ensanche a la moderna, con grandes parques y anchas avenidas, donde lucieran los nuevos y elegantes edificios, se creyó mejor destruir la vieja ciudad, con sus graciosas casas, sus anchos aleros y su rica tradición, para convertirla en una serie de cajones de cemento, sin arte y sin espíritu.

En estos días ha estado a flor de discusión la idea de demoler las hermosas casas de Llaguno, últimas joyas coloniales supervivientes de nuestra furia demoledora y para responderle al periodista que me visitó en mi despacho de Cronista Oficial de la Ciudad, le dije más o menos lo siguiente: "Aún no he pensado lo suficiente respecto al caso que usted me presenta, pues estoy entregado a elaborar la respuesta que habré de proferir cuando se me pida opinión acerca de la demolición de la Catedral y de San Francisco". El periodista mirándome con blancos ojos de espanto, me preguntó angustiado: "¿Y eso va a ser?" "Claro que será, le respondí en el acto, pues al paso que vamos nos llegarán a estorbar las mismas cenizas de Bolívar.

Sí, mis queridos amigos, nos llegará a estorbar el Bolívar de verdad, el Bolívar de la función creadora y defensiva. El otro, el que se concuerda preferentemente en plural, tiene más que hacer con el cemento nuevo que con las rojas y enmohecidas tejas de la Caracas vieja. Vamos por un declive de irresponsabilidad que hace prever donde caeremos si no se crea a tiempo una enérgica vivencia que nos detenga y que nos salve. Hay que hacerle por ello una conciencia afirmativa al pueblo. Hay que crearle signos y luces que unan e iluminen las voluntades de los hombres. Esa función salvadora la cumplen fácilmente los valores espirituales que ha venido configurando la tradición. "Si no existiesen esos valores espirituales frente a los materiales, ha escrito recientemente Picón Salas, lo mejor sería alquilarse a las compañías inversionistas, que nos administrarían tan bien como a Tulsa, Oklahoma. Tendríamos las mejores estaciones de gasolina de Sur América".

Tradición no es, como entienden muchos, un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición

es, por el contrario, comunicación, movimientos, discurso. En lenguaje forense, el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición como transmisión de los valores formados por los antepasados. Legado de cultura que el tiempo nos transfiere para que, después de pulido y mejorado por nosotros, lo traspasemos a las futuras generaciones. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprehensibles, los imponderables que dan fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar ni menos aún se les puede catalogar como valores reales. Son, en último análisis, algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reír, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura, como si fuese una dimensión hartmanniana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que trasluce en el drama de la Historia. En aquellos valores se recogen y subliman los demás valores, reales y sensibles, que forman el andamiaje general de la cultura. Entenderlos y captarlos, es tanto como entender y captar el propio secreto de las sociedades, por donde su intuición constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes del pueblo.

Cuando las naciones pisotean y desfiguran el legado de los tiempos, deshacen su estructura concencial y aniquilan su vocación cívica: En su empeño de buscarle puntales al inmenso y heterogéneo mundo soviético, los dirigentes bolcheviques han vuelto hacia la tradición que pareció rota en la época de Lenin. Recientemente el académico Grekov publicó un primoroso ensayo sobre "La Cultura de la Rus de Kiev", en el cual escribe: "El interés hacia el pasado, la necesidad de enlazar el presente con el pasado, demuestran un estado determinante de cultura, la conciencia de pertenecer a una entidad étnica y política". No es, pues, como ya apunté en otro ensayo con cita semejante, una expresión de conservatismo ni un índice de relajamiento senil, la defensa de los valores elaborados por la Historia. ¡Lo hacen los propios padres de la revolución comunista! De lo contrario, los pueblos que han probado mayor vitalidad, tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismo. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, así mismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la conciencia de

sí propio uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que deben servir de normas a sus actividades venideras.

En noches pasadas gusté en nuestro desnarizado Teatro Municipal la deliciosa comedia "La Llave del Desván", del gran Casona. En el primer acto se trata de vender la rica y antigua casa donde la familia ha vivido varias generaciones, pero cuando los "nuevos ricos" que intentan adquirirla oyen las historias de aparecidos que, con el fin de amedrentarlos y hacerlos desistir, refiere la vieja ama de llaves, la operación se frustra y la casa se salva de pasar a manos de dueños que seguramente no hubieran sabido valorar y cuidar el rico mobiliario, las pinturas primorosas y la suntuosa vajilla acumulados, con amor y gusto, por los cultos antepasados. Huyeron los advenedizos compradores a sola la evocación del nombre de los viejos señores que habitaban en espanto la egregia mansión.

He aquí, señores, un símil magnífico del poder de la tradición. Ella es como voces de muertos que asustan a los intrusos y salvan la integridad de los dominios nacionales. Nosotros, por no poseer una tradición vigorosa, carecemos de la fuerza mágica que pueda poner en espantada a los filibusteros que vienen destruyendo, con ayuda doméstica, el vigor económico, el vigor político y el vigor moral de la patria venezolana.

Como no hemos cultivado nuestra verdadera tradición de pueblo, las puertas de la nación y sus propios caminos para la vida interior han quedado desgarnecidos de recursos que impidan la entrega de nuestros valores sustantivos, a la par que carecemos de luces que guíen nuestro proceso cívico. Redujimos nuestra Historia a una supersticiosa liturgia en honra de los Padres de la Patria, y llegamos a creer que la mejor manera de servir sus grandes consignas era elevándolos a la hipérbole del laude y sacándolos fuera del país en la ataraxia decorativa de las estatuas. Un fútil patriotismo nos ha llevado a imaginar que desde Roma, desde París, desde Nueva York, la espada de los Bolívaes en bronce puede defender nuestra integridad de nación. Mientras tanto, las vías de entrada que perseguían desde antaño los piratas del industrialismo fueron abiertas a toda manera de provechos. A veces los propios nombres heroicos de nuestra Historia han servido de salvoconducto a los agentes forasteros.

Como no hemos logrado nuestra integridad histórica, no hemos adquirido, tampoco, la resistencia cívica que sirva de eco a las voces de nuestros muertos. De lo contrario, a la continua los hemos sustituido por

sus enemigos antiguos. Si se convocara a los espíritus para un Cabildo abierto donde se fuesen a tratar problemas atinentes a la suerte de Caracas, la voz de Alonso Andrea de Ledesma sería apagada por el tartamudo discurso de Amyas Preston, hoy con privilegios más anchos en la solución de nuestras cosas que los sucesores morales del viejo iluminado. Y Amyas Preston, seguramente, daría su voto por el desmantelamiento de todo lo que huelva a cultura tradicional.

Si hubiese tradición no sucedieran estos hechos. Una Caracas, y con Caracas Venezuela, que hubiera cuidado y mejorado su patrimonio histórico, no estaría expuesta, como están expuestas capital y nación, a que sus normas espirituales sean rendidas al primer viento de intereses foráneos. Si se hubiese defendido nuestra modesta tradición arquitectónica, hoy, al lado de la ancha y graciosa Caracas nueva, tendríamos la Caracas antigua, cuya pátina serviría de elemento conformativo para la nueva alma que surgirá al empuje vigoroso de las futuras generaciones. Muy por el contrario, corremos el riesgo de que a vuelta de no muchos años nuestras tradiciones, costumbres y usos sean sustituidos completamente por los usos, costumbres y tradiciones de las numerosas familias que vienen, unas a tomar la mejor parte de nuestras riquezas, otras a luchar tesoneramente contra la barbarie del desierto, y a las cuales nada ofrecemos como elemento de unificación social.

Todo lo cambia el aire artificioso de las modas. Si se ha de cantar, son olvidadas nuestras viejas canciones, para repetir un gangoso *blue*, aprendido en los discos Víctor. Si se ha de fumar, se prefieren los cigarrillos importados. Nuestros buenos abuelos, como llegamos a hacerlo también nosotros, se refrescaban con horchatas, guarapo de piña y jarabes de confección doméstica. Hoy, nuestros propios hombres de campo toman *Green Spot* y *Grapette* como viva expresión de progreso. (A quienes sonrían antes esta cita de mostrador, conviéndoles saber que cuando un ilustre venezolano, hecho a nuestros brebajes importados, pidió en Buenos Aires una *Coca-Cola*, el mozo le advirtió que ellos no eran agentes de distribución del imperialismo yanqui. En esto los argentinos ofrecen a San Martín un culto noble, que nosotros negamos a Bolívar, a quien creemos servir con sólo defenderle en el papel de las arbitrariedades y desatinos de Madariaga).

Parece mentira, pero en la populosa Nueva York se siente aún la presencia de los valores evocativos de los viejos holandeses que fundaron a Nueva Amsterdam. En los rincones de las Iglesias Reformadas duran

las reservas mentales que trajeron en 1626 los seguidores de Calvino. En Londres los grandes dignatarios se tocan con las pelucas y se arrean con los vistosos trajes de la época medieval. Y Londres y Nueva York, como capitales del progreso contemporáneo, van a la cabeza de las invenciones materiales y a la cabeza de las nuevas ideas del mundo. La fuerza que aún hace invencible a Inglaterra tiene sus raíces hundidas en el suelo profundo de la tradición. Nosotros en cambio, en tierra sin humus y sin riego, sembramos todos los días un árbol nuevo que al primer sol se agosta.

Dejemos a un lado, con sinceridad, la hojarasca y la mentira. Olvidemos la demagogia a que tan aficionados somos como políticos. Abramos, en cambio, los ojos y veremos cómo somos apenas un ancho campo de explotación de intereses extraños y, lo que es peor, según lo dijo el Secretario americano del Interior en su reciente discurso en la Convención Petrolera, somos el mayor proveedor de recursos para el mantenimiento de una guerra que la hace y la sostiene "el estiércol del demonio". (Así llamaban nuestros guaiquerés al petróleo de Cubagua). Se construyen en nuestra ciudad, a ritmo acelerado, palacios para cine, palacios para bancos, colectivos para forasteros. Se inauguran cada semana nuevos clubes nocturnos. Se importan caballos de carrera, vedettes y boxeadores. Se introduce, también, cocaína, opio y marihuana. En las principales esquinas, se vocean revistas que incitan al crimen e invitan al burdel. Signos todos de una sociedad decadente y fenicia, que vive al azar de la ganancia y a la husma del efímero deleite, al igual de quienes por sentirse vecinos a la ruina o la muerte, entregan todas las resistencias morales para gozar el vértigo del último minuto de sensualidad.

Para salvarnos nos queda, sin embargo, el recurso fácil y formidable de salvar la conciencia de nuestra Historia de pueblo. A quienes miden el valor de las naciones haciendo sólo cuenta de los ladrillos, los rieles y el cemento, parecerán inoperantes las fórmulas abstractas que proponen los hombres del pensamiento puro, ellos jamás han meditado en el valor moral de la historia como aliada y consejera de la política. Jamás ellos han preguntado con Ranke si "podrán gobernar bien un estado, cumplir bien con su misión de gobernantes, quienes, presa de los prejuicios que ciertas opiniones tentadoras imponen a su espíritu, tienden a considerar como anticuado y ya inaplicable todo lo anterior, lo desprecian y tratan de dejarlo a un lado por inútil, se colocan de espaldas ante las formas y las leyes consagradas por la tradición, para dejarse llevar

solamente de lo nuevo, y tratan, en una palabra, de transformar un estado que no conocen". Esos no han tenido, tampoco, la respuesta salvadora que logró el padre de la historiografía moderna: "Tales gobernantes más bien son aptos para demoler que para construir".

Con la pica que reduce a escombros los viejos edificios y con la lasitud moral que autoriza la ruptura de los valores antiguos, se destruye igualmente la tradición que da carácter, tono, fisonomía, expresión y perspectiva al alma de los pueblos. No se trata, como en mofa dicen algunos capitanes del pseudo-progreso, de defender telarañas, moho y polilla antiguos. La basura no es tradición. A la basura, como a tal, se la barre. En cambio, hay necesidad de que sean respetadas las puertas, los zaguanes, los aleros, los altares, las calles donde aún permanece enredado el espíritu de los hombres antiguos. Al lado de la civilización y de progreso que piden ancho espacio, deben quedar las antiguallas que dan fisonomía a las ciudades, del mismo modo como la poesía y los cantos populares tienen legítimo derecho a ser conservados junto con los cantos de los grandes poetas, como expresión fisonómica del pueblo. En la lucha que plantea la modernidad del tránsito frente a la ciudad que insiste en mantener sus antiguas líneas personales, precisa no sacrificar inútilmente los antiguos valores arquitectónicos donde se recuestan los siglos.

Diez y seis años pasan velozmente. Dentro de poco, pues, estaremos conmemorando la fundación de Santiago de León de Caracas en la oportunidad de celebrar su cuarto centenario. Y esos cuatro siglos de historia ¿sobre qué muros, materiales mostrarán el discurso de sus obras? De la ciudad antigua no quedará nada. Manchas, retazos apenas, en medio de una gran ciudad, que más testimoniará el invasor progreso del petróleo que la resistencia de un pueblo de vigorosa historia. Por entonces no existirá seguramente el Palacio de los antiguos Obispos, próximo a ser convertido en edificio colectivo para oficinas de negocio; no existirá, tampoco ninguna de las casas donde funcionó la Real Audiencia; la cuadra de la Palmita, donde Bolívar soñó la libertad de América, vivirá apenas en memorias; Ramón Díaz Sánchez, por más experto evocador que sea, no podrá dibujar ya el sitio donde, hasta vencerla, agonizó con la muerte Antonio Leocadio Guzmán, menos podrá indicar el lugar de la casa que el 14 de agosto de 1869 sirvió de teatro donde surgió el odio implacable del Ilustre Americano para el mantuanaje caraqueño. Ni los ricos herederos del grande hombre respetaron el sitio donde pudo for-

marse el museo que recordara su prestigio. Los viejos recuerdos habrán desaparecido por 1967, y los cicerones que acompañen a las misiones invitadas para los festejos, si no podrán, en verdad, mostrarles algo que lleve los recuerdos hacia los tiempos de la Colonia y la Conquista hispánica, señalarán, en cambio, los fastuosos palacios de la Embajada americana, de la Creole, de la Shell y de la Iron Mines.

Para salvar, señores, la perdurabilidad de la tradición que nos dé fisonomía entre los peligrosos resplandores de la nueva cultura petrolera, debemos realizar una obra extraordinaria de reparación cívica. Al cemento y al hierro que se aúnan para afirmar los suntuosos edificios de la ciudad nueva, hemos de agregarle los símbolos diferenciales de nuestra personalidad nacional. Si Caracas se va con el terrón antiguo y con la roja teja que cantó el poeta, defendamos la Caracas perpetua, que habrá de salvarse en la tradición de sus hechos y en la vigencia de su espíritu. Salvaremos a Caracas, y con Caracas a Venezuela, si mantenemos enhiesta nuestra personalidad de pueblo.

Este proceso es vario y complicado. Nada representa, cierto es, viejas piedras patinadas de tiempo, si no existe una conciencia fraguada al amor de los signos diferenciales de la nacionalidad. La piedra se hace, sin embargo, más resistente y asegura la perennidad de su propio sitio, gracias a la voluntad enérgica del pueblo que haya sabido resistir el ventalle de cedros venenosos. La permanencia de lo antiguo vale como expresión de una voluntad moral, más que como factor de evocaciones creadoras. Si en verdad se produce una especie de simbiosis entre la piedra y el espíritu, lo que éste gane en fortaleza queda superado por la luminosa aptitud resistente que la voluntad de los hombres sepa transmitir a la piedra fría. Las ciudades son los hombres y éstos, para la función cívica, arrancan de la Historia su potencia formativa. "Engrandecerás las ciudades, dice Epicteto, no elevando el tejado de sus viviendas sino el alma de sus habitantes". Lo material sirve en esta función espiritual y telúrica apenas como testimonio y como evocación del poder de los espíritus. Diríase que los espantos y los fantasmas que colaboran, como voces del tiempo, en la defensa de los pueblos, reclaman la permanencia de propicias penumbras y de discretos e inmóviles rincones.

Pero tampoco hay que creer, como confiadamente piensan algunos, que las consignas antiguas y la fuerza de las voces viejas obran por sí solas. Muy por el contrario, ellas reclaman, para su eficacia reparadora, que sean invocadas por enérgicas conciencias actuales. Los pueblos no

pueden vivir en una contemplación estática de su pasado. Los pueblos necesitan dar movimiento, en la gran cuba del tiempo, a los mostos exprimidos por las generaciones anteriores y agregarles los caldos de la reciente vendimia. El valor de la tradición radica en servir de solera aglutinante que dé cuerpo fisonómico a los vinos del pueblo y no en un obrar como categoría solitaria que tuviese en sí mismo virtudes de creación.

Nosotros nos hemos cuidado bien poco de defender los viejos signos de la tradición. Lejos de velar por su permanencia y por su arraigo, hemos abierto los espíritus a todo viento de novedades, y del mismo modo, pongamos por caso, como fue demolida la elegante mansión de los Condes de San Javier, para construir sobre sus ruinas el desairado y asfixiante palacete del Ministerio de Educación, así mismo hemos destruido en la zona del espíritu ciertos valores que hubieran podido ayudarnos en la defensa de nuestro patrimonio moral de pueblo.

Para que las naciones puedan construir algo digno y durable necesitan tener conciencia de sí mismas. Esa conciencia tiene diversos modos de recogerse y de expresarse, pero ninguno más leve, sutil y vigoroso que la tradición. Yo diría que ésta es como el fino alambre y las menudas bisagras con que los anatomistas mantienen la unidad de los esqueletos. Sin el ayuntamiento y el equilibrio de valores que la tradición produce, ocurre una dispersión en los propios conceptos de la nacionalidad. Por eso, cuando se trata de estrangular la conciencia de los pueblos, nada es tan eficaz como el debilitamiento de los hábitos, usos y costumbres que arrancan de sistemas tradicionales e implantar en lugar suyo costumbres, usos y hábitos que correspondan a otras áreas culturales.

La historia de Aladino ofrece un ejemplo magnífico de cómo obran quienes buscan apoderarse del secreto de nuestros tesoros. El proceso de los treinta años de la Venezuela petrolera no ha sido sino la tinsa ejecución del mismo método usado por el astuto mago que buscaba la lámpara maravillosa. "Lámparas nuevas! Se cambian lámparas nuevas por lámparas viejas", ha sido el grito constante de los mercaderes que tomaron en nuestra Historia el sitio de los antiguos profesores de civismo. Como la esclava incauta nosotros hemos cambiado valores fundamentales de la república, por el lustre aparente de una vida de fingido progreso colectivo. Sucia y vieja, la lámpara poseía el secreto de abocarnos con los magos. Guardaba ella la fina clave para invocar las fuerzas antiguas con que se derrota la asechanza de los piratas.

No es que yo prefiera, como se me ha dicho en crítica, la modesta Venezuela de la agricultura y del ganado a la nueva y rica Venezuela del recio progreso mecánico. Eso, más que amor a la tradición, indicaría menosprecio de las leyes universales del progreso. Yo, sin abjurar de la riqueza colectiva, me limito a contrastar la fuerza de voz de nuestros hombres de antes con la respetuosa a insinuante modulación que ensayan hoy en el diálogo internacional los encargados de defender los legítimos derechos del país.

Creo que ningún venezolano de verdad deje de evocar con nostalgia la libertad en que se desenvolvió nuestra propia barbarie antigua. Para domeñar ésta, nadie pensó que fuese necesario destruir la vertebración de la nacionalidad. Ni siquiera para domeñarla, pues apenas se han conseguido férreos instrumentos que garantizan la resignada quietud, a cuya sombra se diversifican y aprovechan los ímpetus y las pasiones subalternas.

Carácter, fisonomía, tono, impulso, perspectiva representan para los pueblos una bien formada y defendida tradición. No es, como entienden ciertos espíritus ligeros, un estar resignados y satisfechos por la obra que acabaron nuestros mayores. Las realizaciones de éstos se valoran como factores sociales en cuanto posean fuerza para movernos a la prosecución de actos ejemplares. Es decir, en cuanto sean factores valentísimos en el orden creador de la sociedad. Una estimativa errónea ha hecho que nosotros diéramos vitalidad operante a situaciones desprovistas de significado cívico, que fueron tomadas, en fuerza de una lógica absurda, como expresión de una típica actitud venezolana. Como tradición política ha valido más el ejemplo de los hombres de presa, que la actitud de los creadores de pensamientos. Por ello José Vargas, Juan de Dios Picón, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista no han tenido eco en nuestro mundo político. Del mismo modo, en la relación exterior se ha visto como posición mejor aquella que reduce el esfuerzo al límite restringido de la comodidad y del provecho. La mayoría ha preferido, contra el consejo de Leopardi, la cobardía a la desgracia, por donde se nos llama pueblo alegre y feliz.

Como acabo de decir, no forma parte del sentido de la tradición el aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es neces-

rio que sufra una prudente reelaboración que la quintaesencie para la ejemplaridad. El acto disvalioso así se repita a través de épocas diversas, no debe mirarse en función ejemplar, sino como indicativo de la permanencia de un proceso que es necesario superar. Al hombre de estado y al sociólogo toca vigilar en estos casos la razón de su insistencia y solicitar los caminos del remedio. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario. Lo que nuestros antepasados hicieron en contradicción con las normas universales de la moral y de la justicia, debemos explicarlos en sus causas, como hecho cumplido, pero no erigirlo en canon social ni aceptarlo por norma de vida. Lo que produjeron los antiguos procesos de transculturización, es necesario mirarlo en sus varios aspectos, para dejar como meros documentos de museo las formas heredadas que hayan caído en caducidad, y para extraer, en cambio, de muchas de ellas los valores capaces de nueva vigencia educativa. Haddon, al definir el folklore como estudio de las supervivencias de las viejas culturas, ya indicó el camino científico que debe seguirse para el aprovechamiento de los "patrimonios estratificados", pues sería absurdo intentar, por una ciega devoción a los valores tradicionales, el mantenimiento, en función educadora, de expresiones sin contenido espiritual y moral.

A nosotros, como escritores, como poetas, como artistas nos corresponde también la función de señalar el precio creador de los valores tradicionales, porque somos voces del mismo pueblo de ayer y del mismo pueblo de hoy, necesitado hoy y mañana de ánimos vigilantes, capaces de detener la intención servil que pretenda cambiar por una nueva la lámpara maravillosa que iluminó los antiguos senderos de la Historia, y la cual espera la mano experta que nuevamente active la presencia de los espíritus benévolos.

LA HISTORIA COMO ELEMENTO DE CREACION*

Hay muchos que desesperan de nuestro país, muchos que niegan las posibilidades de natural y progresiva transformación de nuestro pueblo. Criterio fatalista que sirve para mantenernos en un estado de lamentable postración. He oído ponderar, claro que no diré a quien, la misma ineficacia de la escuela como elemento de posible mejoramiento del pueblo, y lo que es más: con asombro he escuchado decir a personas de las llamadas de "autoridad", que procurar una mejor nutrición y un mejor crecimiento en nuestro pueblo, es tanto como buscar que aumente la fuerza que empleará para su propia destrucción. Contra estos absurdos criterios negativistas es necesario levantar voces, pero también es necesario, a la vez, señalar puntos de apoyo donde fijar la palanca que mueva nuestro progreso. Y los puntos y las palancas sobran. Quizá lo que ha faltado sea voluntad que mueva los brazos. Hay puntos de apoyo en el presente y hay puntos de apoyo en el pasado. Esta Cátedra que iniciamos corresponde a uno de estos afincaderos.

En un gran maestro del pensamiento francés contemporáneo, acabo de leer este concepto: "Así como debe esperarse mucho de los hijos que aman a sus padres, no es posible desesperar de un pueblo y de un siglo que ama su Historia". El concepto es cabal. La Historia es la memoria de nuestros padres. Ningún pueblo, en una hora dada de su evolución, puede considerarse como eslabón suelto o como comienzo de un proceso social. Venimos todos de atrás. Antes estuvimos en el pasado. Y para buscar y amar a nuestros mayores debemos buscar y amar la Historia que ellos hicieron.

* Lección inaugural de la Cátedra de Historia de Venezuela en el Instituto Libre de Cultura Popular. 9-X-42.

En Venezuela, justamente, hay una marcada devoción por el pasado. Venezuela quiere su Historia. Venezuela parece buscarse a sí misma en el valor de las acciones de quienes forjaron la Patria. Ya esto es un buen punto de apoyo para la palanca de su progreso moral.

No existe un venezolano a quien no emocionen las hazañas de Bolívar, de Páez o de Urdaneta. No existe un venezolano a quien no infunda cariño la memoria del Negro Primero y que no sienta vibrar su espíritu ante la evocación dolorosa de José María España caminando taciturno hacia el patíbulo. La emoción surge fácil, ya se recuerde a Guai-caipuro, ya se piense en Alonso Andrea de Ledesma, ya se memore la entereza rebelde de Juan Francisco de León. Somos, nadie habrá de negarlo, un pueblo de marcada vocación para la Historia. Mas, corrientemente vamos hacia la Historia en busca del placer y de la emoción del relato y del prestigio que creemos lucrar con las acciones gloriosas de nuestros antepasados. "Somos de la tierra que dio a Bolívar", es título que muchos creen suficiente para presentarse a la consideración del mundo. Más o menos lo mismo de quienes se crean mejores que otros diz que por descender de un Conde o de un Marqués, sin pensar que bien pueden ser ellos unos degenerados sifilíticos o unos pobres diablos víctimas del alcoholismo.

Ese peligro tiene la Historia cuando, como la nuestra, está llena de relatos que lindan con la leyenda. Se siente el calor de la epopeya, se vibra ante los vítores que saludan a los héroes y se llega a creer que con esa gloria pasada basta para vivir el presente. Que Bolívar sea el más grande personaje de América nadie lo niega, pero de eso a pensar que hoy nosotros podamos conformarnos con tal recuerdo y sentarnos a esperar que se nos tenga, por tan ilustre y límpido abolengo, como el primer pueblo de América, hay una distancia que muchos no comprenden, hay un abismo en que muchos pierden pies y cabeza.

Sí, y nadie nos lo puede arrebatarnos, tenemos un pasado glorioso. ¡Y hay que ver las proporciones de tal gloria! ¡Nada menos que fueron hombres nuestros quienes hicieron la libertad de Sur América! Y hay que pensar bien: hicieron la libertad, que es algo muy distinto de la gloria ficticia de quienes conquistaron pueblos! Pero ello es para que nos sintamos, más que ufanos y vanidosos, obligados a vivir de acuerdo con los ideales de aquellos hombres que lograron gloria para sí y para nuestra Historia. No es para que nos echemos a dormir como hacen los ociosos herederos. Estos podrán darse a toda manera de vicios, bien sabe-

dores de que las rentas que no trabajaron les han de servir para mantenerse. Los pueblos no pueden, en cambio, vivir su hora presente a cuenta de su pasado, por más glorioso y fecundo que sea éste. Sería tanto como pedir a los muertos que nos sirvan de alimento. Los pueblos se afincan en el pasado para extraer valores que sumar al momento actual. La Historia se debe ver como una mina que es necesario explotar. Es decir, trabajar. No es entierro, no es la botija llena de onzas de oro que solía aparecer en nuestras viejas casas de la Colonia y que de la noche a la mañana enriqueció a muchos. No. Nada de eso. Nada de mesa puesta y bien servida para comer a toda mandíbula. Es, en cambio, la mina que necesitamos trabajar, la mina que reclama sudor y brazos. Nosotros hemos desviado el valor de la Historia y hemos llegado a creer posible que se viva de ella sin sumarle nada. Y por eso anda Bolívar metido en todo. Mejor dicho, por eso hemos metido a Bolívar como complemento de todo.

En mi ciudad de Trujillo y en los años de mi niñez, (de entonces aca ha llovido un poco), aprendí a recitar el corrido infantil del “Real y Medio” en la siguiente forma:

*Cuando Bolívar murió,
real y medio me dejó,
compré una pava,
compré un pavito,
y el real y medio
quedó enterito.*

Yo he encontrado un valor documental muy expresivo a esta variante trujillana del popular corrido, u ovillejo, como diría un Profesor de Literatura con toda la barba. Nosotros todos, grandes y chicos, hemos tenido y tenemos la sensación de que Bolívar nos dejó real y medio, con que podamos comprar pavas, pavitos y todo lo que se nos ocurra, en la seguridad, o a lo menos con la esperanza, de que nos quede siempre “enterito”, sin pensar que a ese real y medio debemos agregar algo, algo apenas, para tener el *bolívar* completo. Debemos sudar un poco para hacer nuestro cívico *bolívar*, de lo contrario, no tendremos sino real y medio que se va, que se acaba, que no alcanza para empezar a trabajar con éxito en el campo de la dignidad humana. Parece que en realidad muchos se han conformado con el real y medio de la herencia de Bolívar, mientras otros han rebajado al mismo Bolívar a sólo un valor de real y medio para hacer negocios. Real y medio para comprar cualquier cosa. Una pava o una conciencia.

Yo sí creo que Bolívar nos dejó real y medio. Nos dejó una moneda incompleta, para que nosotros le agreguemos nuestro esfuerzo, nuestro presente, nuestro trabajo personal y presente. Ese será el Bolívar entero, el Bolívar que camine apoyado en nuestra energía de ahora, de todos los días, de ayer y de mañana. No el Bolívar acostado, ni aun el Bolívar sentado en sillas muelles. El Bolívar caminante y guiador lo explicará para vosotros, con intuición de poeta y acento de patriota, mi colega de cátedra el escritor Antonio Arráiz, yo sólo evoco aquí su nombre para presentarnos ejemplos de Historia desnaturalizada, por medio de la imagen de un Bolívar fallo de valor, de un Bolívar que, para actuar en presente, pide el pulso de nuestra sangre fresca y generosa.

Porque el complemento del personaje histórico, es, decir, lo que el pasado reclama para seguir obrando con éxito en el campo social, es la aportación de trabajo de las nuevas generaciones. Nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a sólo admirar la gloria que pasó. De lo contrario, esa gloria de ayer, para que no descienda a la categoría de empolvada corona de museo, debe recibir el flujo constante del esfuerzo joven de la Patria. Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho a la libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzos que los mayores realizaron por la grandeza de la Patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo.

Nos hemos acostumbrado a estudiar la Historia según el método con que el pulpero avaro cuenta sus monedas y billetes cada mañana. "¡Todo está completo", exclamará gozoso, después de bien sobar la plata y los papeles, para disipar la duda de que hubiera podido ser robado durante la noche. Lo mismo hacen quienes al explicar los hechos del pasado no se cuidan sino de formar listas de próceres y de batallas, para detenerse en cada caso a ponderar el mérito de las acciones, a fin de provocar en los contemporáneos un sentido de suficiencia que diga: "¡Qué grande es la obra de Nuestros Padres! ¡No tenemos nada por hacer!" El proceso es muy otro; debemos hacer los cálculos del buen mayordomo de hacienda que recuenta la cosecha, la juzga en su mero valor y compara lo que ella debe ser en relación a la calidad de la tierra y sus abonos, al trabajo invertido en su cultivo y a la ganancia justa. No dirá que hizo buen negocio porque recoja algunos frutos que llevar a la plaza; para decirlo, verá primero si éstos están en la debida relación con el trabajo, con el curso de las lluvias y con la potencialidad de la tierra.

En sus actividades sociales el hombre tiene urgencia de realizar este mismo balance del mayordomo. Y para ello está la Historia, que

es como el Libro Mayor de los pueblos. Debemos estudiarla para saber lo que estamos obligados a hacer. Del recuento del pasado llegamos a la conclusión de lo que nos falta en la hora presente, porque nunca nos sobra nada sobre lo hecho por nuestros antecesores. Hay que saberlo bien y no olvidarlo: siempre se trata de un balance desfavorable. ¡Y desgraciada la generación que imagine que tiene sus cuentas arregladas con el tiempo! ¡Todos los días aumenta nuestra obligación de servir y de mejorar! Y hecho el balance, sabremos el rumbo que debemos marcar a la línea de nuestro proceso social. Por aquí!

Desde este punto de vista los estudios históricos adquieren un significado cuyo alcance es por demás fácil de comprender. La Historia viene a darnos la respuesta de nuestra propia existencia y nos explica el ritmo de nuestra vida presente. Sin conocer los hechos pasados, no podemos valorar nuestro propio momento. Por ello, más que disciplina científica y literaria, la Historia es una disciplina moral. Señala el tono de nuestra vida actual.

A los venezolanos nos han acostumbrado a vivir de la gloria de nuestro pasado y poco hemos hecho para acrecentarla y justificarla en la hora presente, debido en gran parte a que hemos estudiado sus hechos sin buscar en ellos esa función permanente de dar tono a nuestra conducta. Hemos preferido el enervante momentáneo de la apoteosis, y el examen de la realidad lo hemos suplantado por el ruido de los aplausos. Con que se alabe a Bolívar, todo está hecho, así los que entonen la alabanza nos estén robando la dignidad nacional.

Nuestro progreso social pide otra cosa. Sobre todo pide verdad. Se requiere un examen humilde y honrado de nuestra vida y de nuestro deber frente a nosotros mismos, y para lograrlo nos precisa hacer nuestro inventario, a fin de saber, sobre el propio proceso contradictorio de la Historia, cuáles sean las proporciones de nuestro *déficit* con el tiempo. Esto es tanto como conocer la calidad de la tierra y el mérito de la semilla. Sin ello, el mayordomo no tendrá certidumbre de los frutos que pueda recoger.

Este deber de examen cívico no sólo atañe a los grupos encargados de encauzar el proceso de la cultura, sino a todo el conjunto social. Cada quien en su puesto debe cumplir su deber. Cada quien tiene la obligación de conocer y de examinar su propio destino.

Al crearse estas Cátedras, llamadas a orientar libremente la cultura obrera, se pensó, y con razón, en esta Historia Nacional, y nada he creído

más al propio que intentar un examen somero y realístico de nuestro pasado, para ver de lograr una serie de conclusiones que nos indiquen algunas posibilidades para el presente y nos den la razón de muchas cosas que por sí solas no se explican.

De esta manera lograremos colocarnos en nuestro propio sitio y saber con precisión el por qué de nuestra presencia como pueblo. Y ya esto es algo en nuestro proceso cultural. Mejor dicho, en su piedra fundamental.

En algún trabajo histórico escribí que a nuestro pueblo se ha explicado su misma existencia republicana como si se tratara de revelar un proceso de brujería. Porque no otra cosa que brujos serían los hombres que de la noche a la mañana lograron hacer un pueblo sobre una masa de esclavos, y los otros que, a su debido turno, han "salvado" de sus continuas caídas al País, víctima del "brujo" anterior. Esa afición a la magia sirvió para levantar los pedestales de los "hombres providenciales" que rigieron en otra hora los destinos de la República y, en consecuencia, para explicar el profundo abismo que existió entre la voluntad de los "brujos" que mandaron el país y la voluntad del pueblo desprovisto de expresión en su vida pública.

A todos se les dijo lo mismo, con sentido hasta ingenuo y con la emoción de quien cumple un deber impretermisible. Recién instalada la dictadura caudillesca del General Juan Vicente Gómez, por diciembre de 1914, en una Orden General del Estado Mayor del Ejército se disponía una Misa para agradecer "al Altísimo (y son palabras de aquel documento) por haber conservado fuerte y enérgico al hombre providencial que de la más honrosa humildad llegó triunfador a la más alta posición militar de la República". Ese mismo voto se hizo por Castro y por Crespo y por Guzmán y por Falcón y por Monagas y por Páez, y, lo más triste, se hizo también por Boves y por Monteverde. Ha sido el voto del pueblo que mira la Providencia en el brazo del señor en turno, cuando no tiene conciencia de que ese hombre gobierne en nombre suyo. Con ese voto el pueblo ha querido llenar el abismo que le ha separado del autócrata. Cree en la función providencial de los hombres que mandan, porque no cree en sí mismo. Como no puede explicar la función pública partiendo de un acto suyo, mira en el hombre que la ejerce la expresión de un poder extraño, y confunde entonces la fuerza brutal del "jefe" que la representa, con la propia Providencia Divina. Y el pueblo venezolano no ha creído en sí mismo porque se le han dado explicacio-

nes mágicas de su proceso histórico, y se ha sentido, en consecuencia, insuficiente para discernir su deber. Nuestros sociólogos y nuestros políticos han tenido por ello afán de buscar un hombre que mande y no en hacer un pueblo que se mande por sí mismo.

Por eso he dicho que la explicación formal y lógica del pasado tanto interesa a los encargados de dirigir el proceso de la cultura cuanto al trabajador modesto que busca de incorporarse en forma activa y permanente al movimiento determinante de aquélla. La Historia forma parte de la educación cívica del pueblo. La Historia explica al ciudadano, y por el examen del pasado le marca el ritmo seguidero, no como ombligo permanente que lo pegue a una tradición, sino como voz que le anime y le empuje para hacer cada vez mejor y más brillante la Historia de la Patria. Para hacer que nuestros hijos lucren con una tradición más brillante.

Esto en cuanto al valor del hecho político, es decir, del hecho culminante en el proceso de la cultura; porque en los planos subalternos, o sea en el orden de las actividades que conducen indeterminadamente al cumplimiento del destino humano, la Historia da la clase y la razón de circunstancias que hoy mismo están pidiendo soluciones. Por el examen de nuestro pasado conocemos el proceso formativo de nuestra población, de nuestra riqueza, de nuestra educación, de nuestra milicia, de nuestra misma indiferencia social. Sin su estudio carecemos de mapas que nos ayuden a fijar los rumbos espirituales que hemos de seguir en nuestra marcha hacia el futuro. Seríamos como barco loco sobre aguas desconocidas.

Nuestra labor en este pequeño curso será explicar nuestro pasado fuera de todo elemento de "brujería". Vamos a estudiar hechos de verdad. Hechos que nos sirvan para mejor cumplir nuestro deber presente, y con ello buscaremos que la Historia, lejos de achicar nuestra estatura y de mantenernos en una parálisis de suficiencia, nos ayude a crecer y a caminar, más en nuestro caso, cuando tenemos ejemplos en el pasado que obligan a asumir una actitud empinada y vigorosa que sirva de marco mismo a nuestros grandes personajes históricos.

Una noche de luna en la ciudad costarricense de Alajuela me hallaba sentado frente al monumento de Juan Santamaría. Santamaría es el héroe nacional de Costa Rica. Cuando la guerra de 1856 contra los filibusteros, este oscuro soldado se ofreció para quemar el Mesón de Guerra,

donde los enemigos guardaban sus provisiones de pólvora. Antorcha en mano, el humilde y valiente hijo del pueblo inmoló su vida, como otro Ricaurte, y preparó con su sacrificio el memorable triunfo sobre los esclavistas de Walker. Héroe modesto, sencillo, en quien el pueblo de Costa Rica ha visto su mejor símbolo de hidalguía y en cuya memoria se piensa crear hasta una Orden Nacional. El bronce de Santamaría me llevó al recuerdo de nuestros héroes. Y pensé en nuestro Bolívar, no sólo de proporciones continentales, sino de proyección cierta en la Historia de la cultura humana. ¡Qué grande me resultó el Libertador frente al oscuro hijo de Alajuela! Pero de inmediato una nueva idea vino a mi mente con otro paralelo: el pueblo de Costa Rica, de pies y en posición de ciudadanía integral, está acostumbrado a mirar su héroe con la satisfacción de ser fiel a los principios de dignidad que movieron su sacrificio; Juan Santamaría, a pesar de ser casi un mito en la devoción del costarricense, recibe el homenaje de un pueblo íntegro y sin manilla cívica; en cambio, nosotros, compatriotas del primer ciudadano de América, estuvimos de rodillas ante los hombres presentes, achicados y medrosos, durante los mejores años de nuestra Historia.

Amigos trabajadores:

Hay el propósito de que ese achicamiento desaparezca definitivamente de nuestra Patria. Para lograrlo es necesario levantar nuestro ánimo cívico por medio de una amplia y permanente jornada de cultura. Empeñoso en ello, el Gobierno actual quiere que se espacé en toda forma el ámbito de la educación y ha creado, para servir a vuestro mejoramiento, esta Universidad Obrera. El bien sabe dónde están las palancas y dónde los puntos de apoyo, y tiene lo que se necesita para realizar la obra deseada de progreso. Tiene la voluntad de crear. Tiene propósito de superarse continuamente. Sobre todo, quiere que el venezolano no se sienta menor que ninguno de sus hermanos de América; de lo contrario, aspira a que llegue a ser en el presente tan grande cuanto lo fue en el pasado. Y procura que en esa obra de engrandecimiento nacional vosotros los obreros sepáis que, cumpliendo vuestro deber, sois un factor de Historia tan eficiente como los hombres que dirigen las grandes empresas civiles y militares. Ya hube de decirlo en la oportunidad de ser inaugurado este Instituto: las palabras de fuego de Bolívar hubieran quedado en el vacío sin las montoneras que soportaban los fusiles y las lan-

zas: los ejércitos habrían perecido de hambre sin el pan que recogía de la tierra el labrador paciente y sin la carne de los ganados apacentados por sufridos pastores: los caballos mismos no hubieran hecho las grandes jornadas heroicas sin las herraduras forjadas en la fragua por el herrero vigoroso. Nuestro proceso de Independencia sirve para ejemplificar la solidaridad en el trabajo y enseña cómo el oro que se trocaba con fusiles y explosivos no valía tanto como el brazo que tomaba el arma para la lucha. La Historia sirve así para alentar y vigorizar la propia conciencia obrera y para abrirle nuevos sentidos que le amplíen el propio concepto de su función social.

¡Señores!

AVISO A LOS NAVEGANTES

POR

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

COLECCION TEMAS NACIONALES



AVISO A LOS
NAVEGANTES

MEMORICIANO TRAGOR

EDICIONES EDIME

AL LECTOR

El presente libro recoge una serie de temas encaminados a presentar a lo vivo el problema del nacionalismo venezolano en relación con nuestra historia y nuestra tradición de pueblo y en relación, además, con el problema general del nacionalismo latinoamericano.

Como los temas de "Alegria de la Tierra", los de esta colección constituyen una ampliación de la problemática planteada en "Mensaje sin destino". En los tres se procura desmenuzar una serie de circunstancias vigorosamente enlazadas con nuestra propia razón de ser como país.

Al agrupar esta serie de trabajos, he creído corresponder al vivo interés que despertaron en el pueblo venezolano cuando hicieron su aparición en la prensa periodística. En ellos he puesto toda la pasión que reclama el estudio de nuestro destino de pequeña nación poseedora de una fabulosa riqueza mineral, enfrentada a la voracidad del imperialismo que intenta reducirnos a una condición colonialista. He puesto, también, en ellos todo empeño por avivar en el país la conciencia defensiva de nuestra personalidad de nación. Para ganar las grandes batallas suele ser útil la voz de los paisanos modestos que han visto desde la puerta de sus chozas camineras el paso de las avanzadas enemigas. No será la suya voz iluminada como las luces certeras de los faros situados en empinadas rocas, pero pueden, en cambio, servir de oportuno aviso a los navegantes. Son, al menos, como cuaderno de bitácora para viaje de marineros principiantes.

M. B.-I.

Madrid, agosto de 1953.

AVISO A LOS NAVEGANTES

Cuando a fines de 1912 visitó a Caracas el grande escritor Manuel Ugarte, tuve oportunidad de escuchar su palabra encendida y orientadora, en célebre conferencia que patrocinó la antigua Federación de Estudiantes de Venezuela. Eran también, como los de hoy, días aciagos para nuestro primer centro educativo. Los sucesos de septiembre de aquel año dieron aparente justificación al cierre de las aulas universitarias, cuya frontera con el Congreso se vio como promesa de peligro para las futuras labores de la política. Se acercaban la Crisis del Consejo de Gobierno y la ruptura del hilo constitucional, que pondría a un lado la Constitución de 1909 según la cual no podía reelegirse el Presidente de la República.

La muchachería llegada de provincias a tomar cursos, se sumó al movimiento de huelga que dirigían los mayores. Yo también participé en la protesta de la Escuela de Ingeniería, y me tocó ayudar a Andrés Frágenas a bañar en una alberca del patio Cajigal, a cierto estudiante que, rompiendo las consignas, asistió a la clase de Física que dictaba el doctor Luis Soriano. La Universidad se clausuró, y yo, en espera de su reapertura, entré Cadete en la vieja Academia Militar, a fin de escuchar las lecciones de matemáticas que dictaba el doctor Luis Ugueto.

Sin embargo, la Federación que había sido el alma del movimiento huelguístico, duró unos meses más y, cerrada la Universidad, en ningún sitio tenía mayor legitimidad educativa la palabra orientadora de quien venía a conversar sobre nuestro destino de pueblo.

Manuel Ugarte habló apenas una vez. Las autoridades, requeridas por la Legación de Estados Unidos, impidieron la prosecución de charlas encaminadas a la defensa de la conciencia hispanoamericana. Eran los buenos tiempos en que José Enrique Rodó ofrecía como símbolo de espiritualidad el Ariel de "La Tempestad" shakespereana. El uruguayo miraba

el duelo entre ambas Américas como un problema de doctrinas. Ugarte iba más lejos y se hacía más realista. Antes que lucha de sistemas vio la lucha de una nación que buscaba dominar la dispersa unidad latinoamericana.

A esa gran labor dedicó su vida el ilustre escritor argentino. Sintió a nuestra América indolatina con un calor que le da título de verdadero constructor de los nuevos ideales del hispanismo americano. Su labor, como la de José Vasconcelos, Benjamín Carrión, Baldomero Sanín Cano, Francisco García Calderón, Gabriela Mistral, Joaquín García Monge, constituyó un apostolado y una cruzada dignos de mayor divulgación y de mayor aprecio por parte de nuestros intelectuales americanos. Podría vérselos como tocados de idealismo. Nadie lo llegaría a negar, puesto que sus ideas y sus actitudes jamás podrían trocarse con posiciones holgadas y con beneficios que se conviertan en influencia en el orden de la sociedad.

A Manuel Ugarte lo volví a ver en 1949, en la bella San José de Costa Rica. Ambos éramos embajadores de nuestros respectivos países para la toma de posesión del Presidente Otilio Ulate, a quien tocaba reiniciar, en gracia de un movimiento armado que hizo válida la voluntad del pueblo, las interrumpidas normas de la democracia costarricense. Argentina y Venezuela habían sido los últimos países en acreditar embajadores. Esta circunstancia me dio el grato privilegio de ocupar en las ceremonias sitio contiguo al del gran maestro de la dignidad hispanoamericana. Yo le recordé su lejana estada en Caracas y el entusiasmo de la muchachería estudiantil. El recordaba con cariño a nuestra capital y tenía fe en nuestro nublado porvenir.

“Hay muchos escritores americanos —me dijo— que son fieles al verdadero destino de nuestra América. Ustedes debieran ser los primeros, por más amenazados. Aquí, al voltear la esquina, tenemos a García Monge, ejemplo de constancia, de altivez y de dignidad. Allá en Bogotá, donde hoy usted vive, verá con frecuencia a ese recio roble de Sanín Cano. Pero, ¡qué se le va hacer! La mayoría prefiere los halagos de una vida regalada, para lo cual no hay más segura garantía que “yanquizar”.

Rebelde, entero, el Maestro ha caído, pero deja en pie su altiva conciencia. Por su boca habló nuestra América indohispana con palabras de entereza, que consonaban con la altivez antigua de los Bolívar, de los San Martín, de los O’Higgins, de los Hidalgo, de los Juárez, de los Mo-

razán, de los Santamaría, de los Martí. Con esa voz que aun tuvo garganta en nuestro Sifontes guayanés, cuyas fueron las últimas plantas venezolanas que pisotearon el estandarte de los piratas.

Muerto, Ugarte reclama una redivulgación para la nueva vigencia de su ideario. Estos hombres, que en un momento de la Historia se erigieron en voz de los pueblos, necesitan la muerte para crecer y dilatarse. El trigo, enseña el Evangelio, ha de morir para que su potencia creadora se torne ubérrima cosecha. Los hombres también han de morir para que surja la opulenta floración de sus ideales.

Simado en el polvo, Ugarte tiene mayor vigencia en nuestro convulso mundo hispanoamericano. El seguirá enseñando la doctrina de la unión, frente a las tentativas extrañas de destruir nuestra tradición y nuestro carácter diferenciales. El será, en medio de este mar encrespado del Nuevo Mundo, manera de luz roja que indique el sitio de los escollos. Si se agotó el aceite que daba vida a su lámpara material, nuestra fe en sus consignas, mantendrá vivo el aviso a los nuevos navegantes. Eso han sido y son ellos. Faros empeñados en señalar el rumbo que debieron seguir, desde Panamá y Tacubaya, los pueblos que heredaron el espíritu y el habla de Alonso Quijano. Ugarte ha muerto, pero la luz del faro donde vivió su espíritu, mantiene la seguridad de las señas. Pueden los navegantes confiar en su constancia orientadora.

LAS TIERRAS DE LOS PADRES

Hoy, 5 de julio, he ido al cementerio para colocar flores sobre la tumba de mis padres. Allí empieza la materialidad de la Patria. Así tenga validez el concepto creador y esperanzado de que la Patria es el suelo feliz y seguro que legaremos a nuestros hijos, cierto es también, que ella viene de atrás como una dulce brisa de lejanía. Con el fuego y los dioses domésticos empezó la familia antigua. Los antepasados tuvieron sitio en esa categoría divina. Los griegos los llamaron "dioses subterráneos". Estaban debajo del suelo, dando a la tierra un sentido sagrado. Cuando la ciudad dominó los valores domésticos, aparecieron los penates públicos como fuerza poderosa para la defensa y la aglutinación social. En su raíz, la Patria tiene, pues, un valor doméstico que es necesario agrandar y salvar. Algunos la miran, en cambio, como mero campo para el desarrollo de las industrias útiles. La reducen a simples valores geográficos. Pero eso no es la Patria. La Patria, más que el suelo, es el proceso antiguo de las generaciones que, en el orden material, edificaron pueblos y caminos y crearon la riqueza, y que, en el orden moral, fijaron las líneas diferenciales que dan unidad a la familia nacional. Junto con los recios muros y las amplias vías, ellos dejaron sus pensamientos y sus afectos como patrimonio de mayor calidad.

Han corrido los años, pero nosotros, demás de la contemporaneidad que en ellos nos transmite el culto a sus ideas creadoras, podemos llegar hasta el tiempo de su vida, desandando la cronología de nuestras estirpes familiares. Por eso, hoy día de la Patria, he querido acercarme devotamente a los Padres de la Independencia, a través de la memoria de las generaciones que me unen, en una área de realidad temporal, con la época de plenitud cívica que produjo la Independencia e indicó a Bolívar el sacrificado camino de las victorias que lo harían el mayor de los Padres de la Patria.

He ido al cementerio para enfervorizar, sobre la tierra donde duermen mis padres, el sentimiento de afecto indestructible que me une a la gran Patria venezolana. No he ido en función fúnebre, sino en pos de elementos morales que robustezcan mi alegre y abrahámica fe en el futuro de la Patria. He querido sentir a Venezuela en toda su intensidad realista de *Terra Patrum*.

Los otros padres, de donde arranca la comunidad del gentilicio, viven en la Historia. No han muerto para la ejemplaridad creadora. Siguen ellos, aunque desatendidos, siendo los verdaderos artífices de la nación. Los más remotos se llamaron Diego de Losada, Diego García de Paredes, Juan de Ampies, Juan de Villegas, Alonso Pacheco, Juan Maldonado, Sancho Briceño, Juan Rodríguez Suárez, Diego Fernández de Serpa, Antonio de Berrío, Marcelo Villalobos, Alonso Díaz Moreno, Francisco de Cáceres, Alonso Andrea de Ledesma. Con ellos se fundó la Patria antigua. Juan Francisco de León, José María España, Manuel Gual, lucharon por dar nuevo sentido a la relación de los hombres con el poder público. Los nuevos, los más recientes en el orden fundamental de la institucionalidad republicana, se reunieron el 5 de julio de 1811 en la solemne capilla de la Universidad de Santa Rosa. Con su elección de Diputados se había perfeccionado el maravilloso movimiento cívico que tuvo principio y cabeza el 19 de abril de 1810. La revolución recomenzó entonces, en el propio Municipio, como expresión simbólica de la soberanía reasumida por el pueblo en virtud de la prisión del lejano monarca. Con sentido de la realidad, los patriotas antiguos, con Bolívar a la cabeza, tomaron el 19 de abril como el día inicial de la República y como la aurora de la revolución hispanoamericana. Nuestra propia Constitución escrita le da mayoría sobre las otras efemérides.

Desde el 2 de marzo estaba en funciones el Congreso de las Provincias Unidas, que formarían la Confederación venezolana. Había en la Asamblea espíritus que llevaban su reposo hasta contrariar la idea de la inmediata declaración de independencia, alentada por el fervor revolucionario de la Sociedad Patriótica. Roscio, el gran Roscio, era de los temerosos. Pero la suerte estaba echada y era preciso caminar sin miedo hacia adelante. El debate es largo. Se trata de dar despacho a un problema de suma gravedad, cuya solución los pueblos han confiado a estos pacíficos e inermes ciudadanos. Uno tras otro siguen hablando en este día los grandes patricios. Es justo recordarlos cuando se conmemora su obra de creadores de la nueva Patria. A ellos debemos la República. Empece-

mos por don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, quien dirige con respetable dignidad el curso de la sesión. Después de él hablan el general Francisco de Miranda, Cabrera, Juan Bermúdez, Felipe Fermín Paúl, Alamo y Don Fernando de Peñalver. El padre Maya, de La Grita, hace severas reflexiones, combatidas por su colega Antonio Nicolás Briceño, también diputado por la provincia de Mérida. Hablan Cazorra, José María Ramírez y Salvador Delgado. El padre Unda y Pagola apoyan con fervor la independencia, lo mismo que Maneiro, de Margarita y Briceño, el de Pedraza. Un aire de republicana frescura corre a través del recinto cuando Manuel Palacio Fajardo, de Mijagual, y el más joven de los presentes, se levanta para decir que "todo cede al impulso de la libertad y las fuerzas del hombre libre sólo son comparables a su dignidad". Luego habla Sata y Bussy. Siguen Roscio, antiguo profesor de Derecho público en la Universidad, que ha prestado su capilla para este gran torneo de civismo, donde se pone de resalto la madurez de la cultura ganada por los criollos de América. Discurren Cova, de Cumaná, y Pacheco Briceño, de Trujillo. Siguenlos Lino Clemente y el marqués de Toro, que usan galones bélicos, a la par del viejo Miranda. Hablan luego López Méndez y Castro, de Caracas; Toro, de Valencia; Alcalá, de Cumaná; Fernández Peña y Ramón Ignacio Méndez, de Barinas. Ni éstos ni Unda, llamados a ser obispos en la nueva República, temen las consecuencias de la declaración. Todos se sienten embargados por el mismo fuego cívico que caldeará los ánimos para las largas vigiliias de la libertad. Cuando el Presidente Rodríguez Domínguez pronuncia las palabras sagradas que rompen definitivamente los lazos del coloniaje, el pueblo soberano les da ámbito en calles y en plazas, con vivas estentóreos a la libertad y a la independencia.

En la tarde del 5 de julio ya hay República. El pueblo la ha festejado en forma inusitada. Se han abolido los viejos símbolos hispánicos. Los retratos de Fernando VII han sido sacados a la calle para que la multitud se goce en su destrucción. La escarapela nacional luce en el pecho de los nuevos ciudadanos. Las calles contemplan un hermoso espectáculo: los señoritos de corto calzón y lustrosas zapatillas andan del brazo con los pardos y con los mulatos. Sin embargo, y esto lo apunta el propio José Domingo Díaz, muchos "hombres honrados" se han ocultado tras las celosías de las ventanas para mirar, desde lejos y asustados, el paso triunfal de la República.

La anti-República se ha puesto, pues, tras las celosías de honorables oligarcas. Se diría que ejercen estos impertérritos mantuanos el sagrado

derecho de disentir, que sirve de estribería al orden republicano. Esto sería respetable. La República no es unanimidad, sino armonía de contradicciones. La República no es conformidad impuesta, sino discrepancia que concuerda en razón del equilibrio aceptado libremente por la comunidad. Pero con su miedo, los oligarcas y sus clientes de todas las horas inician un feroz movimiento contra la altiva tradición que arranca de las claras, enérgicas y fecundas voces de los ideólogos que declararon nuestro derecho a ser independientes. Viéndolo todo tras seguras mamparas, ellos no han desperdiciado momento alguno para impedir el remate de la obra iniciada por los creadores de la República, y cuando no han podido derrotar las nuevas ideas, han puesto en las seguras celosías los propios símbolos republicanos y los mismos nombres venerables de los héroes que dieron eficacia al pensamiento de los idealistas. La vieja rebeldía cívica, que tuvo su clímax en el areópago de julio, se apaga al consejo honorable de los encelados fingidores de patrióticos encelamientos, y obliga, en cambio, a los fieles guardianes del fuego sagrado, a volver con insistencia sobre la Historia para ganar el hilo de una desamparada tradición que sea capaz de defender el permanente derecho de colocar decorosas flores sobre el sepulcro sagrado de los padres. Flores nuestras, cultivadas en nuestros libres jardines, por las recias manos de los hombres que para pensar y para vivir no sigan extrañas consignas.

EL CABALLO BLANCO Y LA MULA NEGRA

Para nuestra República y para el mundo libre de América, el 5 de julio marca uno de los hitos más claros de su Historia; para la América que vigilaba su esperanza rebelde durante la apretada colonia, el 5 de julio fue una fecha luctuosa. En aquel día del año 1731 caía en la Lima virreinal y coqueta la cabeza del doblemente asesinado José de Antequera.

Cuando en nuestro mundo hispanoamericano se buscan afanosamente valores y símbolos que ayudan a sostener nuestra débil y dolorosa tradición de civismo y de fecunda rebeldía, es saludable repetir para el elogio los nombres sagrados que mantienen, como en las viejas liturgias, el poder y la fuerza de realizar milagrosas carismas. Al evocarse a los grandes precursores, se olvida comúnmente la inmensa figura de José de Antequera, criollo nacido en Panamá y formado en el Perú, a quien la Audiencia de Charcas envió a La Asunción para que compusiese las paces quebrantadas entre el Cabildo y el gobernador Reyes. Iluminado de un rápido sentido de la equidad. Antequera halló culpable al acusado, asumió, conforme a las instrucciones, el cargo de justicia mayor de la provincia paraguaya y envió a Charcas el largo proceso abierto contra el anterior gobernante. Fácil entonces, como aun sigue siéndolo, la voz de la justicia llegó torcida hasta los oídos del virrey del Perú, quien sin ver los autos, que subieron a la suma absurda de catorce mil pliegos, repuso en el ejercicio del cargo al arbitrario gobernador Reyes. Mas el Cabildo asunceno, fundamentado en el derecho que otorgaban los mismos reyes para dilatar, hasta la evacuación de la súplica, el cumplimiento de las propias cédulas, se alzó ante el virrey y, para el entretanto, invistió a Antequera con el carácter de gobernador. Aquí, en realidad, comenzó la Revolución Comunera, primera en el orden de los grandes movimientos americanos. Si el Cabildo suplicó la reconsideración de la providencia a favor de Reyes, también avanzó de propia autoridad a tomarse el ejercicio de una soberanía, de que se sintió legítimo personero.

No era popular el Cabildo americano. Su elección estaba confinada al mismo cuerpo y recaía entre los terratenientes y distinguidos miembros del común. Pero éstos constituían, frente al absolutismo cesáreo, la clase que se había convertido en representante de la autonomía de las Indias. El Cabildo es el grumo de la rebeldía que llegará a la independencia republicana. Sus pendones darán mañana fuerza institucional a los movimientos subversivos. El de La Asunción fue el primero en alzarse con voz de autoridad para imponer sus derechos frente a la voluntad del personero del Rey. Largo sería recordar las peripecias de esta primera guerra, que fatalmente terminó con el rendimiento de Antequera y con su fuga a Charcas, de cuya Audiencia esperó amparo y fino oído para su defensa. Los jueces, inclinados a seguir la voluntad del marqués de Castel Fuertes, virrey en quien influían fuertemente los jesuitas paraguayos, lo aprehendieron de inmediato y lo remitieron a Potosí, de donde fue enviado Antequera a las cárceles de Lima.

Todo parece concluido para el agitador comunero. Pesados son grillos y cadenas, duras de abrir las puertas de la cárcel, minucioso y casuístico el proceso que lo llevará a la eminencia del cadalso. Pero los hombres no son un simple montón de huesos guardados en un áspero pellejo, del cual la autoridad puede hacer lo que le plazca. Los hombres, así no quieran entenderlo los tiranos, son ideas. Pueden callarse los labios elocuentes, pero las palabras seguirán rodando en busca de nuevos labios. Caerá el hombre a quien sacrifican los otros hombres, pero mientras más cruel sea la caída, mayor abono tendrán sus pensamientos. Antequera no tornará libre de su calabozo. Su voz es voz ya muerta para el mundo, pero sus ideas salen al exterior con extraordinaria fuerza para continuar la revolución paraguaya. Caso extraordinario en el orden de los grandes movimientos sociales; en la cárcel, Antequera tropieza con su paisano Fernando de Mompó, hombre hasta hoy oscuro, en quien prende la fiebre revolucionaria, llamada de otro modo a morir con el apóstol nobilísimo. Logra Mompó burlar la dura carcelería, y luego está en la pampa ardiente, dando calor a la tormenta que parecía acabada. Mompó es abogado, y halla en las leyes recios elementos para dar vigor a sus arengas. Sus discursos atraen de inmediato la voluntad de los asuncenos. Su doctrina es más clara y más directa que la primera doctrina de Antequera. La dura cárcel de Lima ha sido buen ingrediente para sumarle a los primeros principios comuneros, fuego de legítima rebelión. Al pueblo es grato escuchar las razones que expone el fogoso luchador, cuando sostiene que el mismo Rey ha de inclinar la corona ante los privilegios de la

comunidad. Y la comunidad es el mismo pueblo. En 1730 triunfa la revolución de los comuneros; pero, signada desde el principio por la desgracia, cae la Presidencia de la Junta Gubernativa en un vulgar traidor, que entrega a las autoridades de Buenos Aires la persona del tribuno extraordinario que la llevó al éxito. Sin embargo, Mompó logra escapar, y en el Brasil se escurre entre las mismas sombras de donde salió a la Historia.

Entretanto, el juicio contra el justo y desdichado Antequera prosigue con toda saña ante los jueces de Lima. No se hace, sin embargo, a gusto de una opinión fría o indiferente. Toda la ciudad palpita en espera del final de la tragedia. La frívola sociedad limeña ha trocado los encajes de Valenciennes por la discreta mantilla, con que se toca para ir a orar en los templos por la vida del encausado. La generosa orden franciscana solicita en todas las puertas influyentes voces que impetren el perdón. Mas el virrey se encierra en una actitud fría y severa, que hace par con la reciedumbre del enjuiciado. El propio arzobispo visita a Antequera en sus pestilentes calabozos y ofrece conferirle las órdenes sagradas para así sustraerlo de la jurisdicción ordinaria. Antequera está resuelto a morir como los valientes, y agradece sin aceptar la corona de sacerdote que le ofrece como camino de fuga el generoso prelado. Antes del día de la muerte, cosa de doscientos frailes franciscanos, de quienes Antequera tiene título de protector, sacaron al Señor Sacramentado, en un último reclamo de piedad para el encapillado. Nada, en cambio, es capaz de mover la terca voluntad del virrey, quien el propio 5 de julio sale a la calle a la cabeza de su guardia para aplacar a los amotinados que piden clemencia, mientras el reo es conducido a la plaza de armas. Se producen heridos y muertos, que hacen temer por la propia seguridad de la ejecución. Entre los que van en la guardia de Antequera, uno se adelanta a darle un pistolazo, que lo tumba de la cabalgadura y le deja sin vida. De inmediato, los otros valientes descargan sobre el péndulo cadáver las bien cargadas pistolas.

Cuando Antequera es decapitado, Antequera es ya un cadáver. Luego, toca a Mena, su compañero de aventura, el turno de la muerte. Al ser degollado éste, la paz queda impuesta y los frailes revoltosos, como dice el virrey, tornan al convento para rezar sobre sus muertos.

“Lo arrastró la mula negra, cuando ya estaba muerto de veinte disparos. Después, le cortaron la cabeza. Así se hace justicia”. Tal hablaba en una de las esquinas de la ciudad virreinal un alguacil de la Audiencia,

que en la tarde refiere a amigos venidos de la Sierra los tremendos sucesos de la mañana. Seis años tiene el niño que, acompañado de su aya, cruza la esquina y escucha parte del diálogo fúnebre. El niño es curioso y se hace llevar a la plaza de la ejecución. El aya es mestiza y tiene un nudo en la garganta desde que supo el asesinato del apóstol. Lentamente, la chola vivaracha refiere al niño toda la historia del cruel final de don José de Antequera, por cuyo perdón también el párvulo dirigió al cielo sus plegarias. “¿Y lo arrastraron después de muerto para cortarle la cabeza?” —pregunta de nuevo el espantado niño. “Sí. Lo arrastraron ya muerto y después le cortaron sin piedad la cabeza—” agrega con voz turbia el aya entristecida.

“Yo no vi la ejecución, pues estaba muy niño. Pero arrastrado por la negra cabalgadura, después de haber recibido veinte pistoletazos, lo llevaron a la plaza de armas, donde su cadáver fue decapitado para saciar la infame justicia del virrey y de sus cómplices”, dice el anciano don Pablo de Olavide a los comisionados de América, reunidos con Miranda, en su apartamento parisiense de la *rue Saint Honoré*, el célebre 22 de diciembre de 1792. Olavide formó su conciencia bajo la sombra angustiosa de la negra mula que condujo al cadalso los despojos de Antequera. Aquel fúnebre animal era preciso sustituirlo por una noble pieza de caballería, a cuyos lomos América ganase la victoria para su justicia. Han pasado sesenta años, y la voz de Antequera está presente en la decisiva Asamblea de Saint Honoré. Miranda la recibe de Olavide y la hunde en la inmensa conciencia, donde con calor de caos se está fraguando la libertad del Nuevo Mundo. Las voces sagradas de la justicia tienen, en medio de la contradicción de América, virtud de juglería para pasarse de boca a boca, sin que el público conozca los dueños del secreto. Cuando Miranda llega a Caracas en diciembre de 1810, trae el mensaje de libertad que desde el calvario de su cadalso dictó al mundo americano la boca veraz y fría del ya muerto José de Antequera.

Ya la negra mula que condujo al suplicio los despojos del mártir se ha tornado en blanco caballo que simboliza el vuelo de la libertad. Nuestro homenaje a Antequera y a todos los precursores y libertadores de nuestras patrias hispanoamericanas consiste en luchar porque el ágil caballo con que se hizo la independencia de la América española no ceda su sitio a la negra mula colonialista, empeñada en arrastrar el cadáver de los hombres, vueltos a ser victimados por los servidores de la opresión.

LA MUERTE DE LOS MUERTOS

El 29 de julio de 1881, Walt Whitman, sentado en una tumba, escribía para su diario. Estaba la tumba en el cementerio de la colina de los Whitman, hacia el sur de Long Island. “Tres siglos encerrados en este estéril espacio”, anota el poeta, que hallaba en los antiguos camposantos elocuencia tan honda como en los sermones o en los poemas. Al día siguiente, escribía sentado sobre una de las sepulturas de los Van Velsor, los abuelos holandeses, por parte de madre, enterrados cerca de Cold Spring. Eran éstos criadores de finas razas de caballos. Por eso recuerda a la madre, que arriesgada y diariamente montaba los mejores ejemplares.

El más grande poeta del Norte, para sentirse cabalmente en sí mismo, buscaba en el pasado las raíces de su fe en el destino del pueblo. El amigo de la libertad y del progreso no se desdeñaba de la añoranza genealógica. No sólo buscaba en las fábricas, en los talleres, en las tiendas al hombre de su mundo democrático. Solicitaba, junto con los elementos de la Naturaleza como base de toda salud, los elementos morales que le proporcionaba el pasado. Sentía la tierra “incorporada a sí mismo”. El paisaje de Long Island formaba parte del espíritu de Whitman. El aire, el cielo, la brisa, la estrella de la tarde estaban unidos a su sensibilidad de poeta. Pero la tierra donde dormían los abuelos formaba la sustancia de su conciencia de hombre. Whitman amaba la tradición de su familia y la tradición de su pueblo. Por eso llegó a ser la más clara, pura y elevada voz poética de su país. Por eso, cuando se cantó a sí mismo, cantó a su propio mundo.

La hermosa lección del poeta no podemos seguirla nosotros. La firmeza personal que Whitman ganaba al sentarse sobre la tumba enmohecida de los abuelos, jamás podría adquirirla nuestro pueblo. Nosotros

no tenemos cementerios. Nosotros somos un país sin muertos. La falta de sentido de pueblo nos ha llevado a recomenzar cada año nuestra Historia. La carencia de respeto por nosotros mismos, nos ha hecho irrespetar nuestro pasado y nos ha empujado a traicionar a nuestros mayores. Hemos llegado a matar a nuestros propios muertos.

Un forastero que viniese por sí mismo a formarse una idea de lo que es y de lo que fue Caracas, diría que esta ciudad data apenas del año 1876. Esta es la fecha del Cementerio General del Sur. De antes, visiblemente no hay muertos. Una lógica de principiantes dice que donde no hay muertos tampoco hubo anteriormente vivos. Nuestros viejos cementerios fueron destruidos y vendidos, algunos con cenizas y todo. Los Cipreses, los Canónigos, la Misericordia, las Mercedes, Anauco, San Pablo, San Simón, San Pedro, la Fraternidad, los Ingleses, los Hijos de Dios, son hoy lugares urbanizados. En cambio, en Nueva York, el viajero tropieza en plena Wall Street con antiguos cementerios que el progreso ha respetado. Nosotros hemos ido contra todo lo que representa tradición. Apenas nos hemos empeñado en conservar y defender nuestros vicios públicos y nuestra deficiencia cívica. La mayoría sostiene que lo único digno de respeto es nuestro irrespeto a las instituciones republicanas. Lo valioso nuestro lo hemos menospreciado y desechado. Por eso somos pueblo expuesto cada día a la fácil conquista del extranjero. El americano del Norte ha mantenido un religioso respeto hacia su historia. Por eso ha logrado ser un país poderoso. Roma, cuando llegó al esplendor imperial, no se satisfizo con sus anales humanos. Virgilio confundió sus raíces históricas con leyendas de dioses. En el Norte se formó un pueblo sobre cantos de sillería. Nosotros hemos edificado sobre arena movediza. Lo valioso nuestro lo hemos entregado al forastero, a cambio de bagatelas. Quien ha vendido sus cementerios, cambia también sus cerros de hierro por muñecos de celuloide. Hay una correlación de fuerzas que da uniformidad a las acciones del pueblo. Mercar con cementerios es negociar con la ceniza de los padres. *Terra patrum* es la raíz moral de la palabra Patria. De la tierra de nuestros padres está formado el suelo de los camposantos. Quien negoció con cementerios, vendió un pedazo de la Patria.

Aquí, allá en las ciudades principales, en los pueblos humildes, la gente exhibe un irrespeto delictuoso por los muertos. El abandono de los cementerios es un reflejo claro y elocuente de lo que ocurre en los diversos órdenes de la vida nacional. Donde el sentido de lo humano

no ha creado valores positivos para el trato con los vivos, no se puede, en verdad, pedir respeto para los muertos. Donde no se mira la dimensión antigua, tampoco se puede juzgar la dimensión presente. Diríase que el orden de la sociedad impusiese un proceso simbiótico, en el cual presente y pasado se complementasen entre sí. De la estimativa de la hora actual, deriva mayor mérito el tiempo viejo: con el valor en que se tenga la tradición, lucra la sociedad nueva.

No somos advenedizos colocados circunstancialmente en el suelo de la Patria, con el solo objeto de vivir una vida concupiscente, cuyos fines fueran la riqueza, el vicio y el poder. Somos, por el contrario, eslabones de una cadena que viene de atrás, con la responsabilidad de sumar un eslabón más firme en el proceso de la sociedad. Para lograr esa meta necesitamos formarnos una conciencia histórica que nos permita pensar lo que Walt Whitman pensaba cuando estuvo sentado sobre la tumba de sus abuelos. Debemos sentir en la historia de nuestros muertos la propia Historia de la Patria. Sin el contenido familiar que le transmite la conciencia de que fueron nuestros padres quienes fabricaron nuestra Historia, la República carecerá de los soportes emocionales que le dan firmeza y derecho permanente en nuestras acciones cotidianas. Sin los afincaderos materiales donde el pueblo pueda recalentar su devoción por el pasado, resulta más dura la formación de esos valores. Donde todo se ha destruido en el orden material, donde se han matado aún los propios muertos, precisa un profundo esfuerzo reflexivo para reconstruir en el suelo de nuestra propia conciencia los valores que soportan el desamparo colectivo. Pensar en los muertos, en todos los muertos, pero más intensamente en aquellos que sacrificaron su vida por la seguridad de la República, es deber de pueblos que tienen conciencia de sí mismos.

EL MAGISTERIO PERENNE DE MARTÍ

América fue un largo y luminoso camino para la angustia de José Martí. Donde no lo hizo con sus propias plantas, lo abrió al empuje de sus ideas. Desde Nueva York hasta Buenos Aires, pasando por Centroamérica y Caracas, el pensamiento múltiple del Maestro dejó la huella de su esfuerzo por la libertad de la Patria dolorida. En Guatemala embruja a la niña que murió de amor:

*Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!*

En Caracas dialoga con el bronce rígido en que se nos ha tornado, por culpa de los hombres nuevos, el ágil Caballero de la Libertad. “Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo”. No era él un conspirador común, capaz de aliarse, en la búsqueda de rifles y dinero para ganar un gobierno, con cualquier clase de farsantes. Era el austero libertador que perseguía para su Patria la dignidad de la República.

En la segunda mitad del siglo XIX fue Martí en nuestro mundo americano la prosecución cabal del pensamiento de Bolívar. Buena arcilla, el espíritu del Libertador adquirió nueva vida en el espíritu de Martí. Sin los fulgurantes resplandores que impiden a muchos el examen cabal de la vida de Bolívar, Martí resume el mismo ideal que fue numen permanente del caraqueño. Por eso bulló en su mundo interior la “inmensa impaciencia americana” que le hacía sentir nuestra unidad de origen, nuestra unidad de esperanzas, nuestra unidad de peligros.

En todos los países del mundo libre o semi-libre de América buscó afanosamente armas para la libertad de la esclavizada Cuba. El era romántico que cantaba a las flores y a los pájaros. Creía en la buena fe de los pueblos y de los hombres, y olvidándose adrede de las aventuras en aguas cubanas del "Porpoise" y del "Peacock", en 1822, y del "Galliniper" y el "Mosquito", en 1823 y 1825, que indicaban el ansia del Norte sobre la verde y rica isla, confió en el "padrinazgo de Estados Unidos para la libertad de su Patria. Felizmente, era cadáver rezado y sepulto cuando la funesta intervención yanqui puso nueva amenaza de coloniaje en el proceso de la guerra de liberación. La bala de Dos Ríos, si rompió su sueño de libertad, le ofreció, en cambio, por agonía el delirio de una Cuba digna. Su pensamiento universal había hecho apenas breve pausa. Descansaría unos instantes para seguir caminando. El lo había dicho: "La tumba es vía, no término". Por eso, sigue su camino a lo largo de nuestra ensombrecida América.

Libertador tardío para una empresa retardada, Martí representaba en nuestra vieja América española la supervivencia de una voz que clamaba por el coronamiento de una obra. Por 1822 estaban, en verdad, al Sur los ejército realistas que amenazaban la independencia de la nueva República de Colombia. Y Bolívar fue a su derrota, posponiendo consolidar el destino de la América del Caribe. Cuando lo repensó después, ya dolorosamente la sutil política de Washington impedía el salto de los héroes que habían ganado a Boyacá y Carabobo y que querían ir hacia Cuba, hacia Puerto Rico y hacia la isla dominicana. El propósito inmediato de Bolívar, más que al Sur, ha debido mirar la unidad de los países que desde México hasta Venezuela rodean a las Antillas. La anficciónía del Caribe hubiera sido baluarte poderoso para la defensa de nuestros privativos intereses hispanoamericanos y para la efectividad de aquel "sano americanismo" que Martí pintó como anhelo de cada uno de nuestros pueblos por desenvolverse "con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo, que es la puerta por donde los demás entrarán a dañar la suya".

Truncada la obra de Bolívar, Martí quiso seguirla. Más que forma él pedía espíritu para nuestro mundo americano, expuesto a la disidencia interior y a la voracidad de fuera. Su más grande labor estuvo en el diálogo profundo que mantuvo con América para hacerla sentir la esclavitud de Cuba como dolor común del Continente. Segada fue su vida

maravillosa el 19 de mayo de 1895. Segada, no. Se dice mal. Se detuvo apenas para la materialidad de la física expresión, porque nunca estuvo más vivo Martí como lo estuvo después de muerto. Con el dolor de América crece su presencia, como crecen las sombras de la tarde. No tiene su voz el eco antiguo, ni como antes tiene tribunas libres para expresar su anhelo. Hombre peligroso por hablar continuamente de libertad e independencia, para vivir en paz tendría que dialogar apenas con los insospechados niños. El ya habló una vez con los niños de América desde las maravillosas columnas de "La Edad de Oro". Los hombres viejos de hoy recordamos aquellas páginas como luminosas puertas que abrían caminos de ensueños. Sin embargo, los niños de entonces olvidamos la mayoría de sus mejores mensajes. Se olvidó que en "el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz". Estas cosas enseñaba Martí a los niños que vivían en el mundo de esperanza de finales del siglo XIX. De todo les habló. Junto con la Historia y el apólogo, les explicó también el camino de las artes industriales. Les enseñó la manera de fabricarse los instrumentos domésticos. De haber sido más extenso el curso de la magnífica revista, hubiera llegado Martí a explicar a los jóvenes lectores de nuestro mundo americano el vaciado y el pulimento de las campanas. Les habría dicho que los golpes, lejos de quitarles fuerza, afinan los metales. Quienes quieren hacer que el acero adquiera mayor temple deben castigar sobre el duro yunque la rebelde hoja. El mismo era expresión viva de ese proceso constructivo. ¡Cómo le afinó el carácter la persecución española! ¡Como no adivinaron aquellos gobernadores que atacándolo y silenciándolo daban mayor fuerza y más dilatado espacio a su palabra! Los que intentaron romper el agudo metal de su voz, lograron, por lo contrario, hacer que su grito de rebeldía fuera de eficacia más penetrante. El hubiera dicho a los niños de América que el mejor aliado de las causas justas es la autoridad que las persigue con implacable saña y que nada se propaga con mayor vivacidad como las ideas que arbitrariamente se quieren silenciar.

Como al Maestro se hace difícil hablar con libertad a los hombres maduros del Continente, pidámosle que hable de nuevo a nuestros niños, o más bien pidamos a los niños que atiendan su mensaje. Quizá estos niños de hoy puedan dar mañana, mejor que nosotros, ámbito realista a su mensaje de bondad, de belleza, de dignidad y de constancia. . .

VENEZOLANIDAD Y TRADICION

En alguna oportunidad anterior dejé escrito que tradición es comunicación, movimiento, discurso. Valor conceptual de entrega tiene la palabra en el orden jurídico. Muchos, en cambio, han dado en la flor de entender que tradición es un estático permanecer en la contemplación fetichista del pasado. Si fuésemos a examinar el valor de todos los conceptos en juego, aun llegaríamos a la necesidad de definir qué cosa sean el pasado y la Historia. Algunos miran el pasado como cosa muerta y a la Historia como un cuento de muertos.

Mi posición es otra. Yo veo en el pasado un proceso, cuya actual expresión es el presente, y miro en la Historia la relación anterior de una vida que muda. Sostengo que sin el conocimiento de lo anterior y sin el mantenimiento de los valores que va construyendo lentamente la cultura de cada sociedad, no existe el pueblo como entidad histórica.

Los pueblos surgieron como tales cuando tuvieron conciencia de su pasado y buscaron de prolongarla hacia el futuro. El egipcio extremó su voluntad de dominio hasta lograr la momia como reto a lo percedero. Los griegos, elevados sobre el concepto de la material permanencia del hombre, crearon valores universales que aún los mantienen en el goce de autoridad suprema en el campo de la cultura. Pueblo que no aspira a perpetuar sus signos a través de las generaciones futuras, es pueblo aun sin densidad histórica o colectividad ya en decadencia.

Como yo he juzgado que los venezolanos desean la continua vigencia de la Patria en el orden de los tiempos futuros, he abogado fervorosamente por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra tradición, es decir, los valores sutiles, impoderables que dan fisonomía diferencial a la Nación. También en diversas oportunidades he

expresado la idea de que “no forma parte del sentido de la tradición el aceptar todo lo que venga del pasado y obrar de acuerdo con el sistema que se desprenda de la imitación de los hechos cumplidos por nuestros antecesores. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. Para que la tradición mantenga su fuerza creadora, es necesario que sufra una prudente revalorización que la quintaesencie para la ejemplaridad”. Defender la tradición como dimensión creadora, no es negar el progreso. Es acondicionar éste a la permanencia de lo esencial y fisiológico nuestro. Creo que no se tendría por cuerdo al propietario que intentase introducir un fastuoso automóvil a través de la modesta puerta de su habitación. Primero ha de acondicionar la entrada, para que ni sufra la vivienda ni se dañe el hermoso vehículo. Trasladado el caso al orden del progreso general, primero debe abroquelarse la conciencia histórica del pueblo que va a recibir el empuje progresivo de las nuevas formas de cultura. Yo he sostenido, y lamentablemente creo que habré de continuar sosteniéndolo, que el desquiciamiento sufrido por la conciencia nacional en razón del violento y mal acondicionado cambio de nuestra economía agrícola en economía minera, radica en gran parte en haber carecido nuestro pueblo de fuerzas resistentes que hubiesen defendido a tiempo los valores de la nacionalidad. Con ello no adhiero a ninguna tesis pesimista ni retrógrada.

Sería una actitud incauta abrir todas las posibilidades a la violencia de los tránsitos, muy más cuando en dichos cambios se juega el propio destino político de la Nación. Clásico es el elogio de los bajeles y de las caravanas del comercio antiguo, que transportaron junto con la seda la cultura que viajaba en libros y en papiros. Hoy sería difícil aplicar al nuevo comercio el elogio romántico que le prodigaron los antiguos. El proceso hoy es de muerte segura para los pequeños países de economía retrasada y de débiles formas culturales. Vienen, sí, valores nuevos de civilización, pero con ellos un propósito de servirse, para fines foráneos, del trabajo mal pagado de nuestros obreros, y de aprovechar, con mengua de nuestras posibilidades, las grandes riquezas de nuestro suelo.

El sano y discreto venezolanismo que yo procuro defender por medio de la exaltación de nuestros valores tradicionalistas, es la idónea barrera que puede defendernos de la acechanza continua del imperialismo industrial, que intenta hacer de nuestra vieja América española un campo anárquico, confuso, heterogéneo, donde medren a todas anchas los intereses antinacionales de los absorbentes imperios.

Jamás hemos pensado los defensores de la tradición que nuestro pueblo debe mantenerse fiel al viejo tinajero que surtió las casas de Miranda y de Bolívar. Nosotros queremos, al contrario, que en la casa de todo venezolano funcione una limpia nevera, cuya moderna e higiénica frialdad no entumezca la personalidad altiva, vigorosa, independiente del hombre que sienta orgullo en llamarse venezolano. Del hombre convencido de que ser venezolano no es ser un afortunado vendedor de hierro o de petróleo, sino un legítimo y digno sucesor en el orden de la Historia, de los hombres audaces y valientes que hicieron la libertad republicana de un continente.

TRADICION Y NACIONALIDAD

Tono, fisonomía, impulso, carácter, perspectiva, constituye para los pueblos una bien definida tradición. No es ésta, como algunos pretenden dar a entender, un estar resignados y satisfechos ante la obra que acabaron nuestros mayores, menos aún una adoración fetichista de fórmulas obsoletas. Tampoco puede tomarse como posición tradicionista la resignada o interesada aceptación de situaciones subalternas en el orden de los valores cívicos. Una estimativa errónea ha hecho que nosotros diéramos vitalidad operante a situaciones desprovistas de sentido creador, que fueron tomadas, en fuerza de un razonamiento antilógico, como expresión de una típica expresión venezolana.

Los pueblos que han probado mayor vitalidad tienen mostrado, a la vez, un ardoroso empeño de mirar hacia atrás en pos de una clara explicación de sí mismos. Del propio modo como el hombre sabe que vive en cuanto tiene memoria de su ser anterior, asimismo las naciones se proyectan para el futuro sobre el fondo de la tradición, ya que difícilmente un pueblo que carezca de la conciencia de sí mismo uniformará sus conceptos en torno al grupo de valores que han de servirle de norma para sus actividades venideras.

Un pueblo es tanto más histórico, es decir, un pueblo es tanto más pueblo, cuanto mayor vigor y penetración en el espacio y en el tiempo hayan alcanzado los cánones que conforman y dan unidad al genio colectivo. Nosotros, pese a tener una Historia cuajada de hechos portentosos, no la hemos asimilado de manera que sirva de espina dorsal para la estructura del pueblo. Por ello, nuestra colectividad carece de resistencias que le permitan luchar contra los factores disvaliosos que se han opuesto, ora por los abusos de la fuerza, ora por los desafueros de los demagogos, y permanentemente por la mala fe de muchos de sus mejores

hijos, para que opte una conducta reflexiva que lo lleve, tanto en el orden interno como en la relación exterior, a una recta concepción de la libertad, de la dignidad y del poder.

Llegan algunos a considerar que tradición sea un concepto estático que lleva a mirar ciegamente hacia valores y sistemas pretéritos. Tradición, por el contrario, es comunicación, movimiento, discurso. En lenguaje forense el vocablo mantiene su antiguo y amplio sentido de entrega de lo que se debe. Tradición, como transmisión de los valores formados por los antepasados.

Las naciones se forman sobre la comunidad de valores económicos, históricos y morales. Aun después de la gran diáspora, el pueblo hebreo fue una nación unida por vínculos históricos y morales. Mientras más vigorosos sean los nexos que unen el alma del pueblo, más resistente y fácil será su defensa. Cuando en cambio, las naciones han descuidado el cultivo de sus lazos morales, será más fácil su dominio por las fuerzas extrañas. Jamás perecerá íntegramente un pueblo que mire hacia su pasado. Justamente perecen, y caen bajo el imperio de nuevas y extrañas fuerzas, los pueblos que no tienen conciencia de sí mismos. La función de la Historia es mantener viva la memoria de los valores que sirven de vértebras al edificio social. Su objeto es presentar las fuerzas antiguas como elementos indispensables para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación. No se puede mejorar lo que no se conoce. No se puede crear sin precisar la resistencia de los elementos donde se fundará la nueva obra. Para que la Patria sea la tierra feliz de nuestros hijos, debemos verla y amarla como el grato legado de nuestros padres. Cuando el extranjero sin estirpe local hace suyo y lega a sus hijos el suelo de la nueva Patria, le lega no sólo un campo para la lucha y para la muerte, sino el legado de Historia a cuyo goce y signos se ha sumado voluntariamente. Porque el irlandés que muda su mundo a la Nueva Inglaterra se hace nieto moral de los Pilgrim Fathers y nieto de Washington y Lincoln, del mismo modo como el griego que arraiga entre nosotros hace suyos los viejos mitos de Ledesma y de Bolívar.

No forma parte del sentido de la tradición aceptar todo lo que venga del pasado. Esto es tanto como cultivar un espíritu negado a todo progreso. La tradición, como buen legado, se recibe a beneficio de inventario. En último análisis, esto es la tradición: legado que va de una a otra generación. Más allá de las manifestaciones objetivas que la per-

sonalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprehensibles, los impoderables que dan fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar, menos aún se les puede catalogar como valores reales. Son algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de ver, de hablar, de reír, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura, como si fuese una dimensión hartmanntiana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que trasluce en el drama de la Historia. Defenderlos es defender la propia vida de la sociedad. Menospreciarlos y destruirlos es abrir la puerta de la nueva conquista. Intuirlos en su magnitud creadora, constituye el toque divino que convierte en magos a los intérpretes de los pueblos.

LA UNIDAD DE LO DIVERSO

“Tener glorias comunes en la Historia; poseer una voluntad común en la hora presente; haber realizado juntos grandes cosas; esperar hacer otras más; he aquí las condiciones fundamentales para ser un pueblo”. Esto enseñaba Renán y esto he pretendido aplicar al examen de nuestra situación social venezolana. Entre nosotros se ha estimado como elemento formativo del pueblo la común posesión de una gloria pretérita. En razón de ello, hemos resultado poseedores en común de una mera gloria de resplandores mortecinos. Nos hemos limitado a mirar hacia el pasado para sentirnos satisfechos de lo que hicieron los muertos. Carecemos, en cambio, de una voluntad común para las cosas presentes. Tampoco nos hemos uniformado respecto a lo que debe ser Venezuela. Mientras algunos la queremos independiente y altiva, otras se acomodan a una Venezuela intervenida y semi-colonial. El propio pasado no lo hemos asimilado de manera lógica y sincera, y, lejos de buscar las razones que le den unidad, abultamos los motivos superficiales que pueden dividirlo.

Ni conocemos la integridad de nuestras posibilidades ni buscamos la manera de conocer nuestra propia realidad de pueblo. Nos ha faltado para ello voluntad de dialogar con nosotros mismos. No miramos hacia nuestros problemas nacionales, porque es más cómodo tomar el camino de la evasión, aconsejado por quienes huyen de su propio deber y se avienen a las explicaciones cómodas. Para dialogar con el pueblo se ha recurrido a levantar únicamente el tono de la voz, a fin de que los demás oigan el soliloquio de quien pretende aparecer con las manos cargadas de fórmulas mágicas, mientras en el secreto de su laboratorio invoca los espíritus contrarios. Dialogar con el pueblo es tomar su propia voz y hacer sentir la angustia que vive en su multánime conciencia. Unos lo hacen de una manera. Otros lo hacen de otra. De diversos modos se llega al

mismo fin. Hay quienes se valen de la tribuna disertada. Otros laboran a la voz callada. Algunos toman por instrumento idóneo el verso sonoro. Yo diría, por caso, que Alirio Ugarte Pelayo, en su reciente poemario "Espacio de Tiempo", ha querido hablar en verso con el pueblo. El "Canto irregular a Venezuela" y "Tiempo del Hombre Común", acusan un afán de ser voz de la agonía de la nación. Se oye en ambos "el llanto del suelo lacerado" y la queja de quienes persiguen y anhelan la hora final del "silencio y la renuncia". No reduce el poeta su esfuerzo a sólo la expresión de estados particulares de ánimo. Busca, también, la palabra rotunda que haga sensible su manera de entender la angustia de la Patria. A mí, ambos poemas me resultan dos magníficas voces en el drama del hombre venezolano que persigue la expresión de su propio dolor.

Piensan algunos que la Patria es tanto más feliz, noble y generosa cuanto más sean las complacencias materiales que de ella podemos derivar. La Patria, como el parto, implica su hora de dolor. Vista hacia atrás, como solar de abuelos, significa mero goce de los réditos que produce el trabajo antiguo. Pero la Patria, en su sentido de nación y de comunidad, implica la horizontalidad de los afectos fraternales y la verticalidad descendente de las generaciones que derivarán de nosotros su existencia en el orden físico y en el orden moral de la Historia. Pasos o movimientos diversos que se conjugan en una sola pasión. Hoy se la llama, más que patriotismo, nacionalismo, por cuanto aquél reduce su área conceptual a sacrificios y goces de orden ético, mientras el otro mira con ojo más abierto y rapaz a todos los problemas de la comunidad nacional. Virtud admirable cuando con ella no se llega a excesos chovinistas ni se provocan recelos en el orden de la comunidad universal. El nacionalismo es, en cambio, la fuerza que empuja y defiende la vida de los pueblos. La práctica del nacionalismo es como la práctica de la higiene. De nada vale la buena doctrina de los ideólogos y de los teorizantes si no se acopla con voluntades enérgicas que tengan y pongan los medios de hacer efectivos los principios. Tampoco valdría nada un practicismo que no se ajustase a las líneas rectas que señalan los ideólogos. Acción y pensamiento quieren las sociedades. "A Dios rogando y con el mazo dando", dice nuestro viejo refrán. En la casa de Betania, mientras María contemplaba a Cristo, Marta se afanaba por las cosas materiales. Ambas, así Jesús declarase la excelencia de la palabra, integraban la unidad funcional de la casa. Lázaro, con una consultaba sus sueños, de la otra recibía el vino y el pan del diario refrigerio. Las ideas han de ir adelante, como agujas que marcan los rumbos. Carabobo ase-

guró la Independencia de la Patria, pero a Carabobo no hubieran llegado los ejército si no les hubieran marcado camino las palabras ilusionadas de los ideólogos.

Tanto como el hombre que doma los potros y como el obrero que taladra los cerros en pos de la veta dorada, el poeta puede ayudar al pueblo. Bello enseñó en versos. Nuestra más clara lección de civismo está contenida en la *Silva del Maestro inmortal*. Hesíodo, Lucrecio y Virgilio utilizaron el trípode de Apolo como si hubiera sido la cátedra de Minerva. También ellos enseñaron en verso. Se puede, también, practicar en verso el nacionalismo. Las ágiles estrofas llegan con mayor facilidad a los oídos del pueblo. Los poetas que buscan temas nacionales y se tornan expresión del pueblo, tienen función de númenes en la formación de la conciencia de las naciones. Tirteo, en la vieja Grecia, ayudó a combatir las falanges de Filipo; los cantos de Whitman son mensajes permanentes en la conciencia del pueblo norteamericano; Rubén Darío es la voz de América prieta que repudia a la voraz águila del Norte. En el orden de la Patria, los poetas tienen una misión que realizar. Son como las torres que alertan al peligro. De la mano con el rudo obrero, hacen la unidad de lo diverso donde descansan las naciones.

LEXICO PARA ANTINACIONALISTAS

“¿Y eso de pitiyanqui, qué significa, don Mario?”, me preguntaba en días pasados un modesto hijo del pueblo, con quien tropecé al doblar una de las tantas angustiosas esquinas del centro de nuestra pompeyana y babilónica capital. Inquiría el amigo sin nombre —porque en esto de la defensa de la nacionalidad topo con numerosos e imprevistos amigos— acerca del calificativo que en algunos escritos he dado a los compatriotas prestados a hacer juego a los intereses norteamericanos, en perjuicio de los sagrados intereses de Venezuela.

La palabra pitiyanqui no la he inventado yo. La palabra es puertorriqueña. La acuñó el alto poeta Luis Llorens Torres. Su origen semántico quizá tenga algo que hacer con la florida imaginación del poeta. La voz piti, como alteración del francés *petit*, entra en la palabra pitiminí, recogida por la Academia, y con la cual se designa el rosal de ramas trepadoras que echa rosas menudas y rizadas. Llorens Torres, más que en las rosas, debió pensar en la actitud trepadora de los compatriotas que se rindieron al nuevo colonialismo.

El pueblo puertorriqueño ha sido un pueblo ejemplar en lo que dice a defender la estructura de su conciencia. No lo ha sometido ni la fuerza ni el halago. En el fondo de su espíritu resisten los viejos valores fraguados bajo los altivos signos de la hispanidad sin tiempo y sin política. Sin haber gozado las libertades de la república, Puerto Rico se ha sentido en unión permanente con la América de Bolívar, de San Martín, de Morelos y de Martí. La torre del homenaje de su cultura sigue ocupándola Eugenio María de Hostos. Posee el pueblo del pequeño gran país insular un plano secreto, muy diverso del plano que aflora a la realidad. Como toda nación oprimida, se ha dividido en dos. La parte que goza y ríe; la parte que medita y sufre. El patriota callado

miró que los hombres risueños buscaban parecerse a los nuevos amos. Que imitaban sus costumbres y tomaban de prestado sus pensamientos. Se parecieron, mas no llegaban al nivel de los dominadores. Pero con imitarlos y sonreírles, aseguraban derecho al gozamiento. A la gozadera, quedaría mejor expresado. Era necesario dar un nombre nuevo a esta fácil y liviana actitud. Claro que en el léxico antiguo existen palabras apropiadas al caso. Pero precisaba algo nuevo. Algo que connotase directamente la posición del nativo carente de escrúpulos para plegarse a la voluntad del yanqui. Los poetas saben el secreto de las palabras. Llorens Torres hizo el maridaje de los dos voquibles. Del francés tomó la palabra *petit* y la dio forma aún más menuda y humillada. Piti todavía es menos que *petit*. Pitiyanqui resulta algo así como yanquicito, yanquito, yancuelo. Algo que pretende ser un yanqui, pero que no llega jamás a serlo. Una manera de larva con alas tan rudimentarias que no alcanzan para el vuelo, pero que tiene, sin embargo, derecho a comer los manjares que sobran de la abundosa ración de la mariposa multicolora.

Cuando yo he usado la palabra como determinativo de quienes irreflexiblemente puedan servir al imperialismo sin mirar los perjuicios que su conducta ligera acarrea al país, lo he hecho en orden a advertir el riesgo de que nuestra Nación se pueda convertir en pueblo de resignados yanquicitos. Es peligroso optar posiciones que a la postre lleguen a crear un hábito social, capaz de desfigurar nuestra integridad de pueblo. Un país como el nuestro, que ha dado en la flor de afirmar en inglés, terminará por rendir su conciencia al reclamo forastero. Chóferes de plaza, al igual de doctores pintiparados, han dejado de usar nuestros adverbios antiguos, para responder yes, oké, olray. El papiamiento verbal puede tornársenos en papiamiento de conciencia.

Nuestra verticalidad de Nación está, por eso, más reñida con el pitiyanqui que con el yanqui. El hombre venezolano puede y debe trabajar con el extranjero de América y con el extranjero de Europa, de Asia o de África que venga a ayudarle en su tarea de crear riqueza y cultura. El mundo pide la pacífica colaboración de los pueblos. El norteamericano tiene una experiencia técnica que no es útil y sobreabunda en riquezas que necesitamos para acrecentar el bienestar común. Pero el hecho de su poder extraordinario no justifica nuestro achicamiento. Colaboración no es subordinación ni olvido de la personalidad. Colaboración es igualdad. Claro que es en extremo difícil la sociedad del gato con el ratón. El ratón corresponde al pitiyanqui. Puede, en cambio, haber

sociedad de gatos grandes y de gatos pequeños. Yo sólo aspiro a que en nuestra relación con el gran país del Norte hagamos el papel de gatos magros y no de ratones gordos. Grandes ellos, pequeños nosotros, podemos hablarnos y entendernos en el común idioma felino. Pero, como ratones, quedamos a merced de que al cansarse el gato de jugar con nosotros, resuelva ingerirnos como alimento complementario. Siendo todos gatos, podemos, en cambio, llegar a querernos colectivamente sin recelos.

La atribución de pitiyanqui usada por mí para calificar una conducta antinacional, no implica, tampoco, bandera ni de guerra ni de odio contra el yanqui. Apenas determina una actitud de defensa de lo nuestro. Ayer, y justamente al pie de la estatua de Bolívar en nuestra plaza principal, un correcto caballero estadounidense me felicitó por la manera de presentar yo el caso de nuestra reacción latinoamericana frente a los errores de la política imperialista en su país. Sabe él cuánto admiro a su gran pueblo y cuánto me encantaría que fuera distinta la política que pusiera en práctica con relación a nuestra América hispánica. El sabe que es la mía actitud de defensa de lo nuestro.

El pequeño tiene derecho a conservar íntegro su patrimonio moral. Nosotros, como Nación, debemos cuidar por la conservación de nuestros valores sustantivos. Lo contrario sería un acto de inconsciente lentejismo. El lentejismo, con el cocacolicismo, con el esfiatismo, con el mulanegrismo tienen aplicación en el léxico y en la conciencia del anti-nacionalismo. Son variaciones cromáticas de una misma actitud de entrega, de resignación, de complicidad frente a las fuerzas del imperialismo.

Bueno, también, es recordar que una cosa es el imperialismo del Pentágono, de la Casa Blanca y de Wall Street y otra cosa es Estados Unidos como pueblo. En el fondo de la gran nación del Norte viven y pupulan las contradicciones. Allá, como acá, existe una corriente que se mantiene fiel a la tradición de respeto y de dignidad que crearon los hombres antiguos. Ese pueblo y esa nación americana que pinta García de Sena en la primera entrega de la "Fundación Mendoza", no coinciden con el Pentágono, con la Casa Blanca y con Wall Street del presente angustioso momento del mundo. Si bien es cierto que la aspiración a dominar nuestro hemisferio se abulta desde los años cabeceros del siglo XIX, también es cierto que entonces era otra la América romántica que tomó por símbolo la campaña de Filadelfia. Desgraciadamente la mayoría de quienes forman la América que se embarca en los firmes muelles

neoyorquinos, no son de la América admirable de Jefferson, de Lincoln y de Whitman, vienen, en cambio, en grueso número ciudadanos de la América de Walker, de Sam Zamurray y de los Rockefeller. Contra esa América esclavista y negada a la expansión de los grandes principios donde se afincan las repúblicas, debemos mantenernos en actitud de vigilantes centinelas. Suaves, cordiales, acogedoras han de estar nuestras manos para el apretón debido a quienes como amigos vengan a tratarnos. Para aquellos, en cambio, que se presenten con intentos de adulterar nuestros credos y de borrar del libro de nuestra Historia el acta de Independencia que firmaron los patricios de 1811, debemos tener, en lugar del vino y de la sal en mesa de amistad, la ceniza y la sal que hagan estéril la intención conquistadora . . .

ANDRESOTE

Mi distinguido amigo y colega Carlos Felice Cardot en la oportunidad de recibirse como numerario de ella, dio lectura en la Academia Nacional de la Historia a un valioso estudio de investigación acerca de la aventura rebelde de Andresote en los valles de Yaracuy (1730-1733).

En nuestra bibliografía histórica faltaba un trabajo formal sobre dichos sucesos. Felice Cardot, experto en este género de disciplinas, nos presenta la más rica información recogida al respecto.

El movimiento del zambo Andresote (Andrés López del Rosario), fue la primera resistencia con que tropezaron en nuestra provincia los intentos de la Compañía Guipuzcoana. Más que una acción dirigida a reparar la justicia vulnerada, fue un movimiento apriorístico enderezado a estorbar los planes incipientes del flamante grupo monopolista.

La concesión a la Guipuzcoana del monopolio de nuestro comercio, derivó de varias causas: las tesis económicas y financieras de la nueva política afrancesada de los consejeros de Felipe V; el propósito metropolitano de lucrar con nuestra economía rural, en pleno desarrollo, como lo prueba —contra la tesis guipuzcoanista defendida por Arístides Rojas—, el informe sobre nuestra riqueza agropecuaria levantado por don Pedro José Olavarriaga en 1772, a quien tocó ser el primer factor de la Compañía; y, por último, la persecución del contrabando que los holandeses realizaban en nuestras costas.

La Guipuzcoana precisa mirarla en su doble aspecto de explotadora del trabajo colonial, de defensora de la economía imperial. Desde un punto de vista interno, representaba la absorción de nuestra riqueza vernácula por un grupo capitalista mirado como forastero por el criollo; desde una apreciativa exterior, era la Compañía una fuerza de la propia

España metropolitana, empeñosa en conservar la unidad económica desarticulada por el contrabando.

Cuando llegan los empleados de la Compañía, quien primero toma voz para armar la protesta es el zambo Andresote. Un año apenas llevaban entre nosotros los guipuzcoanos y ya en el ubérrimo valle y en las bocas del Yaracuy y litoral adyacente, los alzados cometían “gravísimos insultos, robos y muertes”. A simple vista podría juzgarse esta actitud de Andresote y de sus compañeros criollos como reacción defensiva de los derechos del pueblo colonial. Pero con Andresote había sesenta holandeses armados y tres balandras dedicadas al contrabando y al avituallamiento de los rebeldes.

En el orden de nuestros grandes movimientos sociales, el de Andresote dista sobremodo del movimiento de los Comuneros de Mérida y del movimiento de Panaquire. En este último, Juan Francisco de León tomó la voz del común, como él decía, para reclamar en nombre del derecho de una colectividad que derivaba de la agricultura su sustento y a la cual se imponía, en general, precios afrentosos; en la revolución comunera, sus gestos granadinos dieron cuerpo a una protesta contra el sistema impositivo del momento. La rebelión de Andresote, si bien tiene parentesco de orden económico con los movimientos iniciados por Galán y por de León, carece de dimensión político-social que le de sitio en el mismo plano. En la revolución comunera y en el alzamiento de Panaquire se oye el metal de palabras criollas. Era nuestro pueblo colonial que comenzaba a rebelarse contra la metrópoli absorbente. Los merideños que se alzaron en 1781 con el gobierno de la ciudad y el abnegado Juan Francisco de León, tienen puesto en la galería de precursores de la independencia nacional. El zambo Andresote seguramente hablaba papiamento. En él no tomó cuerpo un reclamo criollo sino una bastarda pretensión extranjera. Andresote no es Yaracuy, ni menos Venezuela. Andresote es Curaçao y es Holanda. Sobraría aquí un relato de lo que representaron los holandeses frente a la política española. Nuestra Historia Patria está llena de referencias acerca de sus constantes intentos por poner planta en Tierra Firme. En Oriente, en Margarita, en el Orinoco, en el litoral occidental estuvieron las urcas contrabandistas comprando nuestro cacao, nuestro tabaco y nuestras mulas. En las costas de Puerto Cabello a Tucacas, cercanas a Curaçao, el tráfico fue más intenso. En razón de ello, cuando Felipe V concedió nuestro comercio en forma monopolista a los comerciantes de Guipúzcoa, el gobierno holandés atizó la rebelión de Andresote y sus negros.

Buena gente debió de haber sido esta sufrida gente esclava de nuestro gran valle yaracuyano. Andresote era valiente y se había hecho cargo de la riesgosa misión de sacar a la mar los frutos de los cultivadores criollos. Buena masa para una levadura mejor. Andresote y los suyos, lejos de servir los intereses de la tierra, servían intereses enemigos. Al facilitar la penetración holandesa, iban incautamente contra los intereses criollos. Sin facultad de análisis, creían defender una causa justa al defender su oportunidad de socios de los contrabandistas holandeses. Cuando Villalpando abrió a Amyas Preston el camino de Caracas, sentía que el miedo era el culpable del puesto que ganaba como traidor. Andresote, con su recio brazo, taló también caminos para el ataque extranjero a la provincia. Entre Esfialtes y Villalpando ocupa un sitio nuevo. Es el hombre que, alegre e inconscientemente, sirve a los enemigos de la Nación, por cuanto de su actitud deriva un personal beneficio. Como aquéllos, Andresote dejó una larga estirpe moral, o inmoral para mayor precisión, que hoy fatalmente tiene voz y voto en los negocios de la República. Mientras Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León y José María España permanecen mudos, Andresote habla su ininteligible papiamento a los “holandeses” nuevos, que buscan seguro para extraer de contrabando nuestras fastuosas riquezas. La Andresotelogía sería buena materia de estudio para entender la psiquis acomodaticia de quienes a toda hora están dispuestos a ceder, sin advertir el peligro, las llaves de nuestras ciudades.

Luchó el zambo valiente, como tinosamente dice Felice Cardot, “sin haber tenido exacta noción de lo que representaba”. Se le puede absolver por la inconsciencia con que obró. Generosamente, podemos colocar su negra y robusta figura entre las incoloras criaturas que pueblan el Limbo. Sus descendientes, ya con aviso de buenas letras, no tienen, en cambio, derecho al perdón de la República. Para ellos la Historia reserva puesto seguro en las galerías subterráneas donde se castiga a los traidores.

LA GUIA PARA EL INJERTO

Lo que en orden a explicar el proceso de trasculturización que siguen actualmente nuestros países latinoamericanos, hemos venido sustentando en el libro, en la cátedra y en las columnas de la prensa algunos escritores preocupados por los diversos temas de la esencialidad venezolana, lo dejó compendiado José Martí en una excelente frase que reclama curso de actualidad.

“Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser nuestras Repúblicas”, resume la cabal posición que acopla con el lógico tradicionalismo la marcha natural del progreso. El Maestro cubano sintetizó en 1891 el problema que escritores empeñados en la defensa de los valores de la nacionalidad, hemos venido planteando ante la conciencia del país, expuesta a sufrir hoy las consecuencias de una cultura mercantilista que se nos ofrece como expresión de progreso.

Nuestras Repúblicas como cepa para el injerto del sarmiento nuevo. “Nuestras Repúblicas”, dijo Martí, cuando aún su Cuba era una dependencia de España. No se refirió a la forma del ser, sino al ser en sí mismo del pueblo que luchaba por la dignidad republicana. En un hombre de libre espíritu, que aún sufría, como Martí, la dependencia de repudiada metrópoli, la expresión adquiere doble valor para el testimonio irrecusable. “Nuestras Repúblicas” eran y son nuestros dolorosos países latinoamericanos. Tronco fijo, generoso y diferencial para recibir las nuevas aportaciones culturales. Un buen hortelano cuida con abundoso riego y ricos abonos la raíz de los troncos que han de soportar los frescos injertos. Eso es la que en el orden de la nacionalidad pedimos quienes hoy nos empeñamos porque a la hora de recibir el injerto de la trasculturización el tronco sea capaz de garantizar una rica y legítima vendimia. Que sobre el tronco que define la planta se extiendan los pámpanos nuevos, sin riesgo de que la cosecha difiera de la tradición

enológica de los sembrados. Que venga el mundo de fuera a los viejos troncos de nuestros pueblos. Que vengan las nuevas formas de cultura a dar mayor vivacidad a nuestros antiguos símbolos. A ello no podría negarse el más conservador de los espíritus. Ni a que permanezca firme e ileso el signo troncal podría negarse, tampoco, el más entusiasta innovador en cuya conciencia subsista un atisbo de patriotismo.

Abiertas han de estar las puertas del progreso para las ideas y para los hombres. Abiertas, sí, cuando esas ideas no sean naves corsarias cargadas de mercadería pirata, como son las publicaciones de encargo, con que para provecho de su política fenicia, el industrialismo yanquí quiere "estandarizar" la conciencia de nuestros pueblos. Abiertos los caminos para todos los hombres que vengan a sumarse a nuestro proceso social, sin pretensiones de tomar a nuestros obreros como brazo esclavo que acreciente sus riquezas extrañas. Al defender los valores de la nacionalidad no se pretende que el país haga una pausa y se contraiga a mirar involutivamente hacia el pasado, en actitud suficiente y fetichista. Se quiere solamente que el progreso de fuera se acondicione a nuestra realidad nacional y se reelabore de conformidad con nuestro propio espíritu, en todo lo que éste tenga de posibilidad creadora. Vengan las buenas ideas, los sanos principios, las consignas cargadas de humanidad y de cultura. Ellas encontrarán acá asidero para su crecimiento. No hagamos, tampoco, el torpe juego de quienes para justificar las formas retrasadas de nuestro acontecer político, defienden los residuos disvaliosos que ha ido dejando la Historia, mientras abren a la penetración del pseudo-progreso las puertas de la soberanía nacional.

Al defender la permanencia de nuestros viejos valores tradicionalistas, se busca que no se introduzcan bajo capa de progreso y de civilización, elementos exóticos capaces de destruir nuestras fuerzas vitales de pueblo. Se quiere, también, que vengan hombres y mujeres, muchos hombres y muchas mujeres que ayuden a trabajar la tierra y a perfeccionar nuestras industrias, a enriquecer con finas líneas el patrimonio de nuestra cultura y a prestar a nuestra técnica y a nuestras artes la colaboración de su sensibilidad y su destreza. Hombres y mujeres de fuera que acrecienten nuestro capital demográfico y den mayor vitalidad al progreso general de la Nación. Pero se quiere que estos nuevos pobladores sean parte y no testigos venales de nuestra evolución social, parte en la conservación de lo nuestro, y no agentes ocasionales de una desintegración de nuestras fuerzas características de Nación.

En orden a que los elementos nuevos puedan sumarse fácilmente a nuestro proceso moral de pueblo, se quiere que haya de nuestra parte una actitud previsoras que tanto nos defiendan cuanto provoque al mismo tiempo la fácil comprensión de nuestro carácter y de nuestro genio por parte de los inmigrantes. Es preciso que el forastero que viene a convivir con nosotros en nuestro viejo hogar nacional sepa qué somos, qué queremos y hacia dónde vamos, para que él pueda ser y pueda querer lo mismo que nosotros y pueda caminar camino semejante al que nosotros hemos venido caminando. Tenemos que ser algo para no ser mañana lo que quieran los distintos y anárquicos grupos de inmigrantes. Debemos ser algo, para ayudar a disolver las contradicciones de los forasteros. Y para saber lo que somos, hemos de consultar nuestro libro de inventarios. Debemos mirar hacia la Historia y hacia la tradición como corazón del tronco donde habrá de injertarse el mundo que nos venga de fuera. Triste sería ofrecer al extranjero una ancha geografía sin sentido humano, donde a su capricho pueda él explotar nuestro trabajo y de donde pueda extraer, con nuestra ayuda resignada, ricos minerales y variados recursos naturales. Con la tierra, hemos de presentarle nuestro hombre en su integridad funcional de trabajador y de ciudadano, de creador de riqueza y de creador de cultura. Hemos de enseñarle al venezolano en toda su entidad humana de ayer y de hoy. Y para mostrarle ese venezolano, debemos comenzar por definir en la conciencia nacional, los signos que eviten el riesgo de que nuestros valores diferenciales pezequen al empuje arrollador de las formas nuevas. Debemos decir previamente cuáles son los valores de Historia y de cultura que nos dan derecho a mantenernos de pies en medio de los anchos cuadros de la Historia universal. Si nuestros valores son toscos por ausencia de pulimento, no parece lo indicado sustituirlos inconsultamente por los valores pulidos que nos ofrezca el forastero, como tampoco resultaría racional que, en razón de un mal entendido nacionalismo, mantuviésemos al pueblo en la devoción de formas culturales sin derecho de pervivencia como factores educativos. Pidamos al forastero que nos facilite los instrumentos de su técnica, para dar con ellos mayor brillo a los valores creados por nuestros padres, mas cuidando que el nuevo proceso técnico no desmejore las líneas fundamentales del espíritu ni sea tampoco ocasión de febril renuncia de la sana humildad que aún puede defendernos de los peligros de la improvisada y fascinante riqueza.

VARIACIONES SOBRE EL TEMA DE LA NACIONALIDAD

Como suave aire de lejanía viene la Patria desde atrás. Sus raíces se hunden en el suelo de la tradición y de la Historia, y su ramaje es tanto más resistente cuanto más henchidas de tiempo estén sus raíces. La Patria, como legado geográfico y moral, la recibimos de las generaciones que nos antecedieron en el orden del acontecer histórico. Mas ello no quiere decir que para amar y servir a la Patria nos baste una actitud fetichista de evocadores de luminosas leyendas o de ciegos analistas de recias acciones, menos aún la de alegres cultivadores de antiguas expresiones de cultura, hoy inválidas para el proceso educativo del pueblo. La Patria, para su prolongación en el tiempo, tiene que llenar "su hoy". Y el hoy de la Patria son nuestro propio deber y nuestra propia conciencia de hombres y de ciudadanos.

Junto con los valores del suelo que le dan límite en el orden del mundo, la Patria es la familia que tiene organizada su vida de relación de acuerdo con los valores históricos y culturales de donde deriva fisonomía el pueblo. La Patria no es hogar de un solo habitáculo, donde tengan abrigo y satisfacción las necesidades de un grupo de privilegiados. La Patria es la casa grande donde se juntan grupos humanos que tienen por símbolos comunes una serie de formaciones morales producidas por la Historia. Desde esa posición ética, la Patria reclama un distinguo apreciativo que la libre de la común confusión en que se cae a consecuencia de la semejanza creada entre los valores pueblo, nación, Estado, Gobierno.

La Patria es una dimensión que debe concordar con los contenidos creadores de pueblo y de nación. Se han visto, sin embargo, naciones y pueblos que, al hacer vida peregrina, mantienen la luz lejana de una Patria como fuerza impulsora y recreante de sentimientos. La Patria puede estar sobre los horizontes. La Patria puede navegar sobre los ásperos

mares, como conciencia en pos de libertad y de seguro. En la nave de Eneas viajó como un delirio para engendrar a Roma. En las carabelas de Cristóbal Colón hizo el camino del Nuevo Mundo, en busca de mayores dimensiones para el hombre del Renacimiento. Sobre las aguas caribes, la Patria venezolana estuvo compendiada en el pensamiento atormentado del Bolívar marino. Puede dormir toda entera en el rincón de un calabozo, como durmió en la Carraca al sueño de Miranda. Como imponderable, la Patria es la realidad de comunicación entre hombres que comparten el privilegio de una Historia y el amor de un mismo pedazo de tierra. En el orden del lirismo, la Patria es una sonrisa o un crepúsculo, una campanada o un murmurio, un monte o un riachuelo.

Los estadistas, es decir, quienes preferentemente moran a la fuerza de las comunidades con sentido anti-humanista de exclusión, sólo quieren juzgar el poder de las naciones en cuanto se las pueda utilizar como elemento de provecho para el grupo erigido en órgano o expresión del Gobierno. Estos confunden con los suyos los intereses de la Patria, y declaran que servir a ésta es servir la voluntad de los régulos que ejercen el Gobierno. Llegan a confundir con la Patria las grandes operaciones de los sectores que se benefician y sostienen con el orden del poder, y llaman sagrada y legítima la misma guerra de que se valen para la vulgar defensa de zonas mercantiles.

La Patria es otra cosa. Junto con los valores que derivan de ser la región, feliz e imponente a nuestro respeto, donde la tradición hunde sus fecundas raíces, es sobre todo el área a nosotros señalada por Dios para el desarrollo de nuestro humano destino. Es el campo donde hallamos mejor espacio para nuestra propia persona, afanosa de realizarse para el proceso ecuménico de la cultura. Sobre la expresión telúrica y aun más allá del significado que le transmiten los huesos sagrados de los antepasados, se empina el concepto humano de la sociedad que con nosotros puebla y vitaliza el ancho campo de la Patria territorial. Más que montes y riachuelos que pueblan de paisajes la memoria, la Patria son los hombres. La Patria somos nosotros mismos en función de solidaridad y de futuro. La Patria, sobre la luminosidad de la apoteosis, es una austera dimensión moral que pide acabada realización.

Mas la solidaridad que hace vigorosos los nexos sociales no es la vana solidaridad que deriva del transitorio interés del negocio, de la empresa, de la colectividad política, del sindicato profesional. Arranca, fundamentalmente, de la comunidad de una idea y de un sentimiento

forjados a través de la Historia y de la crítica social, y sin los cuales se produce ese estado de desagregación que hemos llamado "crisis de pueblo". Crisis en el sentido de carencia o dislocamiento de la fragua donde los sentimientos y las ideas alcanzan el temple y el lustre requeridos por la personalidad colectiva, y crisis, también, en orden al desentono de las oportunidades que reclaman imperativamente nuestros procesos sociales.

La Patria no son los desiertos ni los bosques, ni las llanuras ni los montes. La Patria son los hombres que nos rodean y con quienes nos unen más próximamente los vínculos de lengua, de estirpe y de cultura. Patria de ayer, a la cual nosotros damos la luminosidad meridiana de nuestro esfuerzo. Muchos creen servirla por medio de la expedición muerta del pasado, sin intentar que prosigan en acción las virtudes cívicas de los padres que gozan de la eternidad de los panteones. No se ama ni se sirve a la Patria porque se exalten hasta el laude hiperbólico las hazañas de los muertos que ayer lucharon por ganar la libertad. Se la sirve, cuando se busca permanente actualidad para las ideas y los propósitos que movieron las razones antiguas de la República. Otros creen servirla por medio de la sincera exaltación de estratos de viejas culturas, sin fuerza actual para pulir los espíritus. La Patria de ayer, para lograr perennidad en los siglos futuros, pide el ímpetu y la reelaboración dinámica que le sumen los hombres vivos que aspiran a asegurar su propia permanencia en los cuadros de la Historia.

Ayer la nuestra fue estupendo capítulo de la Historia gloriosa y pujante de la vieja España, que hizo suya, con la historia de los colonizados, la propia historia del indio resignado y el callado dolor del sufrido africano. Nuestros antepasados de la edad heroica lucharon porque al recogerse sus páginas nuevas, entrasen con ellas las páginas viejas a formar una unidad autónoma en el orden de la cultura universal. No sólo dieron a la Patria contornos de futuro. Le dieron fisonomía propia aun en el orden del pasado hispánico. La Colonia pasó a ser la pre-República. Venezuela ya no tuvo límites en el tiempo. Se la miró desde atrás como un proceso de calidad excelente. Se elaboró Historia de Venezuela al igual de como se elabora Historia de Francia.

Eso lo hicieron los viejos. Eso lo realizaron los padres antiguos. Si en verdad el mantuano buscó un cambio que le diese la dirección del nuevo Estado, junto con él expresó el plebeyo su anhelo de subir y voceó su derecho hasta obligar al oligarca a pensar en pueblo. La lucha se planteó en el terreno nuevo de la República: el antiguo señor no se quiso

despojar por sí mismo de los viejos privilegios de la explotación de la tierra y del trabajo. Los hombres nuevos han hecho revoluciones en pos de un nivel que dé mayor ámbito a su angustia. Todos los días unos y otros miden su fuerza como corolario de la acción realizada por los hombres antiguos que dieron personería a nuestra Historia. Nosotros, ¿qué intentamos?

A esa Patria que muchos miran en el lirismo amable de los ríos sonoros, de los verdes collados, de las vegas generosas, de las viejas iglesias; a esa Patria que otros sienten en función de ara sacratizada por las cenizas de nuestros muertos; a esa Patria que algunos entienden como producto del ímpetu bélico de los viejos capitanes que la tornaron de monarquía en república, de Colonia en Estado libre; a esa Patria de todos, por unos sentida con gozo de beneficios, por otros sufrida con alegre dolor de saberla más hija de sufrimientos que de concupiscencias placenteras; a esa Patria, dueña de su Historia, ¿dejaremos meterla en el apretado y ruin capítulo de unos nuevos anales de Colonia? . . .

No vendrán con pendones extraños y con hieros de amenaza los que intentan el señorío de la tierra. *Suaviter in modo*, con todas las zalemas de la buena diplomacia, irán a la destrucción de nuestros viejos valores, para que otros símbolos dominen el campo del espíritu. No se pondrán visibles señas en la tierra. Se marcarán las conciencias con emblemas semejantes a los que pusieron en la nalga de los indios y de los negros los viejos traficantes de hombres y a las que aun ponen en las ancas del ganado los rudos dueños de hatos. Para lograr la marca no precisa braserillo. Entre mieles y promesas, con la anestesia de quien ha vendido los caminos del deber, se hunden en el fondo del espíritu las letras que marcan la nueva bastardía. Ya no se les dará el viejo nombre de patriotas que alardean entre sus clientes cuando pujan el precio de la venta. Para bien llamarlos, urge el uso de palabras subalternas que el bien decir repudía. Pero, aunque parezcan vencedores, la Patria durará contra los pésimos intentos de los renegados.

LA UNIDAD DE NUESTRA HISTORIA

En la Academia Nacional de la Historia, al recibirse como Individuo de Número, el año 1932, mi fraterno amigo Caracciolo Parra, expresé el siguiente concepto: “Roto el áspero valladar que, por odio que debió haber sido momentáneo, alejaba la comprensión del régimen español, nuestra conciencia republicana se complace en contemplar el desarrollo que tuvieron las instituciones y el vuelo que alcanzó el pensamiento durante aquel largo proceso, no cierto de vil esclavitud, sino de lenta gestación cívica”. Se trataba en aquella hora polémica de nuestros estudios históricos de dar debido horizonte a nuestra mítica Historia nacional, tenida por muchos como una sucesión de procesos desarticulados.

En oposición a la tesis que desde entonces he venido empeñosamente sosteniendo, pocos meses después César Zumeta acuñó la frase, de mero precio literario, mas de contenido ahistórico, según la cual entre la Colonia y la República existiría una “pausa” o un “hiato”, semejante a la presunta pausa que separaría del Nuevo el Antiguo Testamento.

Para rebatir la pseudotesis de Zumeta, aplaudida entonces por algunos historiadores, publiqué en 1933 mi libro “Tapices de Historia Patria”, en cuyo explícito final definí mi propósito de completar y “nacionalizar” nuestros anales. Allí dije: “Para amar a la Patria debemos empezar por amar su Historia, y para amarla en su totalidad, necesario es conocer y amar su Historia total. No son los intereses presentes lo que une a los pueblos para la común acción constructiva; en cambio, es la Historia quien acopia los distintos sinos sociales. Sea ella robusta y penetrante en el pasado, y las bases espirituales de la sociedad soportarán mejor la arquitectura de sus grandes destinos cívicos. Mientras se reduzca en el tiempo el ámbito histórico, sólo tendremos la noción de una Patria mezquina, atrofiada y sin soportes firmes. Sin solera histórica, ella

carecerá de fuerza para henchir los espíritus nuevos en la obra de realizar su destino humano. Sin la robustez de nuestros derechos en el tiempo, careceremos de personalidad que nos dé derecho a participar en la obra de la comunidad universal de la cultura. La Patria grande del futuro reclama los recios estribos de una Historia integral, que “no satisfaga únicamente la curiosidad del lector acerca del pasado, sino que modifique también su concepción del presente”.

Toda mi modesta y ya añeja obra histórica se ha encaminado a la difusión del concepto de unidad que debe guiar el estudio de nuestra Historia nacional. No tendrán brillo ni acusarán elevada erudición mis ensayos en torno a la valorización de nuestra Historia patria. Mas todos se encaminan a poner de resalto la urgencia de considerar nuestro pasado como un proceso ininterrumpido, que arranca, con la modestísima aportación aborígen, de la hora en que el español asentó en nuestro suelo. Junto con esta tesis de causalidad continua, repetida en mi trabajo “Mensaje sin destino”, donde digo que si descabezamos nuestra Historia, quedaremos reducidos a una corta y accidentada aventura republicana de ciento cuarenta años, que no nos daría derecho a sentirnos pueblo en la plena atribución histórico-social de la palabra. Y si para esos ciento cuarenta años admitimos la procedencia de los varios procesos segmentarios, de caída y de ascenso, que determinan los cognomentos partidistas de Federación, Fusionismo, Regeneración, Reivindicación, Legalismo, Restauración, Rehabilitación y Segunda Independencia, habremos de concluir que, lejos de ser una Venezuela en categoría histórica, nuestro país es la simple superposición cronológica de procesos triviales que no llegaron a obtener la densidad social requerida para el ascenso a nación”. Junto con dichas tesis, repito, he defendido la idea de que por haber olvidado los valores que forman nuestro acervo de Nación, carecemos hoy de un canon que permita la defensa de nuestra propia conciencia de pueblo y evite la caída de la Nación en el tenebroso coloniaje perseguido por el imperialismo capitalista de la hora.

Mi labor la comparé a la modesta e intrascendente labor de Diógenes el filósofo, entregado a rodar por las calles su vacío y viejo tonel, para que no se le viese perezoso mientras los corintios pulían las armas con que se disponían a defender la ciudad de la amenaza de Filipo. Eché yo a rodar ideas para no ser el único ocioso en medio de tantos —dije— que se ocupaban en la obra maravillosa de pulir las líneas enhiestas de nuestra egregia nacionalidad. En esa tarea he perseverado durante largos

años, hasta tener la satisfacción de ver cómo los nuevos cultores de la Historia nacional dan valor funcional a las conclusiones derivadas del examen de nuestra realidad histórica. Nuestra Historia de hoy ha superado el ciclo de la “Venezuela Heroica” de nuestro gran Eduardo Blanco y busca en sus propias raíces la presencia de elementos capaces de servir de resistencia actual a las huestes de los presuntos conquistadores modernos. Nos hemos dado cuenta de que la Historia, al conformar y uniformar los valores de la nacionalidad, sirve de muralla que cierra el paso a las fuerzas intrusas.

Al refuerzo de este concepto optimista y conjugante se suma Arturo Uslar Pietri. “Nos hemos reducido —dice— a una historia de quince años (la que va de 1810 a 1825), cuando en realidad nuestro pasado vivo abarca, por lo menos, cuatro siglos y medio de acontecer propio, y nos hemos encerrado en un cerco de tierra de ciento setenta y siete mil kilómetros cuadrados, cuando la totalidad del país geográfico que nos pertenece es de cerca de un millón de kilómetros cuadrados”. La Historia reducida a quince años de Independencia es, ciertamente, uno de los factores que ha reducido el país activo a una quinta parte de la superficie total. Nos ha llevado a concebir la Historia como pasado muerto, bueno sólo para ser contemplado, añorado y glorificado”, agrega Uslar Pietri, con claro sentido de crítica histórica.

Contra esta Historia de añoranzas y de coronas he roto también más de una lanza. Ella, como certeramente dice el autor de “El camino de El Dorado”, ha sido rémora para nuestra propia obra de progreso. En 1942, enseñaba yo a los obreros que concurrían a mi cátedra de Historia Patria en el Instituto Libre de Cultura Popular, que “nunca llegará a nada un pueblo que se resigne a sólo admirar la gloria que pasó”. “De lo contrario —decíales—, esa gloria de ayer, para no descender a la categoría de empolvada corona de museo, debe recibir el flujo constante del esfuerzo joven de la Patria. Cada generación está en el deber de ganar su propio derecho a la libertad. Cada generación está en el deber de renovar el esfuerzo que los mayores realizaron por la grandeza de la Patria. Para ello es requerido dar a la Historia un sentido de balance con el tiempo”.

Nuestro momento lo está pidiendo con urgencia. Debemos hacer el balance de nuestra geografía y el balance de nuestro pasado. Debemos saber a quiénes beneficia nuestro suelo y quiénes son los que desfiguran los valores antiguos, que a manera de brazos enérgicos debieran defen-

der nuestro patrimonio total del pueblo. Carácter de “nacionalización” de nuestra Historia ha sido el norte de mi esfuerzo de estudioso. Nacionalización no como agresión al forastero, sino como concepto integrador del ayer y como valor aglutinante y defensivo de nuestra realidad presente. Que esa Historia nuestra, con todos sus valores de creación, se extienda hacia los anchos confines de la Patria para ganar la nueva campaña de la libertad económica. Ayer fue con Bolívar, con Bermúdez, con Piar a estrangular la Colonia perviviente en las deslimitadas sabanas del Caroní y de Yuruari. Cuando presidí, en 1944, los destinos del Estado Bolívar, tuve oportunidad de decir: “En Guayana duerme el porvenir de Venezuela. Y como antaño se extrajeron de sus campos granos y ganados para avituallar los centauros de la libertad, hogaño reserva la energía de sus aguas, la bárbara amplitud de sus sabanas, el oro, el hierro y los diamantes de sus minas, las resinas y semillas de su infierno selvático, los peces de sus grandes ríos, las maderas de sus tupidos bosques para el trabajo de los hombres remozados en un mundo nuevo de igualdad, de justicia y de paz. ¡Despertemos en nosotros mismos las voces que anuncien el filo de la aurora y entreguémonos a la obra de forjar la Patria nueva! No olvidemos que por Angostura ha pasado, en su hora más grave, el meridiano de la República. Dormidas están sus fuerzas; dormidas y hostiles estuvieron hasta que Piar dominó en San Félix la contumacia de La Torre, y Bermúdez tremoló los colores mirandinos, con vivas a la República, en la áspera roca de Angostura. Se necesitó que en Guayana surgiera pleno el ímpetu de la independencia para que Bolívar pudiera sobre el caballo inmortal de la victoria ir a regar, como canta el poeta, con tibias aguas del Orinoco las cumbres heladas del Chimborazo. La gran unidad venezolana, norte de nuestros afanes de patriotas, reclama que Guayana se levante, con toda su potencialidad creadora, para fraguar, como en 1817, 1818 y 1819, la máquina que asegure el porvenir y la paz de los hombres de Venezuela”.

Se necesita, pues, como muy bien dice Arturo Uslar Pietri, que “por los caminos abiertos para el hierro puedan entrar las gentes que sientan el llamado de la tierra”. Pero también es preciso cuidar que esos recios hombres, como los Libertadores de 1817, lleven nuestra Historia en la conciencia, y no la Historia forastera de quienes sienten, como ayer Walter Raleigh, el ímpetu de trocar por otros siguos los signos nacionales de la tierra. Sobre esto también debiera insistir Uslar Pietri.

LA CRISIS DE NUESTRA LECTURA

La Asociación Venezolana de Periodistas y la Cámara de Editores de Revistas convocaron a fin de considerar el informe elaborado por la comisión mixta de ambos organismos, a quien se confió el estudio del problema derivado de la invasión de revistas extranjeras en el mercado nacional y la forma de proteger nuestra producción intelectual. El caso, en realidad, ha venido a constituir un serio problema que interesa a la integridad de nuestro pensamiento nacional y a la economía de nuestras empresas editoras.

Ignoro los términos del informe de la comisión mixta, mas lo conceptúo difícil y complicado en sus soluciones, las cuales supongo no lleguen a contemplar la posibilidad de una discriminación oficialista, salvo para el caso de la literatura que, por sus características pornográficas, tenga que hacer con el Código de Policía.

Varios son los elementos requeridos para dar un buen corte a la situación presentada por la invasión de revistas extranjeras. De estas publicaciones, muchas es necesario que entren y se distribuyan entre el mayor número de lectores venezolanos. A más de las revistas científicas y literarias respaldadas por Universidades e instituciones cultas, llegan a nuestro país publicaciones de primer orden, que son verdaderos mensajes de cultura. Vienen de Roma, de París, de Londres, de Madrid, de Praga, de México, de Washington, de Nueva York, de Buenos Aires, de Santiago de Chile, de Moscú, de Bogotá, de Río de Janeiro, de Guatemala, de Costa Rica, como voces de la inteligencia universal del hombre. Mas junto con estos grandes órganos del pensamiento ecuménico, cuyos nombres sería difícil dar, pero que todos conocen, vienen también publicaciones tendenciosas en el orden de la vida política de los pueblos ("Selecciones", "Visión", "Life", "Temas" etc.) y publicaciones de li-

teratura procaz, majadera y ridícula. Si nuestro pueblo tuviese una verdadera conciencia defensiva en lo nacional y en lo cultural, si hubiera voces oportunas y constantes que denunciases los propósitos ocultos tras estas publicaciones, el problema sería fácil, puesto que cada quien haría sus profilaxis individual. Pero el caso es en extremo complejo. Mucha gente honesta se compra, pongamos por caso, a "Selecciones", a "Visión" o a "Temas", sin advertir que tras el relativo interés de sus amenos e instructivos artículos se oculta el propósito de yanquizar la conciencia de nuestro mundo. Esa fácil literatura de barato cosmopolitismo es manera de garra en el proceso de colonización intelectual con que el yanqui pretende doblegar la conciencia de nuestros pueblos para convertirlos en fáciles changayes. Tal literatura termina por despersonalizar a los pueblos que carecen de fuerza defensiva en la conciencia. Son como la "Coca-Cola" que intoxica los ánimos. Hoy vienen dichas revistas impresas en español, en talleres yanquis; mañana podrían aparecer, con el mismo o con otro nombre, en talleres criollos, y hasta les pueden poner en la portada una de las más atractivas y hermosas figuras de nuestro rico folklore. (Porque hasta del folklore, que es parte substancial del alma de la Patria, se valen los piratas para ganar entrada en la conciencia del pueblo. También se valen de nombres de excelencia venezolana para distribuir publicidad exclusivamente extranjera. "Santiago de León", "Bolívar", "Ledesma", pueden ser tomados como nombres fáciles para la distribución de literatura enemiga).

A estas publicaciones bien presentadas, baratas y mejor distribuidas, ¿qué oponemos nosotros? Nuestras revistas de genuino sabor nacional, como "Elite", "Quince días", "Signo", "Billiken", "Cruz del Sur", "Tierra Firme", carecen de la debida circulación y, por tanto, resultan costosas, en razón de circunstancias de todos conocidas. Podrían editarse en número de copias que abaratare el precio de venta para que pudiesen copar el mercado nacional de lectores de revistas. Así, tal vez se lograría poner fuera, junto con las de finalidad colonialista, a tanta detestable publicación argentina y cubana que, en razón del precio, son preferidas de nuestro público. Pero a esto se opone una serie de hechos, que sería interesante verlos tratados en el informe de mérito.

Como en el de la crisis de nuestra economía agraria, este caso de las revistas y de los libros extranjeros representa un gravísimo problema nacional. En él juegan papel importante nuestra ausencia de sentido de responsabilidad como pueblo y los altos costos de las ediciones naciona-

les. Este último sería problema de más fácil solución que el otro. ¿No tiene subsidio el café? ¿No tiene subsidio el cacao? Pues las ideas son de más eficacia que la riqueza que constituyen el café y el cacao. Los pueblos se defienden no sólo por su visible economía territorial, industrial o bancaria, sino por su riqueza intelectual y moral. La conquista de que no se convelace es la conquista de las conciencias. El Esequibo puede volver a ser nuestro río. El ánimo que se entrega al servicio forastero jamás se recobra de la caída. Venezuela, como Estado, necesita que el pueblo lea en venezolano, como en mexicano lee el pueblo de México y en argentino lee el vigoroso país del Plata. Ya el erario sufraga bastante dinero para la edición de revistas de calidad, que circulan entre intelectuales, profesionales y aficionados a las buenas letras, como la "Revista Nacional de Cultura", las revistas académicas y universitarias, los órganos de los departamentos técnicos, y las cuales, lejos de distribuirse gratis, debieran ser vendidas a un precio razonable. El Estado debe proteger la revista ligera y el libro nacional que vayan al pueblo con el testimonio de la cultura universal, reelaborado, comentado o seleccionado por sus propios hombres de letras o por los beneméritos extranjeros al servicio de la cultura y de los intereses venezolanos. Del mismo modo como las naciones dirigen en la escuela la conciencia formativa de sus hombres, deben también y con más celo cuidar por que el pensamiento del pueblo lo guíen sus propios dirigentes intelectuales. Es tanto como traicionar a la Patria cruzarse de brazos ante el riesgo que representa el hecho de que la dirección intelectual y moral del pueblo se deje a consorcios publicitarios interesados en doblegar nuestra conciencia de Nación.

Esa protección vigilante del Estado para los libros y para los órganos nacionales de publicidad escrita podría consistir en un régimen transitorio de subsidios a favor de empresas editoriales criollas, en orden a que, pudiendo éstas reducir el valor del libro y de las revistas, sea de más fácil acceso a nuestro público lector el pensamiento del escritor venezolano. En verdad da vergüenza no encontrar nuestras revistas en los mil puestos donde se expende la podredumbre que nos viene de fuera. El viajero guatemalteco que, de paso por Maiquetía, quiera leer algo de Venezuela tendrá que conformarse con comprar en el aeropuerto una revista extranjera. Duele la fibra nacional cuando se miran los escaparates de las librerías, hoy en su mayor parte explotadas por extranjeros, y no ver los nombres de nuestros escritores más representativos. Búsquense, por caso, las obras de Cecilio Acosta o de Fermín Toro, y a

cambio de ellas ofrecerán al solicitante un "F. B. I". de momentosa actualidad.

Esta nota ligera, en la cual no he pretendido jamás abordar exhaustivamente los diversos temas relacionados con la crisis del liro y de las publicaciones nacionales, quedaría en extremo trunca si no apuntase de inmediato el vicio nacional de pretender cada quien qué autores y editores regalemos nuestros libros y revistas. Yo, por ejemplo, estaría obligado, según este criterio, a obsequiar a todos los amigos mis modestos libros. En cambio, jamás han pensado mis amigos y vecinos los Allegri que ellos tengan obligación de obsequiarme las excelentes pastas alimenticias de su afamada producción. Ellos tienen derecho a vivir de su harina y de su pan. Yo no tengo derecho sino a morirme por mis ideas. A no ser que las venda para provecho de otros.

LA DEFENSA DE NUESTRO PENSAMIENTO

Anda por ahí una nueva publicación yanqui que está logrando aceptación entre nuestro público grueso. Su lectura es variada y expresa un intento de ganar complacencias entre lectores latinoamericanos. Alguien me decía que es más “peligrosa” que la revista “Selecciones” Como yo no sabía si mi interlocutor hablaba desde un punto de vista editorial o como simple lector de revistas, inquirí la razón del peligro, y me di cuenta de que estaba hablando con un venezolano antiguo. (Hoy es casi un problema expresar con libertad entre amigos nuestras ideas sobre los propios intereses de la nacionalidad, pues cuando uno menos piensa, se halla frente a cualquier entusiasta partidario de la campaña dirigida a hacer de nuestra Patria, al precio que fuere, eso que llaman “un gran país”. Otros la queremos simplemente un digno aunque modesto y pequeño país). Mi amigo es un verdadero amigo de Venezuela. Quiere progreso, comodidad y luces para la vida del pueblo, pero se resiste a pagarlos a costa de la dignidad espiritual y moral de la nación. Mi amigo radica el “peligro” de la revista en la lerdá aceptación que pueda lograr entre lectores criollos.

La mayoría del público que lee revistas procura solaz e ilustración a poco tiempo. Parece que fuera una gran labor de cultura abaratar el precio de las revistas y propender a su mayor difusión. Pero, un viejo refrán español dice que muchas veces tras de la Cruz está el Diablo. En el presente caso, el Diablo está por demás visible. Está delante de la Cruz. Los empresarios yanquis buscan la difusión de un tipo de literatura que dé subalterna uniformidad al pensamiento del mundo. Como son ellos los dueños del dinero, consiguientemente pretenden dominarlo todo. Antiguamente se imponía el que mejor pensara. Hoy se impone más fácilmente aquel que dispone de mejores medios para divulgar sus propósitos. Sobre esta lógica materialista —que de haber estado vigente

en el siglo I hubiera impedido la difusión del cristianismo—, el poderoso capitalismo yanqui fundamenta sus aspiraciones al gobierno intelectual del mundo. Las publicaciones sin categoría que lanza sobre nuestra América española el mercado editor de los Estados Unidos, están destinadas a crear una conciencia uniforme y mediocre en nuestro mundo intelectual.

Los pueblos existen mientras piensen libremente. Sobre nuestra América indo-afro-hispánica pueden imponerse transitoriamente todas las influencias político-económicas que pretenden los yanquis, pero nuestro pueblo continuará existiendo mientras posea una conciencia libre para resistir en silencio y con esperanza.

Ser nosotros mismos, siquiera sea en el área de las conciencias, ya constituye una actitud defensiva, capaz de poner a salvo la dignidad moral de la República. Como pueblos pensantes no debemos someternos a la forzada dirección de extraño tutor. La cultura es un proceso de cooperación universal, nadie lo niega, pero lo ecuménico de sus grandes valores no impone la anulación de las características personales de cada pueblo. Por eso las naciones cuidan la educación del pueblo desde el propio punto específico de sus valores sustantivos. La libertad de enseñanza no llega hasta la tolerancia de ideas que destruyan la soberanía de las naciones, y los textos generales en todos los países están sometidos a una suprema inspección de parte del Estado, en lo que diga a la formación del ciudadano frente a la Patria. Pues bien, nuestros escolares de la hora reciben de fuera lecciones constantes que anulan y contradicen la enseñanza de los maestros criollos. Una o dos veces por semana dan con las famosas tiras yanquis que les van configurando el gusto y la imaginación. Nuevos personajes, carentes de función educativa, se han apoderado de las mentes infantiles de América.

A fines del siglo XIX, José Martí fundó en Nueva York la estupenda revista "La Edad de Oro", para enseñar a los niños de nuestro continente los caminos de la sabiduría, de la belleza y del decoro. Para enseñarles a "ser de veras hombres". Hoy, desde la misma metrópoli se distribuye una literatura encaminada a borrar de nuestra juventud hispanoamericana los signos que impidan su entrega a la voluntad de los nuevos césares. Encaminada a que dejen de ser hombres de veras.

El problema suscitado en torno a la divulgación de las revistas puestas en castellano por los editores yanquis, no es un mero problema co-

mercial, sino un profundo problema de pensamiento y de conciencia. Buen sitio sería Nueva York para que desde ahí tomaran vuelo revistas encaminadas a divulgar pensamientos favorables a nuestros países. Nuestro eminente escritor Nicanor Bolet Peraza dirigió por 1890 "La Revista Ilustrada de Nueva York". Allí tuvo cátedra el pensamiento de Hispanoamérica y desde allí se defendieron nuestros intereses nacionales. En sus páginas, aunque expresarán muchas veces la candorosa y bonachona creencia en el penamericanismo dorado en los hornos de la recién celebrada Conferencia Panamericana, se levantaron voces para censurar al Congreso estadounidense, cuando éste ordenó al Departamento de Estado el cobro compulsivo de la deuda de Venezuela. En cambio, la literatura que del Norte nos viene impresa en nuestra lengua sagrada, es literatura dirigida a "la expansión del imperialismo intelectual de los yanquis", según acaban de proclamarlo los editores mexicanos, interesados, como los nuestros y como nuestros escritores, en el grave problema de una publicidad encaminada a desnacionalizar nuestra conciencia de pueblo.

No se trata, pues, de un caso mercantil fácil de ser resuelto por medio de simples medidas arancelarias. El problema es fundamentalmente de orden moral. Las aduanas llamadas a restringir la entrada de esta literatura tendenciosa, no tienen su sede en puertos geográficos, sino en los puertos de la conciencia individual. Más que trabas materiales, es sano y enérgico repudio lo que pide ese peligroso ejército de zapadores lanzado contra el espíritu de nuestra sufrida América hispánica.

Bien saben los pretensos conquistadores de nuestro mundo indoespañol, que los pueblos no están cabalmente sometidos mientras ejerzan la libertad de conciencia. Las revistas literarias en nuestra propia lengua, las tiras cómicas destinadas a desfigurar el pensamiento de los niños, el cine frívolo y truculento, las espantosas sinfonías con que se gangsteriza la música e incluso las propias camisas Truman, son instrumentos propagandísticos de que se vale el imperialismo yanqui para imponer a nuestros pueblos una manera uniforme y esclava de pensar y de sentir.

Pudo errarse cuando se entregaron al extranjero las fuentes de nuestro petróleo y cuando se le regalaron los montes de nuestro hierro. Eso es reparable en el orden práctico. Petróleo y hierro volverán a su debido tiempo a ser patrimonio soberano de la República. Eso lo siente y lo sabe nuestro pueblo. Eso es voto perenne de la sufrida conciencia nacional. Pero los ánimos que se desfiguraron son como las monedas

chimbas. Pierden por la lisura su valor simbólico y pasan a ser metal de mera venalidad. Con ellas sólo se compra el buen pasto para “la mula negra”, a cuyos lomos son llevadas hasta el cadalso las conciencias libres. De nada vale formar parte de un ficticio esquema económico que promete una transitoria prosperidad material cuando con ello se ha llegado a la chimbera nacional. Se pueden rehacer los patrimonios materiales, pero es harto difícil, por si no imposible, edificar sobre conciencias que a fuerza de dejarse arrastrar por las aguas de cambiante interés, se han convertido en meros cantos rodados.

VENENO A LO COMICO

En mi libro "Mensaje sin destino" calificué de avanzada del ejército corruptor que tiene su cuartel general en Hollywood, a las tiras cómicas y a los rellenos ofrecidos por distintos diarios a nuestros lectores comunes, y que en los puestos de periódicos y de revistas se venden, además, en formato de folletos destinados al solaz y a la educación de los menores.

Quizá pocos factores contribuyan tan eficazmente como éste a la obra de desfigurar y nivelar la conciencia de nuestro mundo criollo. Ocurre que la edición en serie de estos dibujos parlantes los hace tan baratos, hasta constituir para los editores de diarios un excelente negocio su adquisición a precios ínfimos y venderlos después a los lectores como iluminada novedad.

Junto con lo cómico y lo imaginativo, ofrecen, también, las tiras información geográfica e histórica. Una historia de exportación, elaborada en los muelles de Nueva York, para hacer par a la Coca-Cola y a las cajas traganíqueles. En lo que a nosotros se refiere, un diario local insertó una información obtenida de una matriz yanqui, donde se decía que el General Cipriano Castro, Presidente de Venezuela, apenas vino a usar zapatos cuando se hizo Jefe del Estado. Claro, ese es el concepto en que nuestros pretensos educadores del Norte tienen a nuestros países latino-americanos. Tal vez en ellos pueda también subsistir respecto al Presidente Castro el rencor natural contra el alto espíritu nacionalista que distinguió en América al dicutido Caudillo.

Algunos de los temas desarrollados en las tiras cómicas son en verdad de un fondo meramente humorístico, que aun a los viejos hace reír. En cambio, la mayoría gira en torno al asesinato, al robo, a la villanía, a la liviandad femenina, al odio entre pueblos, a la deslealtad personal,

al descrédito de razas. Con ellos no sólo se busca una subalternidad intelectual y un uniforme desarrollo en el proceso imaginativo de los niños, sino también la corrupción de sentimientos en pequeños y en mayores. No se trata únicamente del propósito de timonear el espíritu de los hombres para formar en ellos una conciencia de más fácil gobierno por parte del imperialismo americano. Se persigue corromper los sentimientos de la juventud y prepararla para el odio. Por allí andan en manos de nuestros escolares y con procedencia oficial norteamericana, folletos encaminados a desacreditar los pueblos asiáticos que sufren la invasión del imperialismo anglo-americano. Con dichos dibujos y relatos se siembran semillas de odio y de menosprecio en el ánimo de nuestros niños hacia hombres y niños que sufren el coloniaje en lejanas tierras. Se persigue con la disolución intelectual producida por dichos relatos, remozar las raíces emocionales del capitalismo moribundo, justamente en el propio ánimo de los países por él explotados. Con tales procedimientos se desnaturaliza la resistencia de los pueblos cuyo coloniaje se persigue. Por medio de semejante publicidad, se lleva a cabo en el espíritu de las naciones amenazadas una táctica semejante a la de quien aplicase lentamente drogas narcóticas a la persona cuya voluntad pretenda arruinar.

El efecto destructor de estas famosas tiras, no sólo lo vemos quienes en nuestra América hispánica estamos empeñados en advertir el peligro de la penetración colonialista. La edición de revistas yanquis en nuestro propio idioma nacional, ya denunciada tanto como expresión de un propósito monopolizador del mercado editor como visible empeño de dirigir nuestra conciencia intelectual, llega en su afán de acapararlo todo, hasta este renglón infeccioso de literatura delicuescente, con que se envenena el espíritu de niños y de jóvenes.

En "Post", semanario nacional y más bien conservador de la Gran Bretaña, Peter Manger hizo recientemente un examen exhaustivo del carácter pernicioso de la literatura ofrecida a la juventud inglesa bajo el título de "American Comic Magazine", "Desconocidas antes de la guerra —escribe—, los primeros ejemplares arribaron con las tropas americanas y han crecido junto con ellas. Ahora se pueden comprar en todo el país, especialmente en las grandes ciudades". Han resultado para Europa estas tiras cómicas como manera de aliados o de puntas de lanza de los ejércitos de ocupación. Junto con el Plan Marshall, les ha ido también este nuevo y curioso plan de aniquilamiento de voluntades. A la

fina Europa, que envió a nuestro mundo americano la semilla de sus artes y el saber de sus letras, se le devuelve hoy esta avenida de arrolladoras y corruptas aguas, como expresión de lo que buscan con sus soldados los yanquis invasores. No en balde el pueblo les grita o les susurra la consigna de "Go home", con que la libre Europa muestra su repudio a la guerra y a la ocupación extranjera.

Para los educadores ingleses el nuevo hábito infantil de leer las historietas cómicas y los dibujos parlantes, ha sido objeto de una investigación cuidadosa. No ha escapado a su alcance sutil el efecto pernicioso provocado por dibujos entre los cuales ha llegado a aparecer un joven que, al dar muerte a un policía, exclama gozoso: "Romper el cráneo a un hombre grande, me da placer". Ante tamaño riesgo, Manger escribe: "Nosotros debemos obrar ahora, antes que los valores morales de nuestra gente joven lleguen a ser pervertidos por estos degenerados y degradantes sustitutos de los saludables entretenimientos". Como medida digna de imitación, el articulista cita el acta legislativa aprobada por Suecia en 1949, por lo cual se prohíbe "la circulación entre niños y personas jóvenes de material impreso, cuyo contenido pueda ocasionar un efecto embrutecedor o pueda envolver serios peligros para el crecimiento moral de las personas jóvenes".

El examen crítico de Peter Manger provocó entre los lectores de "Post" una serie de mensajes al Director, de los cuales escojo el dirigido por la Presidenta de la Parent Teacher Association, de Plumcroft, quien dice cómo los miembros de ella "estaban horrorizados por las violentas y obscenas pinturas y retratos". "Por algún tiempo —agrega—, los padres de Plumcroft han estado extremadamente alarmados en razón del creciente número de cómicas en circulación".

Entre nosotros, Walter Dupouy ha levantado también la voz con motivo de la reciente reunión preparatoria del II Congreso Internacional de Defensa Social. Su ponencia "Influencia cultural negativa de las Historietas de Muñequitos", es un magnífico estudio sobre los riesgos representados para nuestros niños y para nuestros jóvenes por la constante lectura de esta perversa, insulsa, desorientada literatura. En su trabajo, Dupouy recomienda la aplicación por el Consejo Venezolano del Niño de aquellas normas de su Estatuto que autorizan la intervención del Estado en la circulación y distribución de literatura juvenil e infantil.

Jamás podrá verse, tampoco, aun sin aquellas normas, como medida arbitraria, encaminada a coartar la libertad de pensamiento, lo que se

hiciese en orden a poner fuera de circulación y de mercado esta pestilente mercancía que nos viene del Norte, salvo el caso en que para ello se hubiese concedido algún privilegio en la reciente modificación de nuestro convenio comercial con Estados Unidos. La garantía de libertad de expresión se refiere a otros temas. Como reacción contra el sistema inquisitorial del “Ancien Regime”, se definió tal garantía como resguardo al derecho de disentir y de expresar la persona su disenso en orden a los valores filosóficos, políticos y religiosos. La libertad de conciencia y su concomitante libertad de expresión, no significan derecho para corromper a los jóvenes, ni derecho para que éstos escojan a todo talante el propio material de lectura, menos aún para que libreros y revisteros inescrupulosos puedan vender a los niños y a los adolescentes literatura que los lleva fácilmente a la desviación de su conducta social.

No sólo deber de las autoridades encargadas específicamente del niño, sino también de todo funcionario de educación, es la vigilancia del material que se ofrece como lectura en escuelas, en hogares, en librerías y en puestos de periódicos. Del propio modo como las ventas de alimentos comunes son vigiladas por las autoridades sanitarias, las ventas de material escolar deben ser revisadas por los inspectores de educación. La tutela del niño es deber del Estado. Menores de edad, a quienes se protege aún de los errores de los propios padres, no pueden ni deben seguir siendo material de explotación del absorbente y corruptor imperialismo yanqui, tan enemigo de nuestra libertad como enemigo del propio pueblo de Estados Unidos, sufrido y explotado, vendido y traicionado por la “american policy” de los grandes capitalistas. Hoy se toma a los niños —lo mismo a los de acá que a los de allá— como elementos para el consumo de una mercadería podrida. Se les corrompe y se les prepara para que mañana sean hombres dispuestos a corear la guerra y dispuestos, también, en nuestras débiles repúblicas, a entregar las llaves de la libertad y de la riqueza.

En momentos en que el mundo angustioso pide consignas de paz, de unidad, de convivencia, de rectificación, de olvido, se ofrece a niños y adolescentes un material de esparcimiento que los lleva directamente a la formación de complejos belicistas y criminales. Cuando se requieren hábitos de tolerancia y de comprensión humana, se pone al alcance de los jóvenes lectores, como espectáculo entretenido y hacedero, la representación del estrangulamiento de un hombre con un fino alambre. “Estrangular a un hombre con alambre, es entretenimiento legítimo —dice la tira— si el hombre es un norcoreano o un chino”.

De mano en mano, las cómicas que representan como hechos naturales la destrucción física y moral de la persona humana, han venido creando paulatinamente en la sociedad una conciencia fría, indiferente, casi aprobadora, que ni siquiera provoca encogimiento de hombros cuando se relatan crímenes horribles. La familiaridad de los jóvenes con esta embrutecedora filosofía del gangsterismo que nos ha venido suministrando el corruptor capitalismo del Norte, hace que hoy suenen a burla las palabras condenatorias del vicio, del robo, del asesinato y de la guerra. En esa literatura para niños, que de lo cómico intrascendente conduce a la apología del crimen, tiene firmes raíces la insensibilidad con que se hace hoy entre nosotros la estimativa de los valores humanos.

HILO DE CONTRABANDO

Miguel Acosta Saignes, de la manera más noble y generosa, ha salido a la pública defensa, no de mis ideas, que en el presente caso son las mismas suyas, sino a la defensa de mi calumniada "juventud". Suele suceder que no estén de acuerdo las arterias con el pensamiento del hombre, y que jóvenes de rápida circulación sanguínea adhieran o sirvan conceptos anquilosados. ¡Cuántos hombres mozos tropezamos por esas calles de Dios, cargados de siglos de moho! También sucede lo contrario. Hombres viejos, que no tienen fuerza física para mantener enhiestos los huesos, van sembrando ideas repletas de juventud. No faltan, tampoco para confusión de muchos, algunos espíritus envejecidos, que para mostrarse a la moda simulan preocupación por ideas modernistas.

Al bulto pareciera que la defensa de los valores tradicionistas estuviere confinada, por gravedad de razones, al campo de los hombres maduros y que, al contrario, el progreso fuera argumento sólo para ímpetus juveniles. Mas, ocurre que no todo progreso es sano, es decir, todo progreso no es progresista. Pérez Prado, pongamos por caso, no significa ningún progreso sobre Beethoven, aunque tenga mayor acogida entre la "gente moderna" la música del mambo que la música de las Sonatas. Tampoco son regresistas ni retardatarios los buenos sentimientos tradicionistas.

Presentar el tradicionismo como una actitud estática es algo, sobre arbitrario, peligroso. La tradición configura la propia alma de los pueblos. Sin tradición una colectividad no cuaja en pueblo. Una sociedad es tanto más en sí como valor humano y conceptual cuanto más vigorosas sean las líneas formativas de su Historia. La Historia de un pueblo son sus hombres y sus símbolos antiguos en constante función de producir nuevos valores. La Historia no es cuento de muertos convertidos en ceniza. La Historia es un proceso de formación de valores que tiene

su eco constante en las voces de los hombres actuales. El presente caso, como muy bien lo explica Acosta Saignes, no es asunto de jóvenes o de viejos. Este de hoy es asunto de hombres y de mujeres interesados en defender la nacionalidad y de hombres y de mujeres despreocupados ante el problema de su debilitamiento y de su desintegración.

Considero que ninguna de las personas hoy empeñadas en la defensa de los valores de la tradición y de la Historia de Venezuela puede ser motejada de negar su aplauso a las nuevas formas culturales que van produciendo el pensamiento y la técnica universales del hombre. Para Venezuela todos hemos de querer buenos caminos, magníficos acueductos, suntuosos hoteles, amplios hospitales, hermosas plazas y avenidas, excelentes teatros, ricas bibliotecas, cómodos ferrocarriles, embalses, canales, escuelas y más escuelas. Pero estas obras reclaman que Venezuela no las pague con la abolición de sus propias características de pueblo. Junto con el progreso intelectual y material que representan dichas obras, ha de ser legítima aspiración nacional conservar la integridad de nuestra personalidad de pueblo. Queremos antes que todo, nuestra independencia. Queremos el libre desarrollo de nuestra individualidad de pueblo, así esta individualidad esté hoy en crisis por nuestra propia culpa.

Porque, junto con el progreso que representa facilidad y comodidad para nuestra acción cotidiana, se viene introduciendo, no de contrabando, sino a ojos vista de toda la Nación, una pseudo-cultura, que lejos de corresponder a los imperativos de la hora, sirve para corromper y deshacer los valores austeros que debieran verse como legítima tradición del pueblo. Cosa ilógica sería cerrarnos a la admisión de los nuevos procesos de cultura. No somos una isla humana, y ni aun siéndolo, podríamos negarnos a participar en un movimiento que, sin ser llamado, se nos viene solo por los mil caminos que para su divulgación toman hoy las ideas universales. A los encargados de velar por el destino del país, toca, en cambio, la función de prevenidos centinelas que avizoran la ruta de las velas enemigas. So color de progreso, hay mayores de edad que procuran descafilear los vértices donde pudieran hallar contradicción los propósitos de quienes pretenden utilizarnos como ancha colonia productora de materias primas y consumidora de forastera industria. Y hasta como productores de hombres que defiendan consignas enderezadas a la defensa de extraños y contradictorios intereses.

Frecuentemente la facilidad comercial encierra fines que adelantan hasta la destrucción de la genuina fisonomía de los pueblos. Como ejem-

plo avisar debiéramos recordar siempre la propaganda clandestina que Inglaterra hizo circular entre los hogares pacíficos y recatados de 1809, cuando, con los inofensivos ovillos de hilo, eran distribuidos pequeños anuncios que decían: “Inglaterra ofrece protección y libertad de comercio a las Américas españolas”. En aquellos años de la invasión napoleónica en la Península, pese a los visibles pactos, los anglosajones buscaban los medios de apoderarse del vasto imperio ultramarino de España: y si logró salvarse la tradición hispánica que dio carácter a nuestro alegre y calumniado mestizaje, fue en razón del éxito que tuvo la oportuna campaña autonomista que emprendieron nuestros propios hombres. Bolívar, San Martín, Morelos, O’Higgins, salvaron al luchar contra España, el derecho a la permanencia en América de la vieja cultura fomentada por los colonos hispánicos. Sin ellos, tal vez la América prieta no hablaría español y en Belice y en Trinidad estarían hoy las metrópolis de las nuevas colonias o de los nuevos dominios angloamericanos.

Sin embargo, los ovillos de hilo han seguido viniendo, con nuevas leyendas, pero con similares fines. Muchos no saben leer las misteriosas palabras de los anuncios. La mayoría llega a tomarlos como expresión honesta de buenas amistades. Pero los que sabemos interpretar el verdadero propósito de la propaganda, estamos en el deber impostergable de denunciar la intención alevé que se oculta en semejantes recados. Los dueños del hilo —que hoy se ha tornado en automóviles, en sinfonolas, en radios, en neveras y en mil atractivos artefactos— ofrecen servir la causa de la cultura y del bienestar general. La música alegre y la placentera comodidad parecieran hacer buenas las palabras insinuantes de los dudosos amigos, pero más allá del aparente placer y del seguro alivio, se escurre una intención que desmejora nuestras resistencias de pueblo.

Sí. Aquello es progreso. Progreso que da apariencia de mejoramiento a nuestro pueblo, pero justamente con él se introducen sistemas de explotación que anulan nuestra autonomía de Nación y programas y consignas que van borrando las líneas diferenciales de nuestra genuina y modesta cultura.

El problema no es de juventud frente a la madurez. Lejos de detener a los jóvenes su impulso creador, los mayores o los viejos queremos que sea cada vez más ágil y más libre el ímpetu de sus remos. Justamente lo que para ellos queremos es libertad. El problema no es de generaciones, sino de resistir el empuje que amenaza nuestros muros

concenciales. En lógica simplista debieran ser los jóvenes y no los viejos quienes sacaran el pecho con mayor firmeza en la obra de defender los valores formativos de la nacionalidad. Los que en una lógica fatalista debiéramos ser los primeros en entregarnos, habríamos de ser los viejos sin fortuna y tomados de la invalidez. Pero, sobre la fortuna y la fuerza, habla con mayor dignidad la categoría de la lealtad a los intereses de la Patria.

A dar mayor capacidad de resistencia a nuestros valores nacionales se encamina la modesta labor de quienes sostenemos que para progresar y mejorar no debe ser rendida nuestra tradición y nuestra Historia. Esa actitud de vigilancia no significa una posición negativa ante las nuevas formas que produce la civilización. Se trata meramente de avivar la cautela. Se busca crear una conciencia clara y sagaz que nos defienda del doloso entreguismo y de la culpable conformidad con situaciones disvaliosas. Queremos que todo lo que tenga precio en el mundo exterior de la cultura venga en el equipaje de los cultos viajeros. Pero queremos, también, aduanas que vigilen los contrabandos morales, con menos tolerancia que la aplicada en el caso de los bultos de burdo comercio. Esas aduanas sólo pueden funcionar en el cascabullo de las conciencias vigilantes. De las conciencias negadas a las falsas modas y a la alegre entrega.

CONCIENCIA Y FRONTERAS DE LA PATRIA

La prensa ha dado cuenta de la reciente ordenación del primer sacerdote oriundo de las Misiones del Caroní. En la pila le fue dado a este indígena por nombre el de Lucio Fierro. Pertenece al grupo de Pemones del Roraima, que había sido evangelizado, antes de establecerse nuestra Misión capuchina en aquellos términos, por los misioneros benedictinos de la frontera del Brasil.

Cuando comenzaban nuestras misiones del Sur, yo escribí por 1926 y bajo el rubro "Pro Missionibus", unas notas encaminadas a promover el interés nacional por la civilización de los indígenas. Me referí en ellas a la circunstancia de haber ocurrido más de una vez el hecho de indígenas que inscribían sus nombres en registros extranjeros por la influencia que en ellos ejercían las misiones de nuestros vecinos. El dato me lo había comunicado el propio Nuncio Apostólico, Excmo. Señor Felipe Cortesi, de grata memoria, a quien al respecto se habían dirigido los misioneros brasileiros. "Sin misiones fronterizas, los indios de ustedes se pasarán al Brasil o el Brasil se meterá en Venezuela", me repetía el ilustre diplomático pontificio. Presenté yo el caso a la Nación, no sólo como labor piadosa encaminada a atraer a la vida civilizada una población de rudimentaria cultura, ni como obra de fines económicos que pudiera cuajar en frutos de riqueza material. "Es la obra definitiva —decía— de nuestra consolidación como nacionalidad independiente en las lindes internacionales, como si se tratase de levantar un baluarte de resistencia moral que defienda nuestra integridad política".

Años después, tuve oportunidad como Director en el Ministerio de Instrucción Pública, de interesarme en el problema de nuestras escuelas fronterizas con la Guayana Inglesa, presentado en forma alarmante, tanto por Gonzalo Godoy, preocupado Inspector de Instrucción Pri-

maría, como por el benemérito patriota guayanés Eduardo Oxford López. Los ingleses mantenían excelentes escuelas en sitios que atraían población fronteriza, mientras de nuestra parte había un abandono criminal. Aún más: misiones adventistas, patrocinadas por las autoridades británicas, hacían incursiones en el propio territorio de la Gran Sabana, codiciado aún por la rubia Albión. En el mismo Ministerio tuve oportunidad más tarde de presentar para su favorable solución por el Ministro González Rincónes, el caso de la Colonia Tovar, donde el Estado venezolano sostenía un Maestro que impartía enseñanza primaria en alemán, y a instancias mías se sustituyó el forastero invasor por una humilde maestra criolla, que empezó a enseñar español a los hijos de los alemanes. Me complace recordar, también, haber insistido en orden a que se prohibiese a las Hermanas de San José de Tarbes la enseñanza en francés y la prosecución de su Instituto como organismo regido por las leyes de Francia.

Cuando participé en la redacción de los proyectos de Leyes de Instrucción que el Senado rechazó en 1933, por establecerse en ellos un riguroso sistema de exámenes que alarmó a los hijos de algunos Padres Conscriptos, hice introducir un articulado que impedía el funcionamiento de planteles primarios en los cuales se diese la enseñanza en lengua extranjera, confinando ésta a las cátedras respectivas.

Lo mismo en el caso de las fronteras que en el caso de la educación primaria en el campo y en las ciudades, he mirado como esencial el problema de la lengua y el problema de la formación nacional del espíritu del niño. Para defender eficazmente una frontera, más útil en una escuela que transmita lineamiento nacionales a la población fronteriza, que un bien provisto puesto de guardias. La Patria es más una idea que un sistema de fuerza. Los puestos armados impedirán la abusiva penetración del extranjero. La escuela arraiga el espíritu de los nacionales y evita su evasión hacia el país vecino.

En la escuela se forma la conciencia del pueblo. Cuando las naciones descuidan las líneas formativas de sus planteles primarios, caminan rápidamente a la disolución nacional. La lección creadora del hogar es ampliada en la escuela, donde a la vez se la desviste de sus características individualistas. El padre comienza a enseñar Historia al hijo cuando le relata sus propios orígenes. Mas, esa enseñanza la prosigue el maestro de escuela en un plano que conjuga lo particular de los hogares con lo general del pueblo y la Nación. Al abuelo laborioso y honesto que el

niño aprendió a reverenciar sobre el relato de los padres, se agregan los grandes abuelos que hicieron la República. La genealogía restringida de las familias, se disuelve en el gran árbol genealógico que ofrece al pueblo la comunidad de los ancestros morales. Don Pedro, don Juan, don Alfonso, don Gabriel, son sustituidos en la comunidad de los valores nacionales por Andrea de Ledesma, Juan Francisco de León, José María España, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, Cristóbal Mendoza, José Vargas, Andrés Bello, Fermín Toro, Cecilio Acosta, Santos Michelena, Juan de Dios Picón. La Patria es más en sí cuanto mayor sean el vigor y la extensión de este culto genealógico.

La escuela y el hogar son los sitios donde se forma y se desplaza la voluntad de los hombres futuros. Célula inicial de la Nación, en uno y otra se define el valor de los ciudadanos del mañana. A lo exclusivo de los valores que se forman en el reducto familiar, la escuela opone el sentido amplio que corresponde al área popular. Ello explica la significación grande que adquieren las normas suministradas por las escuelas primarias. El Estatuto que rige provisionalmente la Educación Venezolana declara que “como fines principales, el Estado venezolano asigna a la Educación Pública el de levantar progresivamente el nivel espiritual y moral de la Nación venezolana”. Como elementos conducentes al logro de aquellos fines, dicho instrumento normativo ordena en su artículo 8º que “salvo la enseñanza de idiomas extranjeros, en las actividades educativas de todos los establecimientos del país, se empleará sólo el castellano”, y reserva, a la vez, por el artículo 18º a “institutores venezolanos por nacimiento la enseñanza de la Geografía e Historia de Venezuela, de la Educación Cívica y de aquellas otras materias vinculadas a los fundamentos de la nacionalidad venezolana”.

Nobles fines se persiguen con estas normas. Al ejemplo cívico que dé forma a la conducta del alumno, Lengua, Historia y Geografía suman las bases donde asientan los más caros valores nacionales. De ellos precisa cuidar con el mismo celo con que el soldado hace respetar las fronteras y los patrios litorales. Sin embargo, persona conocedora de nuestro proceso educativo, me informa que entre los treinta y nueve institutos particulares que, bajo la dirección de extranjeros, funcionan en uno de los más populosos sectores de nuestra área metropolitana, en cuatro de ellos se suministran la enseñanza en idioma que no es el nacional. Pudiera ocurrir que dichos planteles no estuviesen inscritos y constituyesen islas extranjeras en nuestro mundo venezolano. No tendría entonces

ningún carácter formal la enseñanza impartida, y los niños venezolanos que a ellos concurren carecerían de los certificados que obligatoriamente pide la Ley. Cosa igual sucede con escuelas que funcionan sólo en inglés en los campos petroleros.

El celo que el Estado pone en orden a que la enseñanza primaria sea dirigida por nacionales, no implica, en ningún caso, actitud hostil frente a los grupos extranjeros que se suman a nuestras actividades de pueblo. Responde, pura y simplemente, al propósito de dar homogeneidad y cohesión a la conciencia nacional. En países nuevos como el nuestro, donde diariamente se recibe la aportación valiosa de elementos forasteros, urge más que en otras partes buscar los medios conducentes a la formación y a la defensa de las líneas que puedan dar unidad al pueblo y que contribuyan, en consecuencia, a evitar los procesos de desagregación social. Sobre la Lengua y sobre la Historia descansan principalmente los elementos que sirven de afinco al canon nacional. Defender la Historia y defender la Lengua es tanto como defender la Patria. Esta no se vende solamente con la entrega de secretos militares y por el abandono culpable de los patrimonios materiales a la explotación de los invasores extranjeros. Se vende, también, la Patria cuando ciudadanos y autoridades hacen la vista gorda ante los problemas morales que dan tono a la conciencia de la nacionalidad. Más graves aun que los misioneros piratas que en nuestra frontera sudoriental pretenden penetrar por medio de tintura de letras en el ánimo de nuestros aborígenes, son las misiones urbanas que procuran cambiar por otras la Lengua y la Historia que sirven de entresijos a nuestra alma de pueblo. Cuando el cosmopolitismo está haciendo presa de nuestras ciudades principales y aun de nuestras poblaciones de segundo orden, precisa una acción enérgica que, defendiendo el patrimonio espiritual de la Nación, se encamine a dar tono uniforme a las nuevas masas de hombres. La vieja conciencia venezolana que tuvo en los Ledesmas, en los Leones, en los Españas, en los Mirandas, en los Bolívar, en los Roscios, en los Bellos, en los Peñalveres, en los Vargas, en los Toros, en los Michelenas, en los Picones, en los Acostas, sus más severas y definidas voces, ha de evitar su reemplazo por la conciencia movediza que se forma al calor de los muelles, donde desembarcan hombres nuevos y donde, también, se embarca hacia el Exterior, para la feria de la libertad, el propio suelo despedazado de la Patria. Conciencia de muelle que está sustituyendo en muchos hombres la vieja, recia, austera conciencia que hizo a la República . . .

NACIONALISMO VERGONZANTE

Una reciente y saludable medida gubernamentalmente, digna de todo aplauso, acaba de hacer obligatorio el uso de una marca que indique el carácter vernáculo de nuestros productos industriales. Atinado el paso del Gobierno, pues con él se ataca abiertamente a los vergonzantes de la nacionalidad, que hacen aparecer como extranjeros sus productos, en razón de que el público prefiere a los buenos artículos que elaboran manos venezolanas, todo lo que sea "Made in U.S.A.", "Made in England" o "Made in France".

La medida en sí, más que de protección económica, es de verdaderos alcances morales y educativos. Va encaminada a luchar contra la flacidez de una conciencia nacional caída en el tremendo pecado de negarse a sí misma. Porque, aunque sea duro decirlo, el venezolano ha llegado a la actitud sombría de desertar de su propia conciencia. El venezolano ha dado espaldas a su deber y tiene las ventanas y las puertas del espíritu de par en par abiertas a todo lo que signifique novedad forastera y lucro fácil. Lo nuestro vale en sí menos por el hecho de ser producto de la tierra. Lo de fuera, en cambio, deleita y distingue. Lo que producen nuestras manos ni da distinción ni ofrece complacencia. Y si lo nuestro tiene características propias, menos se abre paso en el terreno del tráfico, por cuanto lo criollo carece de "interés" para los pedantes y esnobistas. A tal estado de estupidez hemos llegado en esto de ignorar lo nuestro, que en días pasados vi desembarcar a una linda damita caraqueña que regresaba de Nueva York y venía calzada con alpargatas valencianas, con nuestras viejas alpargatas criollas. Pero la niña no las llevó de Venezuela. La niña las compró en Nueva York en una afamada casa de "novelties".

Desde tiempos viejos las marcas de fábricas y de comercio han tenido protección legal que las defiende de los imitadores. La señal orde-

nada por nuestras autoridades supera, en cambio, el proteccionismo de los derechos del particular para mirar a la divulgación del carácter nacional de los artículos. No se trata de proteger los derechos de un producto determinado contra una posible imitación que intenten cualesquiera particulares. Se busca de obligar a los vergonzantes de la nacionalidad a que pongan el sello de Venezuela en sus productos. No se trata de una nueva marca de fábrica o de comercio. Se trata de la marca de nación.

En nuestro ordenamiento legal la medida resulta novedosa si se le buscan antecedentes en sólo las leyes iniciales de tiempos del General Alcántara. Pero más atrás sí los tiene, aunque con finalidad no del todo igual.

La corona de España, con fecha 11 de julio de 1786, creó “tres distintos Sellos, Punzones o Marcas en grande, mediano y pequeño, de que deberá usarse a proporción en todos los tejidos y manufacturas que se destinaren, o posiblemente puedan destinarse al comercio de América”. Se buscaba con tales marcas, punzones o sellos que los géneros extranjeros no pasasen como manufacturados en la Península, y lucraran con las franquicias concedidas a los nacionales, ya que el comercio extranjero falsificaba y suplantaba las marcas de España, especialmente las de Cataluña y Valencia. Entonces el fraude era al revés. Ingleses y holandeses engañaban con sus marcas a las Colonias. En la actualidad el propio criollo engaña a su congénere con la oferta de un producto nativo como si fuera importado. Las nuevas señas que creaba la Cédula de 1786 estaban destinadas a “contradistinguir las manufacturas o tejidos nacionales”. De ella transcribo la parte principal: “Capítulo primero. —En todos los tejidos de seda, lana, cáñamo, algodón y cualesquiera otros géneros y manufacturas de las fábricas establecidas, y que se establezcan en el Reino, que se destinen o puedan destinarse al embarco y comercio de América, además de las Marcas que está mandado se pongan en todas con el nombre o cifra del fabricante y del Pueblo de su residencia, se ha de estampar por contramarca uno de estos tres Sellos; a saber, el mayor en los Paños, Bayetas, y demás tejidos de Lana; el mediano en los de Seda, Lino, Cáñamo y Algodón; y el pequeño en las medias de todas clases, en cualquier otro género de punto y en las demás manufacturas en que pueda ponerse.

“Capítulo segundo.— Las tres distintas marcas y sellos, o de éstas las que sean necesarias; en el pueblo de fábrica, conforme a la naturaleza, y circunstancias de las manufacturas y tejidos se han de custodiar pre-

cisamente en una Arca de tres llaves, que deberá fijarse y existir en la Casa de Ayuntamiento o Consejo, y no en otra parte, sin que la Marca o marcas que coloquen pueda usarse para otros fines que para el único de Sello que queda prevenido.

“Capítulo tercero.— Serán Depositarios, Claveros o Tenedores de las tres llaves de la Arca, el corregidor donde le hubiere de la primera: en su defecto, vacante, o ausencia del Alcalde Mayor o quien hiciere sus veces y no habiendo uno ni otro el Alcalde más antiguo o del Estado noble; de la segunda el primer Diputado del común; y de la tercera el Procurador Síndico Personero”.

Era justa la medida española, en cuanto se enderezaba a evitar el grave perjuicio que la industria textil de la Península venía recibiendo por la introducción en América de mercadería extranjera, amparada en la facilidad y crédito de sus marcas. La protección antigua miraba, como se ve, a una realidad distinta de la que persigue la actual disposición gubernamental venezolana. Al “nacionalizar” la producción, se busca de dar hoy estímulo a lo nuestro. Se obliga al productor criollo, vergonzante de la venezolanidad, a poner el nombre de Venezuela en los artículos de su industria. No se permitirá en lo venidero que manufacturas nacionales finjan una falsa oriundez para engañar al público.

La medida es buena y patriótica, pero reclama una política efectiva de mayor protección para lo nuestro. Es preciso impedir a todo trance esa dolorosa importación de artículos que vienen desalojando los productos nacionales. No hay derecho para que una señora imbécil pague diez y ocho bolívares por cuatro naranjas en almíbar preparadas en Chicago. Yo las he visto comprar, porque acostumbro visitar las abacerías, en pos de saber hasta dónde llega la irresponsabilidad de nuestro pueblo. Y junto con esta indiscutible protección a lo nuestro, precisa evitar, también, el *camouflage* contrario. Si se generaliza favorablemente el interés por lo nuestro, y aun sin que llegue a generalizarse, podría ocurrir que el fuerte comercio extranjero que opera entre nosotros, simulase carácter venezolano para sus artículos importados. Nadie más hábil que el comerciante. Si ayer ganó con el ribete “Made in U.S.A.”, puesto en un producto criollo, ahora bien podría con el “Hecho en Venezuela”, ganar compradores para su mercadería importada. Las casas extranjeras que trabajan y especulan entre nosotros ya empiezan a valerse de “La Burriquita”, del “Carite” y del “Joropo” para poner color nacional a la explotación que hacen de nuestro pueblo alegre y tonto. Todo es po-

sible cuando los mejores aliados que tiene la capital imperialista son las sumisas y oportunistas conciencias criollas. A éstas es preciso hablar con energía. Urge decirles que su labor entreguista las baja a la categoría de caballos troyanos en cuyos vientres se alojan los enemigos de Venezuela. La ley del vientre parece imponerse en todos los órdenes de nuestra actividad social.

LA NUEVA ERIN

“Cerca de uno de los ríos, hallé cuarzo que quise quebrar, porque aparecían partículas de oro, y viendo que no podía, saqué algunas con la punta del puñal”, escribió Walter Raleigh al describir, bajo el nombre de “Discoverie of Guaiana”, su viaje de 1595 al río Orinoco. Aquellas partículas de oro se tornaron en feroz obcecación de los ingleses durante todo nuestro período colonial. Dominar el gran río fue empeño indivisible de la Corte de San Jaime. Unas veces solas, en alianza otras con las holandesas, las urcas inglesas remontaron las aguas del Orinoco con corsarios y piratas, que robaban plantaciones e incendiaban nuestros asientos civiles. Raleigh había provocado la fiebre. Aquellas vena de oro causaron un imborrable delirio en la alucinada imaginación de los calculadores banqueros del Támesis.

Cuando el dominio español declinó y Guayana se hubo sumado a la causa de la República, los ingleses vinieron a Angostura contratados para luchar por la libertad. Vivían entonces en las islas británicas numerosos oficiales que habían quedado sin oficio después de Waterloo. La guerra de América les ofrecía, en cambio, un dilatado campo para el devastador trabajo de la aventura castrense. Luis López Méndez no tenía en Londres otra misión sino buscar rifles y contratar brazos para la gran empresa de nuestra emancipación. Se embarcaron en Inglaterra los futuros caballeros de la libertad americana, pero con ellos tomaron pasaje, también, los perseverantes soñadores del oro descubierto por el puñal de Raleigh. Inglaterra necesitaba los mercados de América y necesitaba sus minas y sus recursos naturales. A la sombra de los O’Leary, de los Wilson, de los Smith, de los English, ganarían simpatía los comerciantes británicos. Bolívar mismo no vio el problema económico de la libertad, y para romper los vínculos con España, no paró mientes en

ofrecer a Inglaterra desmedidas compensaciones. La libertad se había planeado para muchos como libertad de mercados para el añil y el cacao de los mantuanos. Se necesitaba la República, al precio que señalaran las circunstancias.

Apenas se estaba organizando la nueva administración en el vasto y rico territorio guayanés, y los ingleses ya aparecen con no veladas intenciones de participar en el dominio de la tierra recién libertada de España. El 30 de enero de 1819, Carlos Herring y Ricardo Jaffray, a nombre propio y en representación de Thomas Noulan y Guillermo Walton, y con el patrocinio del Coronel English, se dirigieron al Gobierno en solicitud de que les fuese concedida la colonización de todo el espacio comprendido dentro de los límites siguientes: desde el Manamo hasta la desembocadura del Caroní en el Orinoco, aguas arriba del Caroní hasta Barceloneta y desde allí hasta el Brasil, buscando una línea hacia el Este, que coincidía con los límites de las Guayanas extranjeras, y desde éstas hasta el Manamo. Pero el empeño no queda en una simple colonización que sustituya la de los antiguos capuchinos. "Este distrito, dice el proyecto, formará una Provincia nueva, que será nombrada nueva Erin, y su capital nueva Dublin". El gobierno lo designaría el Congreso general, pero serían "británicos las personas nombradas para el fin expresado".

Como quien nada quiere, los mercaderes ingleses anuncian a rostro descubierto sus propósitos formales de dominar nuestra Guayana y tomarse el gobierno del Orinoco. Ellos vieron desde los tiempos de Raleigh la importancia fundamental del gran río, a cuyas márgenes habrá de levantarse en el futuro el edificio de nuestra verdadera libertad económica. Sin la incorporación de Guayana a nuestro sistema de producción, Venezuela permanecerá desintegrada, como lo estuvo la República hasta la toma de Angostura.

Fracasó en su realidad de colonia la proyectada Nueva Erin, pero el inglés siguió en su empeño de tomarse nuestro territorio guayanés. Nuestra Historia del siglo pasado es la historia de un baratillo de tierras. Más que las guerras interiores, debiera enseñarse a nuestro pueblo la indiferencia con que cuidó la República su frontera occidental y el abuso insolente con que los británicos fueron tomándose nuestro territorio de sub-oriente, hasta haber plantado el pabellón victoriano frente al pueblo de El Dorado, en el majestuoso Cuyuní, y hasta haber destituido

nuestro gobierno al patriota oficial venezolano que apresó a los ingleses y los remitió amarrados a la cárcel de Ciudad Bolívar. La tierra del Sur llegó a verse como selva sin importancia. Un oligarca de grandes influencias políticas y sociales, viva expresión del corrompido e inmortal mantuanismo capitalino, que sólo mira por bueno mantenerse siquiera en el goce humillado de las piltrafas del poder, ofreció en colonización a la Reina Victoria los bosques de Guayana, con sus ríos caudalosos y sus minas opulentas, a trueque de armas con que combatir a las tropas federales, que en los victoriosos campos de batalla anunciaban una reforma en los cuadros sociales privilegiados con la explotación de la tierra y del gobierno. Cuando se profirieron los laudos finales, hubo de resignarse Venezuela ante los hechos cumplidos: Colombia, para agrandar sus derechos, pocos discutidos cuando en 1833 firmó el fraternal Tratado Mchelena-Pombo, había puesto en juego la inteligencia, patriotismo y buen sentido de sus agentes; Inglaterra, sin títulos, había atropellado por la fuerza nuestros legítimos derechos.

Cuando ya no se pudo ir a la conquista del suelo, se negoció el subsuelo. Esta famosa teoría minera sirve para desdoblar, no sólo la propiedad ordinaria de la tierra, sino la propia soberanía política. Al decirse que el subsuelo es del dominio público, se legitima en el orden del derecho común el despojo del propietario superficial. Pero, por la misma vía se escurrió el Diabolo. Al negociar el subsuelo con el extranjero se empezó a ceder la soberanía pública. El piso sigue siendo de los nacionales. El subsuelo lo explotan y los gobiernan otros. Los de fuera persiste como máscara, como *persona* en la primitiva valorización teatral del vocablo. Todo el aparato del derecho se encamina a la defensa de la persona como representación, así se olvide el rostro doloroso que oculta la máscara cómica.

Ayer fueron las compañías del oro. Una buena actuación de nuestros jueces de Casación acaba de poner término al proceso de explotación que comenzó por despojar de su propio valor municipal a las feraces regiones del Yuruari, para hacer más fácil su entrega a los contratistas forasteros. Ahora son las compañías explotadoras del hierro. Los nuevos buscadores de minerales no tuvieron, como Walter Raleigh, necesidad alguna de usar el puñal pirata para encontrar las huellas minerales. A simple vista vieron la opulenta masa ferruginosa. Yo he volado sobre los cerros del Pao y he divisado desde el avión el brillo azulenco del poderoso metal. Son, en verdad, montes de hierro. Para su explotación

por la Bethlem Steel Company y por la United States Steel Company se han fundado dos pueblos fluviales: Palúa y Puerto Ordaz. Este último fue plantado con formalidades que recuerdan los sacramentarios antiguos. Ha podido llamarse Puerto Raleigh o Nueva Dublin. Pero le tocó ser fundado bajo el patrocinio de autoridades venezolanas que se limitaron a invitar a las autoridades yanquis. Conocí a Palúa cuando la empezaban a edificar. En ella había de funcionar el Resguardo Marítimo, con todas las facilidades que en estos casos se otorgan, a empeño de los abogados criollos, a las empresas extranjeras. Posiblemente la casa donde funcionen las autoridades fiscales se llame *Costume House*. Los detritus sociales de ambas poblaciones los recogerá el antiguo, heroico y sufrido pueblo de San Félix, para el cual ni un alambre con fluido eléctrico pude lograr de la Iron Mines cuando fui Presidente del Estado Bolívar.

Por ambos puertos se sacará río abajo el material bruto de las minas, para su beneficio en Norteamérica. En 1945 acompañé a Manuel Egaña en el Senado de la República, que yo presidía, para lograr el establecimiento de un puerto intermedio, en aguas venezolanas, para el trasbordo del mineral, que inicialmente se pensó llevar a Trinidad. Sobre las aguas de nuestro río sagrado se deslizarán las naves que transportarán parte de nuestro suelo, para robustecer una economía forastera. El hierro no será reducido en nuestro país. Los altos hornos estarán en la costa de Nueva Inglaterra. Si no a las Islas Británicas, como pensó Raleigh, en cambio irán a la Inglaterra del Nuevo Mundo piedras metálicas semejantes a las que obcecaron la mente de los viejos piratas. Si no tienen vetas de oro, son de hierro de la más alta calidad.

Algunos celebran esta nueva explotación como fuente de prosperidad nacional. Claro que quedarán escasos impuestos y salarios, pero no piensan los alegres calculadores que la economía venezolana, con su producción de hierro y petróleo, y con una importación indiscriminada que va hasta los meros productos de la agricultura, es apenas parte del esquema económico yanqui y no expresión de un esfuerzo y de un plan encaminado a solucionar nuestros problemas nacionales. En verdad, toda economía tiene que mirar a los cuadros internacionales, pero mira con ojos nacionales para no caer, como la nuestra, en el diagrama distributivo de una economía colonialista. Si llegare la energía atómica a sustituir el petróleo como elemento de propulsión, nuestras grandes y modernas ciudades se verán llenas de edificios vacíos, mientras en las carreteras sin tránsito se verían arrumbados automóviles desprovistos de llan-

tas. De Palúa y de Puerto Ordaz saldrán por millaradas las toneladas de un hierro desprovisto del signo de la venezolanidad. Hierro que va a formar, como el petróleo, parte activa de cuadros económicos más complicados y absorbentes. Si ese hierro, que es parte de la sustancia dolorosa de nuestro suelo, fuese tratado en hornos criollos, quedaría superado el riesgo de que mañana se escriba cómo los anglosajones, por medio de sus nietos de América, ganaron el empeño de fundar en Guayana la Provincia de Nueva Erin.

LOS RIOS REGRESAN A SU CAUCE

La prensa ha anunciado la solución favorable al Estado venezolano del proceso relativo a la Guayana Mines Limited. A los titulares de la Compañía les será entregada la suma de Bs. 7.000.330 como indemnización, en virtud de la sentencia de expropiación dictada por la Corte Federal el 10 de octubre de 1951.

La vieja empresa pasa, pues, al patrimonio privado de la Nación. Buen camino en el orden futuro de nacionalizar nuestros recursos mineros. Toca ahora a las autoridades regularizar la situación ejidal de El Callao.

Muchos venezolanos ignoran que el Municipio El Callao tenía asiento en tierras de propiedad extranjera. Era un Municipio *sui generis*. Cuando en 1944 tuve la honra y la satisfacción de ser Presidente del Estado Bolívar, presenté al Presidente Medina Angarita un memorándum, elaborado con la brillante y patriótica colaboración del Doctor Reinaldo Sánchez Gutiérrez, encaminado a probar que era irrita la concesión hecha el 29 de mayo de 1886 por el Ministro de Fomento, General Jacinto Lara, a la Compañía El Callao, de los ejidos de El Callao y Nueva Providencia, municipios del antiguo territorio Yuruary, e innecesaria, consiguientemente, la compra de las quinientas hectáreas de terreno que el Senado había recomendado en 1940 que se adquiriesen de la Compañía detentadora. El informe decía: "Esta resolución del Senado se justificaba muy bien en aquellos momentos críticos para la vida pública del país, en que no se habían encarado con decisión y ánimo de justicia los ingentes problemas nacionales, pero ello revela que aquel acuerdo que le fue sometido al Senado no se estudió con el cuidado que requería, y que si fue estudiado tal vez para ser consecuente con aque-

llas circunstancias de vacilaciones, lo indujeron a dejarlo sin resolver efectivamente, paliando en parte con promesas de esa naturaleza, las justas aspiraciones de una colectividad que sufre, clama y espera porque ese estado de cosas injusto y antijurídico se le haga cesar definitivamente. La situación del Municipio El Callao es con toda seguridad la más crítica en que se encuentra Municipio alguno de la República. Sus habitantes y sus propias autoridades son colonos de compañías extranjeras, que con sólo ejercer su viciado y pretendido derecho de propiedad, podrían, no sólo desalojarlos, sino también impedirles ejercer derechos legítimos más elevados; y las autoridades no se encuentran en mejor condición que los particulares. Es inconcebible que por un acto de usurpación fraguado a la sombra de quién sabe qué intereses, muy propios de aquellas épocas turbias para la vida de la Patria, se haya sostenido por tantos años, y todavía no se le haya restituido a esos pueblos las tierras que legítimamente les pertenecen y de las que no pudieron ser despojados, como lo fueron, por existir entonces expresas disposiciones legales que las protegían”.

Precisa, pues, retornar al dominio legítimo del Municipio guayanés las tierras indebidamente detentadas por la compañía minera, a fin de que se complete la reivindicación tan acertadamente llevada a término por el Estado.

Cuando ejercí la primera autoridad político-administrativa en el vasto, rico y descuidado Estado Bolívar, topé con la realidad del régimen antinacional que padecía la comunidad de El Callao. Además del escandaloso hecho anotado en relación con la propiedad del suelo del Municipio, existía la anormalidad del régimen político del populoso caserío El Perú, donde tenía su asiento principal la New Goldfield. Como la Ley de Minas autoriza a la Compañía o dueño de la mina para presentar el candidato que debe ejercer en ella las funciones de comisario, que en realidad es un empleado de la empresa a quien las autoridades dan carácter policíaco, en El Perú este agente había extendido sus funciones al orden político y civil de la jurisdicción. Por donde resultaba que era la propia Compañía quien elegía y pagaba la autoridad venezolana de la región. Cuando conocí el caso, decreté la Sub-Prefectura de El Perú y le apliqué sueldo con cargo al erario estatal. La Compañía vio, como era natural, con muy malos ojos la pérdida de su intervención en la policía de la región.

Tropecé, también, con la explotación de los obreros que hacía la empresa a través de Cuenza y Compañía. Los vales o fichas de Cuenza, respaldados como dinero por los pagadores de la New Goldfield, me fueron exhibidos por los numerosos obreros con quienes me informé directamente de la situación que sufrían. Ellos fueron remitidos al Presidente Medina Angarita con una relación del sistema usado en la explotación de los trabajadores mineros y con un informe circunstancial del régimen de habitación que les ofrecía la Empresa. El Ministerio de Trabajo, regido entonces por mi querido amigo Julio Díez, ordenó la creación de una cooperativa de consumo para los obreros, con generosa aportación del Estado.

Era, pues, en aquel tiempo la región de El Callao una especie de feudo extranjero, incluido en el dolorido corazón de Venezuela. Frente a aquella angustiada realidad, yo medí de cerca la criminal entrega que se hacía al extranjero de nuestra riqueza y de nuestra dignidad nacional. Se les entregaba el suelo como cosa propia, se les entregaba el hombre venezolano para que aprovecharan su trabajo como si fuese trabajo de bestias. Si antes había sentido en mí el ímpetu de una conciencia nacionalista, desde entonces el ímpetu se me tornó en angustiada pasión.

Hoy huelgo patrióticamente con la noticia de que El Callao vuelve a gozar íntegramente los atributos sagrados de la venezolanidad, cercenada en beneficio de intereses forasteros. Desde mi mesa de trabajo, estrecho idealmente la mano recia de Eduardo Oxford López, campeón antiguo de los intereses de El Callao, y con la suya, estrecho la mano de tantos guyaneses patriotas que hoy tienen el espíritu de fiesta. Junto con mi regocijo particular, crece en mí la satisfacción de que esta conquista que Venezuela hace de su propio suelo, sea anuncio de que no tardará mucho la campana del tiempo que señale oportunidad favorable para que la República reciba el total rendimiento de todas sus riquezas naturales y mineras.

Para llegar a esa hora de plenitud patriótica, hay necesidad de ir formando, junto con instrumentos de idoneidad material, una clara y austera conciencia cívica. A fin de poder caminar hacia el deseado momento de nuestro reencuentro de pueblo, urge crear vigorosas vivencias de venezolanidad integral. Se necesita afirmar cada vez más la idea de que el sólo progreso válido es aquel que tiene sus raíces bien hundidas en los valores producidos por el tiempo como vértebras inmovibles

para el organismo de la Nación. Sin personalidad, sin carácter, sin fisonomía, las sociedades carecen de medios con que defender sus derechos de permanencia en los cuadros de la Historia. Sin diques que promuevan el curso normal de las aguas, los ríos se dispersan. Necesitamos buscar en nosotros mismos, en nuestra Historia, en nuestro pasado, en nuestras cualidades características de venezolanos, los medios de que los ríos de nuestra dignidad y de nuestra riqueza vuelvan a sus cauces naturales . . .

EL ARRAIGO DE LA BAUXITA

En su Memoria del año de 1947, la Corporación Venezolana de Fomento hablaba de las posibilidades de producir en el Bajo Caroní un potencial eléctrico de 22.000 kw. h. Sin embargo, la generación de energía eléctrica, según el prenombrado informe, no pedía acometerse de inmediato por falta de un mercado consumidor de la fuerza producible. Allí están, pues, con toda su potencia baldía, las maravillosas caídas del mitológico río de las diamantíferas arenas. Allí estarán por mucho tiempo, en espera de un sentido de racionalidad en la economía productora del país.

Ahora bien, del Sur vienen halagadoras noticias sobre las fastuosas e inagotables riquezas de Guayana. Ya no son solamente el oro, el hierro y los diamantes los únicos minerales que ofrece en abundancia, como seguro de riqueza, la opulenta región aún no vista en toda su realidad benéfica por ojos venezolanos. Ahora es la bauxita. En el cerro "La Mesa", cercano a la agraciada Upata, se han descubierto grandes yacimientos del útil mineral. Dicen los entendidos en la materia que de dicho cerro podrían extraerse millones de toneladas del valioso mineral.

La bauxita, según los químicos, está constituida en su mayor parte por óxidos acuosos del aluminio, en asocio con óxido de hierro, sílice y titanio. La historia comercial del aluminio no alcanza a más de sesenta años, pese a que su descubrimiento data del año 1825. Sin embargo, por ser uno de los metales estructurales más livianos, tiene sitio esencial en la vida del hombre moderno. El aluminio sirve tanto para sustituir la vieja olla de barro del indígena, como para dar alas a las grandes naves aéreas. Se le aprecia, por ello, en grado sumo, no obstante producirse en distintas regiones del globo. Sus principales fuentes están en Rusia, Estados Unidos, Francia, Hungría, Italia, Yugoslavia y las Guayanas.

La bauxita puede reducirse a altas temperatura por el sistema electrolítico. Para que el proceso dé un aluminio comercialmente útil, se requiere una fuente de energía eléctrica. Ayer se dijo falsamente que nuestro hierro no era susceptible de ser reducido en Venezuela porque nuestro carbón mineral dizque es pobre o no deja coque. Ello se invocó para dar apariencia de legitimidad a las concesiones otorgadas a favor de la exportación bruta del mineral.

En el caso de la bauxita recién descubierta no valdría el razonamiento de fuga aplicado a favor de la entrega al extranjero de nuestra riqueza ferriza. Las caídas del Caroní garantizan suficiente energía como para hacer posible que nuestra menospreciada Guayana supere la etapa colonialista de exportadora de materias primas y se transforme en centro industrial del aluminio. Es preciso comenzar la obra de liberación de nuestro suelo. No debemos proseguir en la actitud dependiente que ha llevado a nuestra economía a supuestos tan invertidos como considerar beneficiosas para nuestro país las facilidades que Estados Unidos otorgue a un petróleo que, con mínima participación nuestra, explota de nuestro subsuelo el capital estadounidense para beneficio de la industria imperialista.

Un curioso espejismo de valores permite que se considere como útil a Venezuela cualquier rebaja arancelaria a favor del petróleo que va a aumentar el potencial industrial y bélico de Estados Unidos, así se concedan al comercio exportador estadounidense privilegios que arruinan nuestra economía nacional y aumentan la disipación de nuestra moneda. Tanto como si durante nuestra dependencia hispánica se hubiesen compensado las franquicias para introducir en la Península la plata de América con facilidades para traer de España a nuestro suelo artículos de consumo que se dieran en la tierra. Justamente dentro de breve tiempo nos empezará a llegar nuestro hierro guayanés convertido en cabilla y rieles de construcción. Nuestra moneda pagará, con pérdida del obrero venezolano, la mano de obra yanqui utilizada en la transformación del mineral. Pagaremos, también, los fletes de la remontada y los fletes del regreso. Y pagaremos el salario de la estiba de acá y de la estiba de allá. Igual cosa puede suceder con la bauxita si no se mira el problema de su extracción con ojos avisados. Se embarcará el mineral bruto, como si se tratara de exportar un cerro en pedazos. Ya lo estamos haciendo así con el hierro del Pao. Sobre las naves forasteras navega el suelo despedazado de la Patria. Nuestra riqueza y nuestra fuerza futura disminu-

yen a favor de las potencias imperialistas. En la piedra ferruginosa viaja, junto con el poderoso metal que podría mañana hacernos fuertes, el sudor del hombre venezolano que lo arranca del corazón de la sufrida tierra venezolana. Si no abrimos los ojos, la bauxita se irá en igual forma. Y luego nos vendrá la liviana y resplandeciente lámina para que la trabaje en un remedo de industria el obrero nacional. O vendrán los objetos ya labrados en las grandes fábricas yanquis. Nuestro destino de alegres vendedores de materia prima y de importadores de todo lo más común que reclama la dieta del pueblo, pareciera que satisficiera a muchos que se sienten del asa y de la casa en todo lo que diga a los problemas del país. Para los ilusos y mal informados queda el soñar con la libertad y la dignidad del país. Tal vez lo mismo pensaron de los díscolos de 1808 los afrancesados que seguían el partido del entreguista don Juan de Casas. A los díscolos de hoy se les calumnia y ultraja en nombre del orden y de la tranquilidad de la "buena sociedad". A los díscolos queda, en cambio, la esperanza de ver al pueblo enfrentado nuevamente a Empanan. El pueblo es el mismo pueblo que ayer hizo la libertad. Casas y Empanan son también los mismos gobernantes vendidos ayer al interés extranjero. Los mantuanos, en cambio, si ayer estuvieron con el pueblo y con la Patria, hoy están al servicio de quienes lo traicionan y vejan.

EL DRAMA DEL PETROLEO

A nosotros, como dijo una fina dama ante el cuadro "Petróleo", de mi admirada amiga Elisa Elvira Zuloaga, se nos ha dado el petróleo "lavado y aplanchado". Ahora se nos está regalando con los detallés íntimos de la lavandería. Este petróleo nos resulta, tal vez, mejor que el otro. En él vemos aún las huellas del "estiércol del Diablo", adivinado por la fina intuición de nuestros indios guaiqueríes. Si no del Diablo, de algunas conciencias diabólicas es todo este maloliente estiércol dado a rodar a los diversos vientos del mundo, en razón de las contradicciones del imperialismo capitalista.

Nuestro público, como debe estarlo el público de todos los países productores de aceite, ha vivido días de revuelo en razón de las revelaciones contenidas en el informe de la Comisión de Comercio Exterior del Senado americano, y el cual ha sido hecho público después de dos años de comentarios en relación con la política del cartel aceitero internacional. En él están comprometidas la Standard Oil Company (New Jersey), la Standard Oil Company of California, la Socony Vacuum Oil Company Inc., la Gulf Oil Corporation y la Texas Company, como empresas estadounidenses, y la Anglo-Iranian Oil Company Ltd. y el grupo de la Royal Dutch Shell, como elementos extraños a los Estados Unidos.

La sorpresa de esta publicación no ha debido ser mucha en el ánimo de numerosos interesados, que han resuelto, sin embargo, hacer el loco y aparentar que el problema debatido en Estados Unidos carece de importancia por lo que a nosotros se refiere. Muchos, en cambio, sin tener vinculaciones con el mundo del petróleo (vinculaciones de provecho quiero decir, por cuanto todos, a las buenas o a las malas, estamos hundidos en este complicado proceso aceitero), muchos, digo, sabíamos de recientes y sigilosos viajes de abogados americanos que vinieron a Vene-

zuela durante los últimos meses en pos de datos sobre las operaciones del cartel en nuestro país.

Después del denuncia del doctor José Loreto Arismendi, cuyos primeros pasos fueron conocidos en 1931, se produjeron en nuestro país diversas investigaciones en relación con el fraude de que era víctima el Estado venezolano. Entre esos casos se hizo célebre el del armenio Yevant Maxudian, quien como presidente de la Maxudian Oil Company, en Maracaibo, poseía pruebas de las diferencias de precio con que se acusaba el crudo a las autoridades fiscales del país en relación con los precios de venta en el mercado interno de las empresas mayores.

Quienes pretenden aparecer como sorprendidos por las imputaciones que formula el informe de mérito, repiten el desairado papel de los avestruces, o lo que con mayor comodidad hace mi netezuela cuando, para jugar al escondite, se cubre el rostro con una revista o con un libro. La ignorancia o la aparente confianza en sí mismos que procuran mostrar en sus declaraciones algunos portavoces de las Compañías que operan en nuestro país y que figuran como incursas en el cartel denunciado, es táctica enderezada a apagar la repercusión lograda por el caso en la opinión general.

Puede que algunos objetivos políticos hayan movilizado la publicación y la formación del Informe. El petróleo es eje de la política en todos los países que lo producen y lo explotan. También lo es en la de los países que solamente lo consumen. El petróleo tiene el secreto del movimiento para la sociedad moderna. La dinámica actual se fundamenta en petróleo. Pero tras el interés adventicio de los políticos electoreros se oculta una realidad fraudulenta que interesa conocer hasta en sus menores circunstancias.

Por lo que a nosotros dice en el radio de lo nacional, la Junta de Apelación del Impuesto sobre la Renta, en sentencia que honra a los jueces, acaba de condenar a la Venezuela Oil Concessions al pago de más de quince millones de bolívares no acusados en virtud de procedimientos incorrectos. Si esto ocurre con la Venezuela Oil, ¿qué no ocurrirá con las empresas mayores? Este hecho irrefutable lleva luces muy potentes al esclarecimiento del oscuro problema planteado. Deben reposar, además, en poder de nuestras autoridades largos expedientes que señalan de viejo el rumbo de tan intrincado negocio. Puede que haya quienes lo conozcan todo en su desnuda integridad fraudulenta. Su historia sería un

magnífico guión para el más complicado y truculento drama cinematográfico, donde gánsteres y espías, abogados de gran marco, alegres damas, hábiles tahúres, diplomáticos, políticos y escritores tendrían sus oscuros papeles. En 1941, a la confianza que en mí puso un agente diplomático extranjero, debí mi mejor conocimiento, en verdad un tanto vagaroso, del intrincado problema que hoy ha echado a la luz del mundo el Gobierno americano. “El velo del secreto, con el cual ha sido cubierto el Informe durante dos años, fue quitado por el Presidente Truman, a instancia del senador John J. Spark, demócrata de Alabama”, comunicaba a “The New York Time” su redactor en Washington, Luther A. Huston.

Vendrán, pues, las pruebas de todo lo que ha intuido nuestro público desde años anteriores. Las profundas contradicciones que forman el fondo de los intereses de las grandes potencias capitalistas han promovido este oportuno e interesante pleito de compadres, que pondrá en evidencia una serie de hechos cuyo conocimiento interesa fundamentalmente a países, como el nuestro, de economía marcadamente colonialista. El brote de las acusaciones de fraude hechas antes de 1942 dio por resultado la revisión de nuestra anterior política petrolera. El instrumento legal de 1943, a más de modificar ventajosamente las condiciones en que el Estado venezolano venía aprovechando nuestro petróleo, dejó asentado el principio de la revisibilidad de los contratos públicos, cuando las circunstancias de equidad y de interés colectivo lo impongan así. De entonces acá, Venezuela ha lucrado más con su petróleo. Hoy, la propia voz de los Estados Unidos está reforzando nuestra legítima posición nacionalista en el caso de la industria aceitera. Del mismo país explotador vienen razones autorizadas a decirnos cómo el capital internacional defrauda con sucias operaciones nuestra riqueza pública. Sin ir anticipadamente a un movimiento que precipite la hora de la nacionalización de toda la industria petrolera, el Estado venezolano tiene abiertos fáciles caminos para la nueva revisión de los instrumentos que regulan la explotación del aceite, en orden a evitar los fraudes que realiza el cartel internacional.

Las discrepancias que mantienen en el seno de sí mismo los intereses capitalistas, sirven para favorecer a los países explotados. Tal ha sido el espíritu acaparador y ventajista de las compañías que nos aprovechan que el propio Gobierno americano tuvo que aplicar a la Standard Oil Company las leyes anti-trusts, bien que últimamente los intereses de

Rockefeller hayan gozado de cierta inmunidad, mientras el juez Harold Medina oía acusaciones contra famosos magnates de la banca, del acero y de la electricidad, como los Du Pont y los Giannini.

Buena la hora para que el país haga de nuevo valer sus derechos y para que el Gobierno perfeccione la obra rectificadora y patriótica frente a los inversionistas extranjeros, iniciada con la ley petrolera de 1943.

EL CARTEL PETROLERO

Después de vencer en Nueva York y Washington las grandes dificultades con que tropezó para adquirir un ejemplar, persona amiga me ha facilitado un libro impreso en las oficinas tipográficas del Gobierno de los Estados Unidos, y que se titula simplemente "The International Petroleum Cartel". En trescientas setenta y ocho páginas, a octavo menor y en tipo apretado, aparece en dicho libro el famoso informe publicado por el Comité de Pequeños Negocios del Senado de Estados Unidos (Select Committee on Small Business United States Senate), y con cuyo apareamiento fue sorprendido en el mes de agosto de 1952 el mundo internacional del aceite.

En el prefacio, John Sparkman, chairman de dicho Comité y después candidato a la vicepresidencia por el Partido Demócrata, apunta como una de las razones que han movido a la divulgación del Informe, lo siguiente: "Hace cosa de dos décadas, la Federal Trade Commission, a través de una investigación económica, restringió el abuso de poder de las compañías anónimas de utilidad privada. Hoy, el poder de las compañías petroleras internacionales es tan vasto, que invita al abuso".

En la parte referente a Venezuela (treinta y cuatro páginas), se producen datos relativos a la formación de los "agreements" de 1937 y 1938, celebrados por la Standard Oil (actual Creole) por la Royal Dutch-Shell y por la Gulf Oil Corporation, con el fin de mantener un "ancho programa para el control de la producción de crudos venezolanos" (página 170). En aquella oportunidad, la Mene Grande Oil Co., subsidiaria de la Gulf Oil Co., se transformó en una empresa conjunta de la Gulf, de la Standard y de la Shell. Estos contratos para la venta de aceite tuvieron, por lo tanto, características desacostumbradas (unusual), que los diferencian de las transacciones comerciales ordinarias. Las tres par-

tes individuales del contrato se convertían realmente en socios de una nueva empresa, pero cada una de ellas mantenía intereses inconfundibles en los activos de la empresa conjunta. El "precio" pagado por la Standard y la Shell por el petróleo que ellas recibían era el costo de producción de ese aceite. La "ganancia" obtenida en razón de la "venta" era la suma fija pagada inicialmente, por ejemplo, \$ 100.000.000,00, menos la mitad del valor de los activos asentados en los libros de la Menegrande en 1937, independientemente de las cantidades de aceite entregadas durante la vida de las concesiones e intereses de la Menegrande en Venezuela. El carácter de estos contratos de "venta de aceite" aparecía, efectivamente, como reparto de petróleo entre las tres compañías, mientras los contratos en sí parecen haber sido planeados para promover la regulación y el control del desarrollo de la explotación del crudo en Venezuela (pág. 193).

Sin embargo, personas interesadas en que nuestro país haga la vista gorda en este importantísimo problema de su vida económica, han negado seriedad y aun realidad a las denuncias contenidas en el famoso "Report" de la Comisión senatorial y han querido dar a este un mero papel de escándalo electoral. Otras, cegadas de malicia, han llegado a encontrarle el valor momentáneo de cortina de humo con que Estados Unidos fingirían celo e imparcialidad ante los iraníes y ante nuestro país, justamente cuando se debate el porvenir de las concesiones de la Anglo-Persian y cuando, al ajustarse las modificaciones sufridas por nuestro convenio comercial con el país del Norte, se discutía un nuevo tratamiento arancelario para nuestro petróleo, en el cual muchos encuentran afincadero para un falso optimismo ventajista, por considerar ganancia venezolana la rebaja de los viejos impuestos de \$ 0.10,5 a \$ 0.05,25 en barril de crudo de menos de 25 grados API, y de \$ 0,21 a \$ 0.10,5 el de 25 o más grados API, cuando el Estado venezolano, contra lo preceptuado en el artículo 50, párrafo 2, ap. *b*) de la ley de hidrocarburos, TOLERA a título excepcional, según lo dice una de las monografías oficiales presentadas a la reciente Convención Petrolera, que se deduzca del precio de los crudos el impuesto pagado en Estados Unidos por las compañías. Con la actual pretensa rebaja se compensaría apenas en menos de un 50 por 100, la pérdida general que viene sufriendo la Nación al pagar los impuestos de los crudos en Estados Unidos.

Mas, contra lo que puedan decir todos aquellos que se sienten interesados en la defensa de los trusts aceiteros y que se niegan a estimar

lo que para Venezuela representa el desvendamiento de este intrincado negocio, tenemos, como elemento de inmediata fuerza, por emanar de un Tribunal venezolano, la sentencia proferida por la Junta de Apelaciones del Impuesto sobre la Renta en el caso de la alzada interpuesta por The Venezuelan Oil Concessions Ltd., contra las actas fiscales levantadas, en mayo de 1948, por los ciudadanos Fortunato Garmendía, Reinhard Rahn Cósimi, Ramón David Leiva y Luis Manuel Avila, como agentes del Fisco Nacional en la circunscripción de Maracaibo. Con gusto doy los nombres de estos modestos funcionarios, por cuanto conviene que la República sepa el nombre de quienes velan por sus intereses.

Para la sentencia de la Junta de Apelaciones me dio un excelente calificativo el Padre Pedro Pablo Barnola, cuando en el Estadio Olímpico decía en días pasados al público que participaba en el homenaje a la Coromoto. “¡Canten sabroso, muchachos!” La sentencia de la Junta de Apelaciones es, en verdad, una sentencia sabrosa. Hasta pimienta de fino humor le agregó el ponente Joaquín Gabaldón Márquez, a quien se le fue a los puntos de la pluma la familiaridad con el viejo Shaw. En efecto, para redargüir contra la prueba de corrección de los ingresos acusados por la empresa —fundamentada por la parte recurrente en el hecho de que dichos cálculos habían sido admitidos por las autoridades inglesas—, la sentencia observa “que no ha sido demostrado en autos que los intereses fiscales y económicos de la Gran Bretaña coincidan precisamente con los intereses del Estado venezolano”. ¡Bravo, bravo! *That is the question*, para escribir con palabras de Shakespeare. Aquí reside, en realidad, el intrincado y a la vez claro problema del imperialismo angloamericano. En esta buida, sutil, acerada consideración de la sentencia se esconde el secreto de Pandora. Unos y otros, británicos y norteamericanos, han dado en la flor de creer que los suyos y los nuestros son intereses económicamente coincidentes. Claro que coinciden, pero la coincidencia reside en el hecho de tener una misma fuente: nuestro rico suelo y el sudoroso trabajo del obrero venezolano. Mas difieren abismáticamente en el provecho que ellos reciben y en el desencanto y en el dolor que a nosotros nos dejan. Con nuestra riqueza ganan ellos libertad, holgura y poderío nacional. A nosotros nos queda, en cambio, la resignación, la fatiga, el lujo pasajero de los privilegiados, la disipación de la fácil riqueza que torna a los países industriales, el relajamiento de las bases defensivas de la Nación, en fin, nuestra debilidad de pueblo y la torcedura de nuestras propias instituciones públicas. Eso es justamente lo que se trata de igualar o al menos de balancear. Es preciso que ellos

lleven sus cuentas y nosotros las nuestras en libros separados. Que ellos hagan sus alegres números y nosotros hagamos los nuestros con seriedad. Pueden pensar ellos a su manera, que nosotros pensamos a la nuestra. A lo que nos oponemos es al terco empeño de pretender que aparezcan como favorables a nuestros intereses, fórmulas, arreglos y sistemas que aprovechan al capital imperialista. Coincidimos, en cambio, en otras cosas. En amar la paz, la justicia, la libertad y la igualdad. Pero que no sean tampoco una igualdad, una libertad, una justicia y una paz que para nosotros se reduzcan a meros discursos nebulosos, mientras para ellos sean garantía de seguridad y de complacencia.

Los jueces de la Sala de Apelaciones del Impuesto sobre la Renta (Gabaldón Márquez, José Luis Albornoz y Eduardo Calcaño Enríquez, con José Luis Aguilar Gorrondona por secretario), han dictado una larga, erudita, hábil y ajustada sentencia. No la ameritan los millones que salva a la Nación, sino el examen minucioso de unas actas que ponen de resalto ante la objetividad venezolana, el “vasto poder abusivo” de las compañías internacionales, a que alude Mr. Sparkman en su prefacio al “Petroleum Cartel”. Ese monstruoso poder de las sociedades anónimas, introducido por el capitalismo en la vida moderna, a manera de “gigantes, semejantes a aquellos que la imaginación de Wells hace descender del planeta Marte en los alrededores de Londres”, según elocuente discurso del profesor Ripert, citado por los sentenciadores.

En el examen de los testimonios contenidos en el capítulo V de la promoción de pruebas, los sentenciadores, de manera clara y veraz, anotan circunstancias probatorias del manejo insincero que contra nuestros intereses de Nación hacen de las cifras de venta de aceite las compañías petroleras. En ellos se constata esa confusión entre Shell, Creole y Gulf que delata el “Report” del Senado de Estados Unidos.

Yo no titubeo en llamar admirable, dentro del orden de recuperación de nuestra conciencia nacional, la sentencia de mérito. Ella desnuda una realidad dolorosa que es preciso hacer de conocimiento de todo el país. Venezuela debe conocer íntegramente el drama de su petróleo, el drama de su hierro, el drama de su riqueza toda. Venezuela debe estar informada de los sistemas de que los nuevos invasores se valen para lucrarse con su suelo y con el trabajo de sus hombres. Ciudadanos patriotas han empezado a desbrozar el bosque sombrío donde se esconden los nuevos piratas y los nuevos contrabandistas. Y aun más que documento revelador de hechos contrarios a los intereses de la Nación, la sentencia,

por medio de un lógico y bien cimentado razonamiento, pone en alto el indiscutible derecho que al Fisco asiste para hacer a cualquier hora y de mero oficio la investigación estimatoria de la renta de los contribuyentes.

Sin miedo y, por el contrario, llenos de angustiosa fe en nuestros derechos de pueblo, debemos encararnos con los graves problemas que cursan en medio de la dolorosa indiferencia nacional. Precisa que nuestra riqueza sea nuestra y no del extranjero invasor. Con el pacífico y leal extranjero que venga a ayudarnos en nuestra obra de mejoramiento y de riqueza, debemos convivir y trabajar fraternalmente. Defender la Nación no implica odio contra nadie. Como no implica menosprecio del vecino el interés que el padre de familia pone en asegurar su despensa. Hoy debemos aprovechar la campanada que nos ha dado la propia contradicción de los intereses capitalistas del Norte. Y con ella, seguir el camino de la investigación iniciada por los fiscales que mejoran el impuesto debido a la Nación sobre las fabulosas ganancias de las empresas imperialistas.

Mientras más la censuren los abogados expertos en manipulaciones petroleras, más debe aplaudirla el pueblo de Venezuela. Con sentencias de este tipo se defiende la República de la conspiración que tienen armada contra su libertad y su riqueza los imperialistas de fuera y los entreguistas de dentro. Es ésta una sentencia del pueblo y para el pueblo. Interpreta la fina, sufrida y esperanzada justicia de quienes se sienten, en el orden de la sociedad, supeditados a los poderosos y a los lógreros, que confunden con la suya la suerte de la República.

ESPARTACO

Con el fin de crear un símbolo permanente del Imperio romano y de todos los imperios futuros, Howard Fast hace una cabal pintura de la vía que enlazaba a Roma con Capua, conocida con el nombre de Vía Apia. “Era —dice— un ancho y bien construido camino, de capas alternas de grava y cenizas volcánicas, cubiertas de piedra. Fue hecha para que durase. Cuando los romanos hacían un camino, no lo hacían para el año en curso ni para el año siguiente. Ellos construían para los siglos futuros. Así se construyó la Vía Apia. Ella era un símbolo del progreso de la humanidad, del poder productivo de Roma y de la vigorosa capacidad del pueblo romano para la organización. Aseguraba la vía que el sistema romano era el mejor sistema de orden, de inteligencia y de justicia formulado por el hombre. La evidencia del orden y de la inteligencia se encontraba en todas partes, y el pueblo que transitaba por la vía la miraba con tanta naturalidad, que ya no recibía ninguna impresión. Cada milla estaba marcada por una piedra y cada piedra proporcionaba al viajero la información necesaria. En cualquier sitio sabía precisamente el transeúnte a qué distancia se hallaba de Roma, de Formia, de Capua. Cada cinco millas había una casa pública y establos, donde se encontraban caballos, refrescos y se podía, si era preciso, parar la jornada y hacer noche. Muchas de las casas eran magníficas, con anchas galerías donde se servían bebidas y alimentos y donde los fatigados viajeros podían tomar descanso. La vía proclamaba estabilidad, y sobre ella pasaban todos los elementos de la seguridad romana. Fácilmente los soldados podían ganar treinta millas al día y repetir las mismas treinta millas día tras día. Diligencias corrían a lo largo de los caminos, repletas de mercancías de toda la República. Trigo, cebada, hierro, madera, lino, lana, aceite, frutas, queso, carnes ahumadas. Sobre la vía pasaban ciudadanos interesados en los negocios legítimos de la ciudad; gente del pueblo iba y venía de sus

casas de campo; viajeros de comercio y viajeros de placer; caravanas de esclavos iban y venían del mercado; gente de todas las naciones. Todo ello probaba la firmeza y el orden del sistema. Y en este tiempo, al lado del camino, estaban plantadas cruces a pocas varas de distancia. De cada cruz pendía un hombre muerto”.

Quienes colgaban de las cruces solemnes eran esclavos. Encorvados en las minas y en los campos, cargando piedra y arena sobre las anchas espaldas, recibiendo sobre la carne sensitiva las caricias del látigo del capataz, los sufridos esclavos han venido labrando la grandeza de Roma. Un día el avivado dolor dio claridad a la entenebrecida inteligencia, y fueron, resueltos y valientes, a engrosar el número de los gladiadores alzados contra las crueldades de Léntulo Baciato. El tracio Espartaco fue el jefe principal de la revuelta. Talento grande y extraordinaria fuerza le reconoce Plutarco, y junto con estos singulares atributos, “juicio y dulzura superiores a su suerte”.

Los cuatro años de historia de Espartaco los novela magistralmente Howard Fast. Después de caído el frustrado libertador de esclavos, el novelista le da vida en la persona del hijo habido con Varina, criado y hecho hombre en un oscuro pueblo de las Galias. Allí creció el nuevo Espartaco, cuya sangre rebelde se caldeaba aún más con la constante evocación del “hombre ordinario que, siendo esclavo” se encaró con la tiranía y la opresión, y cuyo sólo nombre hizo temblar por cuatro años el omnímodo poder de Roma”. Supo Espartaco el Mozo cómo fueron rendidos por su padre cónsules y litores y cómo, para justa expresión de las raíces y soportes del futuro poder imperial, fue el propio Craso, ejemplo permanente de la avaricia implacable, quien redujo el ímpetu sagrado de los rebeldes.

Pero Roma, como testimonio presente y futuro del imperio voraz, extendía sus tentáculos a través del mundo que respetaba y temía su absorbente capitalidad. Las tasas que pesaban sobre los sufridos campesinos galos crecían de acuerdo con la voracidad de los poderosos. El trabajo era áspero y poco rendidor, y para aumentar la angustia de los labradores, un cruel verano provocó la pérdida de las cosechas, y a poco, de Roma llegaron soldados conminatorios. Las familias que no pudieron pagar los impuestos fueron echadas de sus casas y de sus tierras, y encadenadas en cuerda por el cuello fueron llevadas a Roma para su venta como pago de la deuda con el Erario. Pero no todos los arruinados aceptaron pacientemente la situación. Espartaco y sus hermanos y hermanas

de vientre y otros paisanos más se refugiaron en los bosques que crecían al norte y se perdían en los Alpes salvajes. Allí llevaron una vida pobre a base de nueces y menguada caza, pero cuando un gran pueblo fue edificado en las tierras que habían sido suyas, bajaron y quemaron el poblado y cargaron con todo lo encontrado. Entonces los soldados entraron en los bosques y los labriegos se juntaron con las tribus de las montañas para pelear contra el ejército. Esclavos fugados de otras partes de la República los siguieron también y dieron más fuerza a la guerra continua de los despojados. Algunas veces sus fuerzas eran quebrantadas por las fuerzas de los romanos; otras, en cambio, el poder de los insurgentes era tal que podían bajar a las llanuras a quemar, saquear y robar. En este género de vida, el hijo de Espartaco creció, vivió y murió. Cayó en la lucha y en la violencia como su padre había caído. Las historias que él contaba a sus hijos eran menos claras, menos realistas. Las historias se convirtieron en leyendas y las leyendas se tornaron en símbolos. Eran una llama encendida, con opacidades y resplandores, pero que nunca se apagaba. El nombre de Espartaco duró para siempre. Ya no se trataba de una descendencia sanguínea, sino de una descendencia a través de la comunidad de una lucha. A medida que los hombres trabajan y otros hombres toman y gozan el fruto de su trabajo, el nombre de Espartaco será recordado, unas veces, en la enclaustrada memoria; otras, como disimulado susurro; las más, con gritos enérgicos e inteligibles”.

Este hermoso libro fue concluido en la ciudad de Nueva York, en junio de 1951. Su autor, hombre de extensa labor literaria, tenido por uno de los más finos escritores de novelas históricas de Estados Unidos, no halló empresa comercial que asumiese la responsabilidad de publicarlo y distribuirlo, debido al “temperamento político” del momento. La publicación fue posible en razón de que muchas personas se suscribieron a ella y el propio autor asumió la responsabilidad de echar el libro a la calle sin pie de imprenta. Junto con la seña “Printed in the United States of America”, mantiene el libro la sensación de temor en que se mueve hoy la conciencia de los hombres libres del gran país de Washington, de Lincoln, de Wilson y de Roosevelt el Bueno. Sin embargo, confía Fast, como confiamos todos, que vendrá día sin represalias, propicio a dar publicidad a los nombres de quienes soportaron el peso económico y artístico de las dos ediciones que ya cuenta esta bella y ejemplar obra.

Pero el libro, mientras no haya un cambio vertebral en su política, seguirá siendo para Estados Unidos un libro prohibido. Augusto no había

aún destruido los restos de República que sobrevivieron a Pompeyo y Julio César cuando ocurrió la revuelta de los esclavos. Pero más que un mero fenómeno de pueblo que luchaba contra la rigidez inhumana de las XII Tablas, la guerra de Espartaco fue guerra contra el imperio crecedero que esclavizaba a los hombres de los pueblos sajuzgados. Espartaco no era ni de la plebe romana. Era de Tracia, como cualquier caballo fino de las cuadras de Léntulo o de Craso. El, más que del común rebelde, hace el símbolo del esclavo y del colono que buscan romper las duras y frías cadenas de la sumisión. Craso, el insaciable, acabó con el esclavo "digno de Grecia", según pintura de Plutarco. Y Craso subsiste dominador, con apariencia invencible, en el orden del mundo contemporáneo. Craso gobierna hoy no legiones de soldados, sino bancos y consorcios que redescuentan el hambre de los pueblos. Craso en Nueva York y en Washington tiene cuarteles que amenazan permanentemente a todos los hombres de América. Aun a los mismos hombres de habla inglesa. Aun al gran pueblo del Norte.

LOS CAMINOS DE LA PAZ

La prensa informó recientemente que a la Academia sueca que entiende en el conferimiento del Premio Nóbel se había propuesto como candidato el nombre de un profesor de física nuclear que se había negado a colaborar con sus conocimientos científicos en el proceso encaminado a perfeccionar la bomba atómica.

Más que un hecho positivo en el orden de la paz se busca premiar en este caso una hermosa omisión en el camino franco de la guerra. El premio, junto con un lógico estímulo para una noble abstención humanitaria, constituiría una requisitoria contra todos los sabios y filósofos que han puesto su saber al servicio de la destrucción del hombre. En el caso de ser otorgado el Premio Nobel al profesor propuesto, resultaría una realidad anti-Nóbel. Se premiaría esta vez a quien se negó a servir intereses funestos que tuvieron aliada eficaz en la dinamita de Nóbel. Y junto con el profesor abstenido, se premiaría a todos los hombres que hoy se niegan a participar en el orden de la guerra.

En realidad, la paz es una negación. El pacifista niega todo lo subterfugio que vive en el espíritu humano. La paz implica la absoluta abolición de los atributos que forman el umbral inferior de la conciencia. Para el efectivo florecimiento de las grandes virtudes que hacen la plenitud espiritual donde descansa la paz, es requerido borrar de previo todas las posiciones egoístas, pugnaces y aniquiladoras que empujan al hombre a la brutal satisfacción del mundo sensitivo. Las guerras, si ayer nos fueron presentadas como lucha de ideales contradictorios y alcanzaron nuestro entusiasmo momentáneo, no son hoy, en realidad, sino el hambre y la sed de vientres insaciables. Se busca no el triunfo de principios, sino la seguridad de explotar mercados que acrezcan la riqueza de los productores.

Quizás suene a cosa romántica y banal la exaltación de las virtudes interiores, cuando la realidad circundante ofrece un cuadro en abierta contradicción con toda filosofía que mire a la racionalidad de las funciones y de los actos humanos. El panorama presente de la cultura ofrece un tono de crisis que obliga a pensar seriamente en lo que será mañana nuestro despertar concencial, cuando alguna robusta voz nos haga comprender colectivamente el espantoso aquelarre intelectual que viene ofreciéndonos, como flor de excelencia, fetos de brujas y gritos desgarrados de animales diabólicos. Se ha pretendido dar a la expresión filosófica y artística un sentido de irrealidad, que pareciera encaminado a la abolición de todo intento reflexivo en el hombre. Por ello aparecen como signos de nuestro tiempo el alogicismo y la irracionalidad en el discurso de quienes intentan mostrarse por portavoces de las nuevas corrientes del pensamiento y del arte. Diríase que todo es un mero proceso de fuga y de evasión, en que el hombre quisiera esconder su responsabilidad.

Por ello, en ciertos sectores de la sociedad tiene aceptación todo lo que indique, ora en el terreno de las letras, ora en el orden de la plástica, ora en el campo de la filosofía, una posibilidad de explicar o de coordinar la conciencia de fuga del hombre que no puede enfrentarse en el área de la realidad con los problemas del momento. Todo este desesperado proceso de cultura delicuescente y antiética en que se hunde el hombre contemporáneo es como la cueva donde Caín pretendía ocultar el reato de su crimen. El hombre busca la cueva donde pueda esconder la responsabilidad frente a su propio destino. El hombre no quisiera pensar y elude las formas que lo llevan a la reflexión. Quisiera aligerarlo todo y convertir en meras líneas vagarosas, sin sentido ni realidad, el mundo circundante. Tampoco quería pensar el desesperado Caín. A falta de signos que lo llevaron a la abstracción de la conciencia, se refugió en la cueva sombría, donde imaginaba que no llegase la luz de la justicia.

Justamente este fenómeno de evasión aparece cuando el hombre está más obligado a la agonía consigo mismo. Podría explicarse como un intento de echarse fuera de sí para huir los propios reclamos y hacerse, en cambio, de medios que le pongan en el camino del olvido. La superficie purulenta de la sociedad que engendra la guerra, solicita por ello las cualidades barbitúricas de aquellas expresiones culturales que puedan llevarlo al desligamiento con la realidad.

En medio de este mundo contradictorio, todos hablan de la paz. Pero todos fabrican la guerra. Hasta aquellos que debieran hacer suyas

las palabras de Cristo diariamente leídas a la hora del misterio eucarístico, invocan la necesidad de destruir hombres, por otros presentados como enemigos de la justicia, de la libertad y del orden, en razón de encararse con el monopolio explotador de las potencias imperialistas o de luchar en el interior de los Estados contra fuerzas que les niegan la posibilidad de vivir una vida ordenada de trabajo. Sin que haya guerras santas, algunas pueden ser obligadas para el nivel de la justicia. La nuestra por ganar la Independencia cabe en el marco de las grandes jornadas encaminadas a ampliar el radio de la libertad y de la dignidad humana. Las hechas para retener mercados y para imponer el dominio de una oligarquía universal, deben tener el permanente y reflexivo rechazo de quienes saben que es un crimen mejorar las máquinas de guerra, así haya quienes se empeñen en meterlas en la "trampa de la justicia" de que habló Vives, y con la cual los hombres de la violencia quieren ribetear de legítimas sus aspiraciones incontenibles.

Las guerras de hoy son meros procesos de naciones que luchan por mercados esclavistas y de pueblos que buscan un nivel más alto de existencia. Para hacerlas se conjugan múltiples factores, con raíces hundidas en zonas diversas y contradictorias, cuyo común denominador es la distorsión del raciocinio. Ese es nuestro caso y el caso de la pseudofilosofía que busca razonar los errores del momento.

Quienes se niegan a servir con su ciencia la causa de la guerra, prueban lealtad a la causa del hombre. Prueban una reflexiva adhesión al concepto de que las ciencias y las artes están destinadas a aumentar la dimensión del hombre humano. No a hacer mayores las posibilidades de dominio del animal hombre. Se trataría, en el caso comentado, de premiar, más que una afirmación, una negación afirmativa. Cuando el sabio dice "NO" a quienes le invitan a perfeccionar las armas atómicas, su negativa suena como un fecundo "SI" en el área de las realidades humanas. El sabio, al hacerlo, toma sitio en el mundo desamparado y abatido de la verdad y de la lógica. Pero en su sitio, sin palmas ni regalos, regusta humildemente la profunda satisfacción de sentirse en paz con los hombres y en paz con su conciencia.

MOTELES Y METROMOLIS

Nuestro vocablo Hotel, al igual del inglés Hotel, viene del francés Hotel, y el Diccionario lo define como “fonda de lujo”. El vocablo deriva del viejo francés *hostel*, proveniente del latín medieval *hospitale*, a su vez derivado del viejo latín *hospes*, huésped. Antes de tomar el castellano la palabra a través de la peripecia medieval y francesa de la voz latina, tenían uso, entre otros, los vocablos fonda, mesón, posada, hospedaje, parador, hospedería, hostería, hostelaje, para indicar sitio de albergue, de descanso, de residencia, transitoria o permanente. Hermosas palabras posee nuestra lengua para significar los varios conceptos de la hospitalidad. Son palabras gratas, que dan idea de convivencia, de sociedad, de amparo, de refugio, de protección, de abrigo, de auxilio mutuo. Son, en realidad, vocablos que corresponden a un sentido de humana comunicación y a una realidad de vida cónsona con la idea de comunidad que constituye la esencia social del género humano. Tienen contenido de humanidad estas voces con que expresamos el sitio de encuentro, en pueblos y caminos, de hombres distantes y afanados que buscan solución a sus diversos problemas personales.

Ahora se trata de aclimatar la palabra Motel. La presentan como derivada de Motor y de Hotel. Es un hibridismo inglés, contra el cual se han pronunciado graves académicos amigos, que la declararon, sobre fea, inútil, por cuanto nuestro idioma tiene sobradas palabras para expresar la idea de hotel de camino.

Yo no creo que sea sólo una majadería el caso de tan desagradable voquible. Más allá de la áspera fonética es preciso buscar los valores ideológicos que se reúnen en el curioso maridaje de las palabras motor y hotel. Cualquiera diría que la palabra sobra en el orden práctico, por cuanto ya tenemos la voz garaje, que vale por “hotel para automóviles”.

Pero lo que busca connotar el nuevo barbarismo es otra cosa: con él se quiere indicar el sitio donde se ofrece albergue al automóvil y al pasajero, mesón o posada donde hay alojamiento para automóviles y personas.

La palabra corresponde a la desvalorización de la persona en el orden de la nueva cultura industrial del mundo capitalista. Los viejos vocablos miraban al hombre en sí mismo. La curiosa palabra de hoy ve el binomio carro-hombre. La máquina destruye la persona en el orden de la deformada cultura cosmopolita de hoy, y la lleva a su zaga. Jamás se pensó en crear un vocablo que expresase el concepto de hospedaje para hombres, caballos y mulas, cuando eran éstos los medios de transporte. Nadie ideó las voces cabaposa, cabatel, mulposa, para significar que había pienso para ambos animales. Se pensaba sólo en el hombre. Lo demás venía por añadidura. A quien hace hoy camino se le imagina transportado, en función activa, por medio de un carro automóvil. Lo correcto sería juzgar que el hombre conduzca al carro. No es necesario pensar que hacen una sociedad de iguales méritos, menos aún concebir que el hombre es quien va a la voluntad de la máquina, así viaje en un coche colectivo.

Pero lo inconcebible es realidad. En nuestro actual mundo frankensteiniano, el hombre ha pasado a ser servidor de su propio invento. La máquina, que en un mundo de justicia social debió haber servido para levantar la propia dignidad de su inventor, no ha hecho sino crear un sistema de competencia en el trabajo, que somete al hombre a la esclavitud de sus dueños.

Cuando el hombre, por la propia holganza que debía garantizarle la ayuda de los instrumentos mecánicos, tuvo mayor derecho a la libertad, se vio en cambio, sojuzgado por la tiranía de los valores materiales surgidos al compás del progreso creado por él mismo. En el principio fue el Verbo; después, el hombre; enseñan las letras divinas. En una revisión del Texto santo, cualquier exegeta precipitado podría decir. En el principio está la Máquina.

Quien ideó la voz Motel no creó un vocablo baldío y sin sentido. Tuvo, en cambio, intuición de la realidad presente. Motel es un tratado de Sociología Moral, reducido a la mínima expresión de una palabra híbrida. La conjunción del valor máquina y del valor hombre con primacía del primero en una sola voz, representa con sobra de elocuencia lo que es el momento actual de nuestra cultura industrial. Las grandes ciudades, como Caracas, llenas de automóviles, no se llamarían tampoco ciuda-

des ni pueblos. Se debieran llamar Modades y Moblos. Antes que la idea de comunidad de hombres, la idea de comunidad de automóviles. Las metrópolis, consiguientemente, se llamarían Metrómolis. La semántica ha de amoldarse a la realidad conceptual de cada época. Las lenguas deben esforzarse por expresar con precisión lo que piensan los hombres de cada edad. Cuando sobre el profundo valor del hombre se levanta la pesada realidad de la máquina, las palabras están en el deber de adecuarse a la verdad del drama que viven los humanos. Fea, inelegante, aparentemente innecesaria y majadera, la voz Motel comprende un sombrío sistema de vida, donde se niega espacio a los más gratos valores del espíritu. Motel es vocablo que concuerda con el irreflexivo y destructor progreso que amenaza nuestra propia realidad nacional. Motel es palabra de piti-yanquis.

CONTROL DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

En la III Asamblea General de la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza, cuya última sesión se efectuó ayer en esta ciudad de Caracas, el Delegado americano Vogt declaró paladinamente, como quien no dice nada grave, que en el mundo sobra la mitad de la actual población humana, a causa del analfabetismo, de la desnutrición y de la carencia de higiene como se resuelve su vida. En consecuencia, aconseja el control de la natalidad como medio de frenar el “inhumano” progreso del número de hombres.

Por convicción, he sido contrario al famoso “birth control” de americanos, ingleses y franceses. También, por principios, soy enemigo de diezmar la población humana por medio de la guerra. Sin embargo, algunos escritores que atacan ferozmente el malthusianismo en la pocreación, no paran mientes cuando se trata de justificarlo en los campos de batalla. Impedir los nacimientos no es crimen mayor que asesinar masivamente a hombres en plenitud del goce de la vida. La guerra es un método que cuadra en la conciencia malthusiana de quienes buscan la manera de emparejar la producción alimenticia con el número de pobladores. Contraconceptivos, abortivos y ametralladoras juegan el mismo papel en el orden de la destrucción del hombre. Quien ataque por inmoral el control de la natalidad que no se haga por medio de los sistemas oginistas, debe tener voz más alta para condenar a los evangelistas de la guerra.

Crimen mayor que evitar la concepción o detener el embarazo, es enviar hombres a los campos de batalla. Hasta el primero del presente septiembre las bajas americanas en los campos de batalla de Corea eran de ciento diez y seis mil seiscientos cincuenta y cinco hombres, contados entre muertos, heridos y desaparecidos. ¿Cuántos serán los coreanos y los chinos sacrificados? . . .

A los hombres que según el profesor Vogt sobran en el mundo, les falta educación, sanidad y nutrimento. Media humanidad está enferma, hambrienta y en la ignorancia, porque la otra mitad no ha sabido dirigir el aprovechamiento de la abundancia. Si en lugar de ser fomentada la industria de la guerra se fomentasen las industrias de la paz, es de suponer que otra sería la actual situación del mundo. Si lo que se destina a los famosos presupuestos de la llamada Defensa, fuese destinado, con un sentido más racional, al fomento de la agricultura y de la cría, a la difusión de escuelas y a construir mayor número de centros donde fueran atendidos los problemas de la salud social, seguramente habría menos hambrientos, menos analfabetos y menos enfermos.

Pero los imperios necesitan mercados que consuman sus crecientes industrias, y ninguno mejores que los mercados coloniales y semicoloniales. Necesitan también los países del imperialismo industrial que haya países sojuzgados que produzcan a ínfimos precios la materia prima reclamada por las fábricas. Viet-Nam, pongamos por caso, está condenado, según criterio del imperialismo, a proseguir su vida miserable de colonia, para que Estados Unidos, con la ayuda de Francia, pueda seguir extrayendo de su territorio, en la forma más cómoda, el 80 por 100 del caucho y el 52 por 100 del estaño que necesita. Nada significa que el hambre, la ignorancia y las enfermedades devasten la sufrida población indígena. Los países ricos, de estructura económica semi-colonial, como Venezuela digamos, son, en cambio, excelentes mercados para recibir la industria imperialista. De todo se valen los países poderosos para que el dinero que pagan a estas naciones como precio de sus materias primas regrese de inmediato a los grandes centros productores. Por ello, lo que a nosotros nos da el petróleo y lo poco que nos dé el hierro, regresa a Estados Unidos para pagar automóviles de lujo, alimentos, telas y una serie de artículos que pudieran producirse en Venezuela, si entre nosotros hubiera un criterio defensivo de la riqueza nacional.

El desenvolvimiento de la prosperidad de los pueblos con fines de paz no es ideal de las naciones poderosas. Más productiva resulta la industria de la guerra, y los sistemas todos han de adecuarse a la conciencia que produce el belicismo. Si los planes de los pueblos fueran sustituidos por métodos racionales de vida, no estaría "sobrando" esa media humanidad que el profesor Vogt denuncia como una pesada "carga" para la media humanidad feliz de que él y yo formamos parte. Posiblemente el ilustre profesor estaría también dispuesto a explicar la licitud

de la guerra como medio adecuado de librar al mundo del fastidioso exceso de población enferma e ignorante. Mas en este supuesto los cálculos tácticos habrían de fallarle. Con numeros acomodados a gusto puede establecer un desacuerdo entre la producción alimenticia y el crecimiento vegetativo de la población mundial. Como no hay suficiente pan para alimentar a todos los hombres y mujeres del mundo, nada más práctico que suprimir las bocas que sobran. Es un silogismo brillante. Esto podría tomarse como norma de bienestar social. Quien, en cambio, resultaría majaderamente perjudicial a la sociedad sería Pastor Oropeza. Evitar, como él hace, la mortalidad infantil, es aumentar el número de bocas sin comida que van a integrar mañana la mitad sobrancera de la humanidad. Preferible es que las enfermedades de la primera infancia ayuden a hacer el balance rítmico de la población. Este método resulta más "humano" que la guerra, puesto que con ésta se aniquila una población de jóvenes en plena posibilidad de rendimiento.

Explicar el hambre por carencia de capacidad productora de la tierra es una mera falacia, que queda anulada cuando se piensa en el trigo y en el café quemados, en las naranjas y en la remolacha destruidos para que se puedan mantener los altos precios del mercado internacional. En nuestros mercados urbanos, ¿acaso no vemos con frecuencia el abandono de frutas que no se vendieron a justos precios para mantener un nivel artificial que asegure mayores utilidades a los revendedores? . . .

El hambre, el analfabetismo y las enfermedades se explican mejor por la mala distribución de la riqueza y por la permanencia de esquemas económicos, cuyo mejor soporte son las guerras, encaminadas a mantener en vigor la explotación de los pueblos atrasados. Ese sistema lo propugnan muchos que invocan para sí el nombre de cristianos como bandera defensiva. Ese sistema, para vestirlo de seriedad y de respeto, algunos lo llaman derechista, y se dicen entonces derechistas cristianos. Olvidan éstos que Cristo tomó con la mano derecha el látigo de que se valió para castigar a los usureros, a los ladrones, a los cambistas que buscaban protección bajo la sombra sagrada del templo del Señor. El único sistema derechista posible en el orden cristiano sería el que repitiese la acción de Cristo sobre las espaldas de los especuladores sin entrañas que atizan el odio y la guerra entre los hombres y los pueblos. O que a su derecha generosa pidieran, como Dimas, perdón los ladrones que se dicen representantes del orden cristiano.

EL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

Frecuentemente, "The New York Times" publica apreciaciones correctas acerca de la realidad política de nuestros países latinoamericanos. Estos antecedentes hacen más extraño el contenido de su editorial "Latin-American Nationalism", aparecido en la edición del martes 19 de agosto de 1952.

Basado en informaciones de su corresponsal en Río de Janeiro, el editorialista habla de nuestro nacionalismo como de "una dolencia que corroe a toda la América Latina", y fundándose en apreciaciones que jamás podrían ser generalizadas, intenta presentar el apenas renaciente nacionalismo de nuestros países como expresión de una actitud de tipo fachista.

Para quien examine serenamente el problema de nuestras Repúblicas, los conceptos de "The New York Times" resultan sobrado errados y tendenciosos. Justamente la dolencia que ha destruido nuestra vertebración continental e interna ha sido la absoluta falta de un sano y constructivo nacionalismo, que hubiera defendido a tiempo nuestra riqueza y hubiera evitado la situación colonialista en que han venido a parar nuestras industrias y comercio, en beneficio de la gran industria y del poderoso comercio del Norte.

Si el escritor de "The New York Times" quisiera hacer buena memoria, sin detenerse en los intentos esclavistas de mediados del siglo XIX, podría subir hasta las fuentes de la historia política a la libertad, con el naciente poderío de Estados Unidos. Ya en 1812 el secretario Monroe pensaba en lo que significaría para el Norte el desmembramiento del Imperio español, y según informes que supo recoger el hábil ministro de la Corte de España cerca del Gobierno de Washington, nuestro delegado don Telesforo Orea llegó a comunicar a persona de su confianza cómo el señor Monroe le había insinuado, lo mismo que al delegado de

la revolución mexicana, la conveniencia de que nuestros países se acomodasen a la Constitución de Filadelfia para que, una vez unidos a los del Norte, pudiesen formar “la potencia más formidable del mundo”.

Esa idea de imperio jamás ha estado ausente de la política estadounidense. El Panamericanismo no es sino el rostro visible de dicho propósito de dominio. La unión de las Repúblicas americanas se ha logrado a través de un sistema que constituye la estilización en el orden del derecho público del mismo propósito que ofendió a los delegados de México y de Venezuela en 1812. Y ha logrado esa posición disvaliosa para nuestros países, por carecer éstos de un recto sentido nacionalista que hubiera buscado en la unión sincera de las Repúblicas latinoamericanas una fuerza de resistencia frente a los propósitos imperialistas del Norte.

Justamente el nacionalismo que en la actualidad se configura en nuestros países, lejos de ser un nacionalismo regimentado, arranca espontáneamente del fondo del pueblo, como testimonio de una conciencia en trance de reacción contra la burda explotación forastera. Fenómeno humano y universal, coincide con movimientos semejantes en el Medio Oriente y con la repulsa que los pueblos de Europa hacen de la intervención americana en su política doméstica. En nuestro caso, el nacionalismo no puede ser mirado como expresión de xenofobia. Nuestra América Latina se sabe continente abierto a las aportaciones de la cultura y del capital foráneos. Pero nuestra América aspira a un trato acorde con la dignidad humana. Nuestros pueblos quieren existir en sí mismos y desarrollarse libremente sobre las bases de su personalidad histórica. Nuestro nacionalismo es apenas el despertar de un hombre que fue traicionado mientras dormía.

Yerra flagrantemente “The New York Times” al presentar como dolencia las primeras expresiones de revitalidad pública que están dando espontáneamente nuestras Repúblicas. Ante el complejo y poderoso movimiento que denuncia (*very complex and powerfull*), y que en realidad no tiene aún todo el poder que para él deseamos, mejor sería de su parte una actitud encaminada a hacer ver a los dirigentes políticos y financieros del gran país del Norte el deber y la conveniencia de cambiar su táctica frente a los problemas de una América, que sólo quiere paz y libertad como garantía para su libre trabajo, y en especial ante el problema de nuestros nacionalismos, a los que juiciosamente reconoce “profundas raíces psicológicas”, y los cuales, con buen sentido, presenta como fuertes movimientos desvinculados de los partidos comunistas.

La convivencia internacional impone la necesidad de estrechar los vínculos con todos los países del mundo, en especial con los países vecinos con quienes se realizan los procesos de interferencia económica y espiritual. Mas ese estrechamiento debe basarse en la permanencia de los valores troncales que dan fisonomía a los distintos pueblos. Las relaciones de nuestros países latinoamericanos con el inmenso pueblo del Norte no debe llegar a los límites de la amañada intervención y del servil sometimiento de nuestra economía al cuadro de los intereses de Estados Unidos. Tampoco puede ser la nuestra actitud de sumisa cooperación en propósitos de un afincamiento imperialista que se volvería en último análisis contra nosotros mismos. El sano nacionalismo que hoy busca una serie de rectificaciones en esa política, no debe ser calificado de dolencia social, sino de vigoroso recobramiento de una personalidad en trance de delicuescencia. Menos puede hablarse de xenofobia como tacha para la política de puertas abiertas de nuestros pueblos. Xenofobia podría ser, en todo caso, la arbitraria discriminación que hacen los sistemas inmigratorios estadounidenses.

De punta a punta ha errado esta vez "The New York Times" al presentar como enfermizo nuestro saludable nacionalismo latinoamericano. Lejos de ofender con sus epítetos la correcta actitud de nuestros países, el editorialista ha debido ahondar más en las razones que guían nuestra actual política defensiva. En cambio, los rudos comentarios que hace sobre nuestro caso, dejan ver cómo desagrada a los altos círculos norteamericanos toda actitud que indique una intención de defender nuestros derechos frente a las ansias de dominio y de explotación del Coloso del Norte.

EN TORNO AL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

Extraordinario revuelo de opinión ha ocasionado en ambas Américas la elección del general Carlos Ibáñez del Campo para la Presidencia de Chile. Si en verdad se ha venido creando una conciencia política americana, que lleva a cada país a seguir con interés el curso de los problemas de los otros, en el presente caso juegan circunstancias que abultan muy razonablemente el hecho del retorno al poder del viejo político, fustigado ayer por las fuerzas de las oligarquías chilenas y enfrentado hoy a las coaliciones provocadas por el titubeante y versátil Gobierno de González Videla. Pero el pueblo chileno ha dado en las urnas su respaldo al anciano general de joven mente no por su recia estructura de caudillo, sino en razón de ser uno de los más avisados vigilantes del nacionalismo en Chile. (La conciencia nacionalista de los pueblos, por una curiosa paradoja, ha venido tomando la voz de políticos cargados de años y experiencia: Mosadegh, Ibáñez, Velasco Ibarra).

Ibáñez, desde su primera Presidencia, ha mirado con hondo sentido nacional los problemas de su país y ha tomado por ello la bandera de las más sentidas reivindicaciones chilenas. Si ayer la crisis del salitre y el colapso económico de 1930 interfirieron sus propósitos, hoy, así sea difícil la hora, cuenta con un pueblo más fogueado en la nueva lucha por su independencia y su dignidad.

En el momento actual, la elección de Ibáñez del Campo ha provocado gran inquietud en determinados círculos norteamericanos. Se mira a Ibáñez como el quinto Jefe de Estado latinoamericano en actitud de romper la uniformidad del llamado "sistema continental". Se le presenta, en consecuencia, como enemigo de Estados Unidos, a la par de Perón, de Paz Estensoro, de Velasco Ibarra y de Arbenz.

Los corresponsales de prensa han divulgado informaciones contradictorias respecto a la posible política del nuevo mandatario. En el fondo, aquélla, como lo escribe Sam Pope Brewe en "The New York Times", habrá de limitarse a buscar el máximo provecho de sus propios re-

cursos, sin perjuicio de los legítimos intereses del capital extranjero aplicado a su explotación, todo dentro de una política ajustada a la igualdad de tratamiento con Estados Unidos, lo cual, seguramente, provocará un reajuste en el sistema de "sumisión y vasallaje" que ha venido pesando sobre Chile. Enfáticamente declaró Ibáñez al redactor de "The New York Times". "Es muy difícil, por si no imposible, mantener una cordial y amistosa actitud con ningún poder que crea que Chile, porque es un pequeño país, puede renunciar sus derechos y su soberanía y someterse a la influencia y dirección de los grandes en sus negocios internacionales".

En estos últimos años se ha fijado un método por demás peligroso en orden a la racional interpretación de la actitud de nuestros países y de sus hombres frente a la política de Estados Unidos. Defender lo privativo nuestro, buscar el máximo aprovechamiento de nuestra riqueza, robustecer los valores populares de la nacionalidad, proteger de toda influencia delicuescente a nuestras formas culturales y políticas, en fin, insistir acerca de la necesidad de resguardar nuestra personalidad de pueblo frente a la absorción lenta y constante del imperialismo, se toma como actitud hostil y, consiguientemente, provocativa contra la política de Washington. A quienes así obran, los llaman los pitiyanquis enemigos de la decantada defensa hemisférica, sin pensar que el hemisferio hay que empezar a defenderlo en cada casa nacional. Nada valen los pactos —decía Bello— sin la realidad de su correcta ejecución en cada país.

Se ha intentado, en consecuencia, crear un esquema abstracto de solidaridad de intereses en torno a la política que dirige el Departamento de Estado; mas dicha solidaridad no pasa de ser una discreta avenencia con los propósitos norteamericanos. Toda tentativa de parte de los países de la América no inglesa hacia la defensa de sus intereses naturales de pueblo se la presenta como una provocación dirigida al Tío Sam. En cambio, quien se detenga a examinar el fondo de las corrientes hoy puestas en juego en los llamados países "no gratos" a Estados Unidos, hallará que por ningún lado han sido aquéllos quienes asumieron la responsabilidad de la iniciativa. Se han limitado pura y simplemente a repeler ataques y asechanzas provenientes de agentes o de sistemas norteamericanos. Perón mismo es un resultado del repudio colectivo que provocó la intromisión abusiva del embajador Braden en la política argentina. Lo ocurrido en Guatemala es de una lógica irrecusable. La hermosa República chapina ha sido víctima de la United Fruit Company. Mientras hubo dictaduras que necesitaban el apoyo inmediato del Departamento de Estado, las reivindicaciones obreras frente a la explotación bananera

estaban cohibidas. Hoy, el Gobierno guatemalteco apoya la justicia del pueblo explotado por el capital extranjero y por la oligarquía latifundista. Y Washington mira por enemiga la actitud de los políticos de Guatemala. Si allá hubiera sumisión a los planes expropiativos del Norte, aunque los gobernantes estuviesen incendiando templos y descabezando frailes, sería Guatemala, como Yugoslavia, una República de orden. Paz Estensoro, con su política frente al estaño, responde a un profundo reclamo popular. En Bolivia se han asesinado por las autoridades y capataces miles de miles de obreros que pedían justicia frente a su inhumana explotación por el capital extranjero.

Si el caso se mirase a otras luces, sería fácil comprender que nuestros países obran de segunda parte. Y ello tiene afincadero en la lógica más simple. Los pueblos pequeños y los hombres indefensos no tienen interés en agredir a los poderosos. Son los grandes quienes provocan la reacción defensiva de los pequeños y de los inermes. Ningún país latinoamericano tiene interés ni deriva provecho en ir pura y simplemente contra la política norteamericana. Creo que todos aspiran a mantener con la gran nación del Norte un pie de relaciones beneficioso para sus mutuos intereses. Pero las modestas aspiraciones de nuestros pueblos no coinciden con el modo de obrar el imperialismo. En nosotros se han mirado apenas campos de provecho para el gran capital yanqui, ora por el consumo de su industria, ora por la aportación de nuestras materias primas o bien por la penetración del capital financiero en el desarrollo y en la explotación de nuestra industria y de nuestro comercio domésticos. Aun más. Nuestro pensamiento, nuestros valores culturales, aun el propio campo religioso de nuestros países, se busca hoy poderlos dirigir desde Nueva York o desde Washington. Las modas, las costumbres, los gustos, las lecturas, el propio vocabulario de nuestros pueblos, intentan los poderosos vecinos del Norte que sean sometidos a su dirección común.

Para impedir el crecimiento y la perpetuación de tan bastardos propósitos ha venido, sin acuerdo alguno, tomando cuerpo en todos los países de Latinoamérica, una conciencia defensiva y de rechazo, que busca su mejor apoyo en las reservas morales de la nacionalidad. No han surgido nuestros nacionalismos particulares, o nuestro nacionalismo latinoamericano, como acto espontáneo, dirigido a adversar la política del Norte. De lo contrario, ha aparecido como repudio a una incorrecta actitud de la política estadounidense. Nuestro nacionalismo se limita a la conservación de nuestros valores de pueblo y a la defensa de nuestro destino económico y político. Su faz más importante sería buscar solu-

ciones prácticas en el propio orden de la americanidad latina. Han advertido los países que demoran desde el sur de Río Grande hasta la Patagonia que el virus enfermizo que permite la avanzada del Norte en el corazón de nuestros pueblos lo provocaron nuestras pugnas domésticas. Cuando Colombia enciende la querrela frente al Ecuador, cuando el Perú insiste en sus problemas fronterizos y Paraguay atiza contra Bolivia, cuando se aviva la discordia centroamericana y cuando Santo Domingo discute con Cuba, se solaza el Tío Sam, a quien la agitación bélica abre mercado para los armamentos y asegura una nueva discordia que impida la integración de los grandes bloques hispanoamericanos. Alguien ha llegado a pensar que a discreta distancia pareciera que Estados Unidos animase la guerra de prestigios o influencias históricas en que políticos e historiadores de hoy han metido a Bolívar y a San Martín. Ellos, que hicieron la libertad de nuestra América, han sido convertidos, fatal e inútilmente, en piedras de escándalo para la división de nuestro mundo hispanoamericano.

Tampoco es cierta la tesis de que nuestro nacionalismo latinoamericano repudie todas las formas de cultura procedentes del Norte. Ceguera y temeridad sería situarse en tan absurdo marco. Hay repudio para la actitud ilegítima de quienes se niegan a reconocer nuestros antecedentes culturales, en razón de poseer ellos un grupo de conocimientos adquiridos en famosas Universidades norteamericanas. En el orden médico, pongamos por caso, se pronuncia hoy una corriente entre nosotros que, después de desconocer la labor de nuestra Escuela de Medicina, con todo y Vargas y Michelena y Elías Rodríguez y Hernández y Razetti y Rangel y Acosta Ortiz y Rísquez e Iturbe y Martín Vegas y Arnoldo Gabaldón y José Ignacio Baldo y Pastor Oropeza y Enrique Tejera, termina por sólo dar mérito a las citas de recientes tratados yanquis y por considerar como únicos capaces de curar a los facultativos con diplomas refrendados en Universidades del Norte. Contra ese esnobismo cultural es justo que levantemos nuestras voces y hagamos mérito de nuestra tradición científica y literaria. A quienes crean que nos están haciendo ahora nuestro mundo a punta de discursos, fórmulas y cálculos en inglés, debemos decir que nuestro mundo tiene bien henchidas de tiempo sus raíces y que a la necesidad y deserción que constituye la siembra de árboles artificiales en el suelo de nuestra Patria, oponemos una resistente y fresca conciencia que, con el riesgo de lo nuevo y de lo útil intenta hacer más eficaz la digna cosecha del viejo araguaney, en cuya corteza dejaron románticamente grabados sus nombres los padres antiguos. . .

BRASIL

Hacia el Sur, más allá de nuestra opulenta Guayana, se extiende la inmensa República del Brasil. Cuando se vuela sobre Santa Elena de Uairén, divisase a lo lejos el azulenco perfil del país hermano. En el siglo XIII era corriente la tradición de una isla misteriosa en el Mar de las Tinieblas, cuyas ricas maderas daban un tinte de fuego. Del abrasado color de esta leyenda viene la palabra Brasil. Carbón ardiente. Brasa. Tales valores sugirió la idea del palo tintóreo. En las cartas precolombinas, la isla legendaria aparece frente al Cabo Finisterre. Los navegantes que penetraron en el actual territorio del Brasil, le dieron este nombre, al encontrar la planta de rojo tinte que había hecho célebre en la fantasía del europeo la presumida tierra.

El Brasil es nuestro mayor vecino. Pero, mientras con Colombia conversamos diariamente sobre los manteles de la fraternidad fraguada por la Historia y mantenida por los caminos fáciles, con el Brasil nos negamos la cara. Hasta hoy somos con el gran país sudeño como siameses unidos por la espalda. La comunidad salvaje de la Hilea amazónica cierra por ahora la posibilidad de rehacer el contacto que mantuvieron nuestros aborígenes aruacos y caribes. En cambio, la civilización que salta sobre los atrasados procesos de cultura, nos está uniendo a través de los aires. Justamente cuando empiezo a escribir estas líneas, leo que el Embajador del Brasil en Caracas explica a los periodistas el proyecto de escalonar en la selva amazónica una red de aerodromos que permita viajar en línea recta de Río Janeiro a Caracas. La rectitud de la travesía hará más rápido el contacto entre una y otras ciudades.

El Brasil, con sus 8.516.037 kilómetros cuadrados, domina en extensión a Estados Unidos y cubre casi la mitad de la superficie de la América del Sur. Sin embargo, su población apenas llega a los 52.000.000 de habitantes. El Amazonas, su río principal, es, si no el más largo, sí el más caudaloso de los ríos del mundo. Tiene más de tres mil kilóme-

tros de fondo navegable. No es, sin embargo, el único que ofrece facilidades viales. El San Francisco, el Purús, el Araguaia, el Tocantins y el Paraná hacen largos recorridos transitables por barcos. En no menos de 20.000.000 de caballos de fuerza se calcula el potencial hidráulico de los ríos brasileños. Hoy apenas se utilizan 1.064.318 kws. La potencialidad agrícola y ganadera del país es algo asombroso. El porvenir de sus industrias no tiene cálculo.

En ligeras líneas no se podría resumir el valor geográfico, económico, cultural, político e histórico de nuestro gigantesca vecino. Pero se puede expresar rápidamente lo que para nosotros significaría un mejor conocimiento de la realidad brasilera.

Pese al diferendo de las lenguas, el Brasil representa para Venezuela un campo experimental de inapreciable valor. Desde el punto de vista etnográfico es admitido que nuestros aruacos y caribes vinieron del Sur. En la selva brasilera vivieron, pues, los abuelos de nuestros indios primitivos. Cuando se compara el folklore de nuestras tribus primitivas con el folklore de los indios del Brasil, saltan los elementos probatorios de la comunidad arcaica. Como al Brasil, a nuestro territorio llegaron también durante la época colonial tribus africanas que, a más de labrar la tierra para el enriquecimiento de los señores, sumaron su sangre para la formación del alegre y calumniado mestizaje de nuestros pueblos. Portugueses y españoles constituyeron una comunidad peninsular que da a su vieja Historia, a sus antiguos usos y a sus precisas costumbres una extraordinaria similitud. El plasma social brasilero tiene tanta semejanza con el nuestro como la que tenemos con colombianos y cubanos, así con éstos nos sentimos mucho más unidos en razón de la común tradición hispánica y de la inteligencia del idioma. A pesar de estas poderosas razones, muy poco sabemos de nuestros hermanos del Sur, con quienes comenzamos el intercambio comercial. Si algunos científicos y algunos escritores conocen el movimiento de las letras y de las ciencias brasileras, la mayoría se contenta con hablar de Carmen Miranda, del carnaval de Río, de la Carioca y de las aguamarinas. Puede que en nuestro aislamiento influya exageradamente el problema de la lengua. Ocurre que el portugués no es idioma dominante ni en la política ni en el comercio del mundo, y su relativa semejanza con el español hace que su estudio sistemático se descuide en razón de la "facilidad de entenderlo" que le encuentra nuestra gente.

La cultura literaria y científica del Brasil ofrece estupendos monumentos. En Medicina, la Escuela de Sao Paulo y el Instituto "Oswaldo

Cruz" tienen crédito entre las mejores instituciones del Nuevo y del Viejo Mundo. En las especialidades de Derecho, de Ingeniería, de Ciencias Económicas, de Química, de Antropología, de Biofísica, de Agronomía, las once Universidades que llevan el peso de impartir la enseñanza superior, figuran como de primer rango. Gilbert Freire, Arthur Ramos, Euclides Da Cunha son figuras cimeras en el estudio de nuestra sociedad americana. En el mundo de la poesía, el Brasil ha dado en Cecília Meireles la primera poetisa actual de lengua portuguesa. La organización social del Brasil podría facilitar elementos de comparación y de estudio útiles para nuestras experiencias locales. Más fácil de adaptar resultan las conclusiones derivadas de la observación de hechos realizados en una área geográfica semejante por una sociedad de comunes factores étnicos, que empeñarnos en mirar hacia la vida de comunidades disímiles en usos, costumbres y origen.

En una extensión que disemina enormemente la población, el Brasil ha logrado reducir al 56% el índice de analfabetismo, a la par que exhibe como timbre de honor social el índice menor de criminalidad en América. Ya esto sólo valdría para el más atento estudio del desarrollo social de aquel pueblo.

País en organizado proceso de crecimiento, debiera el Brasil ser mejor conocido por nosotros, no ya por lo que podríamos aprender de su valiosa experiencia técnica, cultural e industrial, sino por ser nuestro vecino poderoso y en razón de las circunstancias antropológicas que permiten adaptar fácilmente el resultado de observaciones allá logradas en diversos campos de la actividad social. El destino geográfico nos ha puesto al lado de este inmenso país, donde se están echando las bases para una de las más avanzadas etapas de la civilización universal. Hoy mismo en el Brasil se está operando una profunda transformación político-social, que empieza a colocarlo en sitio prestante en el concierto de nuestra sufrida América latina. La vitalidad del pueblo brasileiro ha hecho sentir sus valores nacionalistas y ha pedido enfáticamente que la política de la gran república se dirija por sus propios intereses y no por los intereses dudosos y antagónicos de los Estados Unidos. A esta fuerza clara, legítima, dignificadora, la propaganda norteamericana ha opuesto una tozuda crítica, que ayer llamó "enfemizo y corrosivo" al nacionalismo defensivo de Latinoamérica y que ahora pretende presentarlo como una expresión subversiva contra las propias autoridades brasileras. El editorial de "The New York Times", del 28 de octubre de 1952, es el más desvergonzado testimonio de la falacia con que el impe-

rialismo yanqui intenta dividir la conciencia interna de nuestra América mulata. Al pretender presentar el gobierno del Presidente Vargas como víctima del movimiento nacionalista, que adversa con neta conciencia de dignidad los pactos de asistencia militar con Estados Unidos, lejos de favorecer al Magistrado, lo hace aparecer como comprometido con los intereses del imperialismo, a quien, como tal, atacaría la conciencia democrática y nacionalista del Brasil. Vergonzosa defensa que mancilla la figura del Presidente brasileiro. Sucio e inhábil argumento que se convierte en *boomerage* contra los pretensos y amañados defensores del gobierno de Río Janeiro.

Ni el nacionalismo brasileiro ni el nacionalismo de cualquier otro país de la América Latina, es arma creada para agredir libre y espontáneamente a Estados Unidos. Nuestro nacionalismo es expresión natural de una legítima voluntad de ser y, al mismo tiempo reacción lógica contra un sistema que pretende convertir en meras colonias del Norte a nuestros sufridos países iberoamericanos. Brasil, como la mayor de nuestras repúblicas, por ley natural de tamaño y de importancia ha de mostrarse como país puntero en la lucha por nuestra nueva independencia. Como en los años de la invasión napoleónica a la península Ibérica, son de prueba y de creación para nuestra América los años que cursan. Se está jugando nuevamente el destino independiente de estos países. La posición es clara. Se persigue de una parte la creación de un sistema que aspira hacer del nuevo mundo una comunidad regida por Washington, al igual de la Commonwealth que dirige Londres; y por la otra, se busca una realidad interamericana que logre, por medio de la formación de recios bloques continentales, el equilibrio que nos defienda de la absorbente potencia del Norte. Hombres, libros, periódicos, dinero, hacen el juego a las pretensiones del coloso yanqui. A nosotros nos quedan como armas defensivas la dignidad, la entereza, la resistencia a los halagos, la inteligencia que nos guíe para defender los patrimonios de la República. En el presente caso, afortunadamente en la Cancillería de Itimari dura la habilidad, el señorío y la prudencia de la vieja diplomacia del Emperador Pedro II. Prudencia, señorío y habilidad que serán parte para dar a la resistencia del pueblo del Brasil el carácter quemante de su valor etimológico. Brasa ardiente ha de ser para el imperialismo yanqui la personalidad vigorosa y vigilante del gran país del Sur. Brasa llamada a quemar a quienes intentan ultrajar nuestra libre determinación de pueblos.

BANDOLEROS

Desde Curaçao, el 30 de septiembre de 1813, dirigió José Domingo Díaz la primera de sus tremebundas cartas al pueblo de Venezuela. Ninguna literatura más virulenta, más apasionada, ni más calumniadora ha recogido nuestra antología política. En aquellas cartas Bolívar y los bravos patriotas que nos dieron Patria independiente, aparecen vestidos de los más rojos y horripilantes arreos de asesinos, depredadores y ambiciosos verdugos de los pueblos. “hombres incapaces para gobernar y astutos para sus negocios”, es lo menos que les dice el libelista. “Venenosa anarquía difundida por todas las clases, ha formado (del país) una masa incomprensible, tumultuaria, llena de modificaciones y movimientos que la hacen correr en el furor de sus pasiones a su inevitable disolución”. Cuando pinta a Páez, lo presenta “como jefe de una tribu de los árabes del desierto, llamando a sus banderas, bajo la impunidad del robo, del asesinato, de la violencia de todos los principios sociales”, a los llaneros fascinerosos.

Al escribir así, José Domingo Díaz usaba el mismo lenguaje que los colonialistas, los imperialistas y los opresores de todos los tiempos han usado y siguen usando para dar apariencia de legitimidad a la coyunda. En Londres, en París y en Washington, la Corte de España pagaba escritores que dieran ámbito al concepto de que en el mundo adolorido y fecundo de nuestra América se movía una sociedad descompuesta, a cuya cabeza unos bandoleros ambiciosos se dedicaban al incendio, al robo y al asesinato de los pueblos. Tanto como vencer las fuerzas de la opresión interior, los Padres de la Patria buscaron contrarrestar, ya por medio de la propia pluma, ya con la ayuda de escritores amigos, los efectos funestos de la campaña de descrédito pagada por España. En 1817, el ilustre venezolano Manuel Palacio Fajardo publicaba en inglés, e inmediatamente en francés, un cuadro analítico de la revolución de la

América española. En el orden de la victoria este libro cumplía una labor tan eficaz como la realizada por los veteranos ingleses que Luis López Méndez contrataba para venir en ayuda de los soldados criollos. Con él se buscaba desvestir a los patriotas de América la indumentaria de bandoleros que les adjudicaban las fuerzas del colonialismo hispánico, tan bien reforzadas por la diplomacia de la Santa Alianza.

El bandolerismo ha llegado a connotar en el orden de la política un valor que no le reconoce el léxico ordinario. El concepto estricto de ladrón y de salteador de caminos que corresponde al vocablo bandolero, ha subido a la categoría de rebelde contra las autoridades arbitrarias. En 1949, las masas rurales del liberalismo colombiano que, no pudiendo ejercer en las urnas su voluntad cívica, resistieron la autoridad, se trocaron de inmediato, según la apropiación gubernamental, en bandoleros vulgares. Cuando Sandino tomó la voz de la dignidad nicaragüense y se levantó contra la insolencia de los marinos yanquis que ultrajaban la soberanía de la Patria, lo convirtió el denuesto imperialista en mero jefe de bandoleros. Actualmente los diarios ofrecen en todas sus ediciones largos relatos sobre el bandolerismo de los pueblos africanos. Lejos de presentar el cable la relación completa de lo que ocurre en el mundo negro sometido a la bota de los británicos, se limita a informaciones encaminadas a sólo hacer resaltar los crímenes y las depredaciones de los Kikuyes.

Para refutar un editorial de "The New York Times", Joachin H. Seyppel escribe desde Louisiana en defensa de los Mau Mau. En su carta, el escritor empieza por asentar que menos "satánicos" resultan los patriotas de Kenya que los ingleses que dirigen las "demostraciones de fuerza" para contener la onda de "terror" de los nativos.

No alaba, tampoco, el autor de la carta los medios rudos de que los indígenas de Kenya se valen para intentar hacer buenas las palabras de Inglaterra cuando ofreció justicia a los cuatro millones de nativos, que hoy ven sus mejores tierras explotadas por los inmigrantes europeos. Condena él la maldad de los medios utilizados para el sojuzgamiento de los negros rebeldes, por hallarse en contradicción con la cultura de que hace gala la feliz Albión.

El incomunicativo sistema colonial inglés ha movido actualmente la rebeldía en la ancha zona que se extiende desde el Sudán hasta Sudáfrica, Kenya, Uganda, Tanganyika, Nysanland, las Rodesias, Basutoland,

Bechuanaland y Swaziland, viven un rudo estremecimiento de protesta contra las formas opresivas del imperialismo británico. Mientras éste aprieta más la mano, con la crispatura característica de los agonizantes, más encendido tono alcanza la voz de protesta de los pueblos sojuzgados.

Asia y Africa sienten en carne viva el dolor del coloniaje, mayor aún del que sintieron nuestros Padres, cuando se echaron a los caminos de la revolución. Socialmente constituíamos nosotros un mestizaje de categoría, que arrancaba, por línea legítima, del propio país dominador. A la hora del momento rebelde, el criollo se sabía igual al español. Si dentro había un problema de desnivel social, en el área del imperio compartíamos con el peninsular un plasma que nos daba semejanza. El coloniaje británico en Africa es apenas el sedentarismo de una trata de negros. Como no está autorizado el tráfico internacional de esclavos, se mantiene a éstos en su propio habitat, a la orden caprichosa de los amos. Allí trabajan la tierra y allí se les ofrece como camino civilizador el whisky con que los regalan y los embotan los señores distantes.

Ante este hombre blanco que explota sin compasión los pueblos retrasados, tiene derecho la gente de color para seguir pensando que Adán y Eva eran negros, como hijos naturales de la tierra; que negros eran también Abel y su descendencia, y que la blancura de Caín y de sus hijos apenas vino a producirse cuando el fratricida palideció de terror ante el reclamo del Altísimo por el asesinato del hermano.

Al considerar esta dolorosa verdad, resulta en extremo incorrecto que naciones como las hispanoamericanas, surgidas del coloniaje y expuestas a un nuevo coloniaje imperialista, permanezcan indiferentes ante la suerte de los países oprimidos en Africa y en Asia. Necesario es tener presente que nuestros aliados naturales no son los pueblos que se gozan de la esclavitud de las naciones pequeñas. Bueno es pensar que también España y Miranda, Bolívar y Miguel José Sanz, Sucre y Cristóbal Mendoza, San Martín e Hidalgo fueron llamados bandoleros por las autoridades españolas.

Parece que bandolero en el argot secreto de la Libertad, contrario al argot de los opresores, significase noble rebeldía y altiva conciencia de la dignidad humana.

LA BATALLA POR EL BUEN CINE

Extraordinario ámbito ha alcanzado la patriótica y noble idea de defensa del cine criollo y de lograr una mejor y más barata exhibición de películas extranjeras. El problema, por razón de sus características nacionalistas, ha colocado en un mismo frente a los representantes de todas las fuerzas vivas de la capital. Desde el manso e ilustre Arzobispo Primado hasta el rojo agitador de barrio; desde el oligarca con recto sentido de la moralidad y de la Patria hasta la sencilla maestra de escuela; desde el intelectual hasta el semi-analfabeto; desde la empingorotada señora del Country Club hasta la obrera humilde que vive bajo los puentes o en la eminencia intransitable de los cerros, todos, todos han venido uniendo sus voces en pro de un sistema económico y de una regulación administrativa que modifique la actual situación de nuestras salas de cine.

Esta virtud tienen los grandes problemas que se refieren a la defensa de lo que linde con la misma nacionalidad. Tan poderoso es el reclamo que en un momento dado llega a hacer el pueblo por mediación de cualquier hombre, de cualquier institución o de cualquier órgano de prensa, que inmediatamente se produce una conjunción de fuerzas, aun de la más contradictorias, en torno a la idea o al principio que interesa por igual a tirios y troyanos, así la conjunción se produzca muchas veces al empuje de opuestas maneras de verse el mismo problema.

El caso del cine, tanto como problema moral y como problema de dignidad artística, ha sido presentado en su profunda realidad de tema que interesa al propio orden de la nacionalidad.

El cine, además de vía de penetración y de succión del capital financiero yanqui, es escuela corruptora de la moral común y de la moral política de nuestros pueblos. El cine es vehículo del cual se vale el imperialismo para promover vivencias disolventes en el espíritu de los pue-

blos. Hollywood es en realidad un cuartel donde se adiestran los formantes de la nueva aventura aniquiladora de nuestros pueblos. Además, el cine es renglón especulativo, por medio del cual el comercio extrae al pueblo buenos bolívares a cambio de malas películas.

Complejo en sí, el problema del cine debe ser encarado con energía y dignidad por pueblo y gobierno. Junto con promoverse una bien orientada industria nacional del cine, debe pensarse en el valor educativo de lo que se ofrece al pueblo. El cine es una escuela hasta el presente entregada al interés de los comerciantes. Mientras las leyes ponen a la educación común cortapisas tan absurdas como la disposición que impide a los Liceos particulares impartir enseñanza nocturna a la clase trabajadora, ocupada durante el día en menesteres de salario, se dejan abiertos hasta la media noche, sin cuidado alguno, estos funestos planteles donde en forma intensiva se enseña la liviandad, el robo, el adulterio, la traición, el odio entre los pueblos, la embriaguez, el uso de drogas heroicas, el espionaje vil. Esas famosas universidades populares puestas al servicio del capitalismo yanqui, no han sido intervenidas jamás por el Estado. Las autoridades escolares que buscan trabas a los Colegios privados, jamás se han interesado por mirar el funcionamiento de estos planteles, donde se enseña con el color y con la voz, donde el vicio canta sus más depravadas canciones y donde la guerra hace la mejor propaganda del odio.

Pareciera que las autoridades educacionales no hubiesen advertido que los cines son también planteles que debieran estar sometidos al mismo régimen a que están los institutos clásicos. ¡Qué escándalo monumental no se formaría si en el Colegio de San Ignacio un profesor dijese algo que rozase con la "filosofía educacional" del oficialismo! Sin embargo, nadie alza la voz cuando se difunde el odio, el vicio, la traición y la muerte en las salas de cine.

Sobre esta tragedia de profundos alcances morales, se encima el problema de la extranjerización de la conciencia del pueblo. El cine americano es una excelente escuela para formar pitiyánquis. Desmejora la propia concepción de la vida y empuja a la servil imitación de modas forasteras. A través de sus films, el imperialismo de Wall Street busca la uniformidad subalterna de los pueblos sobre los cuales pretende erigir su señorío.

Problema moral y problema económico, el del cine es ante todo —aunque huelgue el repetirlo— problema que atañe a la nacionalidad.

Por donde al ser presentado en forma clara y rotunda, todas las voces responsables se han conjugado para dar mayor amplitud a la noble y patriótica campaña en pro de su mejoramiento. Está indicando, también, este hecho que el nacionalismo no es un valor desamparado en el orden de lo social y lo político. El nacionalismo ha irrumpido como voz de alerta en orden a salvar la Patria. A quien pregone sus consignas, se le oye y se le sigue. Los grupos superan diferencias. Los distinguos ideológicos se absuelven fácilmente para unir a todos los que sienten la Nación como fin moral y no como medio concupiscente. Ya se mira cómo nuestro nacionalismo no es una fuerza pugnaz, sino un mero propósito de defensa de nuestros elementales derechos a vivir con independencia y con decoro. Despabiladamente ya se comprende cómo el nacionalismo sirve de vínculo para la común defensa cuanto más sean las cosas comunes que nos atan. Organizado sobre la unidad de adentro, nos da fuerzas para buscar la unidad de fuera.

Buen frente el que ha promovido la actual lucha contra el cine corruptor. Encabezadas por el Primado, de palabra dulce y suave autoridad, todas las fuerzas se aúnan para ganar la batalla por el buen cine. Seguramente habrá de llegarse a la conquista de un instrumento administrativo, que permita dar al cine su verdadero carácter de vehículo educador, tanto como defender con él al público de la voracidad de las empresas. Ningún color ideológico determinado puede tener la campaña que se enderece a defender los valores de la nacionalidad. Las diferencias se deponen para mirar sólo el interés sagrado de la comunidad nacional.

BALANCE

Las páginas recogidas en este volumen fueron escritas en América durante el curso de 1952. Ellas, junto con la apreciativa que merecieron hechos y conceptos, recogen el tono y el vaivén de la política de nuestro mundo continental.

Cuando las reviso, a la hora de entrar de nuevo en prensa, encuentro que muchas situaciones han variado desfavorablemente para la causa de nuestras naciones latinoamericanas. Algunas nobles banderas puestas en el asta de la política, han sido arriadas con sorpresa de los pueblos. En cambio, en el área de la inteligencia, el problema se ventea mucho mejor. Si los gobiernos han cedido, los pueblos mantienen más viva la vigilancia. Se ha planteado la realidad como problema de pueblos traicionados por quienes asumieron la rectoría de su destino. Todo se hace por ende en terrenos disímiles y contradictorios. Aparentemente pareciera que van ganando la partida los valores contrarios a la América libre. En cambio, cuando se mira con el debido reposo, es fácil advertir cómo la conciencia de los pueblos se hace cada vez más vigorosa y cómo las voces defensivas del nuevo nacionalismo cobran ámbito mayor.

Quizás ningún lugar del mundo sea más propicio para sentir la comunidad de la América Latina, como la vieja matriz peninsular, de donde fueron los altos símbolos que dan signo uniforme y diferencia personal a nuestros pueblos angustiados.

Estas consideraciones me llevan a mantenerme aun más firme en mi vieja fe de que no perecerán los valores que forman el entresijo de nuestro mundo espiritual. Nuevas fuerzas aparecerán en la superficie social de América. Hoy, las viejas oligarquías cantan su última nota, como cisnes que se acercan a la muerte. Tras de ellas, el pueblo aparecerá en su plenitud decisoria, para dar nuevo sentido y nuevo marco

a la política de las naciones. Sin afán alguno, luchando como si fuéramos inmortales, ya veremos por nuestros propios ojos, o por los ojos de mejores generaciones, el triunfo de las ideas que hoy llenan de esperanza nuestros corazones de obreros del destino.

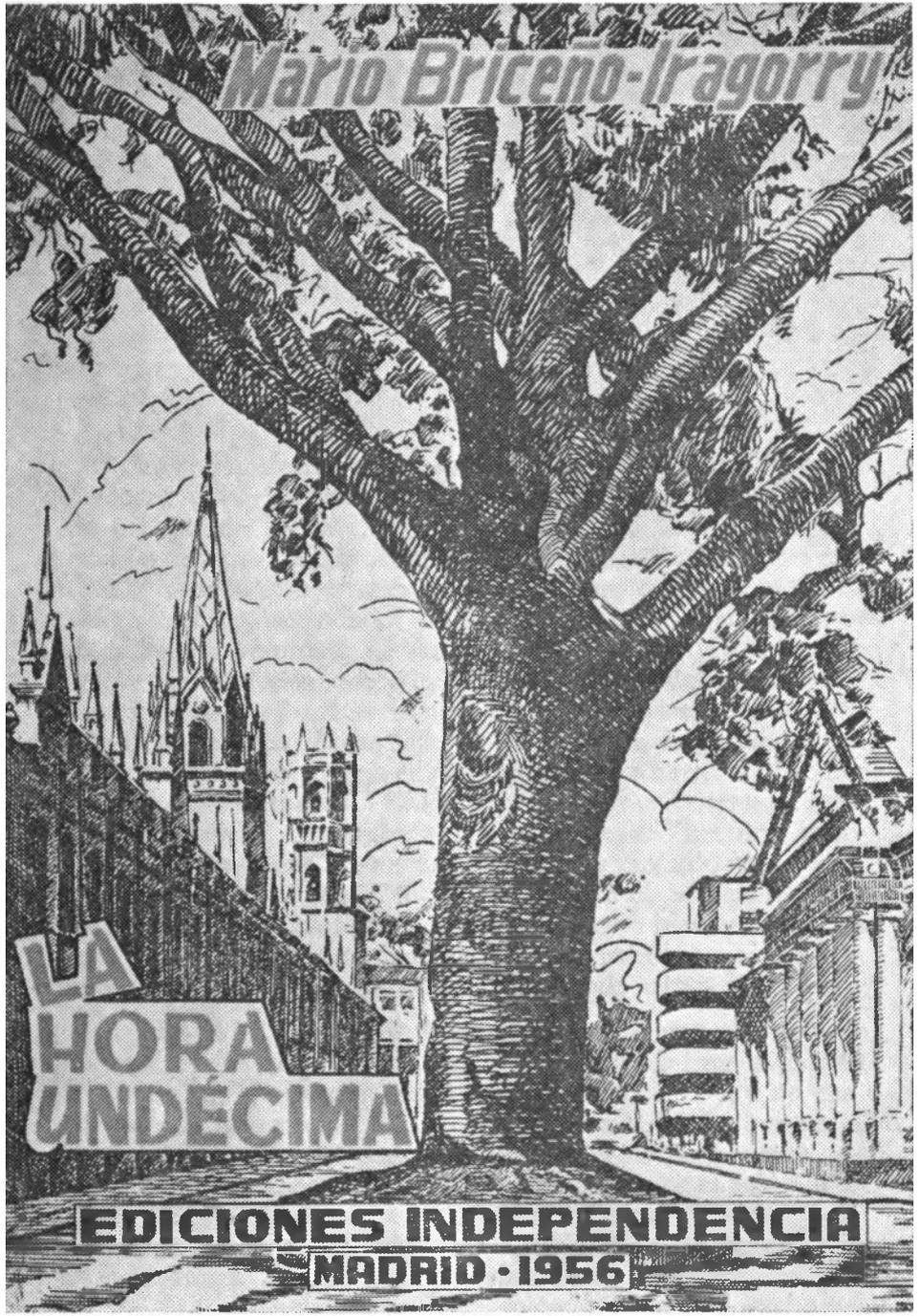
Aunque muchos flaqueeen, quedan más brazos para levantar las airo-sas banderas. Aunque muchos atemorizados o vendidos, cierren los labios que ayer divulgaron elevadas consignas, en silencio mil más meditan mejores acciones. Al lado de la buena luz, pareciera que luces erradizas llamaran a los navegantes al escollo. Las naves que puedan encallar por el maleficio de las señas serían, en todo caso, naves cargadas de peligrosa impedimenta. Los bajeles de la dorada esperanza tienen, en cambio, bien puesta la mirada avizora en la roja señal de los fareros de experiencia.

Madrid, 12 de noviembre de 1953.

LA HORA UNDECIMA

POR

MARIO BRICEÑO IRAGORRY



Mario Briceno-Iragorri

**LA
HORA
UNDÉCIMA**

EDICIONES INDEPENDENCIA
MADRID · 1956

Entre los escritores venezolanos de la hora, Mario Briceño-Iragorry se señala como uno de los más caracterizados y cimeros. Su producción literaria, en especial la de índole histórica, a la cual ha dedicado la mayor suma de atención, goza de amplio crédito y ha merecido estupenda acogida. Pero ese proceso no ha sido violento, precipitado, fruto acaso de precocidad. Es obra de castigada voluntad, de superación constante, de imposición lenta, que ha desembocado en su estupenda madurez de hoy. El prestigio nacional e internacional de sus escritos, indiscutible, tendrá una década. Antes se le conocía, mas no despertaba la admiración intelectual como en el momento. Es a partir de "Temas inconclusos" (Ensayos, 1942) cuando se afirma de veras su egregia personalidad. Sin embargo, una obra suya: "Lecturas venezolanas" (Pequeñas crestomaxia venezolana) ha sido consultada, desde su aparición en 1926, por la totalidad de las generaciones estudiantiles del país, porque es una selección bien realizada de prosistas y poetas, con aditamento de una nota bio-bibliográfica sobre cada autor, sin pretensiones de honda crítica literaria.

Hay en los escritos de Mario Briceño-Iragorry un fondo de venezolanismo que subyuga, unido a la amenidad del estilo. El es un devoto de nuestra menospreciada historia civil y un enamorado de la tradición. En el camino de la Historia, que no es museo ni panteón del pasado, sino cátedra de permanente voz hacia el porvenir, ha prestado magníficos servicios al país. Cuando es de hacer evocaciones y trazar el dibujo del pasado, para que se le observe en la perspectiva de la interpretación, Mario Briceño-Iragorry es un maestro consumado. Cuando es de derivar la sutil observación, posee perspicacia vigilante y oportuna.

Con muchas de sus conclusiones puede discreparse, pero es necesario reconocer que llega a ellas después de un depurado período de análisis y síntesis. En sus libros, la Historia es vida, movimiento, senda, experiencia, estímulo imperativo. Mario Briceño-Iragorry, junto con Caracciolo Parra León y otros, ha sido de los capitanes defensores de la obra de España en América, sin desconocer defectos ni dejar de formular críticas severas a modalidades puestas en práctica por los colonizadores; pero dando gran valor a la raíz hispánica, no yo sólo de nuestra sangre mestiza, sino sobre todo de nuestra Cultura. Mario Briceño-Iragorry no es de los pesimistas acerca de nuestro futuro como pueblo, tiene un sano optimismo en la potencialidad venezolana. En los últimos tiempos, ha venido señalando en discursos y escritos el peligro de que deformen el espíritu nacional las encontradas influencias de todo tipo que afluyen a la vida, al ritmo y al desenvolvimiento de la Venezuela contemporánea. Sus frases son de pura admonición, toques de alerta, señales de gran peligro.

LUIS HERRERA CAMPÍNS

...Finalmente (el padre de familias) salió cerca de la hora undécima y vio a otros jornaleros que estaban todavía sin hacer nada y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña... Puesto ya el sol... , los que habían ido cerca de la hora undécima y los primeros, recibieron igualmente un denario.

MATEO, 20, 6-10

¿Quién podrá presumir de sentirse instalado en cosa tan fugaz como el presente? ¿Y quién podrá medir las distancias que de él separa al tiempo de cada uno?

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO
El gran Teatro del Mundo

Concurrir a un debate o tomar parte en él con el propósito de convencer o de dominar al contrincante o de mirar a uno de ellos confundir al otro, demuestra que se ignora lo que se piensa, extrema incapacidad, bajeza y barbarie. Demuestra carencia de cultura. Prueba que se es forastero.

CHARLES PÉGUY
Note sur H. Bergson

El hombre de cultura, cuando está comprometido en su función de comprender, no debe dejarse trastornar por los celos de la ortodoxia ni por quienes hayan sido tomados de excesos y novedades, puesto que unos y otros estarán siempre prestos a enrostrarle, cuando no escoja la alternativa de la derecha, que traiciona la civilización y cuando no se sume a la alternativa de la izquierda, que se opone al progreso.

NORBERTO BOBBIO
Política e Cultura

PROPOSITO

En marzo de 1952 las altas autoridades civiles y eclesiásticas de Barquisimeto, me invitaron para que inaugurase el ciclo de conferencias con que se abría la conmemoración cuatricentaria de la vieja Nueva Segovia. Tras de haber exaltado el valor histórico y la función institucional de la ciudad, concluí mi disertación en estos términos: Ser venezolano no es ser alegres vendedores de hierro y de petróleo. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de la idea, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América, en ayuda de los otros hermanos que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos sus reortas de maga para cambiar el propio destino de un continente.

La dimensión del rango histórico que representa ser venezolano, —rango oculto y dormido al cual sabe hacer honor el pueblo—, es el motivo central del presente discurso, elaborado sin erudición, ya que no tengo a mi alcance mis cuadernos de apuntes ni mi biblioteca personal; en cambio, meditado con devota pasión durante más de tres años, de ausencia de la Patria. Cualquiera diría que es un verdadero discurso anti-cartesiano, tales son el rumbo meándrico y el aspecto inconexo de los temas contemplados. Aunque de largo madurada, la idea es difícil para su encaje en líneas esquemáticas.

Entre los factores que caracterizan a los pueblos, juegan papel preponderante una serie de valores impoderables, que evaden la posibilidad de ser definidos. Esos valores sutiles, escu-

rridizos, que hacen el alma de los pueblos, más son para sentidos que para aprehendidos para la investigación inteligente. Los poetas y los artistas tienen, en cambio, intuición para recogerlos y transmitirlos como mensaje imperioso de la tierra. El modo de la voz de los pueblos escapa a toda investigación lingüística. Ese "modo", como recorte de un "modo" más general, está placenteramente unido con la vida emocional, geográfica e histórica de las comunidades. Afloran con riqueza de colorido en el terreno de lo folklórico y dura por tiempos, como testimonio de una actitud cultural. Su discrimen promueve a veces interpretaciones erróneas, por donde muchos investigadores y entusiastas divulgadores de temas demosóficos creen servir a las clases populares manteniéndolas en permanente contacto con estos viejos estratos, que si bien valen todos en el campo de lo ilustrativo, en cambio, muchos no sirven para la función de conducir, implícita en el orden de lo educativo. En nuestro caso nacional, sería recomendable que los altos círculos sociales bailasen con frecuencia "El Carite" y destejiesen periódicamente "El Sebucán". Estas diversiones, tan cercanas al pueblo, a la tierra, a lo primitivo venezolano, les servirían de aire propicio para entonar los desfallecientes pulsos cívicos. A las clases no cultivadas en razón de carencias económicas, debería, en cambio, educárselas en forma de que puedan sentir y entender a Mozart, a Bach, a Ibsen, a Beethoven, a Benavente, a Tchaikowski, a Fabbri.

Tales valores de sociología emocional no entran en el plano del presente esbozo. Apenas he querido apuntar aquí una serie de factores capaces de definir en la zona de las ideas la "circunstancia" y la "situación" que caracterizarían lo venezolano. Del hondón de la historia y del propio sentido de la realidad geográfica se pueden extraer datos que ayuden a definir el papel que corresponde al venezolano en el orden de América y en el orden mayor de la comunidad universal de los pueblos. Gracias a este análisis se hace posible conocer la trayectoria del impulso que busca la propia realización de la persona humana como agente de cultura. El pueblo que ayer hizo la libertad de un continente no puede cambiar un título de tanta excelencia por el menguado oficio de sordo tecnócrata, dedicado a la venta de hierro y de petróleo. No es tolerable la sustitución de los

sueños alucinados del Quijote por el ronquido satisfecho de Sancho Panza.

El hombre es ante todo y sobre todo Historia. Como ser implantado en la dimensión de lo temporal, el ente humano se mide y se juzga por la proyección de su libertad en el plano de la Historia. Sobre el contorno que define y da unidad al comportamiento de cada grupo social, se fijan los datos que llevan a sociólogos y a historiadores a determinar el carácter de cada pueblo. Tiempo y espacio se acoplan para estructurar la constante por, donde las diversas colectividades adquieren rasgos de personalidad nacional. La misión de un pueblo será tanto más clara cuanto más preciso sea el conocimiento que se tenga de sus peculiaridades y del fin que le está atribuido dentro de la contingencia circunstancial en que obran los elementos dinámicos e intrínsecos que definen su situación en el orden de la vida pública. Al examen de estos datos, en una forma metódica y constructiva, llamo yo teoría de un pueblo. Entender en forma simple y precisa las líneas que fijaron determinada actitud histórica y abundar las posibilidades de perfeccionamiento de los supuestos sobre los cuales se asienta una cultura, es deber fundamental de quienes se preocupan por servir los intereses de su grupo nacional y, a través de él, los grandes intereses de las regiones y los supremos intereses de la comunidad humana.

El problema de nuestra realidad de pueblo ha tropezado en América con dificultades tremendas. ¿Qué somos en el territorio universal del hombre? Responder a esta pregunta constituye por sí solo una labor erizada de peligros. Una es la América española que en 1810 se asomó al panorama de los pueblos libres y otra es la Hispanoamérica de 1955. Pero la de hoy descansa sobre la realidad histórica de principios del Ochocientos, como la América de la Independencia tiene por fuerza que buscar para la explicación de las voces que le dilataron la garganta, a la América caótica del Quinientos.

El fenómeno de trasplante realizado en el siglo XVI inicia una época en nuestro Hemisferio que coincide con una extraordinaria variación en el terreno de la Filosofía y de la Historia del hombre. La vieja cultura mediterránea ganó en aquella época dos certezas de trascendencia espantosa: con la experiencia

de la esfericidad de la Tierra adquiriría un conocimiento preciso del puesto del hombre en el cosmos. Colón y Copérnico presiden la cultura moderna. El hombre dejó de sentirse centro de un sistema planetario, a tiempo que el europeo miraba, como compensación del derrotado geocentrismo, un campo más ancho para la realización de su cultura.

El proceso de europeización de América tiene su correlato negativo en la destrucción de las culturas aborígenes de México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, y en el sojuzgamiento duro, y frecuentemente bárbaro, de las grandes masas indígenas. Para dar nueva dimensión al problema, los esclavistas trasladaron de Africa al Nuevo Mundo densos grupos de población negra, que aun durante el régimen de clases y saltando sobre las trabas de la esclavitud, se unieron con los blancos y los indios para abrir nuevos capítulos a la antropología general.

Así no se hubiera cumplido la total fusión de las culturas, a boca del siglo XIX ya existían en la América española estructuras sociales con derecho a dirigir su propio destino. El marchamo de dichas estructuras exhibía la tinta indeleble llevada por la gente conquistadora. Lo que se movía, lo que se sentía, lo que se pensaba en nuestra América hispánica, tenía como dignidad diferencial el sello trasplantado por el español, sobre el cual había impreso a la vez, y con gran fuerza, sus peculiaridades el nuevo mundo geográfico y demográfico de las Indias. Muchos han querido ver en aquel sello apenas la impronta dura de las fraguas donde se herraban los fieros caballos de los conquistadores. En el grueso de las carabelas, junto con los ásperos guerreros, viajaban, también, hombres de pensamiento y corazón bien puestos. Con el hierro, que aseguraba el dominio de la indiada, iba el hilo dorado de un pensamiento de justicia. Los caldos de la vendimia renacentista fueron en buenas cubas, donde adobaron los ricos vinos. Posiblemente en Coro estuvo con Ampies su yerno Lázaro Bejarano, entusiasta erasmista, con quien tuvo que hacer la Inquisición de Santo Domingo. México admiró la extraordinaria experiencia de Vasco de Quiroga.

El choque, en cambio, entre Metrópoli y provincias ultramarinas produjo un olvido de nuestras propias fuentes nutricias y, como proceso reaccionario, llevó al reniego de los viejos valores.

Se confundió lo hispánico con lo colonial. Se desconoció, en consecuencia, el afincadero de nuestra cultura y se produjo una actitud delicuescente en todo el orden formativo de nuestros países. Entre éstos fue México el que mayor densidad había alcanzado durante la edad precolombina y durante el proceso colonizador. Sin embargo, México, como apunté en el ensayo "Patria Arriba", vio quebrada su cultura aborígen a la manera como se quiebra un cántaro de barro al chocar con un caldero, según plástica expresión de Alfonso Reyes. Para unir en vano su hora presente con el pasado de la antigua autonomía destruida por las huestes conquistadoras de España, tendría que abjurar el gran país hermano todos sus extraordinarios valores en el área de la nueva cultura universal. Esa falta de asimilación de la propia Historia ha hecho más grave y doloroso en México el proceso de desarticulación por donde la técnica y la fuerza del Norte han logrado apoderarse de grandes recursos económicos y morales del maravilloso país de Hidalgo y de Morelos. Empeñados los indigenistas en sostener una lucha artificial y fuera de tiempo entre Hernán Cortés y Guatemoc, no han hecho sino dejar al descubierto las brechas por donde se introduce el enemigo. Embrazados el príncipe aborígen y el conquistador aguerrido, harían, en cambio, fácil la defensa de un orden donde por igual crece la prestancia imperiosa de ambos próceres.

Para explicar la emancipación fue invocada la fuerza de meros factores exógenos, violentamente implantados en nuestro mundo. Así no estuviere completamente arrumbada hoy esta tesis, tampoco bastaría por sí sola para negar el sedimento antiguo, ya que la emancipación fue voceada por criollos españoles y no por ingleses o por franceses. Si hubo un fuerte grupo dirigente y aun una alerta clase baja que supieron escuchar las consignas revolucionarias, valdría ello por sí propio para avalar la existencia de una solera de formación colonial y la presencia de un pueblo con suficiente cuaja cívica.

Sin embargo, quienes primero "tropezaron" con el pueblo antiguo estaban tomados de una manera de empirismo dialéctico, que les hizo mirar en el proceso causal los traumas racistas y telúricos puestos a la moda por la sociología aristocratizante y clasista que enseñaban los sostenedores de insalvables

hiatos entre los grupos humanos. (En nombre de esas teorías, las cámaras letales del hitlerismo mataron hasta niños judíos y en nombre de ellas mismas los países de formación anglosajona mantienen a los negros en niveles de vergonzosa inferioridad). No pudieron historiadores y sociólogos negar la existencia del pueblo que fue hasta Ayacucho a sellar la independencia, pero lo tararon y lo condenaron a una capitis deminutio, por donde ha sido fácil el relajamiento de su vertebración moral, a tiempo que se quebrantaron en el campo de la autonomía preciosas conquistas.

Primero se negó la autenticidad del pueblo colonial y se declaró nuestra independencia mero contraeco de la Revolución Francesa, más tarde se fue contra el principismo de los Padres antiguos y se habló del "error de creer que los pueblos se regeneran con discursos elocuentes, con artículos de periódicos o con puros preceptos constitucionales". Los románticos negaron la autenticidad del pueblo e imputaron a la simple influencia de doctrinas extrañas a la realidad de lo hispánico, la obra revolucionaria; el burdo materialismo, que había trocado los endebles supuestos del racionalismo de la Ilustración con un arbitrario empirismo, terminó por destruir los fundamentos históricos y doctrinarios de la República, al dar patente de legitimidad y declarar dogma de "realismo" venezolano, a un sociologismo organicista y pesimista, cuya ambigüedad disuelve la propia fuerza defensiva del pueblo.

Por medio de un vulgar inventario de bodega se ha dado más precio a lo disvalioso que a los factores saturados de gérmenes constructivos. (Siempre los bodegueros cuenta como de mayor entidad los bultos destinados a cubicación, así contengan mercancías de escaso peso). Una sociología optimista ha debido mirar preferentemente a la fuerza contenida en los hechos cargados de valor. El sentido empírico de la crítica más vió, en cambio, al volumen de los hechos irracionales, y para insinuarse obrepticamente en el ánimo de los poderosos, concluyó negando el valor del pueblo. El falso instrumental del materialismo positivista llevó a desoír enseñanzas nutridas de acierto generoso. Antes de leer en "Los Hermanos Karamazov" el apólogo de la cebolleta, ya lo había escuchado en tiernos años

y sin su parte negativa, de labios de la cocinera de mi casa. Enraizada la leyenda con el folklore universal, el pueblo sabía por ella cómo una mala mujer logró escapar de las llamas del infierno asida de la cebolleta que en vida dio a una pordiosera. Fue la sola acción que a la infeliz se la pudo abonar como bondad practicada durante su existencia mundanal. Se salvó la mujer por la única pequeña obra generosa realizada en vida. Apólogo fresco, optimista, cargado de esperanza, que debieran tener presente quienes enjuician el comportamiento de los pueblos. Para juzgar una conducta, más ha de mirarse a lo que es producto de la reflexión creadora que a las reacciones de las fuerzas instintivas. Aún más: el brillo del aparente triunfo da falso relieve a lo que en sí carece de precio, mientras la virtud se esconde en la discreta penumbra. En una pedagogía del civismo venezolano, más ha de pesar Manuel Palacio Fajardo, José Vargas, Martín Tovar Ponte, Juan de Dios Picón, Santos Michelena, Fermín Toro, Estanislao Rondón, Ricardo Labastida, Juan Vicente González, J. M. Morales Marcano, Eloy Paredes, Cecilio Acosta, Eusebio Baptista, Manuel María Carrasquero; Agustín Aveledo, Edmundo Chaumer, Leopoldo Torres Abandero, Pedro María Morantes, Mons. Jáuregui Moreno, Luis Espelozín, Pedro María Parra, Rafael Arévalo González, Raúl Cuenca, que aquellos que hicieron feria del respeto debido a las instituciones. Sobre lo positivo de los hombres ejemplares se hace fácil edificar una teoría que adoctrine al pueblo para el cumplimiento de sus grandes deberes.

Esta es la lección positiva y esperanzada de quienes confían en la perdurable, aunque tardía, fecundidad del bien; lo contrario es tanto como abrir vías a la desesperación satánica o amoldar la voluntad a la cómoda resignación de "aquellos ciudadanos que se creen en presencia de una fatalidad, de la que ya no serían responsables", a causa de sentirse implantados "frente a la complicidad universal en el mal, en presencia de las innumerables faltas de los ciudadanos, faltas que todas y cada una salen de la libertad de cada uno y de la complicidad de todos los otros en las caídas del pueblo", según agudo decir de William James.

Las generaciones que actualmente presencian el cambio extraordinario ocurrido en el orden demográfico y en las posibi-

lidades económicas del país, necesitan mantenerse fuertemente asidas al hilo ariadónico que pueda guiar con éxito feliz los pasos del hombre venezolano a través del peligroso laberinto de un mundo que ha visto el dislocamiento de la realidad. Crisis en el área de fuera —nuevos imperativos y nuevos territorios de acción impuestos y ganados por la técnica, junto con una desviación de los valores en el cuadro de la normatividad de los pueblos— y crisis en el terreno interior de una nación que aún desconoce integralmente los cánones definitorios de su razón histórica de existir.

La presente exposición de temas y motivos carece, como he dicho, de apariencia metódica. Arranca su desarrollo literario de consideraciones suscitadas por la crisis de nuestras Humanidades y se amplía hacia la revisión de delicadas materias enraizadas en el propio cascabullo de la venezolanidad. En ella se plantean situaciones polémicas y desnudas críticas sobre nuestra realidad sociológica y acerca de juicios que sobre ella han sido ya emitidos. Ningún afán de defender posiciones egoístas asoma en el presente ensayo. En él vuelvo una vez más sobre temas tratados durante más de un cuarto de siglo, con la misma pasión venezolana que caracteriza mi obra modesta de escritor. Cuando el país siente sobre su cuerpo geográfico el impacto de la técnica que acondiciona las ciudades y los campos para el venezolano del futuro, y cuando mira acrecer su capital humano por la aportación de nuevos pobladores, precisa que se dejen oír también las voces monótonas que recuerdan la necesidad de diseñar en el espíritu de los hombres nuevos el contorno que les recorte íntegramente cuando se asomen al vano de los portales iluminados por las luces del ofuscante progreso. Apenas un modesto empeño de servir a la cultura del país en la medida de las posibilidades de mi hora. Un transido anhelo de ayudar a la formación de conceptos defensivos de lo nuestro, sírveme de permanente falsilla cada vez que escribo sobre el destino de Venezuela.

Formado en el seno de una colectividad a la cual un agresivo solipsismo ha desvirtuado el sentido social de la intersubjetividad, pongo insistente empeño en hacer presente la responsabilidad pareja que nos toca en todo lo que dice a deficiencias

nacionales. Jamás he pretendido escribir con olvido de mis propias fallas. Quizás nada me ha enseñado tanto cuanto me han enseñado mis errores. Con ellos por delante, he mirado a la posibilidad de una actitud que me ayude a convertir la experiencia de mi angustia en alegre enseñanza que beneficie a otros. Algunos, en cambio, por vanidad o por malicia que rompe el más hábil disimulo, olvidan sus faltas y, para minorarlas, incitan a otros a superar las marcas ganadas por los más notorios transgresores.

En roce constante con los grandes valores de la España Eterna, cuyo es el mérito de haber dado el mejor nutrimento para el tuétano de nuestro pueblo, más claramente me he sentido en el deber indeclinable de defender nuestras estruscturas nacionales, llamadas a ser unidades valentísimas en el conjunto de pueblos a quienes está reservada la ampliación futura del radio valorativo de lo humano. Entonces habrá sosiego y plenitud, cuando sobre el forcejeo de las diversas unidades políticas, asiente con sus blancas banderas la "civitas pacis", perseguida afanosamente por los hombres desde el puesto modesto de lo cotidiano. No ha pasado aún la hora propicia para ganar la plenitud que nos aboque con su presencia. Muchos han comenzado a trabajar con éxito antes que nosotros. Mientras que otros han labrado entusiastas la viña, nosotros nos hemos mantenido ociosos a la vera del camino. Sin embargo, a los jornaleros que empezaron a trabajar cuando era la hora undécima, les fue pagado su trabajo como si hubieran sido concertados mientras aún estaba el sol sobre la línea de los horizontes. Jamás es tarde para comenzar el buen trabajo. La hora undécima es propicia para ganar la plenitud de la vendimia. Nos urge solamente sabernos acompañados y unidos en el esfuerzo por ganar el buen éxito en nuestras irrenunciables tareas. Somos muchos, muchísimos los que aguardamos el buen aviso. Somos muchos, muchísimos los que estamos obligados a cumplir el mismo deber. ¿Hasta cuándo vivimos en el indiferente aislamiento que nos lleva a olvidar que nuestras casas, así grandes o pequeñas, forman una misma línea a lo largo del polvoso y duro camino que diariamente transitamos? Recordemos el dolor de la canción de Ts'sui Hao. "—Dime, ¿dónde vives?— Aquí, cerca de la pesquería. —Juntemos nuestras barcas; veamos un poco si somos de la

misma ciudad. —Sí, vivo aquí a la ribera del río, y ¡qué de veces lo he navegado!— Ambos somos nacidos en C'ang-Kan, ¿cómo es posible que no nos hubiéramos conocido antes? . . .”

¿Habremos de esperar nosotros la hora de la desesperación sin remedio, para preguntarnos la razón de nuestra anterior ignorancia sobre la comunidad de nuestro indesviable destino? ¿No es urgente, en cambio, que la hora undécima nos encuentre apercebidos para emprender con alegría y entusiasmo un recio trabajo con el cual podamos alcanzar niveles de eficacia, que haga de nuestro salario un salario de justicia? . . .

M. B. I.

Madrid, 2 de febrero de 1956.

A la persona que me plantea temas acerca de nuestros problemas culturales decimonónicos, he respondido que, en realidad, durante el siglo pasado se produjo en Venezuela una crisis profunda en el plano directivo de la enseñanza universitaria. Cuando el Positivismo ganó cátedra en la vieja casona de Santa Rosa de Santa María, ocurrió un viraje ostentoso en el campo de los estudios superiores. La moda nueva no sólo intentó desalojar de su enmohecida cátedra a la escolástica añosa y al alambicado racionalismo, sino también a la cultura literaria que miraba a los modelos clásicos de nuestro Siglo de Oro castellano. El tema religioso que ocupó a los grandes escritores españoles fue mirado con desdén y se le buscó sustitutivo en los modelos de la libre literatura de Francia. Se creó a la vez una pseudo mística de la heroicidad atea como título de excelencia intelectual.

Los últimos años del siglo XIX, si en el área de las ciencias médicas tienen el mérito de haber inaugurado las investigaciones de laboratorio y en el terreno de las ciencias exactas el de haber metodizado estudios antiguamente dispersos, en el campo del Derecho, de la Filosofía y de las Letras aparece con todo el abigarramiento rococó de tendencias intelectuales mal dirigidas y de doctrinas antojadizamente aplicadas a nuestro medio. (Ya comenzaba entonces el sociologismo pesimista que Alfredo Machado Hernández y Laureano Vallenilla Lanz metodizarían más tarde para dar figura al gendarmismo irresponsable como fórmula política venezolana.)

A la crisis de nuestro siglo XIX pareciera que la sirviese de símbolo la aventura del Delpinismo. Burla burlando, aun graves varones que representaban el tradicionalismo, no huyeron participar en el juego burlesco con que se hizo mofa del guzmancismo y, más que del guzmanismo, de lo postizo de una cultura importada en forma alegre para

sustituir de tajo nuestra modesta y retrasada organización anterior. La forma frívola como se produjo aquel fenómeno de reacción contra un sistema poderoso, cuyas conquistas “revolucionarias” empezaban a ser adversadas por los mismos jóvenes, se compadece, en parte, con la costumbre, aún no superada por nuestro pueblo, de dar evasión por medio del chiste y de la anécdota a profundas angustias nacionales. ¿Humor, alegría, indiferencia? ¿Tímida venganza frente a un sistema que se teme? ¿Ironía constante para castigar a los presuntuosos dominadores de la hora? Sea lo que fuere, la Delpiniada, pese a la frivolidad que le dio carácter, más que una travesura de personas asistidas por la gracia de las gentes, paró en asumir la dimensión de una forma de repudio a la pedantería circundante.

En el plano de la Universidad se produjo, a partir del 865, un desplazamiento de factores. Cuando Bolívar dio carácter republicano a la vieja Universidad caraqueña de Fernández de León y de Oropesa, dejó en ella la lumbré autonómica en que, conforme a la tradición salmantina incorporada a las primeras Constituciones de Felipe V. se habían movido los antiguos Rectores y Cancelarios. En los primeros años de su nueva existencia republicana, la Universidad vio, además, acrecidas y mejoradas sus rentas. Falcón y Guzmán Blanco dieron un trueque profundo a la vida universitaria, y, restándole la autonomía electiva y la libre disposición de sus propiedades (convertidas en títulos de deuda pública, que facilitaron su apropiación por particulares), rebajaron el viejo instituto a la categoría de un gran colegio mayor, subordinado a la dirección del oficialismo.

Sin propósito de síntesis alguna, se vio convergir en el orden venezolano una serie de líneas copiadas del curso que seguían la política y la filosofía en Francia. Guzmán Blanco, como cabeza del movimiento liberal antiguo, prohibió, al igual que su padre, algunas ideas tomadas de la revolución que en el Viejo Mundo había ganado las célebres jornadas de 1848 y que en el campo de las ideas reaccionó, con el Positivismo, contra los supuestos racionalistas y románticos; mientras tanto, en el territorio de los hechos reales asumía la misma actitud de Napoleón III frente a los llamados “intereses del orden”. Contradictorio en sus ideas y en su conducta, Guzmán Blanco dejó la impronta de su temperamento y de su talante en el área de la cultura nacional. Política de Segundo Imperio, en lo que a fasto y autoritarismo rezaba; política revolucionaria, cargada de intención anticristiana, en lo que decía a ma-

teria religiosa, contra la cual fueron débiles e indigentes las protestas de los católicos. Liberalismo sin libertad frente a un tradicionalismo sin tradición. Puesto entonces a la moda el empeño de laicización de las instituciones, se plegaron a él aun notorios representantes del pensamiento católico, mientras la lucha que el Episcopado planteó contra el autoritarismo quedó a poco asfixiada por razones que no es del caso examinar.

El concepto universitario fue adulterado en sus raíces más profundas. En realidad de verdad, la Universidad modernizada había visto desaparecer el clásico concepto de "universitas", que sirvió de supedáneo a las viejas universidades europeas, sin que se le sustituyera por nuevos ordenamientos de unidad formativa. En la antigua casa de Escalona y Calatayud, trasladada al desahuciado claustro franciscano, ahora revestido de vistosa fachada gótica por obra de Guzmán Blanco, ocurrió un desajuste en la problemática de las Facultades. La Universidad se desvió de la esencial función directriz representada por su Claustro y Rector, para mirar a las variantes suscitadas por la movilidad administrativa. La vieja Universidad, que en los años tormentosos de la Primera República había discutido en balde problemas de tal importancia como el de la tolerancia religiosa y que escuchó al admirable razonamiento del insigne Vargas cuando en el debate sobre "la serpiente de Moisés" asumió la defensa de la tolerancia, se veía ahora atada a nuevos dogmas. La declaración sobre la Inmaculada Concepción de María, a que se obligaba a los antiguos graduandos, fue lentamente sustituida por "el aura sagrada" que comunicaban los dogmas del Positivismo. El diálogo logrado por el triunfo final de la tolerancia puso en planos de identidad la enseñanza tradicional con la enseñanza nueva, mas a luego calló a favor de los iconoclastas. La lógica victoria de la libertad terminó por convertirse en desalojo de los valores viejos. Se llegó a olvidar que la excelencia de la tolerancia filosófica reside en tolerar la misma intolerancia de los demás. La tolerancia, desvestida de su esencia razonadora, pasó a reinar de manera irracional únicamente en el campo de la ética general. De destrucción en destrucción, concluyó por ser eliminada la propia libertad, y la Universidad, que buscó su natural remozamiento, terminó por ver aniquilada sus más sentidas y determinantes formas.

Poco a poco fue eliminada de las aulas la enseñanza de la Filosofía, cuya ausencia se pretendió llenar con una explosiva antropología, saturada de hegelianismo fenomenológico y antiteológico, en cuya visión ne-

gativa terminaron por hallar cómodo afincadero las tesis racistas y los falsos reatos telúricos que orientaron la sociología pesimista, a cuyas equívocas luces fueron negados los propios derechos del pueblo. El debilitamiento de la Filosofía en la Universidad correspondió, a la vez, con el natural enflaquecimiento de los programas filosóficos de los Colegios de menor categoría y con el descuido por las demás ramas humanísticas. El empirismo universitario de los años finiseculares se nutrió de Darwin, de Spencer, de Comte, de Gobineau, de Taine, de Lombroso, de Tarde, de Gumplowich. Cuando las nuevas promociones aprendieron de Spencer que la moral tiene puntos de vista estrechamente relacionados con la zona de lo sensible, ya se consideraron desvinculadas de las normas superiores que habían servido de apoyatura a los escasos principios vigentes, por cuanto una conducta subordinaría al fatalismo de los instintos se escurriría lógicamente de toda clase de responsabilidad social.

El auge del Positivismo coincidió con el apogeo de la autocracia y con el relajamiento de las viejas formas. Llevadas sus premisas al campo de lo social, el Positivismo es para la democracia, según apunta Guido de Ruggiero, una ciénaga en la cual se maceran y pudren todos sus principios y todos sus programas. Frente a un tradicionalismo tímido, que a la vez tomaba de los valores antiguos la porción de menor precio, se levantó una racha materialista, que se desdeñó de valorizar lo que había de positivo en los viejos sistemas. Se produjo en el terreno de la política religiosa caso tan extraño como ver a los librepensadores y anticlericales empeñados en la defensa de la Ley de Patronato Eclesiástico, para ellos grata en cuanto admite una ingerencia “canónica” del Estado en la provisión de la Jerarquía. El viejo liberalismo venezolano —con el cual en este caso sólo fue consecuente Gil Fortoul— descuidó toda armazón teórica para sólo mirar a una realidad incongruente, que supedita al querer transitorio de las autoridades del Estado, el sistema de elección de los Obispos. Con frescura hibernal llegó a sustentarse que esta materia de escoger prelado es algo privativo de la soberanía política. Tan flaco ha sido el esmero que los teorizantes han puesto en la explicación de los temas de la libertad en sus relaciones con la materia religiosa, que en los años de curso un alto funcionario del gobierno ha sostenido que los problemas de la libertad religiosa, reconocida y garantizada por el ordenamiento estatal, se reducen a la mera libertad de profesar cada quien en lo interior de la conciencia las ideas que a bien tenga, mientras su exposición y la propaganda exterior quedan sometidas al arbitrio de las

autoridades. Para el conspicuo opinante, nuestra libertad religiosa apenas consiste en el derecho de no ser sometidos los ciudadanos a tormento alguno para que declaren la religión que profesan. Sus ojos pareciera que no hubiesen pasado sobre ningún texto filosófico que explique los alcances de la tolerancia. Su estatolatría desconoce la esencia de una libertad que existe en tanto que se realiza en la exterioridad circundante y cuya mejor explicación la acaba de dar el P. Lecler, profesor del Instituto Católico de París, en los siguientes términos: “La persona humana, compuesta de alma y cuerpo, debe normalmente testimoniar sus creencias. Los ritos y ceremonias culturales son la expresión corriente de ese movimiento de exteriorización, por donde se considera como una supresión intolerante para las conciencias toda interferencia sobre las prácticas religiosas”. En años de poca lejanía, también vimos cómo funcionarios alardeantes de ideas liberales, sometían a los partidos políticos a la minuciosa investigación de sus más remotos propósitos y de sus creencias fundamentales, con ferocidad y saña digna del más ciego maccartysmo.

Los partidarios del tradicionalismo, cuando defendieron a su turno la permanencia de los viejos sistemas sobre los cuales se había estructurado la modesta corriente intelectual que produjo a los Vargas, a los Fortique, a los Avila, a los Aranda, a los Michelena, a los Sanojo, a los Espinoza, a los Limardo, a los Dominici, a los Juan Vicente González, a los Morales Marcano, a los Cecilio Acosta, a los Eloy Paredes, a los Eduardo Calcaño, a los Agustín Aveledo, buscaron argumentos febles y de fácil descrédito, que frisaban muchas veces con la intolerancia y el clericalismo.

La pobreza de la enseñanza filosófica no era razón, tampoco, para que se le aboliera, sino motivo poderoso, en cambio, para que se la vivificase; un pesado aprendizaje de las viejas letras más reclamaba aligerarlo y modernizarlo que decretar su desahucio. A un Nebrija triste, que ahuyentaba al alumnado, enfrenarle el latín hacia el cual ha habido profesor que se anuncie con capacidad para conducir a los alumnos por los caminos de la alegría.

Circunstancias económicas, vicios profundos de las oligarquías dominantes, compromisos vergonzosos con el Poder de parte de muchos que debieron asumir actitud rectora ante las nuevas generaciones, desviaron la protesta de los jóvenes hacia un campo de valores colocado más allá de la peligrosidad positiva. Se luchó contra lo superficial de la organización cultural y se atacaron solamente aquellos principios constructivos que no tenían respaldo oficialista. Se destruyeron las bases y, en conse-

cuencia, se debilitó la construcción general. En aquel período confuso pocos eran los que ponían los pies sobre terreno firme. Duraban aún veteranos que habían luchado en los campos de sangre por la emancipación de la República: a sus oídos tenía que sonar a desplante y blasfemia una amañada defensa del pasado colonial, en la cual se llegaba hasta a la apología de la inquisición como método defensivo de las buenas ideas. La lid, cuando la juzgamos desde nuestra perspectiva actual, aparece planteada no sobre ideas reales, sino sobre verdaderos fantasmas. Ningún acuerdo era posible alcanzar mientras tuvieran vigencia los falsos valores que servían de acicate para la lucha. Frente a una corriente poderosa, empeñada en tirar todo lo anterior en nombre de un vertiginoso progresismo, era forzado que sonasen a delito las voces extremistas que alababan a los viejos Monarcas peninsulares y que aun exaltaban la intolerancia y la inquisición. Como antídoto de un criticismo que llegaba a destruir el valor de la propia razón, se apologizaba el tradicionalismo que Bonald llevó a la extravagancia. No intuían, de su parte, los fanáticos del progreso, como han llegado a comprenderlo aún los mismos revolucionarios soviéticos, que el arraigo de las nuevas estructuras pide firme suelo donde profundicen las raíces del árbol nuevo. La obra quedó, por lo tanto, a flor de tierra, mientras a su vez caía a tierra todo lo valioso que debió mantenerse de la edad antigua. El rococó finisecular es testimonio elocuente de la crisis de acomodamiento que se produjo en el rumbo del progreso de las instituciones nacionales y en el modo de realizarse la propia convivencia del pueblo.

* * *

En días pasados un diario de Madrid publicó la fotografía de un deslucido edificio de siete plantas, levantado sobre pilares de cemento, en la barriada La Florida, de la ciudad de Caracas. Carece de primer piso y puede decirse, apunta el titulante, que ha sido montado al aire. Fotografía y comentario constituyen un elocuentísimo resumen simbólico de lo que es nuestro mundo venezolano presente y de lo que ha venido siendo nuestra cultura de última data. Como pueblo y como individuos carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire.

Adelantándome a presentar mi propia obra de hombre y de escritor como testimonio de dicha realidad dolorosa, he insistido en forma fastidiosa sobre este tema tremendo. Desde "El Caballo de Ledesma", aparecido en 1942, hasta mis recientes ensayos "Mensaje sin Destino",

“La traición de los mejores”, “Aviso a los navegantes”, “Problemas de la juventud venezolana”, “El fariseísmo bolivariano y la anti-América”, “Dimensión y urgencia de la idea nacionalista”, he venido machaconamente dando sobre esta circunstancia transida de angustia. Varían en nuestra Universidad los programas de enseñanza, se alteran los “pensa” de las Facultades, se suman nuevas técnicas al proceso difusivo de la cultura, y si bien la horizontalidad algo gana, el rumbo y la profundidad han permanecido en sus niveles de origen. Abunda el vino, pero ayuno de solera.

No tenemos primer piso. Estamos montados al aire. Jamás símil más perfecto de nuestra realidad de pueblo y de nuestra específica realidad cultural. Nuestro país, en el plano de la interioridad, siguen siendo realmente lo que este estilo arquitectónico montado al aire. Carecemos de fondo donde encuentren resistencia defensiva los grandes valores que constituyen lo humano. No tenemos primer piso. Nos hacemos presentes, como la fastuosa arquitectura de la hora, por la agresividad estética de las líneas.

La cultura humanística —hasta ayer abolida de nuestras Universidades, y en grata hora restaurada en Caracas con las enseñanzas de García Bacca, Eugenio Imaz, Rizieri Frondizzi, Casanova, Rosenblat, Picón Salas, Sánchez Trincado, Uslar Pietri, Caldera, Villalba Villalba, Beltrán Guerrero, Crema, Barnola, Fabbiani Ruiz, Acosta Saignes— aporta una serie de elementos que ayudan a la conquista de un saber útil. Lógica, lenguas clásicas, gramática superior, antropología, ontología, pondría yo al principio de cualquier curso que intente proporcionar una formación de primer piso. Por aquí debe empezar toda disciplina superior. Sin estos ingredientes iniciales se hace difícil entender en forma provechosa el Derecho, la Historia, la Política.

La crisis del Humanismo en nuestra Universidad caraqueña culminó, como he dicho, con el Positivismo de Ernst y de Villavicencio. Sin embargo, los estudiantes que aprovecharon directamente el empirismo y la novedad de las recientes ideas, recibieron a la vez el último rescoldo humanístico (Alvarado, Gil Fortoul, Key Ayala, entre otros). Unido este desalojo de las viejas letras y de los sanos principios de la Filosofía perenne, a la descatalogización de tipo político promovida por el guzmancismo, se llegó a mirar todo lo clásico como algo ordenado a la vida clerical. (Cuando comencé a estudiar latín en 1909, la mayoría de mis compañeros y yo celebrábamos nuestra desgana del *rosa, rosae* como testi-

monio de una altiva irreligiosidad. ¡Que pusieran empeño en latinizar aquellos compañeros que pensaban entrar seminaristas!)

El laicismo se hizo signo de la moda. Atacar la enseñanza religiosa y negar el sentido religioso de la vida, se tomó por señal de audaz y elegante distinción. Para pensar bien sólo servían los postulados de la “razón física”, por donde el común de los investigadores ancló en el sociologismo materialista, que aún insiste en acabar con todo impulso sano de ascensión popular, y en un psicologismo experimental, cargado del aura demoníaco que en la Salitrería utilizaba Charcot como material para sus originales trabajos.

La Universidad aguardó a que en 1908 Esteban Gil Borges anunciase solemnemente, en su memorable discurso de apertura de cursos, que el Positivismo, perplejo ante lo burdo de sus conclusiones, buscaba una síntesis con el idealismo para explicar los fenómenos histórico-sociales; pudo haber dicho también a sus oyentes el maestro ilustre que había sido herido de muerte el Positivismo desde los años en que Bergson restauró en el plano de la Filosofía secular los valores espirituales. Esperó también la Universidad hasta 1930 para saber de labios de Caracciolo Parra que, pese a los funerales pregonados a todos los vientos por la Escuela Histórica y a la plañidera canción que muchos jóvenes habíamos repetido, el Iusnaturalismo proseguía en lozana vida. (Ya por esta última época habían sido felizmente superados los tiempos en que se miró como una manera de mirlo blanco al inefable y sabio doctor José Gregorio Hernández).

Mientras tanto, las buenas prácticas cívicas no contaban. La impiedad ocupó el puesto central en el programa de la cultura de los iconoclastas. Fulano era muy liberal porque atacaba a la Iglesia, mientras practicaba los métodos más refinados con el sano liberalismo. (A un ilustre liberal, de buenas letras y reputada fama, oí por 1932 explicar los métodos con que aseguraba en sus grandes haciendas la disciplina del “peonaje”, como dicen los oligarcas. Entre dichos métodos ocupaba el cepo sitio de excelencia). La libertad fue un mero supuesto para provecho egoísta. Libertad para pensar al antojo, mas no para admitirla como patrimonio del pensamiento ajeno. Libertad sin alteridad, que hizo de los pseudo-liberales una manera de teólogos sin Dios, empeñados en defender la intangibilidad de sus dogmas. Este fanatismo demoledor terminó por desvestir de su contenido funcional a la propia idea de libertad y, en consecuencia, a las libertades públicas garantizadas en los instrumentos cons-

titucionales. Cualquiera recuerda el pronunciamiento dogmático de la Academia Nacional de Medicina sobre la legitimidad científica de la teoría evolucionista.

De otra parte, se tomó la religiosidad como talante de beatos y de sacristanes; hasta miróse al hombre que públicamente manifestaba la fe católica como elemento ineficaz y peligroso en el orden social. Hacer notoria la piedad se juzgó cosa pueril y, en consecuencia, tonta. Al mismo tiempo, por un error de apreciación, la religión fue presentada desde el propio ámbito cristiano “como un moralismo, cuyo ideal parecía reducirse, para escribir con palabras de Charles Möeller, a reglas formales, universales, negativas, restrictivas y extrínsecas”. La religión se enmarcó en un cuadro inmóvil y timorato, que subyace aún en el criterio asustadizo y cobarde de quienes, por no haber llegado a intuir la numinosa realidad de Cristo, ignoran lo que significa la propia doctrina evangélica. A la par de estos timoratos, fueron tomados como representantes del mundo cristiano algunos sujetos de aparente beatería, que se valían y aún se valen del nombre de Cristo para avalar una detestable conducta, mientras se daba apelativo cristiano a una mayoría irresponsable, cuyo cristianismo se reduce a la misa del domingo y a bautizar a la prole. Se produjo, según palabras de Claudel, citadas por Möeller, una “división, que empezó por considerar a la sociedad como si estuviese formada por dos grupos opuestos: de un lado, los sabios, los artistas, los hombres inteligentes, los estadistas, los hombres de negocios, los hombres de mundo, todos los cuales aseguraban la inexistencia de Dios; de otra parte, los gazmoños, las viejas beatas, el arte de los viacrucis, la ineptia sofocante de los sermones”. Esta división ha durado entre nosotros hasta años cercanos, en los cuales, por un fenómeno contrario, se ha visto la perversa simulación de ideas religiosas con que iluminan su feria los detestables “hombres de orden” y con que ponen música a su farsa oportunista las llamadas “fuerzas vivas”, que pretenden guardar los secretos del destino nacional y que avanzan hasta motejar de comunismo a todo cristiano que defienda los elementales derechos de la criatura humana frente a la absorción practicada por los poderosos.

Enhebrando de nuevo el tema de las causas del menosprecio en que cayeron los estudios clásicos, apuntaré que muy pocos han parado mientes en la responsabilidad que en el caso tiene don Cecilio Acosta, justamente nuestro último gran humanista del siglo XIX. Junto con su vertebración clásico-católica, don Cecilio gozaba ideas progresistas. Ambientó don Cecilio su espíritu al rescoldo de ideas liberales tomadas en parte

de la España de fines del XVIII, cuando Locke, Diderot y Montesquieu habían modificado la problemática absolutista del pensamiento peninsular, y en parte también de la fogata que universalizó la Revolución Francesa. Don Cecilio —apasionado de los dogmas del progreso— estaba también muy tomado por el fervor de la gran era industrial, abierta a la esperanza creadora del mundo. Miró por 1856 la decadencia en que se había dejado caer la enseñanza filosófica y literaria en la vieja Universidad, y fácil fue juzgar que el momento reclamaba una orientación más práctica de la enseñanza. El manifiesto “Cosas sabidas y cosas por saberse” tiene su airecillo demoledor. En él aboga razonablemente nuestro amable humanista por la provechosa difusión de la técnica y aconseja, también, la eliminación de las disciplinas sin fines prácticos. Todos estamos con don Cecilio en lo que dice acerca de la imperiosa necesidad de difundir escuelas primarias y escuelas de artes y oficios. El extraordinario valor de éstas no contradice, en cambio la reclama, con una bien orientada cultura superior y media. Sin las aportaciones de ésta no sería posible hacer eficaz la enseñanza primaria. Primero se preparan los maestros. Después se juntan los alumnos. Antes que buscar lectores para los libros, precisa solicitar quienes los escriban e impriman. Antes que obreros especializados, las grandes industrias reclaman ingenieros, químicos, electricistas de formación universitaria, que integren con los prestadores del trabajo la unidad constructora de la empresa. Las grandes ciudades industriales de Estados Unidos presuponen para su desenvolvimiento los laboratorios y las aulas de las venerables Universidades americanas. En aquellos años el mal latín y la filosofía anquilosada, que razonablemente enfadaban a nuestro admirable humanista, reclamaba una superación de métodos y no su abolición de los cuadros de la cultura y del progreso.

Lamentablemente, ciertos demagogos, que nada hicieron ni trataron de hacer a favor de las clases desasistidas económicamente, han renegado de todo “prius” que se otorgue a la cultura superior. Desarticulando su actitud, puede decirse que para ellos el pueblo no debería tener acceso a las Universidades. En nombre de un pueblo que ni entienden ni sienten, piden un rasero que baje y retenga las legítimas posibilidades de las clases sin fortuna, y de error en error han justificado la supresión de la gratuidad de la enseñanza superior, por donde se reducen los caminos de nivelar hacia arriba las distintas clases sociales. Mientras más sea la sustancia de cultura que sirvan Universidades y Liceos de verdadera orientación democrática, mayores serán las posibilidades de que el pueblo alcance los niveles que le corresponden en justicia.

En los años que corren del 870 al 900 es necesario fijar la hora de los iconoclastas. De Luis López Méndez es del único que tengo algo en mi raquítica librería de peregrino. El artículo sobre enseñanza laica, publicado por 1887, asienta cosas tan disolventes como la que al azar copio: "La historia de la civilización está ahí para probar que la moralidad no aumenta sino por cambios en el mundo cerebral". En su artículo, López Méndez —ciudadano de honestidad cabal— recomendaba eliminar la moral cristiana para enseñar en lugar suyo una manera de moral estadista. De esos viejos polvos vienen los malos lodos en que se han atascado las instituciones libres. Con descristianizar la cultura y las raíces del Estado, sin haber creado ningún sistema de deberes que sustituyera los valores tradicionales, prepararon la desoladora avenida que acabó con todo. En cambio, ¿qué nos dieron? Literatura amable y poco ejemplo. César Zumeta, cuya reciente muerte ha sido ocasión para que se le rinda el cálido homenaje debido a sus extraordinarias dotes literarias, nos regaló con un admirable estilo y con una rebeldía abortiva. Sus panfletos de principios de siglo entusiasmaron a los jóvenes. Sus escrituras, tan contorsionadas como de quien pregona semejanzas entre León XIII y Voltaire, fueron aplaudidas por la gracia arquitectónica del estilo. Luis Correa, a la hora de ser recibido Zumeta en la Academia de la Historia, llamóle el Condestable de nuestras Letras. Mas, cuando el condestable Zumeta pudo ayudar al progreso y a la vivificación de las instituciones civiles, contribuyó, por el contrario, a la ruina de la idea constitucional, en postura semejante a la de Gil Fortoul o Laureano Vallenilla Lanz.

¿Cuál fue la contribución práctica a la vida cívica de Venezuela que prestaron los hombres de la generación de Zumeta? Si se examina su obra con ojos serenos, se ve que, a pesar de haber profesado el "absurdo conformismo anticonformista de la juventud", a que alude Cocteau en su reciente discurso académico, dejaron un nivel inferior al nivel que ellos hallaron. Destruyeron sin crear. "Adoptaron, como escribe Pedro Eimilio Coll, posiciones de reformadores y de insumisos a las reglas tradicionales", que, sobrepasando la moda literaria, rompieron valores de finalidad constructiva. Criticaron y adversaron el mundo político de su juventud; mas con su propia conducta madura contrahicieron lo que habían condenado. De muchos de ellos podría decirse lo que Joung ha escrito respecto de los iconoclastas ingleses: "Han creado un mundo de conejos hipnotizados por las serpientes y dominado por el sentimiento de la perplejidad". Esto se robustece con una circunstancia simplísima:

¿Puede tomar la juventud a alguno de esos famosos iconoclastas como arquetipo indiscutido? ¿Sirven integralmente sus ideas y su conducta para construir algo perdurable en el orden del pueblo? ¿Dónde está la República que los iconoclastas limpiaron de fantasmas? ¿Por qué nuevo valor sustituyeron el “temor a Dios”, que tanto desagradaba a López Méndez como móvil de conducta social? ¡Ah, vano espejismo! Renegaron la religión con la Divinidad, para fomentar inconscientemente, so color de libertad y de racionalidad, los vergonzosos ligámenes y los temores espantosos que legaron a destruir la más pura esencia de la República. Llevados por el más grosero empirismo materialista, despoblaron el reino de los valores de todo lo que escapaba a la medición positivista y se aferraron a lo instintivo valorable en hechos. Negaron el respeto a los antiguos dioses y se inclinaron reverentes ante la teología rupestre que dormía en las selvas donde experimentaban los sociólogos. Los caminos de la sana lógica fueron sustituidos por el tabú de la brujería primitiva, y sobre el discurso sereno de la justicia, que se apoya en lo racional, se aconsejó el culto ciego de la fuerza, como expresión de cercanía a la realidad orgánica. En un orden simplista, negaron la cultura y adoptaron el inmovilismo como norma de conducta social. “¡Nada se puede contra la fatalidad!”, fue la conclusión desvergonzada de quienes se sintieron satisfechos con una realidad aprovechable y cómoda, que asegura el triunfo del menor esfuerzo.

El examen de nuestra cultura rocó de fines del 800 y principios del siglo xx lo está pidiendo a gritos nuestro país, para fijar en sus debidas proporciones la responsabilidad de un destino, cuyo desvío frecuentemente se imputa a sólo la aventura de los hombres de fuerza, únicos responsables, según un criterio simplista, de la ruina de las instituciones. Si se mira a mejores luces el problema, ¿no han sido los mentores civiles y los presuntuosos personeros de la oligarquía capitalista quienes en cada turno han empujado a los caudillos militares y a la gente de cuartel hasta la peripecia del alzamiento y del golpe de Estado? El movimiento guerrero de mayor contenido principista que recogen los anales de las guerras civiles, ¿no fue provocado por el error continuista de un magistrado civil? Urge ir a fondo en este análisis de valores y contravalores, cuya glosa cabal puede ayudarnos a mirar la razón de gran parte de nuestras dolencias sociales.

Precisa dar un nuevo sentido a la Universidad para que pueda realizar su indesviable quehacer en el marco de una fecunda crítica constructiva. La cultura de superficie ha sido y sigue siendo nuestro fardo más pesado. La carencia de principios normativos es nuestra falla peor. Como pueblo y como individuos pensamos y obramos sin cuidarnos de consultar nuestro deber. Todos los órdenes de las actividades sociales —artes, ciencias, política, comercio— están presididos por el signo de las albricias, que empuja a la quema de las etapas. A veces pienso si en realidad constituimos una verdadera comunidad. ¿No produce acaso nuestra conducta el efecto sombrío de que no hubiéramos superado aún el individualismo anárquico del yo, del tú, de él, negados, en consecuencia, a la realización fecunda de un nosotros como deber moral cargado de todos los frescos y fecundos valores de la humano? Nuestra falta de responsabilidad y de solidaridad cívica tiene su razón última en la ausencia de alteridad que acondiciona los juicios sociales y sobre la cual descansa la fuerza de los valores jurídicos. Espanta mirar cómo apenas a la hora de la final desesperación venimos a sentir el reclamo tardío de una solidaridad, que espera el indesviable zarpazo del león, para hacernos reflexionar sobre la necesidad de deponer baldías diferencias, como ocurrió a los caballos tunecinos apologizado por el Conde de Lucanor. Ya Solón hablaba de que el espíritu de justicia sólo existe en comunidades donde los no perjudicados se sienten tan lesionados como las meras víctimas del daño. Mientras en Venezuela no se modifique esta manera de mirar la relación intrasocial, proseguirá impertérrito el reinado de la arbitrariedad en el sentido de una abusiva discrecionalidad del poder público, empero como expresión de un prurito de considerar indiscutible la opinión propia, ya en literatura, ya en política, ya en materia religiosa o científica.

En relación con la enseñanza del Derecho, cuya teoría mira a los problemas filosóficos de la justicia y de la ley, ¿se ha preocupado la Universidad por crear de verdad en sus doctores una conciencia de juristas y de filósofos? ¿Ha mirado la problemática de la Facultad a algo más que a la formación de profesionales y pleitistas? Tan desprovistos de sentido responsable han salido de la cátedra algunos doctores, que para el arbitrario y poco serio escogimiento de padrinos para las promociones se pensó alguna vez en tomar por nombre el de un abogado alegre que aseguraba por recompensa un fastuoso sarao a los estudiantes. En todo el ancho campo de la deontología profesional se han olvidado los principios de la fundamental normatividad, por donde ha sido fácil

ver médicos dedicados a la práctica de la dicotomía y del aborto y a ingenieros que firman cálculos entusiastas para beneficio de amigos interesados, mientras en el territorio de las ciencias jurídicas el problema ha llegado a adquirir resonancia extraordinaria y vergonzosa. Se ha visto a universitarios con título de doctores en Derecho hacer la apología entusiasta y semi-histórica de situaciones de hecho que anulan y destruyen los más puros y nobles principios de la legalidad. En los gabinetes y en el consejo privado, fácil ha sido a los pseudojuristas dar acomodo "legal" a las más abarrancadas peripecias de la violencia, y cuando se han visto obligados a aconsejar un teórico respeto hacia situaciones cargadas de juridicidad, han rubricado su adhesión al déspota con frases como ésta: "Yo no le veo al caso salida legal, pero cuente conmigo para lo que resuelva". Después de este regüeldo, han regresado felices y estirados al tribunal donde imparten justicia y a la cátedra donde explican el poder de las leyes. En el libro y en el periódico no han tenido, tampoco, escrúpulo alguno para urdir sofismas por donde pudieran aparecer legalizados los hechos más vergonzosos contra las propias leyes cuya defensa juraron al recibir el título.

A los profesionales del Derecho corresponde, por gravedad de disciplina, la orientación de la conciencia jurídica del pueblo. Si en verdad el despotismo interfirió durante largos períodos el pleno desarrollo de las categorías cívicas, en cambio, el recato de la cátedra ha debido permanecer fiel al principismo, tanto por el significado de la enseñanza como por la ejemplaridad del comportamiento profesoral. De la Universidad es forzoso que salgan bien armados los juristas a quien toca dar acento decisivo al diálogo de los ciudadanos con los agentes del Poder. A ellos corresponde una misión semejante a la de los guardaguasas que enrumban la marcha de los trenes. Por lo tanto, la Universidad ha de velar porque sus enseñanzas transmitan sentido y capacidad de orientar a la comunidad. Junto al humanismo erudito, está obligada la Universidad a crear un humanismo vivo y vivificante, es decir, una corriente activa de comprensión, que haga sentir al alumnado la excelencia de los valores intersubjetivos y, por tanto, la necesidad de transportar al mundo de fuera la solidaridad y la mancomunidad que la Universidad promueve como uno de sus quehaceres indeclinables. La naturaleza de sus estudios, al superar en los estudiantes de Derecho la intuición cívica, ábreles, además, la ruta para ser en lo futuro los obligados dilucidadores de las razones normativas de la sociedad. En el debate de la justicia con el error que intenta torcerla, es el jurista a quien corresponden las respuestas decisivas.

Todas estas razones obligarían a la Universidad a producir juristas y filósofos del Derecho más que abogados. Los abogados se truecan con frecuencia en enemigos eficaces del Derecho. Han llegado algunos a convertirse en enemigos del pueblo y de la nación. Los abogados, comúnmente, olvidan la admirable enseñanza que nos legó Gentile al declarar la "identidad de Derecho y Moral en la vida concreta del espíritu". En un mundo formado a la luz de ideas cuya resonancia supere el vulgar interés, se haría más fácil el escogimiento de las normas que den perfil austero a la conducta social. A eso ha de tender la Universidad. Su fin es juntar y moldear hombres más que fabricar profesionales. Cuando las Universidades tuvieron un carácter clasista, pudo pensarse que su misión estuviese reducida a la formación de sabios que, en actitud señera, pensarán por los pueblos. Manteniendo su tradicional misión de abrir caminos a la sabiduría, las Universidades han alcanzado, también, rango catalizador en el área de la química social. En ellas dialoga y pregunta una juventud pletórica de ensueños, a la vez procedente de los más diversos rangos y de los más opuestos vientos de la geografía social. Frente a jóvenes de estirpe varia, a ella compete la función de estimularles la posibilidad de que conquisten una auténtica dimensión de lo humano, en cuya inteligencia ganen el deseado equilibrio la libertad y el deber. Alcanzadas estas playas de bonancible reposo, las nuevas generaciones se salvarían de caer en la filosofía de la angustia, con sus derivaciones sarrtrianas, a que ha sido empujado el hombre presente. La Universidad debe ayudar a los jóvenes a construirse una conducta. Si ayer esta labor fue negada y traicionada, precisa hoy llevarla a la más vigorosa autenticidad. Así la hora sea por demás difícil, la Universidad debe dar a la juventud luces que orienten su derrotero en medio de la profunda oscuridad de la hora terrible de un mundo arruinado por la propia inteligencia. Un retorno a las Humanidades —lógica, ontología, letras clásicas, metafísica— pudiera hacer que las venideras generaciones se desvistan un poco la presuntuosa pompa y, con sentido de humildad generosa, miren más hacia la deficiencia colectiva. Con las buenas letras surgiría posiblemente una ansia de sabiduría. La inteligencia no atina muchas veces a diferenciar los caminos de Dios de los caminos de Satán. Los caminos de la verdad de los caminos de la mentira. La inteligencia tiene aún luz mundanal. La sabiduría ha superado, en cambio, todo reclamo sensual. La inteligencia frecuentemente confunde el placer, individualista y embotador, con la alegría, altruista y luminosa.

Tema apropiado para ilustrar la meditación presente, me lo ha proporcionado un hermoso artículo del ilustre dramaturgo y académico Joaquín Calvo Sotelo. "La madurez, escribe, ha desterrado ya de mí las últimas supervivencias juveniles de aquellos tiempos en los que, ingenuamente, abría la boca como un bobo ante el doctor y pasaba, sin parar atención alguna, junto al que era nada más —y nada menos— que un hombre bueno". ¿No puede la Universidad, pregunto yo ahora, formar, junto a hombres doctos, hombres también buenos? ¿Existe, acaso, incompatibilidad entre la inteligencia y la bondad? ¿No será posible añadir algún ingrediente propicio al calificativo bueno que se aplica a los profesionales idóneos? Buen abogado, buen médico, buen ingeniero son conceptos que miran a la capacidad científica y a la habilidad profesional del titulado. Nada predicán, en cambio, de la bondad específica que pueda acompañar al ingeniero, al médico o al abogado, por cuanto esta bondad tiene atinencia con una dimensión que sobrepasa el reino de valores de las ciencias. La bondad de los "hombres buenos" no depende de la eficacia de la técnica sino de la manera de repercutir en ellos lo que Schleiermacher llama la "comunidad eterna de los espíritus". Estos hombres que, a pesar de su poco brillo, son el verdadero soporte de las sociedades, han abrevado en otra clase de vertientes. Han puesto ellos a funcionar lo humano sobre el reclamo concupiscente de la vida diaria. Estos hombres, en fin, se han negado a practicar el divorcio maquiavélico de la Moral y del Derecho. Para ello, su conducta de afuera mira a las leyes de su mundo de adentro. Son para estos hombres los ordenamientos positivos parcela apenas, con sanción pública, de la ley moral que gobierna todas las acciones humanas. En nombre de esa ley moral, grabada en la propia naturaleza racional del hombre, tienen ellos voz para alzarse contra el proceso que mira en la eficacia de la fuerza el apoyo de todo derecho. Estos hombres buenos no necesitan que se les señale el articulado que sanciona en el orden externo una acción incorrecta, para, ante el temor, dejar de realizarla. Estos hombres cumplen su deber sin pensar ni en penas ni en premios.

Cuando un falso rigor racionalista dividió en dos el área de las acciones humanas y atribuyó a la moral una simple sanción en el ámbito de la interioridad, entonces se asestó un golpe tremendo al orden de la sociedad. ¿Qué pena es esa que funciona apenas en el fuero interno? En el campo de lo religioso, único donde tiene posibilidad, se confundiría con el reato que en la conciencia deja el pecado; mas en el territorio de los hechos sociales, ¿qué sanción corresponde a las violaciones de la ley

moral no tomadas en cuenta por los ordenamientos positivos? ¿Bastaría-les con el problemático remordimiento de una supuesta conciencia sin contenido de humanidad? ¿Dónde se sancionan las transgresiones al grupo de normas amables que hacen la hombría de bien, la amistad, la consecuencia familiar, la circunspección en la palabra dada? Rota la vieja armonía entre las “dos hermanas inmortales” —la moral religiosa y la moral filosófica—, ¿cómo lograr que el imperativo de la ética laica se haga sentir en el orden de la vida práctica? Quizás en este campo huido e inasible radica la inconsistencia de toda nuestra conducta social. Donde no funcionan por sí solos los valores sin trascendido positivo en el orden de la pena, ahí impera un caos, al cual se intenta en vano poner freno por medio de sistemas tan cargados de peligrosidad para la vida del espíritu, como los de “la higiene mental” y “la moral social”, propugnadas por el profesor Hesnard, con aparente afínco en viejas normas de moralidad, pero, en cambio, conducentes a la disolución de toda verdadera moral.

En el territorio de la realidad, cuando ciertos hechos cargados de inmoralidad no alcanzan categoría delictiva dentro del lineamiento de las leyes penales, se convierten en comportamiento desprovisto de sanción condigna. En el caso del traidor, pongamos de ejemplo, a quien sufre la traición quédale apenas como recurso defensivo y como testimonio de reacción ante la ofensa recibida, el dar por deshecho el vínculo que uníale con el antiguo amigo; en cambio, la colectividad de que forman parte ambos, es decir, los amigos comunes de víctima y traidor, proseguirán rindiendo a este último las mismas consideraciones de antaño, por sí no las suben, en razón de los posibles “méritos” que haya podido derivar de su pésima conducta. He tomado el ejemplo del traidor, no porque tenga la memoria poblada de figuras de traidores, sino por ser el más común de los casos que ofrece la vida diaria. Citar todas las fallas en que pueda caer la conducta impune de los hombres, sería como reconstruir un trozo del Infierno dantesco. La indiferencia para sancionar el comportamiento de quienes destrozan las elementales normas éticas, que son sal y gracia y de la diaria relación social, ha terminado por crear un clima de tolerancia para el transgresor, que anula a la postre los valores prácticos de la misma justicia legal. Una colectividad que no reacciona por sí sola en el terreno general de lo privado, ante la pública conducta incorrecta —mas no culposa en el radio de la penalidad— que observen sus componentes, acaba por destruir las defensas que la ayudarían a conservar la integridad sustancial. Colectividad e individuos caminan ha-

cia su propio suicidio, como los alegres sibaritas que lentamente van aumentando la dosis de los estupefactivos por donde suben al deleite de sus paraísos artificiales. Tampoco juega en el presente caso la idea fari-saica de una moral rubriquista y de ciego alcance, frecuentemente proclamada por los simuladores de conducta, y cuya aparente sombra protectora arruina al final toda moralidad. La flexibilidad, en cambio, de ciertas normas ayuda, como dice Péguy, a dar más exactitud y mayor ser-veridad a los principios morales.

En el examen de la crisis que padece nuestro pueblo pocos dan la debida importancia a la abolición casi absoluta de las reacciones de tipo moral. Los principios éticos fueron arrinconados con los muebles inúti-les de las abuelas escrupulosas. A escobazos fue echada la moral de entre los ingredientes esenciales para la vida de la nación. En el orden de los valores, se la miró como simple patrimonio de la retórica. Se llegó sobre esas bases al extremo de reducir las artes a un mero valor en sí, por donde la norma del "arte por el arte" justificó los más graves desvíos. Vuelto, en cambio, el problema sobre la interioridad personal, tropezó con el funesto dilema que magistralmente planteó Kierkegaard cuando dijo que el hombre que vive estéticamente es el hombre accidental, que se imagina a sí mismo perfecto, mientras el hombre que vive éticamente, obra para "el hombre" en sentido de totalidad y de creación.

Hubo tiempos en que las escuelas de Venezuela enseñaron normas de moral. Todavía en la enseñanza primaria se piden temas de "educa-ción moral y cívica", cuya difícil explicación hace que profesores y alum-nos pasen sobre ellos como por encima de ascuas. ¿Qué puede, en rea-lidad, predicarse de civismo en un país sin conciencia de altruísmo? ¿Qué moral podrán explicar maestros dedicados a adiestrar a sus discípulos en el secreto eficaz de la prudencia y en la eficacia del orden impuesto? Buen sistema para crear "niños quietos y naciones infecundas", empero no para formar ciudadanos. "Hay veces —escribe un avisado educador— en que precisamente el régimen escolar erige una imponente barrera que evita el que los jóvenes sean educados". Salen, pues, de las escuelas despro-vistas nuestros jóvenes en todo lo que dice a educación moral y, en casos frecuentes, con la moral distorsionada. ¿No se ha hecho práctica aconse-jable para granjear seguridad y méritos, que los alumnos delaten al maestro la conducta de sus compañeros? En el edificio iniciado por es-tos falsos educadores, nada hallarán de positivo la Universidad y el Li-ceo; encontrarán, por el contrario, un conjunto de vivencias anárquicas

y egoístas, que contribuirán con lamentable eficacia a hacer nula la obra encomendada a los nuevos centros educativos.

* * *

Tras las diversas peripecias sufridas por la Universidad en Venezuela, el observador imparcial se ve colocado ante un panorama de perplejidad. ¿Puede la Universidad ayudar a moldear al hombre venezolano, según el sentido positivo que reclama el porvenir inmediato del país y que impone la nueva visión del mundo? Si el problema se plantea desde el punto de vista material, cualquiera concluye por aceptar las posibilidades en que sobreabunda nuestra Universidad para la formación de científicos y de técnicos. El material requerido para aguzar las investigaciones y adiestrar ojos y manos en la problemática, pongamos por caso, del mundo electrónico y cuantístico, está al alcance de las disponibilidades del Estado. Pero si el cálculo infinitesimal, digamos, gana posibilidades extraordinarias con la ayuda del instrumental cibernético, el espíritu, en cambio, deriva poca cosa de un adelanto técnico, cuya interpretación materialista lleve a destruir las conexiones lógicas entre la naturaleza y el reino de los valores. Ese hombre bueno, ese abogado bueno, ¿es capaz de formarlos una Universidad privada de las luces de una antropología que mire a la totalidad de los valores del hombre? ¿Hay en ella sedimentación deontológica suficiente para crear en los profesionales una conciencia que apunte más allá del buen éxito del pleito o del brillo de la investigación microscópica? ¿Se vive en nuestra Universidad un clima ético que le permita cumplir su clásica misión de unir y de levantar la función humana? ¿Suministra, acaso, nuestra Universidad una actitud moral donde puedan cobrar fuerza, según el requerimiento de Fichte, el deber y el mandato que suplan la obra de perfeccionamiento confiada a los factores religiosos, ya que a éstos se les niega participación en el orden formativo superior? ¿Poseen nuestras aulas ímpetu para ayudar a la creación de los nuevos contenidos que han de animar a nuestra cultura en transformación? ¿Tiene nuestra Universidad reservorios propicios para servir a la causa de la unidad espiritual de un pueblo destrozado en su conjunto y en sus partes por la mayor crudeza a que pueda llegar la aventura pública? ¿Servirá el andamiaje de sus cátedras para construir un espíritu nacional, no en el sentido de la huera agresividad con que muchos quieren dar falso contenido a las palabras patriotismo, nación, integridad, sino en la plenitud creadora de valores enderezados

a la comprensión final de la universalidad? “No desde abajo —enseña Scheler—, de la materia y los instintos; sólo desde arriba, del espíritu, del amor y de Dios puede proceder la unidad”.

Baldío se haría el discurso del catedrático si el estudiante no se prestase a ganar y a acrecer la fuerza de la palabra recibida. La vieja Universidad del medioevo colocó a maestros y a escolares en un plano de intercambio convivente, por donde se hacían fácil la “universitas”, la “humanitas” y la “pietas”, que informaban el sentido profundo de la relación social. Es de suyo fácil diagnosticar las carencias que afectan a un cuerpo docente influido en su mayor parte por el oficialismo. Para el estudiante de conciencia independiente, la mayoría de las cátedras actuales de la Universidad venezolana constituyen una suerte de estrado, en el cual contradice la timidez y la lentitud de la palabra del catedrático con la rapidez de pensamiento de jóvenes anhelantes de hallar los juicios verdaderos que debieran llenar el vacío de la envoltura lingüística de las proposiciones presentadas. En la penumbra de la actual Universidad se desarrolla un duelo perenne y silencioso entre el pensamiento de un estudiantado anhelante de riego para sus ideas autonómicas y la reticencia de programas inspirados por una concepción inerte de la normativa social.

En la lucha del momento, el joven venezolano se siente desasistido dentro de su propia Universidad. Desasistido y contradicho, a punto de que llega a cifras alarmantes el número de estudiantes que han buscado en Universidades extranjeras las garantías que les niega nuestra Alma Mater. En las Universidades nacionales apenas halla el estudiante en actitudes semi-furtivas el grumo capaz de aglutinar su esfuerzo hacia la creación del sentido comunitario que por gravitación social buscan los hombres que pertenecen a una misma generación o que sufren una idéntica distorsión en su destino. Como excepción que salva el sentido magistral de lo universitario, se cuentan discretos profesores que insisten en explicar rectas razones y que se empeñan en repetir palabras de auténtica orientación espiritual. Recia, empeñosa, abnegada labor, de quienes defienden débiles luces en medio del azote de implacable tormenta.

A pesar de que no lo indiquen los propios programas, la juventud comprende la urgencia de agregar algo de distinto alcance a la técnica y a la experiencia científica. A la cultura adquirida en la cátedra, ha de sumar, válida en su generosa intuición, la humanidad vivida en lucha

silenciosa. Sabe nuestro estudiante que su vida ha de ser lucha constante contra el vicio mostrenco. A la lógica, a la antropología, a la ontología, a la preceptiva del curso oficial, precisa añadir el indispensable aliño de su reflexión sobre el humano destino que le corresponde cumplir. Se le ha aconsejado más de una vez la conveniencia de vivir la política en forma de actividad dominadora. Otros, a su modo, le recomiendan la inhibición ante problemas que entrañan la propia vida de la sociedad. La política, en cambio, ha de vivirla como disciplina humana que le prepare para el cabal desarrollo de la personalidad. Más que fórmulas y medios de ganar la carrera de la influencia, los jóvenes necesitan instrumentos espirituales que les ayuden a resistir el mal Poder. Tanto como ejercitados para la lucha por los derechos, han de sentirse duros, recios, acerados en lo que dice a la inteligencia del deber.

En el marco universitario los jóvenes han de capacitarse para asumir mañana la rectoría de un país, cada vez en trance de mayor crecimiento físico —diez millones será nuestra población en 1970— y cada vez más amenazado en su interioridad moral. Buena escuela es el dolor para el pulimento de la personalidad. Tanto para el hombre en función personal como para la comunidad en función pública, los reveses sirven de escuela y de contraste. Lo que la Universidad no les dé espontáneamente, los estudiantes responsables deben lograrlo por medio de una terca insistencia. Si es pobre y flaco el ejemplo inmediato, con buscarlos sabrán hallar modelos a los cuales referir la conducta, y cuando no aparezca en la inmediatez social el arquetipo deseado, basta entonces con desarticular el contratipo y examinar *contrario sensu* el sistema de valores. Experiencia difícil y penosa, pero de efectividad indiscutible. Valorizar la virtud por medio de una reducción que vaya hasta la intuición de la esencia humana oculta en los propios portadores del vicio, para de nuevo ver cómo trascienden libremente los valores positivos. Tal vez el resultado de esta crítica esté aún más cargado de posibilidades, por cuanto con ella se plantean ecuaciones que ponen en resalto la fuerza corrosiva de los contravalores.

Una fecunda reflexión sobre la vacuidad del éxito fácil y concupiscente, sirve en estos menesteres de buena aguja de marear. Al desvestir a los afortunados del momento el oropel que les ofrecen las circunstancias, irían apareciendo las endebles estructuras internas y se conocerían los caminos tortuosos por donde les llegaron fortuna, honores, influencias. Al éxito bastardo, que en su precipitación quebranta los más delicados

nexos, los más respetables compromisos, las obligaciones y los deberes más sagrados, la juventud debe oponer el éxito legítimo que reclama moderación, estudio, paciencia, humildad y respeto. El éxito severo, como corona de una conducta honorable, y no el éxito festivo, como fruto de una aventura realizada sin reflexión.

Al joven venezolano, como ya lo apunté en anterior ensayo, corresponde realizar un esfuerzo ciclópeo para poder instalarse en el plano de responsabilidad que le incumbe en el orden de la cultura. Así se mueva en un ambiente de aparente sosiego, su momento es de lucha y desacomodo. Desacomodo y lucha que por nada aconsejan el cultivo del odio y el ejercicio de la venganza. Los altos fines de la cultura imponen un acondicionamiento social que dista descomunadamente de la realidad que le circunda. Contra el odio pide comprensión, contra la venganza aconseja el perdón, contra la violencia recomienda la serena meditación. Con nuevas palabras de Fichte, apuntaré los supuestos requeridos para la conquista de los niveles éticos. "Ante todo, dice el maestro alemán, han de estar sólidamente cimentados el estado pacífico de legalidad y la paz interior y exterior; ha de haber empezado el imperio de las buenas costumbres".

Al estudiante venezolano tócale un peligroso desdoblamiento, que llega a impedirle su propia concentración en las aulas. ¿Puede pedirse a jóvenes fogosos, idealistas, sin contaminación pecaminosa alguna, que se conviertan en rígidas estatuas salobres, ante el drama secreto y sombrío que se desarrolla más allá de la aparente paz? La politización de la juventud es producto espontáneo de una inquietud, que tanto es problema cívico como problema de biología; empero, la orientación de esa inquietud debe mirar más a la unidad de los factores positivos que al parcelamiento de la acción dentro de las colectividades que libran a su modo la batalla de la política. Unidos bajo el signo de una responsabilidad que emana de saberse los inmediatos portadores de la cultura nacional, su obra se hace más recta y promisoría. Como escribí en el ensayo "Problemas de la juventud venezolana", al estímulo de la vocación de Poder urge anteponer el estímulo de una vocación de resistir los males del Poder. La fácil palabrería del ataque inútil, dentro del esfuerzo endeble de la venenosa demagogia, reclama ser sustituida por una metódica meditación sobre los alcances creadores y unitivos de lo humano.

Cabe preguntar cuál sea la naturaleza de ese deber llamado a fijar perfiles determinantes a la conducta del joven venezolano. Junto al al-

cance valorativo de los supuestos morales y culturales que informan y guían la vida de todo hombre y de toda colectividad organizada, precisa, también, una manera de teoría que valore lo venezolano. Para el caso, es obligatorio fijar el significado de nuestra propia Historia y de nuestra misma posibilidad geográfica.

* * *

Ya he asentado que ser venezolano no es ser alegre vendedor de hierro y de petróleo. Menos aún, ser comprador de cuantos automóviles perfecciona la industria de Detroit. Ser venezolano implica un rango histórico de calidad irrenunciable. ¿Cuál ese rango? ¿Hacia dónde apunta la intencionalidad creadora de lo venezolano? . . . En el orden de la Historia sería necesario descombrar las capas que se han venido sucediendo desde los comienzos de nuestra vida civil.

Como comunidad humana nos fijamos en el Nuevo Mundo en razón de un recio proceso de trasplante y de confluencia. De España, de África, y de la propia geografía americana proceden los ancestros que dieron forma y sustancia a la sociedad pre-republicana. Nuestro mundo —lleno de sol y rico en posibilidades creadoras— transformó los elementos antiguos, hasta hacer del viejo venezolano un tipo social de marcadas características. “No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos”, dijo Bolívar a los diputados de Angostura. Y para ampliar un concepto, en el cual se mira a la legitimidad de los derechos históricos y geográficos de la colectividad americana, luego agrega, en el orden de la antropología física: “Nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea”.

No somos europeos, no somos indios, tampoco somos negros. En la alquimia de la sangre y del espíritu americano se han juntado razas y estirpes diversas, por donde nació el mestizaje que forma el substrato antiguo del pueblo venezolano. Sobre ese viejo substrato —alterado durante la República, y posiblemente mejorado, en gracias de cruces con nuevas sangres acudidas del Viejo Mundo—, gravitaba a la hora de la emancipación un conjunto de valores de cultura, en cuyo nombre nuestros Padres realizaron la extraordinaria proeza republicana. Del mismo

modo como la unidad geográfica había sido fijada durante el dominio colonial, los demás soportes sobre los cuales gana consistencia y fisonomía continua el *mínimum* determinante de la nacionalidad, venían, también, del hondón de la Historia. Por lo tanto, es de imperio comenzar a buscar en aquella realidad los elementos que ayuden a fijar los perfiles esquemáticos de una posible teoría de lo venezolano. Los anti-historicistas, que todo lo dejan a la festiva peripecia del momento que corre, con negar la validez fundamental del ámbito temporal como elemento constitutivo de la nación, destruyen la fuerza que da mayor colorido y vida más intensa a los demás supuestos del Estado. Mi posición es totalmente contraria a aquel alegre sistema de juzgar la problemática nacional. Creo en el significado profundo de los valores que arrancan de la Historia su razón de ser. No creo en la Historia nacional como fuente de romántica complacencia; juzgo, en cambio, con sentido jaspersiano, que sus datos, como espejo del hombre, nos ayudan a conocernos a nosotros mismos en la riqueza de "lo posible". Cuando Bergson explica que el paso de la creación por el presente representa un cambio de ser, no llega a negar la esencia que cambia, por cuanto el pasado fue un antiguo futuro y el futuro apenas es un pasado para después. En el orden de esa incesante creación, hay un supuesto esencial que correlaciona las oportunidades y las subordina, aun para definir la forma del "ser" que asumen las cosas en cada "presente". En el campo de la Historia de los pueblos es imposible futurizar sin juzgar el alcance y la dimensión de los futuros que ya fueron.

* * *

Tomando, pues, desde atrás el aire histórico, fácil es comprender que la revolución separatista carece de los rasgos catastróficos que algunos románticos le atribuyeron; después de un cabal análisis histórico, se ha llegado a verla, en cambio, como el *clímax* de un proceso cuyos hilos arrancan de madejas ubicadas en planos con profunda perspectiva de tiempo. Algunos causalistas remontan hasta la propia aventura de Lope de Aguirre la explicación del germen separatista americano. En un orden filosófico puede llegarse aun hasta a decir, como yo lo he sostenido, que la tesis anticolonista comenzó a trabajar a boca del siglo XVI, en el mero discurso de quienes expresaron ideas de justicia y de equidad frente a la rapacidad de algunos conquistadores. La tremenda y, a la vez, esperanzada coexistencia del bien y del mal en el proceso de la vida del hom-

bre, obliga a tomar por buenas las reflexiones de quienes se detienen a dar tanta profundidad en la jornada antigua a la huella melífera de Martín Tinajero cuanto se da al caminar enérgico y destructor de Diego de Ordaz y de Juan de Carvajal. También ha sido colocada "ad limina" de la rebeldía nacional la jerigonza del Rey Miguel, tomada al efecto como testimonio de un ímpetu encaminado a romper el yugo de la autoridad. Del primero, es decir, del gesto de Aguirre, han hecho cata y cala todos los historiadores. Se le ha fichado como expresión del arranque agónico del hombre español, echado a la aventura de las Indias con un sentido de superioridad de pueblo más que de personero de la lejana soberanía aposentada en el Monarca. También se le ha considerado como testimonio de la distorsión psíquica que caracterizó al aventurero del siglo XVI. La peripecia del Rey Miguel cae en otro tipo de apreciativa. Aguirre quiere enseñorear con menosprecio de la autoridad metropolitana; Miguel se rebela contra el orden doméstico que le somete a esclavitud y busca, en consecuencia, la formación de un gobierno que garantice a él y a los otros negros la libertad gozada en el Africa remota. Hecho a mejores luces el estudio de las masas esclavas transportadas a América, se ha dado con reyes destronados por la voracidad esclavista de portugueses y de ingleses. ¿Fue Miguel alguno de ellos? No sería aventurado suponerlo; mas, rey o no de origen, su aventura mira al cuadro de la libertad personal más que a la persecución de un sistema con densidad política.

Pese a estas manifestaciones iniciales, a las muchas señales de rebeldía y a los continuos empeños autodeterminativos que se abultan durante los siglos XVI y XVII y a principios del XVIII, yo miro de mayor lógica fijar una zona más inmediata a la República como campo explicativo de los hechos culminantes del proceso que desembocó en la independencia.

Conforme a la terminología usada por Karl Jaspers, me atrevería a llamar tiempo-eje de la Historia nacional el espacio corrido entre 1777 y 1830, con énfasis profundo en las ocurrencias de 1820. En el decurso que separa la fecha de concesión de la Cédula de 8 de septiembre de 1777 y la aceptación por España del hecho de nuestra separación y de nuestra constitución en república soberana (noviembre de 1820), se desarrollan acontecimientos de trascendencia y densidad permanentes en el radio de la nacionalidad, a los cuales han de volver la mirada todos los que estudien nuestra formación de pueblo. En la década siguiente —tiempos heroicos de Carabobo, de Junín y de Ayacucho— la libertad llega a su

ápice, se desarticula a la vez la unidad de Colombia y vuelve Venezuela a sus viejos contornos territoriales pre-republicanos.

Venezuela torna en 1830 a la geografía humana que había cuajado durante el viejo régimen. La criatura rechaza la forma nueva, por muchos acusada de artificio, y rebusca los signos de la primitiva vida en la matriz colonial. Con la aparición de Colombia pareció dominada la vieja tendencia cantonalista, de prosapia aun peninsular, y la cual se había hecho presente en las disputas jurisdiccionales de 1811, en Caracas y Valencia, y de 1821, en el Rosario de Cúcuta, y cuya reaparición adquirió caracteres funestos en las ocurrencias de abril y de mayo de 1826, en Valencia y en Caracas. Con estos hechos se inició el proceso desintegrador de Colombia, mirada y creada por Bolívar como baluarte y garantía de la independencia del continente y como estación de un proceso integralista, encaminado a hacer más robustos los lazos de la soñada confederación de naciones hispanoamericanas (la "Colombeia", de Miranda). Adulterado en su práctica actual este noble pensamiento de nuestro Libertador, se presenta a Bolívar como patrono del panamericanismo monroísta, que defiende y sustenta el Departamento de Estado norteamericano.

Desde 1777 en el territorio actual de Venezuela existe una unidad social, con contenidos políticos uniformes. La desarticulación antigua había cedido a favor de un poder unificador, personificado en las autoridades de Caracas. Dicha unificación coincidió con la centralización de las Cajas reales de las diversas provincias y con el inmediato desahucio del monopolio de los guipuzcoanos y la consiguiente concesión de libertad de comercio.

El desarrollo económico de la provincia había contribuido a la formación de una burguesía poderosa, en cuyos planes de natural expansión figuraba un deseo de participar en los problemas de gobierno. En los inicios del movimiento, esta clase más pensó en autonomía que en emancipación, y, a causa de esta posición restringida, se mantuvo indiferente y reacia ante las actividades de José María España, en 1797, y de Miranda, en 1806. Para echar a la luz las actividades que la llevaron a abrazar la causa de la independencia, esperó a que los sucesos de 1808 ofrecieranle oportunidad de discutir sobre planos de legalidad el problema de sus derechos autodeterminativos.

Huelga volver aquí sobre el manoseado tema de la expansión de las ideas liberales del siglo XVIII, tanto llegadas a América a través de voceros españoles, cuanto en gracia de la divulgación entusiasta de los

principios de la revolución de las colonias inglesas de Norteamérica y de la propia revolución de Francia. Largo duró la insistencia de quienes dieron a nuestra revolución hispanoamericana el carácter de mero contraeco de la Revolución Francesa. Negados a reconocer el valor previo de la conciencia forjada en los tres siglos de gestación colonial, cayeron en el simplismo albricial de quienes para explicar las causas de la reforma religiosa del siglo xvi sólo miraron al talante personal de Lutero y echaron en olvido un movimiento que acuciaba a las más celosas conciencias del mundo cristiano y que aprovecharon para la disidencia espíritus en quienes jugaban disímiles y contradictorios intereses. No se trate así en el presente ensayo de indagar los factores inmediatos de la explosión revolucionaria, juzgo del caso insistir, por cuanto ha sido fuente tomada en menor precio, acerca de la aportación activísima que ofrecieron las clases de pardos y mulatos para la propaganda de las ideas revolucionarias.

Las clases de color se constituyeron en tornavoz natural de las ideas subversivas de La Española. A ellas llegaron, como recado eficazísimo, las noticias del ímpetu rebelde de sus congéneres antillanos, y con entusiasmo y fe se dedicaron a difundir los propios discursos de los convencionales de París. La peligrosidad de la gente de color llegó a ser objeto de ordenanzas que impedían la entrada a las provincias de Tierra Firme de esclavos que no fueran bozales (procedentes directos de África), y Guevara y Vasconcelos, en su bando de buen gobierno de 1806, prohibió la “junta de muchos negros”, por cuanto en sus conventículos se discutían los problemas de la igualdad y de la libertad.

La coincidencia de una actitud rebelde y autónoma, tanto en la gente baja como en la burguesía poderosa, fue causa de que el movimiento iniciado en 1810 y 1811 presentara el fenómeno de clases opuestas y convergentes, que caracteriza nuestro proceso inicial de república. La saludable frescura y la hermosa dimensión social que adquirió el curso de nuestra independencia, arranca de la nivelación de disímiles propósitos, que empujaron alegremente a las clases humildes a apoyar a las clases del privilegio. “Coincidentia oppositorum” habría dicho, con fresco sentido renacentista, el inquietante Nicolás de Cusa. Pese a las reservas expresadas por los propios constituyentes de 1811, los pardos entendieron que, en realidad, se abría un proceso llamado a culminar en la igualdad social.

El fenómeno de la igualdad tropezó, sin embargo, con estorbos más poderosos que los alegatos meticulosos de los godos de 1811. Al temor

de la licencia se agregó la consideración del desquiciamiento de una economía afincada en el trabajo de los hombres esclavizados. Afloraba en nuestra realidad la vieja oposición que Francia, Inglaterra y España vieron surgir entre los propietarios feudales y los campesinos que buscaban el justo provecho de su trabajo. El neo-feudalismo criollo tenía que oponerse forzosamente a la liberación de la mano “legalmente” esclavizada. Después se opuso, como aún sigue oponiéndose, a una justa distribución de la tierra. Aun más, llegó, al amparo de leyes cargadas de pseudoliberalismo, a despojar a las comunidades rurales de procedencia indiana. En aquellos tiempos sin sombra de industrialismo, la economía miraba fundamentalmente al ámbito agrícola. No fue, pues, suficiente que el Libertador emancipara a los suyos y que proclamase en la Villa del Norte, el año 1816, que en Venezuela no habría otros siervos que aquellos que quisieran serlo. El interés agresivo de los dueños de esclavitudes ganó la partida e impidió que la Constitución de Cúcuta reconociera la libertad absoluta de los antiguos siervos.

Cuando a la luz de la crítica general se observa y analiza la declinación posterior de una serie de principios revolucionarios, apunta, empero, como la más positiva de nuestras conquistas en el campo de los derechos humanos, la realización de la igualdad social. No en vano nuestra conciencia fue formada al amor de ideas cristianas divulgadas por españoles, en quienes es preciso reconocer una fuerza extraordinaria para “blanquear el carbón y para dorar el cobre”. En cambio, el cristianismo de los “liberales” ingleses ha formado la agresiva conciencia racista que perdura en grandes democracias como Estados Unidos y que apunta en el ordenamiento legal de la Commonwealth.

En muchas otras de las normas proclamadas por los Padres de la República, y que fueron incorporadas en la primera Constitución Federal como reivindicaciones del momento, precisa ver ideas con carácter germinal en el orden ascendente del derecho positivo, declaradas más como testimonio de un propósito encaminado a conquistar categorías espirituales, que como realidades de inmediata ejecución. La de la igualdad interesa mirarla como expresión avanzada de un principio cargado de humanidad que, pese a todo su valor positivo, ha servido de reato al propio progreso del pueblo. Las clases desasistidas en el plano económico —la mayoría formadas por gente de color—, pareciera que se hubiesen sentido satisfechas por la sola absolción de los distingos de rango y de categoría, sin cuidarse de los graves problemas de la supervivencia de la

desigualdad frente a otros aspectos de la ley: propiedad, reclutamiento, asistencia judicial, etc. Las demás declaraciones, como ya he dicho, urge cribarlas a través de la relatividad histórica de los enunciados de la ley positiva. Los Padres de la Patria, a la cabeza de ellos el Libertador, lucharon por una república independiente de toda tutela extranjera, donde pudiera discurrir la vida de relación de una comunidad de hombres pacíficos. Buscaron para la nación, cuya independencia conquistaron tenazmente, un orden fecundo que, dentro de la autarquía de lo económico, garantizase a todos “la gloria de vivir el movimiento de la Libertad”, como decía Bolívar. Suele, en cambio, decirse malévolamente que Bolívar renegó de su devoción a la libertad y que ante el cuadro de la anarquía de Colombia, configuró sus ideas a un patrón despótico, que invocan, como paliativo y justificación de su conducta, los opresores de la libertad en el Nuevo Mundo. La conducta del Libertador se limitó a emplear la fuerza de un modo racional e inducido a salvaguardar la libertad, jamás a imponer un comportamiento para beneficio personal o de grupo.

La extraordinaria grandeza de Bolívar consiste en haber aceptado la carga terrífica de un poder discrecional, cuando juzgó que la anarquía estaba en camino de desquiciar la obra de la emancipación de Colombia. Bolívar jamás negó los derechos del hombre a la libertad doméstica; en cambio, buscó defenderlos del riesgo de la anarquía. Cuando creyó que el marco político dentro del cual debían de hacerse efectivos dichos derechos reclamaba una absoluta seguridad exterior, Bolívar sacrificó lo de dentro en beneficio de la robustez del cuerpo institucional. Cuando se vistió de poderes extraordinarios sabía, con palabras de Ossorio y Gallardo, que “la dictadura es una herramienta que también sirve a la democracia”. Jamás pensó Bolívar que su tragedia secular iba a radicar en la confusión que las futuras generaciones intentarían hacer entre la pureza de sus intenciones democráticas y el afán de injusticia con que muchos adoban las ansias de Poder.

Sin que signifique fetichismo bolivariano alguno, considero que una verdadera teoría de lo venezolano reclama como paso previo una teoría de Bolívar. Tan profunda ha sido y sigue siendo la influencia de Bolívar en el orden constructivo —y aun en el orden destructivo— de la nación, que la salud de la República impone una explicación cabal del pensamiento y de la intención del Libertador. Demás de esto, Bolívar ha llegado a adquirir un sentido mítico en las categorías de lo venezolano. En

Bolívar se ha visto polarizada la propia acción anónima del pueblo. Bolívar, para la valorización argumental de nuestra historia, resumió la heroicidad del pueblo. Fue el signo del Pueblo. Bolívar se sublimó hasta funcionar como un auténtico y solitario valor de venezolanidad. Como Ledesma, como Juan Francisco de León, como José María España, como José Vargas, Bolívar vive en el reino de lo imponderable. Necesita, por tanto, que se le asignen perfiles inequívocos que permitan distinguir la poderosa esencia creadora de sus ideas.

Más de una vez he avanzado a censurar la utilización que se hace de un falso Bolívar como coyuntura propicia para sanear las raíces de las más descalificadas causas públicas. El Bolívar fresco, permanente e incansable, el Bolívar que sacrificó vida y fortuna para asegurar la independencia de la América española, ha llegado a ser presentado como patrono de quienes ejercitan el poder o la influencia para arruinar la libertad de sus conciudadanos o para entregar a la voraz explotación del extranjero la independencia y la dignidad de América.

Un simple esquema, visto a la inversa, de lo que hacen los presuntos seguidores del ideario del Libertador, servirá, por efectos del contraste, para fijar líneas a una teoría de Bolívar. Nació Bolívar rico, en medio de un cuadro familiar cargado de extraordinarias influencias en el orden colonial, y murió sin segunda camisa, en casa ajena, con las minas que constituían su único peculio, caídas en juicio ordinario, en cuyo curso no le era permitido influir. Su fin frente al Estado fue el servicio. "Todo empleado —decía—, sea militar o político, lo será para servir y no para presentarse con pomposas decoraciones y para obtener sueldos extraordinarios". (Proclama de 13 de agosto de 1813). ¿Qué dirán frente a estas normas de conducta pública los desarrapados, que a vuelta de tres o de cuatro almanagues, despilfarran fortunas sustraídas del Erario y coleccionan, no ya lujosos carros de carrera y de paseo, pero aun suntuosos palacios y ubérrimos predios? Así a Madariaga haya ocurrido idea tan peregrina como mirar dos Bolívares superpuestos en el momento del juramento en el Monte Sacro, no tuvo el auténtico Bolívar otra pasión que la libertad. El de adentro y el de afuera eran el mismo Bolívar que para hacer bueno su juramento, recorrió la América a caballo, durante cosa de veinte años, y libró batallas brillantes que aseguraban la autodeterminación de las nuevas naciones, enteras en su dominio y, por consiguiente, ausentes de toda manera de tutela colonialista. ¿Hacen algún sacrificio en su vida, en sus bienes, en su fama, los vanidosos corifeos

del amañado bolivarianismo? Bolívar ordenó castigos ejemplares, aun contra sus propios compañeros de armas, cuando éstos se erigieron en peligro para la causa de la libertad y en riesgo para la seguridad de las instituciones; en cambio, jamás asumió la actitud insolente del déspota que ordena crímenes para saciar instintos de crueldad o para vengar supuestas ofensas, ni menos se valió de su autoridad indiscutida para irrespetar la libre decisión de sus amigos en todo aquello que no significase el cumplimiento de una orden militar. ¡Cuántas veces dio excusas y se introdujo con palabras de respetuoso afecto en el ánimo de sus compañeros! “Olvide usted todo lo pasado, o a lo menos obre como si lo hubiera olvidado; pues sin ese heroico desprendimiento no se puede conseguir ni vida, ni patria, ni honor”, aconsejaba a Justo Briceño, en carta de noviembre de 1830. Estimó entrañablemente Bolívar su fama de repúblico y recibió con alborozo y gratitud las honras que le ofrecían los pueblos; en cambio, no titubeó en exponerse a la diatriba y aun al menosprecio de los más calificados defensores de la libertad, cuando creyó necesario sacrificar su propio honor democrático a la causa de la integridad y de la seguridad de las estructuras defensivas de Colombia. Forjada su recia personalidad de Caudillo en la continua acción guerrera, miró los inconvenientes que para las instituciones públicas representan los “*desiderata*” de la fuerza, y condenó enérgicamente el sistema militar como método de gobierno. Su actividad de hombre de armas miraba al campo peligroso de las batallas, donde el sacrificio da temple a la conducta; en el cuartel vio, en cambio, escondrijos propicios para las conspiraciones y fácil escuela para la intriga contra las leyes. El ministerio de las armas declaró el solo oficio del militar. Sabía que la fuerza no es gobierno, sino ultraje a la libertad civil, cuando no se la somete a lo que pautan los encargados de interpretar los alcances del Derecho. ¿Puede Bolívar ser tomado por patrono de regímenes que destruyen la dignidad cívica en beneficio del mando irrestricto de grupos o de castas?

Cuando se busca disolver por medio del análisis sereno las antinomias naturales que afloran en el pensamiento vulcánico de quien como Bolívar impulsó, se vio arrastrado y terminó por querer frenar los excesos de una revolución, fácil es fijar los puntos cardinales de su ideario. Para el explorador del pensamiento de Bolívar nada tiene tanta densidad como la antítesis que presentan sus ideas. Se contradicen al bulto, pero se complementan en el sistema personal de Bolívar. Se contradicen, como los disímiles elementos que coinciden en las solemnes catedrales medievales, como la luz y la sombra que hacen la armonía poderosa de la pin-

tura de Caravaggio, como lo diverso que forma la unidad en las propias estructuras sociales. En la interioridad de Bolívar holgaría el Goethe que declaró deambular con preferencia ahí donde abundan las antinomias. Como las de Temístocles y de César, ejemplificadas por Ortega y Gasset, fueron claras sus ideas. En medio del caos, Bolívar, con sentido de náufrago, sabía hallar “el perfil de la realidad sustantiva”. Quien siga su ideario desde el célebre Manifiesto de Cartagena hasta los últimos documentos de 1830, hallará una constante ideológica, sobre la cual se mueven conceptos, expresiones, juicios, apreciativas y opiniones marcados con el sello de la circunstancia temporal que los produjo, pero que, en cambio, no llegan a desarticular el *mínimum* fundamental que sirve de esencia a lo bolívariano: el espíritu de indesviable sacrificio y el propósito permanente de servir a la causa del hombre libre.

Devoto de la libertad, Bolívar la quiso dentro de los marcos del orden y de la justicia; amante del pueblo, buscó su perfeccionamiento por medio de una educación capaz de solventar todo reato que contradijera la igualdad política; supersticioso del valor de la moral pública, concibió un extraordinario sistema de orientar las costumbres, por medio del sometimiento de la conducta del pueblo a la vigilancia del Poder Moral; fervoroso de la instrucción popular, cuidó su esparcimiento a través de los pueblos que libertaba; fiel guardián de la hacienda pública, organizó sistemas que la fomentasen y la defendiesen de la rapiña de inescrupulosos funcionarios. Frente al egoísmo de quienes se acercan al Poder sólo con el propósito de hacer fortuna, Bolívar erigió el ejemplo admirable de su desprendimiento personal; ni por afanes de oficio militar, ni por imperativos hueros de ganar dignidad en el orden del merecimiento público, Bolívar abrazó la causa de la libertad de América. Creyó cumplir un deber de justicia al constituirse paladín de los derechos del hombre y se dio por entero y sin descanso a su labor nobilísima.

Mirar su conducta y juzgar el alcance de sus actos desde los cuadros actuales de la filosofía democrática, tal y como han intentado hacerlo muchos extremistas de la libertad, es craso error de método. A las posibilidades interpretativas de la Filosofía de la Historia no repugna, empero, plantear una revisión potencial de la conducta de los hombres y una revalorización de sus pensamientos, frente a las nuevas realidades sociales. Toda situación personal supone un marco exterior de desplazamiento. En la circunstancia actual, ¿cómo habría reaccionado el pensamiento de Bolívar? ¿Sería hoy, acaso, uno de esos “hombres de orden”, cuya viscosidad Sartre ha tenido el acierto de definir, o estaría con el grupo de quie-

nes defienden la libertad, la justicia y la dignidad de los contenidos humanos? Estructuralmente Bolívar no era un licenciado de la libertad; por el contrario, su constitución anímica lo encuadraba dentro de las líneas de un severo autoritarismo, templado por el sentimiento de la justicia y por el respeto debido a sus semejantes. Jamás usó Bolívar la violencia del déspota, ni frente a sus subalternos, ni ante los cuerpos a cuyo examen sometía sus proyectos de gobierno y de administración. Sus ideas, tomadas del principismo revolucionario del siglo XVIII, supo acomodarlas a los propios reclamos de su temperamento y a los intereses vitales de la comunidad, cuyos destinos dirigía hacia la vida democrática. Así en sus últimos años haya podido tomar algunas medidas enderezadas a frenar actividades que, por el momento, podían conducir al atomismo anárquico de la sociedad, no asiste razón alguna a quienes pretenden encasillar a Bolívar en el viscoso estrado de aquellos que huelgan con el "orden muerto", ante cuya peligrosidad Péguy llegó a preferir el "fárrago viviente".

Jacques Maritain, filósofo que representa una de las más puras realizaciones del pensamiento político contemporáneo, al esbozar en su libro "Les droits de l'Homme et la loi naturelle" su filosofía humanista o humanismo político, llega a esta noble conclusión: "Las tres formas clásicas de gobierno no realizan igual y unívocamente las exigencias de la filosofía política humanista. Ellas la realizan analógicamente y de una manera más o menos perfecta. La importancia central reconocida por esta filosofía a la persona humana y a la conquista progresiva de la libertad, conduce a pensar que el régimen monárquico y el régimen aristocrático sean normalmente etapas hacia un régimen mixto, fundamentalmente republicano (o sea, democrático), que mantenga en su forma y asimile a sus propios determinantes (que son la libertad de expansión de las personas y la liberación progresiva del ser humano), las cualidades de vigor y de unidad y de diferenciación de valores que son determinantes propios del régimen monárquico y del régimen aristocrático ya sobrepujados". A esta conclusión llega Maritain después de una larga experiencia democrática europea, después de haber asistido a la bancarrota transitoria de los ideales del hombre libre y después de un profundo examen de la filosofía política, desde Aristóteles hasta las más puras formas del pensamiento jurídico coetáneo, no sin haberse detenido cuanto es del caso en la obra de Santo Tomás de Aquino, quien ya recomendaba en el siglo XIII no elegir por mejor ningún sistema político, sino combinar los distintos regímenes para hallar un satisfactorio equilibrio.

A las márgenes del caudaloso Orinoco, teniendo de consulta libros de Filosofía y de Política, que seguramente distaban en sus conclusiones, como era moda, de la esencia filosófica del Estagirita y del Aquinatense, Bolívar logró las mismas conclusiones a que hoy llega Maritain. Superando el romanticismo revolucionario que tiene sus raíces primitivas en el Contrato Social y mejor afianzado en el realismo de Diderot y de Montesquieu, Bolívar fue a una mezcla de principios y de instituciones, donde se intuye la fuerza del genio que en él se ponía ya en resalto. Y mientras nuestro filósofo humanista de hoy se limita a teorizar sobre la necesidad de un régimen mixto que tienda al vigor y a la unidad, como en la monarquía; que logre la depuración y producción de los más altos valores, como en los regímenes aristocráticos; y que conduzca definitivamente, ante todo y sobre todo, a la realización de la libertad y de la justicia, como en el sistema democrático, Bolívar presentó a los legisladores de Venezuela reunidos en Angostura un plan de República capaz de realizar a su modo la libertad y la justicia, por medio de una unidad de mando y a través de un proceso de selección, que garantizase al frente del Estado la permanencia de valores dirigentes. De ahí, y acaso en forma un tanto ingenua y soñadora, su Senado hereditario, su Poder Moral y su Areópago, hijos legítimos los dos últimos de la exaltación de las virtudes sencillas, que en Bernardino de Saint Pierre y en Mercier tuvieron generosos apóstoles. De allí, también, esa mezcla de instituciones, que mal examinadas por quienes se dejan guiar, ora de ensueños demagógicos, ora de pesadillas monocráticas, ora del rigorismo de la crítica de laboratorio, ha prestado ocasión para exhibir a nuestro Libertador como patrocinante de la autoridad deslimitada, es decir, como enemigo de la democracia y prototipo del "gendarme necesario", o como simple iluso de "mente afectada de romanticismo y no ceñida, por ende, a las posibilidades de la dinámica política de las naciones", según enseña el eminente sociólogo colombiano Luis López de Mesa.

Bolívar procuró juntar a su modo, para adaptarlas a nuestro medio, de tradición monárquica y aristocratizante, y de efectiva vocación igualitaria, las instituciones vigentes en aquel momento histórico del mundo, y como se había dado cuenta antes de Barker de que "Inglaterra es una democracia por ser una aristocracia", copió para nuestra República su Cámara rígida y aceptó, como lo había establecido el Constituyente de 1811, una diferenciación política fundamentada en la posesión de bienes o en el disfrute de una renta, según el uso del liberalismo burgués, abrevado en las propias máximas del Padre de la Enciclopedia, para quien

era “quimera” la igualdad absoluta; y con buen apoyo, también, en el pensamiento de Condorcet, cuya duda se detuvo a considerar si el ciudadano que carece de bienes es sujeto de los derechos del hombre. Hoy nadie lo niega, esta limitación y el carácter hereditario pedido para la senaduría, son la única coyuntura repugnante que hallamos en el régimen propuesto, y repugnan dichas instituciones porque nos hemos acostumbrado a través del incesante progreso de las ideas, a desechar a ultranza todo sistema en que se declare políticamente con más derechos a los hombres y a las familias que detentan los instrumentos de la producción o las regalías de la política. Pero, ¿cuántas luchas no ha sostenido el hombre desde 1819 hasta el presente, para lograr la fresca sensibilidad que le lleva a rechazar todo enunciado que constituya minoración de sus derechos naturales?

El Libertador, si fuera consultado hoy sobre la mejor estructura gubernamental de las naciones, no escogería para su Estado el tipo corporativo, como erróneamente insinúa Estrada Monsalve en sus estudios sobre la política de Bolívar y las doctrinas tomistas. Otra, ágil y libre de toda superstición totalitaria, sería la fórmula estatista que recomendaría a la América el Padre de la Patria. Coincidiría, como es lógico, con la técnica de derechos que Maritain deriva “del reconocimiento y la victoria de todas las libertades: libertades espirituales, libertades políticas y libertades obreras”, que habrán de afirmarse cada vez más, cuando se proceda a la reconstrucción de la humanidad, después de la prueba leviatánica que aún sufre actualmente; y recomendaría con énfasis nuestro Libertador que sólo la cultura puede marcar diferencias en la vida y en las actividades de los hombres. Pediría él, como lo pidió Ortega y Gasset, que sobre el sustentáculo de la cultura se formase una “minoría egregia”, que tuviera la responsabilidad de dirigir y orientar el incesante movimiento de la libertad. “En una democracia que no respete la vida superior del espíritu y no se deje orientar por ella, donde la demagogia tenga la mano libre, la vida nacional se encontrará fácilmente rebajada al nivel de lo mediocre, pues la demagogia porfía en bajar la cultura al nivel de las masas, en lugar de levantar las masas a un plano superior por medio de la educación”. ¿Quién, Bolívar o Thomas Mann, formuló esta sentencia? De haberla hallado entre los borradores del Discurso de Angostura, Briceño Méndez la habría incorporado al texto definitivo como cosecha de Bolívar.

Se enredan y confunden frecuentemente los críticos del pensamiento bolivariano ante el esfuerzo incansable que movió al grande hombre

en pos de una fórmula que absolviese la aparente antinomia entre libertad y autoridad, entre la plenitud de derechos del ciudadano y la necesidad de fortaleza del sistema llamado a garantizarlo. Olvidan, también, muchos que en dicho esfuerzo Bolívar se sentía animado por un indispensable propósito de servicio. Por demócrata o por monárquico, por dictatorialista o por demagogo pueden tomarlo los investigadores de su compleja existencia; mas en todo momento y en cada caso descubrirán en su voluntad poderosa el empeño ciego de servir a la causa de la libertad y de la dignidad del hombre. Eso. Bolívar nació para servir. En aras de los otros sacrificó su fortuna, su paz, su salud y su propio prestigio de gobernante democrático.

Hasta el final de su vida gloriosa y aun cuando soportaba el duro ejercicio de la dictadura, Bolívar se mostró devoto de las instituciones civiles y enemigo del espíritu militar. (Carta a O'Leary, septiembre de 1829). En realidad, él no era militar. Bolívar era guerrero. Militares eran San Martín y Sucre. Conductor de tropas a la victoria, jamás cultivó el ocio del cuartel. De vivir hoy, Bolívar sería civilista y amigo del pueblo. Cerrado el paréntesis de años que distancian su sombra augusta del panorama de la actual República, sería partidario del sufragio universal y jamás patrocinador de gobiernos afincados en la violencia de las armas. Para ganar el Poder, no se asomaría cautelosamente a las garitas de los cuarteles; en cambio, se acercaría al pueblo, para marcarle con su acento iluminado las vías del civismo y para pedirle su adhesión decisoria en el orden de la estructura de la autoridad. Colocado al frente de las relaciones públicas de Venezuela o de Colombia, tendría presente, como escribió en 1829 a Patricio Campbell, que "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la Libertad" y, en consecuencia, no amarraría ciegamente la República al carro imperial de potencia alguna. Fue hombre de tierras y de esclavos, pero hoy no haría la apología de los latifundistas, menos aprobaría el discurso de quienes regatean los derechos del hombre de trabajo. Reconocería Bolívar el pleno derecho del hombre a la propiedad, pero mantendría ésta prendida al garfío del derecho social. "Liberador o muerto" fue su consigna de lucha; y muerto en el tiempo, mas vivo en la permanencia elocuente de la ejemplaridad, Bolívar ha de seguir librando, como el Campeador, la batalla sin término del derecho y de la justicia.

Para la inteligencia de Venezuela como fin y meta de un esfuerzo constructivo, nada ayuda tanto como la comprensión exacta del ideario de Bolívar, ya que en Bolívar, como he apuntado, el pueblo se acostumbró a mirar un simbólico valor aglutinante, cuya evocación entona la acción cívica tanto como las alegres acordes del *Gloria al bravo pueblo* o como los vívidos colores y severos emblemas del pabellón y del escudo. Esa actitud sencilla del pueblo ante Bolívar ha sido, sin embargo, aprovechada arteramente por un fariseísmo bolivariano, desgraciadamente con solera histórica, que ha buscado servirse de Bolívar como de ingrediente que legitime las causas más tortuosas. Bolívar, como *de cujus* de rica herencia, ha tenido siempre pretensos sucesores. En torno a su nombre se ha creado, ayer tanto como hoy, lo mismo en Venezuela que en otras regiones del mundo bolivariano, una corriente interesada y egoísta, a la cual ha sido fácil una interpretación acomodaticia de los altísimos valores de su filosofía política. Muchos no han atinado a librarse de los riesgos de tan funesta conducta y han caído en la actitud sumisa de aceptar como válida una hermenéutica cargada de falsedades. Las voces que pregonan la aparente vigencia del entuerto, han alcanzado frecuentemente alturas respetables. Luzca así respuntes de autoridad este bolivarianismo quebrantado, tócale al pueblo, y en especial a la juventud, desoírle y enmendarle. “No podemos impedir, decía Lutero, que los pájaros vuelen encima de nosotros; pero podemos impedir que coloquen sus nidos sobre nuestras cabezas”. Contra estos peligrosos pájaros urge promover una vocación comprensiva de los valores positivos de Bolívar y una comprensión, a la vez, de la ayuda que un recto bolivarianismo puede prestar a la causa de la libertad y del decoro de América.

Ciento veinte y tantos años después de su ocaso en Santa Marta, Bolívar sigue siendo víctima de su descomunal dimensión. Nuestras deficiencias, nuestros pecados contra la República, nuestras traiciones a la libertad, convalecen y, en apariencia curan, con la evocación de Bolívar o con la glosa mendaz de algún desarticulado pensamiento suyo. Los gobernantes han olvidado por completo a Bolívar cuando fulminaron órdenes funestas contra la dignidad de los ciudadanos; se olvidaron, también, de Bolívar cuando insinuaron a jueces venales el contexto de sentencias destructoras del poder de las leyes; desoyeron el consejo de Bolívar cuando desconocieron la fuerza decisoria del pueblo y abrieron compuertas a la arbitrariedad cuartelera; ignoraron por completo a Bolívar, cuando negociaron con el extranjero las riquezas de la tierra y humillaron la soberanía del pueblo, para beneficio de intereses bastardos, en vano con-

fundidos con los intereses del mundo libre. Sin embargo, sobre las cenizas venerandas del Héroe se hacen periódicas protestas de lealtad a sus principios y se colocan burlescas coronas de vistosas flores, como si este culto de beatería compensase la diaria herejía en que incurren los que destruyen con su discurso o su conducta la autenticidad de la misión arquetípica de Bolívar en el cuadro de los valores de América. Se exalta y se hace mérito de una celosa fe bolivariana, que debería orientarse, de ser franca, hacia fines de mayor objetividad y rendimiento en orden a la propia obra realizada por el Libertador. La lealtad de nuestro pensamiento contemporáneo hacia la persona histórica de Bolívar no reside en defenderle de reales o de supuestas injurias que en el campo de la crítica le infieran los Boussingault, los Mitre, los Sañudo o los Madañaga. La lealtad a Bolívar pide, ante todo y sobre todo, respeto y consecuencia actual para sus grandes ideas acerca de la libertad y del decoro del pueblo y acerca de la libertad y de la independencia de nuestra América. Con alabar y defender en el plano literario la obra histórica de Bolívar, muchos han pretendido ganar bula que les exonere del pecado que representa entregar al extranjero la riqueza de nuestras naciones y el delito gravísimo de buscar vestiduras de legitimidad para sistemas opuestos a la dignidad del hombre.

Para la praxis del falso bolivarianismo nada cuenta la autenticidad del pensamiento perdurable del Libertador. Entre la "gente de orden" Bolívar funciona como cosa estática. En el área de la juridicidad, cosa, dice Carnelutti, "es una *no persona*". Para el amañado bolivarianismo de coronas y discursos, el Libertador se reduce a una cosidad inerte y mobiliaria. Tan opuesto fue Bolívar al sedentarismo enfermizo, que un examen atento de su grafía, como anoté en un viejo apunte sobre su personalidad, muestra que el héroe extraordinario solía firmar de pies los documentos que le presentaban sus amanuenses. Sin embargo, de ese Bolívar caminador, activo, andarieguísimo, se ha pretendido hacer un Bolívar sentado, un Bolívar acostado, un Bolívar con romadizo, envuelto en las mantas untuosas del amañamiento oportunista. ¡El, que habiendo nacido hidalgo y burgués, renunció la hidalguía heredada y los haberes que le dejó la estirpe, para hacerse, por su esfuerzo y su perenne sacrificio, una hidalguía y una fortuna que crecen a medida que los tiempos corren! . . .

Se rinden homenajes a las imperturbables cenizas que reserva el bronce. Se consagra a Bolívar estatuas que rigidizan su vocación de caminante; se le saca, sobre el lomo de airosos caballos, para que adorne pla-

zas y avenidas de grandes ciudades del mundo. En cambio, la persona de Bolívar es negada en la genuina vertiente donde abrevan las altas ideas que hacen las repúblicas. A quien inició sus grandes arengas con la tremenda sentencia de "Venceremos a la Naturaleza si se opone a nuestros propósitos", se le reduce a una quietud semi-hagiográfica, contra la cual ha de rebotar toda palabra dirigida a servir de testimonio de la potencialidad permanente de la pristina ideología bolivariana.

La duplicidad farisaica de utilizar la "cosa" Bolívar como revestidura de actitudes que niegan y destruyen la perennidad fecunda de la imagen intemporal y ubicua del grande hombre, es una de las formas más sutiles y peligrosas que ha adoptado el maquiavelismo entre nosotros. En cambio, cuando se tiene la intuición de Bolívar como conjunto de valores enderezados a la defensa de la integridad y de la soberanía de la nación y a su armónica relación con los demás países que comparten con nosotros la vocación agónica trascendida de la vieja raíz hispánica, y al mismo tiempo se persigue en su nombre una realidad interior que haga prácticos los postulados de iguladad, dignidad, respeto y justicia en que se inspiraron los creadores de la República, entonces es ya fácil comprender cómo una teoría de Bolívar conduce fácilmente a echar firmes cimientos para una teoría política de lo venezolano.

Sobre el campo de una y otra, y dominando el particularismo que pareciera detener el ímpetu creador, abriría su gran parábola el pensamiento universalista de quien, dando vigor a las estructuras regionales, intentó levantar sobre ellas el seguro edificio de la unidad de los pueblos. El patriotismo de Bolívar superó el aldeanismo de quienes querían reducirlo al ámbito estrecho de un nacionalismo restricto. Sin negar jamás sus nexos infrangibles con Caracas y con Venezuela, Bolívar se sintió ciudadano de Colombia y ciudadano de América. Su actitud ante esta unión crecedora de latitudes, sirve para enseñarnos cómo, sobre el valor propio y neto de lo nuestro inmediato, se construye con firmeza inquebrantable la obra de lo general y de lo universal. "Por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que pudiera ser dichosa", escribía a Páez por noviembre de 1826. Para hacer libre a su ciudad nativa, Bolívar libertó la América. Para servir sus afectos particulares, dilató su obra hasta convertirse en ciudadano universal. Empezó por la casa, por la región estrecha de sus primeras andanzas, por el panorama de dimensión recortada de la patria original, y de logro en logro, llegó a concebir la integridad de lo ameri-

cano. Intuyó Bolívar con claridad admirable cómo la libertad y la independencia de cada una de las viejas provincias del dislocado imperio español, reclamaban categóricamente la ayuda de la independencia y de la libertad de la porción vecina. Al municipalismo disgregativo, opuso un concepto de mayor radio estructural: sobre Caracas y Venezuela, miró a Colombia; sobre Colombia y Río de la Plata, miró una confederación que hiciera posible el debido temple de voz para tratar con los poderosos vecinos de la América inglesa. El cuadro doloroso de los Estados Unidos del Sur, expuestos a todo género de desgracias internas y externas, frente a la robustez imperiosa de los Estados Unidos del Norte, es hoy el testimonio más exacto de la burla y el destrozo que se ha hecho del pensamiento de integridad hispanoamericana suscitado por el Libertador.

Tanta fue la pasión de libertad que inflamó el ánimo de Bolívar, que de haberle sido posible, habría hecho al revés la rota de los conquistadores del siglo xvi y habría remontado el Atlántico ya desvestido de las "tinieblas" antiguas, para proseguir en suelo español —suyo por la estirpe y la cultura— la batalla que diera vigencia a las ideas de libertad que bullían en la mente de los altivos e indomables descendientes de Viriato y de Pelayo. De ensueño en ensueño, miró en el Istmo centroamericano una posible capitalidad para la anfictionía de los pueblos libres, y cuando al final de tanto esfuerzo vio lamentablemente abatido sus grandes proyectos, buscó consuelo para su fracaso en el parangón de sus sueños con los sueños inasibles, crecederos y perennes de Nuestro Señor Don Quijote. En el desvelo de sus largas noches de moribundo, tal vez, al evocar al maravilloso y cuerdo loco de la Mancha, oyó dialogar, con voces de sarcasmo, a los hijos de Sancho acerca de la mejor manera de aprovechar la herencia de su gloria.

La comprensión de Bolívar como esfuerzo angustiado hacia la realización del orden democrático, ilumina el sentido de autenticidad de los venezolano. Bolívar se desvistió los arreos señoriales para bajar al pueblo. Bolívar deshizo la enorme fortuna material que le legaron sus mayores, por dedicar su tiempo al servicio del pueblo. Bolívar desoyó el viejo consejo familiar que buscaba títulos nobiliarios, para ganar el título de ciudadano, con que érale más fácil servir al pueblo. Bolívar se expuso a la diatriba y a la calumnia para asegurar libertad y dignidad al pueblo. Bolívar olvidó la soledad del señorío y se hundió en el pueblo para ser todo el Pueblo. Si hubiera creído que el fin del hombre es lucrar con

honoros y dinero, habríase mantenido en el cuadro de su clase y habría utilizado los medios que tenía a su alcance para acrecentar los motivos placenteros. La historia, en cambio, de Bolívar es la prosecución de un sacrificio en aras del sentido altruista que ha de tener toda vida que quiera realizarse fecundamente en el orden de lo humano. Contra el mundo del antiguo régimen, fue por actitud de convencido y no por saciar oscuros resentimientos o por ganar situaciones ventajosas. Servir fue su consigna. Jamás intuyó que de su nombre se servirían las futuras generaciones para aparentar virtudes y para lucrar ventajas.

Alguien habló de explicar formalmente a Bolívar en nuestras Universidades. Enseñanza útil, si se la encomendase a quienes no estén comprometidos con la "cosa" Bolívar que interesa desgraciadamente a muchos. Indagación provechosa, si con ella se tratase de buscar la raíz y el destino del pensamiento del hombre extraordinario, para implantarlo, en toda su plenitud creadora, entre los valores llamados a fijar el rumbo práctico de lo venezolano. El núcleo de las ideas fundamentales de Bolívar se acoplaría de manera fecunda con la problemática educativa del pueblo, y fácil sería a éste distinguir el pespunte de sus pasos creadores en el campo de la realidad política. Deseable, en efecto, sería que se llegase a explicar en forma magistral en nuestras Universidades y Liceos la filosofía política y la aventura humana de Bolívar. Al igual del Cid y del Quijote en España, Bolívar es símbolo y legado que del tiempo nos viene, como expresión de nuestra capacidad y de nuestra suficiencia social. No es cierto que el parto de Bolívar extenuase a la Patria que lo dio a la luz. Bolívar es, en cambio, un testimonio de fe en las posibilidades de América y un reto continuo a nuestra desgana de sacrificio.

* * *

Sobre los módulos creadores del pensamiento bolivariano cabalgaría con éxito una tentativa, como he dicho, de teorizar lo venezolano. En las citadas palabras que abren el discurso permanente de Bolívar —Bolívar no ha dejado de hablar, así se le oiga poco—, hay ya toda una doctrina y todo un presupuesto de cultura. ¿No es acaso la lucha constante contra la Naturaleza lo que distingue a través de la Historia el vario proceso de la civilización? ¿No dejó Bolívar en dicha frase su mejor programa de acción político-moral? Contra la agresividad del mundo colocado frente a nosotros, y en el cual estamos a la vez objetivamente implantados, y contra el mundo de instintos y voliciones que llevamos

instalado al mismo tiempo en nuestra interioridad, nos toca librar la batalla perenne de la superación y de la creación, por donde tanto se hacen grandes los pueblos, como ganan egregia eminencia los individuos. Frente a la Geografía y a la Historia, que configuran el mundo de la actividad exterior, está situado nuestro propio mundo personal, inmenso y libre en la jerarquía de su soledad, precario y reducido en lo que dice a la necesaria intersubjetividad que lo relaciona con los demás hombres. En lo exterior, la circunstancia que hace las relaciones vitales; en lo interior, la situación que define el diálogo de la voluntad y la inteligencia que persiguen un mismo camino. En dominar la diferencia alzada entre unos y otros individuos, entre nuestra autonomía y la poderosa resistencia que nos opone la exterioridad, entre nuestra situación personal y la rebeldía del mundo de las cosas y de los fenómenos, allí está el diario quehacer de la cultura. El mayor logro y el sentido más cabal de la técnica radica en desnaturalizar el orden físico hasta ganar instrumentos que nos ayuden a modificar, en beneficio del espíritu, el propio mundo exterior. A la par, en el territorio de la ética, el fin del hombre es alcanzar niveles de superación que le hagan sentir como una categoría propia para la realización de su destino, el "con" implícito en el desnudo, simple, elemental concepto de existencia. Toda existencia es coexistencia, explica agudamente Zubiri. Para realizar con buen éxito esta obra maravillosa de dominar la naturaleza de fuera y la naturaleza de dentro, tenemos a mano la experiencia de las generaciones anteriores. No sólo recibimos de nuestros antepasados instrumentos egoístas para el provecho ordinario. Con mirar el mundo de fuera y examinar el mundo de los propios valores, encontramos a nuestra disposición el legado precioso que fabricaron aquellos que nos antecedieron en el orden de la Historia y cuya superación es imperativo que orienta nuestro destino social.

Las Universidades, como centros creadores de cultura, y los pueblos en sí mismos, como sólidas estructuras morales, edifican a través de las edades los cánones expresivos de su acción, positiva y diferencial, en el campo diverso de las actividades humanas. El movimiento incesante del progreso reclama e impone estabilidad en el eje que fija y acondiciona el giro de las venideras estructuras. Del mismo modo, el esfuerzo de los educadores y de los estadistas necesita apoyarse sobre un grupo de ideas, de temas, de conceptos, que aseguren la continuidad fecunda del movimiento superador de la cultura.

En el proceso histórico venezolano ha ocurrido continuamente un delictuoso intento de segmentar la acción de los hombres. La ley creadora

del esfuerzo continuo ha sido sustituida por un vano empeño de improvisar y de comenzar, a fin de que puedan aparecer los personajes actantes como demiurgos investidos del secreto de las cosas. La inseguridad y el carácter fragmentario de este tipo de trabajo ha terminado por crear en el pueblo una conciencia de fracaso y de dolor, cuyo mejor símbolo sería la constancia sin fruto del esfuerzo de Sísifo. En el terreno de la acción pública se ha carecido de interés por exaltar y dar esqueleto unitivo a los datos fundamentales sobre los cuales estriba tanto la acción presente como la acción futura de los ciudadanos. Al hombre de la calle no se ha dicho, en realidad, qué cosa representa ser venezolano. Con una burda intensión agresiva, se le ha enfrentado, pongamos por caso, ora con unos, ora con otros pueblos de América, ya en lo que dice a signos históricos, ya en lo que se refiere a la realidad geográfica. En cambio, a ese venezolano en quien se suscitan inútiles reacciones, no se ha explicado cuanto es debido el deber que le compete frente al suelo que nos reconocen los tratados públicos. Se le engaña con la ficción de un celo tardío por cosas ya sin ámbito real, mientras se ha enajenado al extranjero la riqueza y el decoro de la nación. A ese venezolano no se le ha dotado de instrumentos idóneos para el pleno desarrollo de su personalidad humana —libertad, igualdad, justicia, decoro, seguridad, ilustración— ni se le han asegurado los medios precisos para que crezca y mejore independientemente en lo que dice a la suficiencia material.

Tampoco la Universidad ha dispuesto de elementos con que dar líneas netas al rostro moral del venezolano que acude a ella en búsqueda de luces y conocimientos útiles. Sea así duro el hecho de decirlo, obligado es reconocer que la crisis de nuestra cultura tiene sus causas más dolorosas y profundas en la presencia sobre el estrado social de más de una generación formada sin la palabra orientadora del maestro. Se ha llamado maestro al escritor afortunado o al generoso divulgador de enseñanzas en los centros educativos; pero el Maestro con mayúscula, el Maestro en la amplitud y constancia de su eficacia creadora, ha faltado notoriamente en nuestro proceso cultural. Extraordinarios personajes de las letras y del saber han enseñado en nuestras sufridas cátedras, y han divulgado ideas en libros y en papeles; algunos de ellos lograron, sobre la labor didáctica, una verdadera trascendencia social. De quererlo o de haber tenido posibilidades para realizarlo en el cuadro del tiempo, habrían, en realidad, podido hacer escuela perdurable y hubieran podido asumir en la Universidad la función de maestros perennes; pero la Universidad, desgraciadamente carente de autonomía, no ha tenido medios para ase-

gurar la continuidad de la obra de muchos de sus mejores catedráticos. En 1943, en la revista "Bitácora", yo escribía que sin formación de equipos de trabajadores, guiados por un mismo ideal, sin mezquindades ni exclusivismos, nuestra Escuela Médica, como nuestras Escuelas de Derecho y de Matemáticas, continuarían siendo lo que son: entidades que existen de nombre, integradas por eminentes personalidades, cuyo aislamiento, así pueda a ellos favorecer, retarda la marcha de la cultura integral de la Patria. Sometida la Universidad a los caprichosos vaivenes circunstanciales, el escogimiento de profesores ha estado, además, supeditado muchas veces a requerimientos distantes de la idoneidad que garantiza el buen éxito de la misión docente. La firmeza de la autonomía donde afincan lo perdurable, ha sido sustituida por una mera autarquía que, dejándola en lo fundamental sometida al gobierno, da al piso universitario la característica de los suelos erodados.

Ni por lo que dice a la realidad de las oposiciones ni en lo que mira a la continuidad directiva, ha podido la Universidad cumplir la alta obra formativa que le está asignada en el plano general de la cultura. Sin embargo, quienes juzgan el proceso universitario a la lumbre de intereses de clase, todo lo inculpan a deficiencia y a indisciplina del estudiante, sin parar mientes en que al pisar los jóvenes las aulas reciben en su mal formada conciencia el impacto tremendo de un sistema carente de argumentos idóneos para levantar el nivel de conducta de los recién llegados. Cierto es que durante sus peores crisis, la Universidad ha contado con la aportación de profesores austeros y abastados en la ciencia profesada; los hubo ayer y los hay hoy; pero no han sido ellos, a causa de su condición minoritaria, quienes han fijado la línea de acción de las Facultades.

* * *

Retomando las ideas relativas a la carencia de módulos por donde el proceso de nuestra cultura haya podido adquirir verdadero sentido y nos haya sido fácil definir dentro del concepto ecuménico de humanidad qué cosa significa ser venezolano, hemos de tornar, también, a la consideración de la escasa consistencia metódica de nuestro proceso educativo general. Se implica este examen por cuanto al bulto pareciera — así hay quienes lo dan a entender — que lo particular de ser venezolano colida con los postulados que han de guiar la formación del pueblo como unidad enmarcada en las grandes líneas del mundo humanístico-cristiano.

Un examen profundo llevaría a la necesidad de disipar las sombras que oscurecen el propio sentido de cristiandad, justamente en momentos en que los grandes valores cristianos, en su anhelo de ganar la realidad de “un mundo mejor”, se empeñan por ser correctamente incluidos dentro de los cuadros del mundo de la técnica despersonalizada de la época moderna. Busca también dicho sentido de rectitud cristiana que se mire a la Iglesia desligada de burdos compromisos con sistemas contradictorios, que han solicitado el amparo de una fingida espiritualidad, para mantener en vigencia un régimen de iniquidad que, desgraciadamente, es la absoluta negación de lo cristiano. Con el admirable Georges Bernanos, creo firmemente y “de buena gana que la civilización capitalista es una civilización fracasada o —para recordar una frase feliz de Chesterton— una civilización cristiana enloquecida, cuya locura es locura furiosa; en realidad, el *delirium tremens*”.

* * *

Dentro de las líneas de esos procesos se advierte, como he dicho, la carencia de directrices enderezadas a definir el sentido que dé personalidad a lo venezolano en la zona conjugante de los signos humanos. ¿Cuál nuestra aportación singular al cuadro de la cultura y del esfuerzo de los hombres? ¿Qué somos en el orden del mundo? ¿Qué aspiramos a realizar como pueblo?

La autenticidad de lo venezolano raizal mira al antiguo proceso de implantación de los valores que se expresaron como forma y alma de la comunidad que desde 1810 vistió arcos republicanos. Esa comunidad antigua estaba integrada por la confluencia de una serie de ideas, propósitos, principios, enunciados, hábitos y creencias que le daban una razón de ser individual. Sobre tales argumentos se definía la personalidad diferencial de la nueva unidad que buscaba ser incorporada a las grandes superestructuras políticas del momento. Al lado de la vocación agónica implantada por los Padres colonizadores, se produjeron en nuestro suelo nuevos valores y se aguzaron nuevos propósitos, que tanto fueron condicionados por las modalidades del medio físico y por la naturaleza del mestizaje, como fueron producidos por el brote palingenético de temas espirituales, desmejorados en la propia Metrópoli. Si en España, por ejemplo, se esperó a la cátedra de Derecho natural, civil y de gentes, creada por Carlos III, para reemprender las severas y fecundas meditaciones sobre el bien común, ya llevadas a su ápice por los teólogos del

siglo xvi, en América hubo una tradición soterraña que alegó con las autoridades regias, lo mismo en México que en Venezuela y en Paraguay, sobre altivos argumentos de primaveral frescura iusnaturalista. La valorización exacta de ese primer contenido cultural del pueblo ha de ser presupuesto indesviable de toda obra hoy encaminada a dar forma, valor y sentido a la realidad nacional. Hacia ella hay que ir con un claro “sentido de tiempo”, que tanto permita captar el ámbito pretérito de aquellos contenidos como el alcance de su desarrollo posterior. No huelga al efecto insistir sobre el significado creador de esta rebusca de anterioridad para hacer la fijación de la fuerza presente del pueblo. La vida no debe limitarse, escribe el profesor Pietro Silva Rivetta, a la dirección que arranca del nacimiento y se endereza al porvenir. La vida está acondicionada por otras direcciones, con data anterior a nuestro nacimiento. El ciudadano de un pueblo sin historia, agrega, es como hijo de padres desconocidos, puesto que viene del mundo de las sombras y de la oscuridad.

El viejo acervo de lengua, religión y costumbres, como marca de la cultura histórica que España llevó a nuestro continente, sirvió de grumo positivo y fecundo a la sociedad antigua. A dicho acervo se agregaron, junto con los contenidos de origen autóctono y las peculiaridades de los pobladores negros, las características y actitudes producidas por la implantación de ideas llegadas de otra parte y por comportamientos surgidos como consecuencia de nuevos hechos valiosos. Desde la alta Colonia, por ejemplo, se configuró en Venezuela una tendencia crítica del orden civil frente al autoritarismo eclesiástico, que si no llegó a ninguna escisión catastrófica y aun pasó en el orden de la obediencia, sobre reto tan agudo como la actitud del Pontífice Romano contra la idea independiente, sirvió, en cambio, para elaborar soluciones que aligeraron el reconocimiento de la libertad religiosa y que avocaron tempranamente al desafuero de los eclesiásticos.

Quando se quiere definir la línea de una saludable tradición, presta mayor ayuda llegar hasta la prístina fuente emanadora de hechos verdaderamente cargados de republicanismo y de comprensión democrática, que admitir sin un examen riguroso las torticeras explicaciones que interesados sociólogos han querido dar sobre actitudes disvaliosas. ¿Que entre nosotros no existe una tradición civilista? Más que negarla, debiera ser empeño de una sana sociología histórica indagar por qué razones fue desfigurado en tiempos aún vecinos el régimen de desafuero de los militares, impuesto en el propio año de la instalación de la Tercera Repú-

blica. ¿Por qué no tomar el ejemplo tónico de los hombres civiles que avanzaron a contrariar a Páez, y armarse de él, como de Seguro escapulario, contra el desplante de los negadores de nuestras posibilidades cívicas? Además de esto, en el orden de las naciones no es suficiente mirar a la actitud de grupos o personas que, sobre circunstancias afincadas en la fuerza, pareciera que determinasen la conducta del pueblo. La tradición es algo que crean los pueblos por medio de iniciativas espontáneas, uniformes y constantes. Al lado de las desviaciones institucionales promovidas por la violencia, es preciso mirar el hilo de la protesta silenciosa o explosiva, que constituye la parte valiosa de la tradicionalidad. A la visible conducta mendaz, que parece anular la recta intención y los justos derechos del pueblo, urge oponer la invisible conducta resistente y altiva de quienes mantienen la comunidad del presente nublado con el luminoso pretérito que dio figura a las instituciones republicanas.

Sobre el examen entonatorio de los hechos antiguos, fácil sería la determinación de una conducta de dignidad que dé rumbo y sentido al deber del venezolano actual. No pido que se mire hacia el campo de la Historia en actitud de pecadora suficiencia. Creo en el valor de la “recordación histórica” como antídoto de crisis. “El radicalismo de la crisis de nuestra época, declara Jaspers, palidece ante la sustancia eterna en cuyo ser adquiere participación el recuerdo, como en lo inmortal que en todo momento puede aparecer”. Es preciso aprender a desarticular el pasado, para lograr nuestra coetaneidad creadora con los arquetipos que sirven de numen a nuestros actos. Ser Historia hasta abolir, para la nueva creación, los eslabones que nos separan de los hombres cargados de función ejemplar. Con el ideario de Bolívar —bien depurado de las escorias que pretenden sumarle los que miran en el Padre de la Patria un alcahuete de mandrines y de farsantes—, y con una revisión de los principios de justicia, dignidad, responsabilidad y tolerancia que cristalizaron en la obra de los viejos patricios, sería factible un esquema dentro del cual pudieran encajar los contenidos de un programa de educación cívico-moral, capaz de asegurar al venezolano de hoy el derecho a llamarse sin sonrojo sucesor del venezolano que luchó tenazmente durante veinte años para hacer la libertad de la América española. Y junto con dicho derecho, garantizarle la fuerza necesaria para que la Patria no se disuelva melancólicamente al realizarse la conjunción universalista que impone la común finalidad del destino humano. Más que figurar en los lujosos catálogos de las grandes innovaciones arquitectónicas, en razón de la audacia y de la riqueza de la nueva técnica, debemos empeñarnos

en poblar los anaqueles de las librerías con biografías ejemplares de hombres crecidos y formados al calor de la cultura venezolana y con libros que den testimonio fehaciente del progreso moral y espiritual alcanzado por el pueblo. Para caldear la fragua donde gane temple ese hombre nuevo, la Universidad está obligada a suministrar contornos precisos a la conciencia de los jóvenes.

“Yo no pretendo, dice Walter Lippmann en sus recientes “*Essays in the public philosophy*”, que la caída de la sociedad occidental sea detenida si los maestros de nuestras escuelas y de nuestras universidades regresan a la gran tradición de la filosofía política; pero yo pretendo que esta caída, en realidad muy avanzada, no podría ser impedida si los filósofos se oponen a tal restauración y a tal revitalización”. Elementos para realizarlas y sostenerlas sólo se alcanzan por medio del cultivo de las virtudes que sirven de apoyadura al civismo y al decoro de hombres y de pueblos, virtudes sencillas, modestas, de fácil cultivo, cuando con visión copernicana sacamos el centro de nuestro mundo fuera de nosotros mismos, y lo colocamos en la coincidencia de la proyección de nuestro yo con la proyección del yo de los otros hombres, sobre el ancho, generoso, fecundo plano de una realidad social saturada de amor, de libertad y de justicia.

* * *

Cuando con sentido de responsabilidad se mira hacia el porvenir del hombre venezolano, el asombro y la perplejidad se hacen de inmediato presentes como terríficos fantasmas. A estas alturas de tiempo en todos los ángulos del país se siente la tremenda conmoción que sacude la conciencia nacional. Producto, si bien, dicha conmoción del desquiciamiento que sufre en su carrera evolutiva el orden del mundo, en el marco nuestro tienen, empero, acento aún más agudo las palabras de Sorokin: “La familia se halla en estado de ruina parcial al frustrarse sus mejores esperanzas y aspiraciones; la tragedia de sus vidas es completa. Pocos períodos de la historia humana presentan una tragedia tan grande como la del hombre normal presente”.

Tras la extraordinaria riqueza terrígena han acudido a Venezuela ansiosas masas humanas, de diverso signo étnico y político, a tiempo que un vértigo de enriquecimiento hace presa tanto en la voluntad de las altas clases como en el ánimo endeble del más tímido hombre de la

calle. El deber austero que precisaría consultar para no errar en la apreciativa de los rumbos, ha sido sustituido alegremente por la aventura de la ganancia inmediata. Como si hubiera habido la intención de realizar una investigación de tipo Gallup, recientemente una publicación caraqueña pidió a un grupo de personas que hicieran públicos sus deseos para el año que está entrando. Con euforia de circo, casi la totalidad de los consultandos expresaron sus anhelos por que siga la prosperidad de los negocios. La prueba resultó, sin buscarlo, un baremo de dimensiones morales. En Caracas, en Maracaibo, en Valencia, en Barquisimeto, en Ciudad Bolívar, en San Cristóbal, nada tiene actualmente tanta resonancia como las voces que invitan al negocio. Al exterior salen los venezolanos a tirar el dinero en forma que mueve la risa burlona de gente acostumbrada a la austeridad y al ahorro. La marcha del hombre venezolano ha desembocado en ciega carrera hacia el provecho material. Vértigo de inmediata explicación en un país sin resistencias morales, que ha recibido el don peligroso de una riqueza descomunal y a cuyo llamado el mundo, con todos sus vicios y con muy pocas virtudes, se vuelca sobre nuestra indefensa nación. De fuera, con el esperanzado emigrante, acuden empresarios movidos por la voracidad de los negocios materiales, a cuyo lado poco significan los escasos divulgadores científicos que van a ayudarnos en nuestro proceso cultural. ¿Por qué del Norte, junto con los mercaderes del aceite, del hierro, del automóvil, del cine, de la televisión, del tabaco, no viajan los sabios que son honra y prez de sus extraordinarias Universidades y monjes que, como los trapenses de Kentucky, son documentos vivos y claras fuentes de espiritualidad? ¿Por qué de West Point, junto con los oficiales destinados a nuestros países para la enseñanza del manejo de las nuevas armas de guerra, no van también los doctos oficiales que tienen a su cargo las cátedras donde se explica el papel que incumbe a los militares frente al orden de las instituciones civiles? ¿Por qué a la par de los comerciantes empeñados en competir deslealmente con el comercio criollo, no van a dictar conferencias en nuestros Colegios de Abogados esos altivos, claros, perspicaces jueces que en el Norte han hecho del poder jurisdiccional un campo de seguridad para los ciudadanos?

Si antaño se resquebrajaba la moral, a la hora presente el daño llega a escombros. Al mercantilismo antiguo, modoso y revestido de apariencia honorable, se ha sumado la desapropiada aventura del extranjero —hombres y empresas— que buscan el inmediato enriquecimiento, para retornar, hinchados de dólares, a los lares de origen. En otro tiempo

hubo reposo y espera para amasar las fortunas. Este reposo y esta espera estuvieron acondicionados por el sedentarismo de quienes se sabían señores de la tierra o se sentían obligados a una hora de impasible aguante.

Durante el siglo pasado, las luchas políticas de Europa volcaron sobre América valiosos grupos humanos, que iban en pos de paz y de reposo. Fueron también hombres ansiosos de fortuna, que sumaron, para la permanencia, sangre, ideas y trabajo al capital demográfico de la nación. El forastero de hoy llega por lo general en plan de quemar etapas. Esta prontitud aventurera ha tenido imitadores y fáciles socios entre los criollos, unos y otros a la vez tomados por la inseguridad y la premura del momento milenarista que vive el mundo angustiado de la técnica atómica y de la "guerra fría". Ante el estímulo del fácil enriquecimiento del extranjero, el nacional ha aumentado sus ansias y ha desatado las válvulas secretas del lucro. Se olvidó de sí mismo y se convirtió en fiero cazador de fortunas. Al lado del negocio de correcta y lenta prosperidad, apareció la operación basada en la influencia, en la participación y en el porcentaje. Ya no fue la modesta y usada comisión de rutina sobre las compras del Estado. Surgieron los grandes negocios con cruce de millones. Las concesiones petroleras, la compra de aviones, la edificación de barrios y de carreteras, la adquisición de naves de guerra, los embalses, los canales, los puentes y demás obras de empuje que realiza la administración pública. Muchas de éstas en su proyección asombran y son prenda de tiempos prósperos para la nación; algunas, por si no la mayoría, han sido calculadas al amor del lucro, que favorece al grupo de los privilegiados, y al empuje del vértigo momentáneo que explica las más abarrancadas actitudes.

Sobre el plano inclinado de esta alegre y febril laboriosidad se desliza y desgarran la genuina voluntad nacional. Extraordinario es el progreso que amplía avenidas, embalsa ríos, divulga hospitales, intensifica industrias. Todo esto conduce a levantar el nivel material de vida del hombre venezolano. En cambio, con la carrera inmediata hacia la engañosa prosperidad y el circunstancial progreso, se destruye el más fino, el más noble, el más cierto de los ingredientes que hacen grandes y felices a los pueblos. En esa carrera festiva de riqueza se relaja y anula la fuerza moral donde afinca el vigor de los hombres.

Para acabar la obra positiva de engrandecer a un pueblo no basta acondicionar el suelo para la cosecha abundante, ni son suficientes las ventajas sanitarias de los huecos donde habrá de vivir mañana la nueva

y creciente población. Cuando la sociedad sustituye la conquista de bienes ubicados en el reino supremo de los valores morales, por la mera búsqueda de bienes materiales, termina por enmarcar la dignidad positiva del hombre en el cuadro de lo simplemente objetivo y sensual. Esa sociedad al variar la perspectiva de sus fines, altera el orden de sus estructuras. Traslada a lo material todo lo que significa belleza y placer. Trueca fácilmente los nobles, elevados ideales que hinchan permanentemente el espíritu, por la concupiscencia de lo momentáneo. Lo que antaño se buscó como meta decorosa, hogaño se reemplaza por el vano hartazgo y la vulgar ostentación de bienes materiales. Lejos, entonces, de exhibir los hombres comportamiento, dignidad y luces, se consideran satisfechos por poseer caballerizas con finos caballos de carrera o costosas colecciones de arte, así éstas estén representadas por pinturas y esculturas que, so pretexto de reaccionar contra el academicismo, el romanticismo y el impresionismo, han caído en el abigarrado contorsionismo y el esotérico linealismo, en que cubistas y abstraccionistas documentan, con precisión admirable, el estado crítico de las clases obligadas a dirigir la conciencia colectiva. En las galerías de estos representantes de las nuevas "élites" sociales, bien lucen, empero, esculturas y pinturas correspondientes al auténtico proceso de deshumanización que ha hecho del arte nuevo, como tinosamente dice Ortega y Gasset, un arte antipopular por esencia y finalidad. Así caballeros engréidos, con cara de Viernes Santo, pregonen austeridad y respeto social porque no frecuentan las botillerías ni publican licencias, que en otros sirven para el fari-saico asombro, suya es también la responsabilidad de una feria que les ha llevado a abrir caminos a la penetración extranjera y que les permite en cada caso adquirir guantes de repuesto para ocultar la mancha de sus manos.

Vieja y demasiado usada es la máxima de Epícteto: "Harás grande a tu pueblo, no levantando el tejado de sus casas, sino alzando el alma de sus habitantes". Sin la valoración del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices. Sin la integridad moral de sus hombres, las naciones no pasarán de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo y el deleite efímero. Sin el sentido de la crítica humilde, que descubra nuestra insistente y reparable deficiencia, los pueblos repetirán la conducta de ciegos festivos que por las calles luminosas cantan himnos de júbilo, mientras lucen atuendo abigarrado y discordante, vestido al azar, sin el consejo del ausente guardián. Sin que los hombres tomen conciencia de sí mismos, no llegarán al cumplimiento

de su destino. “Los filósofos (Hegel en particular, después de San Agustín) dicen que la facultad de tomar conciencia es un privilegio del espíritu, y que los grandes progresos de la humanidad no son sino progresos de ese tomar conciencia de sí”, anota Jacques Maritain. Entendido en toda su amplitud generosa, ese tomar conciencia de sí no queda anclado en una mera actitud de introspección y de suficiencia individualista. El “sí” de la auténtica personalidad mira a su realización en el área de una exterioridad que da posibilidad existencial a la vida humana. No es un “en sí” que justifique y explique las actitudes ariscas, egoístas, indiferentes, huidizas de quienes toman la satisfacción particular como norma de conducta. Como los ciegos disfrazados, cada uno vivirá entonces en sí y para sí mismo el mundo de las tinieblas permanentes.

* * *

¿Puede ayudar la Universidad a conjurar el tremendo peligro de disolución que se cierne sobre el futuro hombre venezolano? Difícil la afirmativa, por cuanto ella misma es testimonio sufrido de una larga crisis. Sin embargo, a la trémula luz sostenida por idóneos profesores perdura una callada tradición, empeñosa de guardar la autenticidad de nuestros valores. Vuelto sobre su propio interior, el hombre nuevo que aposenta en el alegre estudiante puede ganar al amor de aquella lumbre, resistencia que le permita mirar en cabal función perseica al rostro funesto de Medusa. Con resistir la mirada que petrifica y destruye la voluntad, tendrá ganada ya la batalla de su destino. No se debe tampoco imputar al medio nacional o a sólo las deficiencias de la Universidad presente el sufrido aspecto que ofrece nuestra realidad. Vienen, como he dicho, de muy atrás las causas del resquebrajamiento y convergen, a la vez, desde distintos sitios sobre nuestro ámbito nacional. La crisis, para expresarlo con palabra de mi ilustre amigo el profesor López Ibor, “está en el aire”, y si se quiere más pedantesca y exactamente, en el *espíritu del tiempo*”.

Así flaquea el ejemplo, el sitio es adecuado para la cita y el compromiso. Del Sur y de Occidente, del Centro y de Oriente, al viejo recinto de Santa Rosa de Santa María, al apacible claustro de San Buenaventura, a la alegre y moderna casona zuliana, a las aulas entusiastas y libres de Andrés Bello y de Santa María, acuden avisados liceístas que solicitan tono propicio con que poder vocear mañana la responsabilidad del destino de Venezuela. Palabras mendaces, sacrílegamente salidas de la-

bios de universitarios, la han dado por propalar la absoluta insuficiencia rectora del hombre formado en la Universidad. Contra semejante *ex abrupto* precisa un mentís rotundo. Para deshacer el prejuicio de color neo-arriano, los jóvenes están en la obligación de superar su empeño de cultura y de asegurar para su comportamiento social una ejemplar seriedad. A la ciencia fecunda que les dará clara mirada frente al hombre enfermo, fuerza convincente ante el juez que administra la justicia, idoneidad austera para el cálculo de la airosa construcción o de la fecunda presa, ha de agregar, con humildad y con reflexión, un sentido de deber cargado de valor humano. “Necesitamos convencernos, escribe un grave abogado italiano, que no se llega a altos vértices, salvo casos de excepción, sino sabiéndolos merecer, y que la simplicidad es la suprema conquista de una ignorada fatiga”. También en este plano de actividades dejó Bolívar una sentencia digna de Marco Aurelio. Percatado de las desviaciones en que incurre la inteligencia, declaró que “el talento sin probidad es un azote”. Bien sabía Bolívar que “no hay sabiduría vital que no sea al mismo tiempo una forma de vida, es decir, que no tenga soporte ético”, según magistralmente enseña López Ibor.

La moralidad, la justicia y la verdad son valores de ámbito universal. No hay, consiguientemente, una moralidad nacional, ni una justicia nacional, ni una verdad nacional. La Universidad —así enseñe la realidad de la historia, de la sociología y de la vocación nacional— no podrá jamás adecuar con sentido divisionista a nuestros intereses privativos el funcionamiento de aquellos valores, menos puede hacerlos a un lado, para servir teorías e intereses de grupos o de castas. No es moral, ni es justo, ni es verdadero erigir como sistema un cuerpo de ideas que mire a la sola satisfacción del bienestar de los poderosos y que en sus alcances finales anule las exigencias ontológicas de la persona humana. Tampoco es moral, ni justa, ni verdaderamente humana la paciente actitud de quienes al convertirse en testigos inútiles de la injusticia y del dolor, se constituyen en última instancia cómplices de primer grado en la futura definitiva quiebra de los más caros intereses sociales. Tiene, en cambio, derecho el pueblo para reclamar de sus sectores dirigentes —que hoy se forman, tanto en las Universidades sostenidas por el Estado como en los centros de iniciativa particular— una actitud de discreta, noble, elevada dirección, capaz de ayudarle a conjurar la traición de las clases que ayer se dijeron encargadas de orientarle y que sólo tuvieron por norte el provecho de los individuos sobre los intereses de la propia comunidad. No el nexo interesado entre profesional y cliente pide

el verdadero servicio. Algo más reclama el pueblo. La antigua relación aposentada en el dominio de lo privado, quiere verla sustituida por la función ductora y protectora que sirva de raíz y meta a nuevas estructuras, que se orienten, a través de una normatividad cargada de sentido de justicia social, es decir, de justicia humana.

La vieja conducta que miraba a ganar el Poder para hacer, al tenerlo, caso omiso de las ideas pregonadas en la oposición y convertir en cada caso al país en retablo de venganzas, quírela ver sustituida por una actitud comprensiva, que conduzca la responsabilidad a sus auténticas vertientes y evite los cuadros funestos que truecan los ideales de las revoluciones en vulgar proceso de atropellos y de injusticias, tal vez realizados con una finalidad correcta, pero que, en cambio, es quebrantada en sus propias bases de ejecución. Velar deben los pueblos por que la claridad y el vigor de que permanentemente ha de estar acompañada la justicia no sean enceguecidos por el fulgor transitorio que transmiten a sus actos los procedimientos implantados por los hombres de la victoria. No ya los juicios de Nuremberg y el proceso de Petain han sido mirados con repugnancia por la actual conciencia del mundo; el propio juicio de Laval comienza a ser revisado por los críticos y aun la sombra de Antígona dialogando con Creón, ha sido citada como asperges que absuelva la actitud ambigua del execrado colaboracionista. En dichos casos, autores de delitos que llegaron al genocidio, han terminado por lucrar piedad con el excedido rigor de precipitados verdugos, que desoyeron la piedad para consultar sus entrañas de piedra. Fácil les fue olvidar la realidad del hombre y su constante propensión a dejarse llevar, ora por el miedo y la soberbia, ora por la crueldad y el temor. Como consecuencia de este olvido, no tuvieron presente que aquellos factores obran como polos opuestos que definen las conductas desprovistas de filosófica reflexión.

* * *

Si lo viejo está tomado de la carcoma y lo poco que ha respetado el naufragio, vive en infecundo apartamiento de la realidad; si las generaciones con mayoría política tienen —tenemos concuerda más con la verdad— mayor o menor complicidad en las fallas del país, justificado está que se mire hacia la juventud que colma Universidades y Liceos, con la angustiada y heroica esperanza de quien anhela entrañablemente la pervivencia de la República. La noche hace más densas las tinieblas

cuando el amanecer se acerca. A la hora en que parece que la desesperación ha llegado a los límites del temblor pavorizante, también aquellos que han tenido fe en los valores del espíritu y en la eficacia final de la virtud, sienten la cercanía de la gracia. "No siempre es seguro, dice Claudel, la frecuencia y la fortaleza de lo peor". Tras la noche sombría en que se ven triunfar los subalternos valores de la biología, llegará con toda certeza la luz del sosiego y el ímpetu saludable de la plenitud, Maestro y yunque de voluntades, el dolor abre sentidos extraordinarios al hombre, cuando se lo recibe con la intención creadora de quien más allá del carbón busca la chispa luminosa del diamante. "Beethoven no habría compuesto las "Sinfonías", escribe André Maurois, si no hubiera sufrido; nadie comprende a su vez las "Sinfonías" si no ha conocido sufrimientos de la misma naturaleza". En cambio, a qué satánicas simas no descienden quienes del dolor apenas toman las tinieblas en que duerme como en áspero capullo la "angelica farfalla", y con ellas visten de resentimiento y de venganza su conducta permanente. Cuánto mejor aplicar al sufrimiento el símbolo optimista que ofrece el P. Raymond: "Para extender sus raíces en la ancha oscuridad subterránea y alzar su ramaje hasta los cielos, el roble debe soportar los inviernos glaciales y los abrasadores estíos". A la sombra benéfica de estos grandes árboles se hace claro y profético el sueño de los hombres. Aun cuando las fuerzas declinen, de su fronda saldrán voces elocuentes para advertir la necesidad y el tiempo del trabajo; certeras y claras voces como aquellas que entre sueños escuchó el profeta Elías bajo la sombra del enebro.

No será la vendimia de los odios el último quehacer del hombre que se afana por cumplir su destino. Tampoco serán la confusión y el dolor la página postrera de nuestra vida social. Con ganar nuestra batalla personal ayudaremos, también, a ganar la batalla en que está comprometido el destino del mundo. Humildemente, sin pretender ser dioses, podemos conquistar instrumentos que nos aseguren el éxito de los valores que dan dimensión cabal a nuestro humano destino. El pueblo que distrae su tiempo ante las pantallas convulsivas de la televisión, que grita y aplaude con frenesí selvático ante el ring de boxeo, que nutre las multitudes enloquecidas frente a los jugadores de fútbol y de beisbol, que delira y bota el dinero del diario mantenimiento en las pistas donde los caballos distribuyen con las patas fantásticas fortunas formadas con el trabajo de los incautos, ese pueblo que se divierte y olvida de sí mismo, reclama un tipo de educación que lo acerque a planos donde germinen valores a tono con su propia dignidad.

El porvenir del hombre venezolano impone la necesidad de mirar hacia zonas donde la reflexión tenga oportunidad de realizarse. El futuro material no depende de nosotros, dice Arnold Toynbee; en cambio, agrega, si hemos solicitado la divina iluminación para nuestras mentes, "las piedras rodarán por el suelo, pero jamás agonizará la luz que nos da la vida". Alumbrados por esa benéfica luz, hemos de sentirnos bajo el signo optimista de quienes confían en la generosa posibilidad de una hora capaz de absolver o de borrar el pretendido divorcio o escisión que algunos ven, como dice Gómez Rebolledo, entre la vida teórica y la vida práctica, entre la inteligencia y la prudencia, entre arte y moralidad, entre ciencia y virtud, entre filosofía y justicia y en todo lo demás que de ahí se siga. ¿Por qué no pensar que la hora undécima corresponde en el cuadrante de las posibilidades, al tiempo propicio para que un "aire de primavera" asegure nuestra cabal realización en el plano de la inteligencia, de la libertad y de la gracia? . . .

CODA

Releído y ya este ensayo en camino de las cajas de imprenta, he juzgado conveniente insistir acerca de su finalidad. Mi esfuerzo crítico no espera rendir el juicio de quienes benévolamente presten atención a los problemas aquí suscitados. Con sinceridad desgarrada planteo en estas páginas el caso de nuestra cultura universitaria, relacionada con el propio valor de la venezolanidad en su dimensión de postura humana. Me asomo, también, a ciertos territorios culturales, aún no estudiados en toda su amplitud y profundidad y expongo, además, mi posición personal frente a situaciones y hechos pasados.

Bien sé que el análisis cabal corresponde hacerlo a otros compatriotas mejor abastados para el caso, a los cuales, tal vez, no haya ocurrido enfocar dichos problemas desde el ángulo en que me he colocado. No pretendo, tampoco, asumir una actitud albricial ni menos presentarme como poseedor de recursos de que carezco. En lo que dice al juicio sobre Bolívar y su filosofía política, ilustres y eruditos investigadores, como Santiago Key Ayala, Caracciolo Parra Pérez, Augusto Mijares, José L. Salcedo Bastardo, han explorado con tino y profundidad el poliedro anímico del Padre de la Patria, sin dejarse llevar del asombro que el grandor de Bolívar ha impedido a muchos “distinguir entre el principio y el fin de su vida”, como ocurrió al ilustre Lecuna; menos intento acomodar el pensamiento de Bolívar a manera de respunte brillante para mi obra literaria o mis ideas políticas. Mi juicio en nada se divierte del juicio fornido que aquellos compatriotas han calzado con sus autorizados nombres. En Bolívar no he intentado jamás mirar una figura de contornos hagiográficos, destinada a la mera edificación de los lectores, sino un hombre de carne y hueso, que caminó, con pie susceptible de extravío, sobre el mismo pedazo de tierra donde discurre nuestra existencia presente y cuya mente poderosa dejó en nuestra vida cívica una impronta

que aún puede ayudarnos a realizar nuestro destino de pueblo. Mi empeño apunta a fijar líneas para una concepción integral del valor y del deber de hombre venezolano. La vastedad del propósito obliga a que el presente ensayo sea sometido a una futura revisión y a que sea aclarado por medio de una serie de escollos de carácter realístico.

Si lo dije antes, no sobra el repetirlo. Conozco mejor que nadie hasta dónde llegan mis recursos críticos. No me presento en plan de abatir presuntos contendores. Con justo sentido del límite, me sé muy de la casa, para dejarme arrastrar del forasterismo que censura Péguy. En el plano de la realidad, tampoco intento presentarme protegido por el celofán esotérico con que algunos compatriotas buscan resguardar su personalidad de posibles juicios realistas. Soy un venezolano del siglo xx, cargado de las responsabilidades de mi tiempo, salpicado por las burbujas de las aguas negras de la política, marcado con el signo de épocas contradictorias, transido de la angustia de quien ha deseado ver por siempre superados los reatos que impiden el pleno desarrollo de nuestra obra de cultura. Soy un venezolano con espíritu de desollado, según me pintó en 1921 Rafael Cabrera Malo, que, sintiendo sobre su débil conciencia el peso de un compromiso con el tiempo, no puede permanecer como testigo inútil en un momento crucial, en que la nación, sin caer en ninguna manera de bizantinismo, busca respuesta para su propio destino de pueblo.

Los años llevo trabajando sobre la problemática de nuestro país. Alguna vez he atinado en expresar conceptos que promovieron debates fructíferos en orden a estudiar algunas de las causas de nuestra crisis nacional. Sobre ese mismo anchísimo campo inciden las líneas del presente ensayo, madurado y escrito con la preocupación de ayudar al pueblo de Venezuela y empeñoso, también, por promover entre nuestra gente joven una actitud congruente con el ritmo que André Siegfried anota como signo de la obra de Edouard Le Roy: primero, dice, se interesó por el "homo faber", después por el "homo sapiens", y por último sobrepuso a uno y otro el "homo spiritualis". Trabajar, pensar y soñar como finalidades escalonadas de un proceso cargado de autenticidad humana. Dominar la técnica para que el hombre crezca y no destruir al hombre para que luzca la burda obra material, así háganla imponente la destreza y la audacia de la ejecución o hágala así plausible el fin práctico a que se la haya destinado.

Para realizar la plenitud de la existencia precisa poner como tema principal de todo empeño de cultura, la búsqueda de medios que ase-

guren la realización de la persona como un todo integrado por valores de categoría económica, intelectual y espiritual, y cuya armonía mira fundamentalmente al gobierno por el espíritu y para el espíritu de todos los recursos conquistados por el paciente trabajo de la inteligencia. Ante la voracidad telúrica de los Pontífices medievales, Santa Catalina de Siena lanzó la extraordinaria consigna: "Almas, no ciudades". Almas, espíritu, inteligencias en pleno goce de su dimensión humana, pide, también, la ciudad terrestre como fin de toda organización social. Sobrarían los majestuosos edificios, las rebosantes presas, los canales fáciles, los caminos suaves, si los hombres a cuyo servicio están destinados no gozan la plenitud de facultades que hacen a la persona. En el plan de dar vigencia permanente al consejo de la sienense maravillosa, jamás abundan las palabras ni se hace jamás inútil la tediosa espera. Cumple, en cambio, al hombre hacer ésta alegre, festiva y generosa, por medio de una permanente reflexión sobre el triunfo de la bondad, de la justicia y de la gracia.

LAUS DEO

INDICE
ONOMASTICO - GEOGRAFICO

A

- Abraham: 79
 Acosta Cecilio: 126, 209, 227, 228, 309, 317, 321, 322
 Acosta Ortiz, Pablo: 280
 Acosta Rodríguez, Luis: 65
 Acosta Saignes, Miguel: 62, 221, 222, 319
 Adriani, Alberto: 15, 16
 Adriático (mar): 80
 África: 71, 188, 287, 306, 335, 337, 339
 Agreda (Obispo): 103
 Aguado, Fray Pedro de: 64
 Aguilar Gorrondona, José Luis: 254
 Aguirre, Lope de: 85, 336
 Alabama: 249
 Alajuela: 145, 146
 Alamo, José Angel de: 161
 Albornoz, José Luis: 254
 Albión. *Véase:* Inglaterra
 Alcalá, José Gabriel de: 161
 Alejandría: 78
 Alejandro Magno: 78, 79
 Alfínger, Ambrosio: 85, 91, 114
 Alfonso X: 118
 Los Alpes: 259
 Altamira, Rafael: 86
 Alvarado, Lisandro: 60, 62, 63, 64, 65, 111, 113, 319
 Alvarez Cabral, Pedro: 81
 Amazonas (río): 281
 América: 40, 41, 57, 69, 73, 74, 75, 81, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 94, 95, 96, 97, 101, 102, 104, 105, 106, 108, 109, 114, 116, 118, 122, 140, 146, 156, 157, 161, 163, 164, 166, 172, 173, 176, 187, 188, 189, 190, 200, 212, 213, 215, 216, 223, 230, 231, 233, 236, 237, 244, 260, 273, 274, 277, 278, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 293, 300, 303, 304, 305, 306, 335, 337, 338, 341, 342, 344, 347, 348, 349, 350, 351, 353, 355, 358, 359, 362
 América del Norte. *Véase:* Estados Unidos
 América Española. *Véase:* América
 América Latina: 50, 279, 293
 Ampíes, Juan de: 160, 306
 Andresote. *Véase:* López del Rosario, Andrés
 Angostura. *Véase:* Ciudad Bolívar
 Antequera, José de: 163, 164, 165, 166
 Antillas (islas): 172
 El Aquinatense. *Véase:* Santo Tomás de Aquino
 Aragua (río): 282
 Aranda, Francisco: 317
 Araoz: 70
 Arbenz, Jacobo: 277
 Arcaya, Pedro Manuel: 17, 60, 61, 62, 65, 90, 91, 103
 Arcila Farías, Eduardo: 65
 Archila, Ricardo: 70
 Arellano Moreno, Antonio: 65
 Arévalo González, Rafael: 309
 Argentina: 156, 209, 352
 Aristóteles: 81, 345, 346
 Armas Chitty, J. A.: 65
 Arocha Moreno, Jesús: 65
 Aruba: 95
 Arvelo Larriva, Enrique: 42
 Arraiz, Antonio: 142
 Asia: 188, 287
 La Asunción (Margarita): 111

Asunción (Paraguay): 163, 164
 Atlántico (océano): 84, 281, 352
 Augusto: 259
 Austria (Los): 82, 83
 Avelado, Agustín: 309, 317
 Avila, José Cecilio: 317
 Avila, Luis Manuel: 253
 Azpúrua, Ramón: 61, 65

B

Bach, Juan Sebastián: 304
 Bailén: 87
 Bajares, Pedro Cruz: 23
 Balbuena, Antonio de: 31
 Baldó, José Ignacio: 280
 Baptista, Eusebio: 126, 309
 Baralt, Rafael María: 60, 64, 67
 Barceloneta: 234
 Barinas (Provincia): 161
 Barker: 346
 Barquisimeto: 30, 111, 112, 113, 114, 115, 117, 120, 121, 303, 361
 Barnola, Pedro Pablo: 253, 319
 Barreto Peña, Samuel: 30
 Basutoland: 286
 Becerra, Ricardo: 60
 Bechuanaland: 287
 Beethoven, Ludwig van: 221, 304, 367
 Bejarano, Lázaro: 306
 Belarmino, Roberto: 97
 Belice: 87, 223
 Bello, Andrés: 19, 44, 227, 228, 278
 Benavente, Jacinto: 304
 Benítez Fontourvel, (Obispo): 111
 Bergson, Henri: 301, 320, 336
 Bermúdez, José Francisco: 206
 Bermúdez, Juan: 161
 Bernanos, Georges: 357
 Berrío, Antonio de: 160
 Betancourt, Rómulo: 23
 Betania: 184
 Blanco, Eduardo: 60, 205
 Blanco, José Félix: 61, 65
 Blanco Fombona, Rufino: 61
 Bobbio, Norberto: 301
 Boconó: 30
 Bogotá: 156, 207
 Bohórquez (Obispo): 107
 Bolet Peraza, Nicanor: 213
 Bolívar (Estado): 23, 206, 236, 239
 Bolívar, Juan Vicente: 106
 Bolívar, Simón: 17, 20, 50, 57, 59, 65, 68, 71, 75, 83, 88, 91, 103, 104, 105, 106, 107, 126, 128, 131, 133, 140, 141, 142, 143, 146, 156, 159, 160, 171, 177, 180, 187, 189, 200, 208, 223, 227, 228, 233, 280, 285, 287, 314, 335, 338, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 346, 347, 348, 349, 350, 351, 352, 353, 359, 365, 369
 Bolívar, Simón de: 91
 Bolivia: 72, 279, 280, 306
 Bonaire: 95
 Bonald, Luis de: 318
 Borbones (Los): 108
 Borburata: 113
 Bossuet, Jacques: 92
 Boussingault, Juan Bautista: 350
 Boves, José Tomás: 74, 89, 144
 Bradem (Embajador): 278
 Brasil: 70, 72, 165, 225, 234, 281, 282, 283, 284
 Bravo, Juan: 83
 Brewé, Sam Pope: 277
 Briceño, José Ignacio: 161
 Briceño, Antonio Nicolás: 161
 Briceño, Justo: 343
 Briceño, Sancho: 91, 120, 160
 Briceño Méndez, Pedro: 347
 Briceño Picón, Beatriz: 11
 Briceño Valero, Américo: 62
 Briceño Valero, Jesús: 34
 Buckle: 60
 Buenos Aires: 131, 165, 171, 207
 Buria: 72

C

Caboto, Sebastián: 81
 Cabrera, José Luis: 161
 Cabrera Malo, Rafael: 42, 370

- Cáceres, Francisco de: 160
 Cádiz: 81, 108
 Calcaño, Eduardo: 20, 317
 Calcaño Enriquez, Eduardo: 254
 Caldera, Rafael: 319
 Calvino, Juan: 132
 Calvo Sotelo, Joaquín: 328
 El Callao: 239, 240, 241
 Camejo, Pedro: 140
 Campanela, Tomás: 79
 Campbell, Patricio: 348
 El Campeador. *Véase:* Díaz de Vivar, Ruy
 Canal de la Mancha: 97
 C'ang-Kan: 312
 Capua: 257
 Caracas: 10, 16, 18, 30, 32, 55, 57, 60, 62, 77, 91, 99, 107, 115, 126, 128, 131, 133, 134, 155, 156, 166, 318, 319, 338, 351, 352, 361
 Caracas (Provincia): 161
 Caravaggio, Miguel Angel Amerighi: 344
 Carbonell, Diego: 15
 Caribe (mar): 80, 172
 Carlos IV: 110
 Carlos de Gante: 81
 Carlos I: 82
 Carlos III: 357
 Carnelutti: 350
 Caroní (río): 206, 225, 234, 243, 244
 Cartagena (Colombia): 344
 Carvajal, Juan de: 95, 337
 Carrasquel, Fernando: 65
 Carrasquero, Manuel María: 309
 Carrera Damas, Germán: 38
 Carrión, Benjamín: 57, 156
 Casa León, Marqués de. *Véase:* Fernández de León, Antonio
 Casanova: 319
 Casas, Juan de: 245
 Casona, Alejandro: 130
 Castel Fuerte, José: 164
 Castellanos, Juan de: 64
 Castilla: 94
 Castro, Nicolás de: 161
 Castro: 70
 Castro, Cipriano: 20, 144, 215
 Cataluña: 230
 Cathay: 80
 Catuche (río): 124
 Cazorla, Luis José: 161
 Centro América: 72, 171
 Centurión, Manuel: 70
 Cervantes, Miguel: 84
 El Cid. *Véase:* Díaz de Vivar, Ruy
 Cipango: 80
 Ciudad Bolívar: 23, 206, 233, 234, 235, 335, 346, 347, 361
 La Ciudad de María Santísima. *Véase:* Trujillo (ciudad)
 Claudel, Paul: 321, 367
 Clemente, Lino de: 161
 Cocteau, Jean: 323
 Codazzi, Agustín: 67, 69
 Cold Spring: 167
 Colombia: 235, 280, 281, 348
 Colón, Cristóbal: 77, 79, 80, 200, 306
 Colonia Tovar: 226
 Coll, Pedro Emilio: 323
 Comte, Augusto: 316
 Condes de la Granja: 125
 Conde de San Javier: 135
 Condorcet, Antoine: 347
 Copérnico, Nicolás: 306
 Corea: 269
 Coro: 73, 91, 107, 111, 113, 120, 306
 Corona de San Jaime. *Véase:* Inglaterra
 Cortés, Hernán: 86, 307
 Cortesi, Felipe: 225
 Correa, Luis: 323
 Cosa, Juan de la: 78
 Cossio, José María de: 301
 Costa Rica: 145, 146, 207
 Cova, Mariano de la: 161
 Cova, Jesús Antonio: 65
 Craso: 258, 260
 Crema, Edoardo: 123, 319
 Crespo, Joaquín: 144
 La Cristalina (Páramo): 30
 Croce, Benedetto: 71
 Cromwel, Oliverio: 95
 Cuba: 72, 172, 195, 280
 Cubagua: 114, 132

Cúcuta: 338, 340
 Cuenca, Héctor: 23
 Cuenca, Raúl: 309
 Cumaná: 111, 114
 Cumaná (Provincia): 161
 Cundinamarca (Altiplano): 72
 Curazao: 87, 95, 192, 285
 Cusa, Nicolás de: 339
 Cuyuní (río): 234

CH

Charcas: 163, 164
 Charcot, Juan Martín: 320
 Chaumer, Edmundo: 309
 Chesterton, Gilbert: 95, 125, 357
 Chicago: 231
 Chile: 277, 278
 Chimborazo: 206
 Chiossonne, Tulio: 23

D

Da Cunha, Euclides: 283
 Darío, Rubén: 32, 185
 Darwin, Charles: 60, 316
 Dávila, Vicente: 61
 Delgado, Salvador: 161
 Descartes, René: 92
 Detroit: 335
 Díaz, José Domingo: 89, 99, 161, 285
 Díaz, Ramón: 67
 Díaz de Vivar, Ruy: 87, 104, 348, 353
 Díaz Moreno, Alonso: 160
 Díaz Rodríguez, Manuel: 91
 Díaz Sánchez, Ramón: 21, 22, 65, 133
 Diderot, Denis: 322, 346
 Diez, Julio: 23, 241
 Diódoro: 79
 Diógenes: 204
 Domínguez, Rafael: 61, 92
 Dominici, Aníbal: 317
 El Dorado: 80, 85, 114, 234
 Dos Ríos: 172
 Dreiser, Teodoro: 49

Duarte Level, Lino: 61
 Du Pont: 250
 Dupoy, Walter: 217

E

Ecuador: 72, 280, 306
 Egaña, Manuel: 23, 236
 Egipto: 79
 Emparan. Vicente: 245
 English: 233, 234
 Epicteto: 134, 363
 Erasmo, Desiderio: 44, 114
 Ernst, Adolfo: 60, 62, 64, 319
 Escalante, Diógenes: 23
 Escalona y Caltayud: 315
 Escosura, Patricio de la: 31
 Esequibo (río): 208
 Esfialte: 193
 España: 41, 69, 71, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 89, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 102, 103, 104, 105, 107, 108, 117, 118, 121, 124, 125, 192, 195, 201, 231, 233, 287, 335, 337, 340, 357
 España, José María: 119, 140, 160, 193, 223, 227, 228, 230, 234, 244, 273, 285, 300, 311, 322, 338, 342, 353, 358
 La Española, *Véase*: República Dominicana
 Espartaco: 257, 258, 259, 260
 Espartaco (hijo): 258, 259
 Espejo, Francisco: 19
 Espelozín, Luis: 309
 Espinoza: 317
 Estados Unidos: 17, 40, 94, 96, 100, 103, 104, 121, 155, 172, 189, 212, 218, 236, 243, 244, 247, 249, 251, 252, 254, 259, 270, 273, 275, 277, 278, 280, 281, 283, 284, 322, 339, 340, 348, 352
 El Estagirita. *Véase*: Aristóteles
 Estrabón: 81
 Estrada Monsalve: 347
 Europa: 79, 80, 85, 188, 216, 217, 274, 283, 314, 335, 362

F

Fabbiani Ruiz, José: 319
 Fabbri, Diego: 304
 Falcón, Juan Crisóstomo: 144, 314
 Fast, Howard: 257, 258, 259
 Febres Cordero, Tulio: 17, 61, 62, 64, 92
 Febres Cordero G., Julio: 62, 65
 Federmann, Nicolás: 64, 114
 Felice Cardot, Carlos: 23, 65, 111, 191, 193
 Felipe V: 191, 192, 314
 Felipe II: 95, 96, 97
 Fenicia: 87
 Fermín, Mercedes: 65
 Fernández de León, Antonio: 20, 314
 Fernández de Serpa, Diego: 91, 114, 160
 Fernández Peña, Ignacio: 161
 Fernando El Católico: 81
 Fernando VII: 161
 Fichte, Johann: 324, 331,
 Fierro, Lucio: 225
 Filadelfia: 189, 274
 Filipo: 185, 204
 Finisterre (Cabo): 281
 Fiore, Joaquín: 79
 Flandes: 84, 114
 La Florida: 94
 Fonseca, Amílcar: 62
 Formia: 257
 Fortique, Alejo: 317
 Frágenas, Andrés: 155
 Francia: 17, 93, 94, 105, 125, 201, 226, 243, 270, 313, 314, 339, 340
 Francisco I: 93
 Freyre, Gilberto: 72, 283
 Fuentes, Vicente: 23

G

Gabaldón, Arnoldo: 280
 Gabaldón, José: 31
 Gabaldón Márquez, Joaquín: 11, 23, 27, 65, 253, 254

Galán, Juan Antonio: 192
 Gailas: 258
 Gallegos, Rómulo: 20, 24
 Gandhi, Mahatma: 33
 García Bacca, Juan David: 319
 García Calderón, Francisco: 156
 García Carrasquero, Manuel: 31
 García Chuecos, Héctor: 61, 92
 García de Paredes, Diego: 30, 86, 120, 160
 García de Sena, Manuel: 19, 189
 García Monge, Joaquín: 57, 156
 Garmendia, Fortunato: 253
 Gentile, Giovanni: 327
 Giannini: 250
 Gil Borges, Esteban: 320
 Gil Fortoul, José: 20, 60, 61, 63, 92, 111, 113, 316, 319, 323
 Giménez Landínez, Víctor M.: 85
 Gobineau, José Arturo: 316
 Godoy, Gonzalo: 225
 Goethe, Johann Wolfgang: 344
 Gómez, Juan Vicente: 20, 22, 44, 144
 Gómez de Hermosilla, José: 31
 Gómez Rebolledo: 368
 Gómez Roscón: 78
 González, Eloy G.: 61, 63
 González, Juan Vicente: 60, 64, 309, 317
 González de Acuña, Antonio: 92
 González Rincones, Rafael: 226
 González Videla, Gabriel: 277
 Gorrochotegui, Abelardo: 62
 Goya, Francisco de: 126
 Granada: 81, 82
 Granada (Isla): 95
 Gran Bretaña. Véase: Inglaterra
 Gran Colombia: 172, 338, 341, 343, 351, 352
 Gran Sabana: 226
 Grecia: 87, 185, 260
 Grekov: 129
 La Grita: 161
 Guaicaipuro: 140
 Gual, Manuel: 160
 Gual Pedro: 19

Guatemala (Ciudad): 108, 128, 171, 207
 Guatemala (República): 278, 279, 306
 Guatemoc: 307
 Guayana Inglesa: 225,
 Guayana (Venezuela): 206, 233, 234, 237, 243, 244, 281
 Guayanas (las): 87, 234, 243
 Guerrero, Luis Beltrán: 65, 319
 Guevara, Arturo: 62
 Guevara y Vasconcelos, Manuel: 339
 Güiría: 73
 Gumpowich: 316
 Guzmán, Antonio Leocadio: 69, 133
 Guzmán Blanco, Antonio: 70, 92, 133, 144, 314, 315

H

Haddon: 137
 Haring, Clarence :95
 Harris, Frank: 48
 Hegel, Jorge Guillermo: 364
 Herder, Johann Gottfried von: 60
 Heredia, José Francisco: 19, 20, 105
 Hernández, José Gregorio: 280, 320
 Herrera, Gustavo: 23
 Herrera Campíns, Luis: 300
 Herring, Carlos: 234
 Hesiodo: 185
 Hesnard: 329
 Hespérides: 80
 Hidalgo y Costilla, Miguel: 83, 156, 287, 307
 Hispanoamérica. *Véase:* América
 Holanda: 94, 192
 Hollywood: 215, 290
 Horacio: 44
 Hortal, Diego de: 119
 Hostos, Eugenio María de: 187
 Huizinga: 59
 Hungría: 243
 Huston, Luther A.: 249

I

Ibáñez del Campo, Carlos: 277
 Ibsen, Enrique: 304
 El Ilustre Americano. *Véase:* Guzmán Blanco, Antonio
 Imaz, Eugenio: 319
 La India: 77
 Las Indias. *Véase:* América
 Inglaterra: 72, 83, 93, 95, 97, 98, 103, 104, 105, 121, 125, 132, 216, 223, 233, 234, 235, 236, 253, 286, 340, 346
 Irigorry, María: 30, 31, 34
 Irazábal, Carlos: 65
 Isabel la Católica: 81
 Isabel I: 95, 97
 Isla de las Perlas, *Véase:* Magarita (isla)
 Islas Británicas. *Véase:* Inglaterra
 Istmo Centroamericano. *Véase:* Istmo de Panamá
 Istmo de Panamá: 352
 Italia: 84, 114, 243
 Iturbe, Pedro Manuel: 280
 Iturriaga, José de: 64

J

Jafray, Ricardo: 234
 Jahn, Alfredo: 62, 64, 91
 Jamaica: 95
 James, William: 309
 Jaspers, Karl: 337, 359
 Jáuregui Moreno (Monseñor): 62, 309
 Jefferson, Tomás: 190
 Jiménez de Quesada, Gonzalo: 86, 91
 Joung: 323
 Juan XXIII: 50
 Juárez, Aquilino: 113
 Juárez, Benito: 156
 Julio César: 260, 344

K

Kentucky: 361
 Kenya: 286
 Key Ayala, Santiago: 65, 319, 369
 Kierkegaard, Sören: 330

L

Labastidas, Ricardo: 31, 309
 La Hoz Berrío, Francisco de: 107
 Lamarck, Juan Bautista: 60
 Lamartine, Alfonso de: 60
 Landaeta Rosales, Manuel: 61
 Lara, Jacinto: 113, 239
 Lares, José Ignacio: 62
 Larrazábal, Felipe: 60, 64
 Las Casas, Bartolomé de: 96, 105
 La Torre, Miguel de: 206
 Laval: 366
 Lebon: 60
 Lecler (Padre): 317
 Lecuna, Vicente: 369
 Ledezma, Alonso Andrea de: 19, 50,
 57, 91, 131, 140, 160, 180, 193, 208,
 227, 228, 342
 Leiva, Ramón David: 253
 Lenin, Vladimir: 129
 Léntulo Baciato: 258, 260
 León, Juan Francisco de: 106, 140,
 160, 192, 193, 227, 228, 342
 León XIII: 323
 Leoni ,Raúl: 23
 Leopardi, Giacommo: 136
 Le Roy, Eduard: 370
 Líbano: 39
 El Libertador. Véase: Bolívar, Simón
 Lima: 108, 126, 128, 163, 164, 165
 Limardo, Ricardo Ovidio: 113, 317
 Linares Alcántara, Francisco: 230
 Lincoln, Abraham: 57, 180, 190, 259
 Lippmann, Walter: 360
 Lisboa: 81
 Liscano, Juan: 65
 Locke, John: 322
 Lombroso, Cesare: 316

Londres: 81, 132, 207, 233, 254, 284,
 285
 Long Island: 167
 López, Casto Fulgencio: 65
 López Contreras, Eleazar: 22
 López de Mesa, Luis: 346
 López del Rosario, Andrés: 191, 192,
 193
 López Ibor, Juan José: 346, 365
 López Méndez, Isidoro: 161
 López Méndez, Luis: 233, 286
 López Méndez, Luis: 323, 324
 López Ramírez, Tulio: 62
 Loreto Arismendi ,José: 248
 Losada ,Diego de: 86, 114, 115, 160
 Louisiana: 286
 Lucrecio: 185
 Lutero, Martín: 339

LL

Llorens Torres, Luis: 187, 188

M

Macarapana: 113
 El Macedonio. Véase: Alejandro Magno
 Machado Hernández, Alfredo: 313
 Madariaga, Salvador de: 103, 131, 342,
 350
 Madrid: 25, 26, 85, 104, 153, 207, 294,
 312, 318
 Maeterlink, Mauricio: 31, 32
 Maiquetía: 209
 Malabar: 81
 Maldonado, Juan: 160
 Maldonado, Samuel Darío: 62
 Las Malvinas: 87
 Manamo (río): 234
 La Mancha: 43, 352
 Maneiro, Manuel Plácido: 161
 Manger, Peter: 216, 217
 Mann, Thomas: 347
 Manrique, Aldonsa: 114
 Maracaibo: 73, 114, 248, 253, 361

- Maracay: 20
 Marcano, Gaspar: 62
 Marco Aurelio: 365
 Mar de las Tinieblas. *Véase*: Atlántico (Océano)
 Margarita (Isla): 50, 114, 161, 192
 Maritain, Jacques: 345, 346, 347, 367
 El Marqués del Toro. *Véase*: Rodríguez del Toro, Francisco
 Márquez Cañizalez, Augusto: 23
 Marshal, George: 216
 Martí, José: 57, 75, 83, 157, 171, 172, 173, 187, 195, 212
 Martí, Mariano: 64, 70
 Martín Tinajero: 85, 95, 114, 337
 Marx, Carlos: 50
 Maurois, André: 367
 Maxudian, Yevant: 248
 Maya, Manuel Vicente de: 161
 Medina, Harold: 250
 Medina Angarita, Isaías: 22, 24, 239, 241
 Medio Oriente: 274
 Meireles, Cecilia: 283
 Melo, Juan Cuaresma de: 91
 Mena: 165
 Méndez, Ramón Ignacio: 161
 Mendoza, Cristóbal: 19, 91, 227, 287
 Mendoza, Cristóbal L.: 65
 Menéndez y Pelayo, Marcelino: 103
 Mercier, Desiré Joseph: 336
 Mérida (Ciudad): 15, 16, 32, 110
 Mérida (Provincia): 161, 192
 La Mesa (cerro): 243
 México (ciudad): 59, 108, 126, 128, 207
 México (República): 72, 79, 172, 209, 274, 306, 307, 358
 Michelena, Santos: 227, 228, 235, 309, 317
 Michelena: 280
 Michelet, Jules: 60
 Miguel (Negro): 72, 337
 Mijagal: 161
 Mijares, Augusto: 19, 22, 65, 369
 Miranda, Carmen: 282
 Miranda, Francisco de: 19, 65, 83, 104, 106, 119, 161, 166, 177, 200, 227, 228, 287, 338
 Mistral, Gabriela: 57, 156
 Mitre, Bartolomé: 350
 Möeller, Charles: 321
 Moisés: 78, 79
 Moller, Carlos: 123
 Mompó, Fernando: 164, 165
 Monagas, José Tadeo: 20, 144
 Monroe, James: 273
 Montalvo, Juan: 21
 Montaner, Manuel: 65
 Monte Sacro: 342
 Montesinos, Antonio de: 96, 105
 Montesinos, Egidio: 113
 Montesquieu, Carlos de Secondat, Barrón de: 322, 343
 Monteverde, Domingo de: 144
 Morales Marcano, J. M.: 309, 317
 Morantes, Pedro María: 309
 Morazán, Francisco: 157
 Morelos, José María: 187, 223, 307
 Moro, Tomás: 50, 79
 Mosadegh, Mohamed: 277
 Moscú: 207
 Mozart, Wolfgang: 304
 Mucas (zanjón): 30
 Muñoz, Pedro José: 65
 Muñoz Tébar, Jesús: 20
- N
- Napoleón III: 314
 Navarro, Nicolás Eugenio: 61
 Nebrija, Antonio de: 317
 Nectario María (Hermano): 62
 Negro Primero. *Véase*: Camejo Pedro
 Nervo, Amado: 32
 New Jersey: 247
 Nicaragua: 40
 Niño (los): 78
 Noulan, Thomas: 234
 Nucete Sardi, José: 65
 Nueva Amsterdam: 131
 Nueva Dublín: 234, 236
 Nueva Erin: 234, 237

Nueva España. *Véase*: México (República)
 Nueva Inglaterra: 57, 94, 100, 180, 236
 Nueva Providencia: 239
 Nueva Segovia. *Véase*: Barquisimeto
 Nueva York: 130, 131, 132, 168, 171, 207, 212, 213, 215, 229, 251, 259, 260, 279
 Nuevo Mundo. *Véase*: América
 Núñez, Enrique Bernardo: 65
 Núñez de Balboa, Vasco: 86
 Nuremberg: 366
 Nysaland: 286

O

Obando, Juan de: 69
 Ocaña (España): 82
 O'Higgins, Bernardo: 156, 223
 Oklahoma: 128
 Olavarriga, Pedro José de: 64, 69, 191
 Olavide, Pablo: 166
 O'Leary, Daniel Florencio: 65, 233, 348
 Oramas, Luis R.: 62
 Ordaz, Diego de: 91, 120, 337
 Orea, Telésforo: 273
 Orinoco (río): 192, 206, 233, 234, 346
 Oropesa: 314
 Oropesa, Juan: 65
 Oropeza, Pastor: 23, 55, 271, 280
 Ortega y Gasset, José: 344, 347, 363
 Ortiz, Fernando: 72
 Osorio, Diego: 91
 Ossorio y Gallardo: 341
 Oviedo y Baños, José de: 64
 Oxford López, Eduardo: 226, 241

P

Pacheco, Alonso: 160
 Pacheco Briceño: 161

Páez, José Antonio: 20, 69, 74, 119, 140, 285, 351, 359
 País del Plata. *Véase*: Argentina
 Palacio Fajardo, Manuel: 19, 161, 285, 309
 Palúa: 236, 237
 Panamá (Ciudad): 104
 Panamá (República): 87, 157, 163
 Panaquire: 192
 El Pao: 235, 244
 Paraná (río): 282
 Paraguay: 280, 358
 Paredes, Eloy: 309, 317
 París: 130, 207, 285, 317, 339
 Parra, Pedro María: 309
 Parra León, Caracciolo: 16, 17, 61, 90, 92, 110, 203, 300, 320
 Parra Márquez, Héctor: 65
 Parra Pérez, Caracciolo: 61, 369
 Pascual, Blas: 44
 Patagonia: 280
 Paúl, Felipe Fermín: 161
 Paz Estensoro, Víctor: 277, 279
 Pedraza: 161
 Pedro II: 284
 Peguy, Charles: 301, 330, 345, 370
 Pelayo: 352
 La Península. *Véase*: España
 Península Ibérica: 284
 Peñalver, Fernando: 19, 20, 119, 161, 228
 Perera, Ambrosio: 65
 Pereyra, Carlos: 94
 Pérez Bonalde, Juan Antonio: 128
 Pérez de Pagola, Gabriel: 161
 Pérez Prado, Dámaso: 221
 Perón, Juan Domingo: 277, 278
 Perú: 72, 163, 306
 El Perú (casero Guayana): 240
 Petain, Felipe: 366
 Piar, Manuel: 206
 Picón, Juan de Dios: 136, 227, 228, 309
 Picón Salas, Mariano: 15, 22, 65, 123, 128, 319
 Piedrahíta, Lucas Fernández de: 64
 Pietri, Luis A.: 23

Pinuzón (los): 78
 Pinzón, Rafael: 65
 Pizani, Rafael: 23
 Pizarro, Francisco: 86
 Planchart, Enrique: 123
 Planchart, Julio: 21
 Platon: 79
 Plumcroft: 217
 Plutarco: 258, 260
 Pocaterra, José Rafael: 18, 23
 Polanco Martínez, Tomás: 65
 Polo, Marco: 80
 Pombo, Lino de: 235
 Pompeyo: 260
 Portugal: 72, 93
 Potosí: 164
 Praga: 207
 Preston, Amyas: 131, 193
 Puerta Flores, Ismael: 65
 Puerto Cabello: 192
 Puerto Ordaz: 236, 237
 Puerto Raleigh: 236
 Puerto Rico: 43, 87, 172
 Pulgar, Venancio: 127
 El Purús (río): 282

Q

Quevedo, Francisco de: 21
 Quevedo, Numa: 23
 Quinet: 60
 Quintero, Cristóbal: 78
 Quiroga, Vasco de: 79, 306
 Quito: 128

R

Rahn Cósimi, Reinhard: 253
 Raleigh, Walter: 75, 206, 233, 234, 235,
 236
 Ramírez, José María: 161
 Ramos, Arthur: 72, 283
 Rangel, Rafael: 280
 Rangel Lamus, Carlos: 21
 Ranke, Leopold von: 132

Ratzel: 30
 Raymond (Padre): 367
 Razetti, Luis: 280
 Renan, Ernesto: 60, 183
 República Dominicana: 40, 280, 339
 Requena, Rafael: 62
 Revenga, José Rafael: 19
 Revilla, José de la: 31
 El Rey Sabio. *Véase*: Alfonso X
 Reyes: 163
 Reyes, Alfonso: 307
 Ricaurte, Antonio: 146
 Riera Aguinagalde, Ildefonso: 113
 Rimbaud, Arturo: 45
 Río de Janeiro: 207, 273, 281, 282, 284
 Río Grande: 280
 Río Hacha: 114
 Ripert (Profesor): 254
 Rivas, Angel César: 17, 60, 61, 65, 90,
 91, 103
 Rivera, Diego: 18
 Rizieri Frodizzi: 319
 Ríquez, Francisco Antonio: 280
 Rockefeller, John: 190
 Rockefeller, Nelson: 250
 La Rochela: 95
 Rodesia del Norte: 286
 Rodesia del Sur: 286
 Rodó, José Enrique: 57, 155
 Rodríguez, Elías: 280
 Rodríguez, Nina: 72
 Ridríguez, Simón: 19
 Rodríguez, Valmore: 23
 Rodríguez Bermejo: 78
 Rodríguez del Toro, Francisco: 161
 Rodríguez Domínguez, Juan Anto-
 nio: 161
 Rodríguez Suárez, Juan: 86, 160
 Rohl, Juan: 123
 Rojas, Arístides: 61, 62, 64, 191
 Rojas, Rodolfo: 23
 Rojo (mar): 78
 Rolland, Romain: 31, 32
 Roma: 82, 83, 95, 125, 168, 200, 207,
 257, 258
 Rondón, Estanislao: 309
 Rondón Márquez, Rafael Angel: 65

Roosevelt, Franklin Delano: 259
 Roraima: 225
 Roscio, Juan Germán: 19, 160, 161, 228
 Rosenblat, Angel: 319
 Rossi: 60
 Ruggiero, Guido: 316
 Ruiz, Toribio: 118
 Ruiz Valejo, Diego: 114
 Rusia: 243

S

Sagunto: 87
 Saint-Pierre, Bernardino: 346
 Saint-Víctor, Paúl de: 31
 Salamanca: 114
 Salas, Julio C.: 17, 62, 64
 Salas, Tulio Gonzalo: 15, 16
 Salcedo Bastardo, José Luis: 369
 Saluzzo, Marco Antonio: 60
 San Agustín (Obispo): 94
 San Agustín (La Florida): 364
 San Casiano: 114
 San Cristóbal: 361
 Sánchez Gutiérrez, Reinaldo: 239
 Sánchez Trincado, Joaquín: 319
 Sandino, Augusto César: 40, 286
 San Félix: 206, 236
 San Francisco (río): 282
 San Francisco de Asís: 79
 Sanin Cano, Baldomero: 57, 156
 San José de Costa Rica: 156
 San Martín, José de: 83, 131, 156, 187, 223, 280, 287, 348
 San Mateo (Evangelista): 301
 Sanojo, Luis: 317
 Santa Catalina de Siena: 371
 Santa Elena de Uairén: 281
 Santamaría, Juan: 145, 146, 157
 Santa Marta: 349
 Santiago (Apóstol): 87, 115
 Santiago de Chile: 207

Santiago de León. Véase: Caracas
 Santo Domingo (Ciudad): 85, 306
 Santo Domingo. Véase: República Dominicana
 Santo Tomás de Aquino: 345
 Sanz, Miguel José: 19, 74, 287
 Sañudo: 350
 Sao Paulo: 282
 Sardi, Julio: 32
 Sarmiento de Villandrando: 114
 Sartre, Jean Paúl: 344
 Sata y Bussy, José de: 161
 Saturno Canelón, Juan: 65
 Scheler, Max: 332
 Sedeño: 119
 Las Segovias: 40
 Sepúlveda, Ginés de: 89, 102
 Sevilla: 61
 Sevilla, Rafael: 73
 Seyppel, Joachim H.: 286
 Shakespeare, William: 253
 Shaw, George Bernard: 253
 Siefriid, André: 370
 Sifontes: 157
 Silva (Arzobispo): 15
 Silva Rivetta, Pietro: 358
 Simón, Fray Pedro: 64
 Sismondi, Leonard: 60
 Siso Martínez, J. M.: 23, 65
 Smith: 233
 Soldevilla: 31
 Solón: 325
 Soriano, Luis: 155
 Sotillo, Pedro: 42
 Spark, John: 249
 Sparkman, John: 251, 254
 Spencer, Herbert: 60, 316
 Spira, Jorge: 91, 114
 Sucre, Antonio José de: 65, 287, 348
 Sucre, Luis Alberto: 61
 Sud Africa: 286
 Sudán: 286
 Suecia: 217
 Sur Amériima: 128, 140
 Swaziland: 287

T

Tacarigua: 72
 Tacubaya: 157
 Táchira (Estado): 21
 Tagore, Rabrindanath: 33
 Taine, Hipólito: 59, 60, 316
 Talavera y Garcés, Mariano de: 19
 Tamayo, Pío: 33
 Támesis (río): 107, 233
 Tanganyika: 286
 Tarde: 316
 Tarre Murzi, Alfredo: 23
 Tavera Acosta, Bartolomé: 62
 Tchaikowski, Piotr: 304
 Tejera, Enrique: 23, 280
 Tejera, Felipe: 60
 Temístocles: 344
 Thales de Mileto: 78
 Tiberíades (mar): 45
 Tirteo: 185
 Tobago: 95
 Tocantins (río): 282
 El Tocuyo: 91, 111, 113, 120
 Toro, Juan: 161
 Toro, Elías: 62
 Toro, Fermín: 136, 209, 227, 228, 309
 La Tortuga: 95
 Torres Abandero, Leopoldo: 309
 Toscanelli, Pablo: 80
 Tosta García, Francisco: 21
 Tovar Ponte, Martín: 309
 Toynbee, Arnold: 368
 Tracia: 260
 Triana, Rodrigo de: 78, 79
 Trinidad: 87, 223, 236
 Trujillo (Ciudad): 10, 16, 30, 32, 33, 34, 35, 73, 91, 117, 120, 127, 141
 Trujillo (Provincia): 161
 Truman, Harry: 213, 249
 Ts'sui Hao: 311
 Tucacas: 192
 Tulsa: 128

U

Uganda: 286.
 Ugarte, Manuel: 57, 155, 156, 157
 Ugarte Pelayo, Alirio: 23, 184
 Ugueto, Luis: 155
 Ulate, Otilio: 156
 Umpiérrez, Juan de: 91
 Unamuno: Miguel de: 84, 103
 Unda, José Vivente: 161
 Unión Venezolana. Véase: Venezuela
 Upata: 243
 Urdaneta, Rafael: 140
 Urrichaga, Rafael María: 62
 Uslar Pietri, Arturo: 22, 23, 25, 65, 205, 206, 319

V

Valencia (España): 230
 Valencia (Venezuela): 67, 117, 120, 161, 338, 361
 Valenciennes: 165
 Valle de las Damas: 115
 Vallenilla Lanz, Laureano: 17, 60, 61, 63, 65, 90, 91, 103, 313, 323
 Van Velsler (los): 167
 Vargas, Getulio: 284
 Vargas, José María: 74, 136, 227, 228, 309, 315, 317, 342
 Varina: 258
 Vasconcelos, José: 57, 156
 Vegas, Martín: 280
 Vegas, Rafael: 23
 Velasco Ibarra, José María: 277
 Velásquez, Ramón J.: 11, 13
 Venezuela: 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 26, 38, 39, 41, 43, 47, 59, 69, 71, 75, 91, 98, 111, 113, 115, 120, 131, 134, 135, 136, 140, 155, 156, 160, 172, 183, 187, 192, 201, 204, 206, 209, 211, 213, 215, 222, 225, 227, 229, 230, 231, 232, 234, 235, 241, 244, 247, 249, 251, 252, 253, 254, 255, 270, 274, 282, 285, 300, 310, 313, 323, 325, 330, 331, 338,

340, 346, 348, 349, 351, 352, 358,
360, 364, 370
Victoria I: 235
Viejo Mundo. Véase: Europa
Viet Nam: 270
Villa del Norte: 340
Villalar: 84
Villalba, Jóvito: 23, 26
Villalba Villalba, Luis: 319
Villalobos, Marcelo: 114, 160
Villalpando: 193
Villavicencio, Rafael: 60, 319
Villegas, Juan de: 114, 115, 120, 121,
160
Virgilio: 168, 185
Virginia: 94
Viriato: 352
Vitoria, Francisco de: 96, 117
Vogt: 269, 270
Voltaire, Francisco María Arouet: 95,
323

W

Walker, Williams: 75, 146, 190
Walton, Guillermo: 234

Washington: 104, 172, 207, 249, 251,
260, 278, 279, 284, 285
Washington, Jorge: 57, 180, 259, 273
Wells, Herbert George: 254
Whitman, Walt: 167, 168, 185, 190
Wilson, Belford: 233
Wilson, Thomas Woodrow: 259

Y

Yanes, Francisco Javier: 60, 64
Yaracuy (valles): 191, 192
Yepes, Macario: 113
Yugoslavia: 243, 279
Yuruari (río): 206, 235
Yuruary (Territorio): 239

Z

Zamurray, Sam: 190
Zubiri, Xavier: 354
Zuloaga, Elisa Elvira: 247
Zumeta, César: 17, 92, 112, 203, 323

INDICE GENERAL

| | |
|---|----|
| PRESENTACIÓN, por <i>Guillermo Morón</i> | 7 |
| MARIO BRICEÑO IRAGORRY, por <i>Ramón J. Velásquez</i> | 13 |
| MARIO BRICEÑO IRAGORRY, por <i>Joaquín Gabaldón Márquez</i> | 27 |

INTRODUCCION Y DEFENSA DE NUESTRA HISTORIA

| | |
|---|-----|
| EXPLICACIÓN | 55 |
| <i>Nuestros estudios históricos</i> | 59 |
| <i>Suelo y hombres</i> | 67 |
| <i>Ambito y razón del humanismo americano</i> | 77 |
| <i>La leyenda dorada</i> | 89 |
| <i>Sentido y función de la ciudad</i> | 111 |
| <i>El sentido de la tradición</i> | 123 |
| <i>La historia como elemento de creación</i> | 139 |

AVISO A LOS NAVEGANTES

| | |
|--|-----|
| AL LECTOR | 153 |
| <i>Aviso a los navegantes</i> | 155 |
| <i>Las tierras de los padres</i> | 159 |

| | |
|---|-----|
| <i>El caballo blanco y la mula negra</i> | 163 |
| <i>La muerte de los muertos</i> | 167 |
| <i>El magisterio perenne de Martí</i> | 171 |
| <i>Venezolanidad y tradición</i> | 175 |
| <i>Tradicón y nacionalidad</i> | 179 |
| <i>La unidad de lo diverso</i> | 183 |
| <i>Léxico para antinacionalistas</i> | 187 |
| <i>Andresote</i> | 191 |
| <i>La guía para el injerto</i> | 195 |
| <i>Variaciones sobre el tema de la nacionalidad</i> | 199 |
| <i>La unidad de nuestra Historia</i> | 203 |
| <i>La crisis de nuestra lectura</i> | 207 |
| <i>La defensa de nuestro pensamiento</i> | 211 |
| <i>Veneno a lo cómico</i> | 215 |
| <i>Hilo de contrabando</i> | 221 |
| <i>Conciencia y fronteras de la Patria</i> | 225 |
| <i>Nacionalismo vergonzante</i> | 229 |
| <i>La nueva Erin</i> | 233 |
| <i>Los ríos regresan a su cauce</i> | 239 |
| <i>El arraigo de la bauxita</i> | 243 |
| <i>El drama del petróleo</i> | 247 |
| <i>El cartel petrolero</i> | 251 |
| <i>Espartaco</i> | 257 |
| <i>Los caminos de la paz</i> | 261 |
| <i>Moteles y metromolis</i> | 265 |
| <i>Control de la vida y de la muerte</i> | 269 |
| <i>El nacionalismo latinoamericano</i> | 273 |
| <i>En torno al nacionalismo latinoamericano</i> | 277 |

| | |
|--|-----|
| <i>Brasil</i> | 281 |
| <i>Bandoleros</i> | 285 |
| <i>La batalla por el buen cine</i> | 289 |
| <i>Balance</i> | 293 |

LA HORA UNDECIMA

| | |
|------------------------------------|-----|
| PROPÓSITO | 303 |
| <i>Coda</i> | 369 |
| INDICE ONOMÁSTICO-GEOGRÁFICO | 373 |

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

Distribución: Avda. Libertador. Edif. Las Vegas.
Esquina Avda. Las Acacias,
Primer piso - Oficina 1 - F.
Tel.: 781.43.43 - 782.69.56

- Vol. 1: *El Coloniaje, la formación societaria de nuestro continente.* Por Edgar Galdón Márquez. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 2: *Páginas biográficas y críticas.* Por Carlos Felice Cardot. Bs. 30 - \$ 7.
- Vol. 3: *Tratado de Confirmaciones Reales.* Por Antonio Rodríguez de León Pinelo. Estudio preliminar de Eduardo Arcila Farías. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 4: *Datos para la historia de la educación en el Oriente de Venezuela.* Por Manuel Peñalver Gómez. Bs. 29 - \$ 7.
- Vol. 5: *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel.* Por Iraida Vargas Arenas. Bs. 72 - \$ 17
- Vol. 6: *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco.* Por Mario Sanoja Obediente. Bs. 90 - \$ 21.
- Vol. 7: *Organizaciones Políticas de 1936. Su importancia en la socialización política del venezolano.* Por Silvia Mijares. Bs. 29 - \$ 7.
- Vol. 8: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor.* Por Miguel Acosta Saignes. Bs. 54 - \$ 13
- Vol. 9: *Ángel S. Domínguez, escritor de nitida arcilla criolla.* Por Luis Arturo Domínguez. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 10: *Estudios sobre las instituciones locales Hispanoamericanas.* Por Francisco Domínguez Compañy. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 11: *Los Héroes y la Historia.* Por Ramón J. Velásquez. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 12: *Ensayos sobre Historia Política de Venezuela.* Por Amalio Belmonte Guzmán, Dimitri Briceño Reyes y Henry Urbano Taylor. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 13: *Rusia e Inglaterra en Asia Central.* Por M. F. Martens. Traducción y estudio preliminar de Héctor Gros Espiell. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 14: *5 Procesos Históricos.* Por Raúl Díaz Legórburu. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 15: *Individuos de Número.* Por Ramón J. Velásquez Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 16: *Los Presidentes de Venezuela y su actuación militar (Esbozo).* Por Tomás Pérez Tenreiro. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 17: *Semblanzas, Testimonios y Apólogos.* Por J. A. De Armas Chitty. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 18: *Impresiones de la América Española (1904-1906).* Por M. de Oliveira Lima. Bs. 30 - \$ 7.
- Vol. 19: *Obras Públicas, Fiestas y Mensajes (Un Puntal del Régimen Gomecista).* Por Ciro Caraballo Perichí. Bs. 30 - \$ 7.

- Vol. 20. *Investigaciones Arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín. Estado Guárico, Venezuela.* Por Iraida Vargas Arenas. Bs. 100 - \$ 23
- Vol. 21: *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez.* Por Yolanda Segnini. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 22: *El proyecto universitario de Andrés Bello (1843).* Por Rafael Fernández Heres. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 23: *Guía para el estudio de la Historia de Venezuela.* Por R. J. Lovera De-Sola. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 24: *Miranda y sus circunstancias.* Por Josefina Rodríguez de Alonso. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 25: *Michelena y José Amando Pérez. El sembrador y su sueño.* Por Lucas Guillermo Castillo Lara. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 26: *Chejendé. Historia y canto.* Por Emigdio Cañizales Guédez Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 27: *Los conflictos de soberanía sobre Isla de Aves.* Por Juan Raúl Gil S. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol 28: *Historia de las Cárceles en Venezuela (1600-1890).* Por Ermila Troconis de Veracochea Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 29: *Esbozo de las Academias.* Por Héctor Parra Márquez Bs. 80 - \$ 19.
- Vol. 30: *La poesía y el Derecho.* Por Mario Briceño Perozo. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 31: *Biografía del Almirante Luis Brión.* Por Johan Hartog. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 32: *Don Pedro Gual - El Estadista Grancolombiano.* Por Abel Cruz Santos. Bs. 40 - \$ 9.
- Vol. 33: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador).* Tomo I. Por Rafael Ramón Castellanos. Bs. 90 - \$ 20.
- Vol. 34: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador).* Tomo II. Por Rafael Ramón Castellanos. Bs. 90 - \$ 20.
- Vol. 35: *Hilachas de Historia Patria.* Por Manuel Rafael Rivero. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 36: *Estudio y antología de la Revista Bolívar.* Por Velia Bosch. Índices por Fernando Villarraga. Bs. 80 - \$ 19.
- Vol. 37: *Ideas del Libertador como gobernante a través de sus escritos (1813-1821).* Por Aurelio Ferrero Tamayo. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 38: *Zaraza. Biografía de un pueblo.* Por J. A. De Armas Chitty. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 39: *Cartel de citación (Ensayos).* Por Juandemaro Querales. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 40: *La toponimia venezolana en las Fuentes Cartográficas del Archivo General de Indias.* Por Adolfo Salazar-Quijada. Bs. 100 - \$ 23.
- Vol. 41: *Primeros monumentos en Venezuela a Simón Bolívar.* Por Juan Carlos Palenzuela. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 42: *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda.* Por Antonio Egea López. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 43: *Bolívar en la historia del pensamiento económico y fiscal.* Por Tomás Enrique Carrillo Batalla. Bs. 54 - \$ 13.

- Vol. 44: *Chacao: un pueblo en la época de Bolívar (1768-1880)*. Por Antonio González Antías. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 45: *Médicos, Cirujanos y Practicantes Próceres de la Nacionalidad*. Por Francisco Alejandro Vargas. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 46: *Simón Bolívar. Su pensamiento político*. Por Enrique de Gandía. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 47: *Vivencia de un Rito Ayamán en las Turas*. Por Luis Arturo Domínguez. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 48: *La razón filosófico-jurídica de la Independencia*. Por Pompeyo Ramis. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 49: *Tiempo y presencia de Bolívar en Lara*. Por Carlos Felice Cardot. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 50: *Los papeles de Francisco de Miranda*. Por Gloria Henríquez Uzcátegui. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 51: *La Guayana Esequiba. Los testimonios cartográficos de los geógrafos*. Por Marco A. Osorio Jiménez. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 52: *El Gran Majadero*. Por R. J. Lovera De-Sola. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 53: *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Por Susana Romero de Febres. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 54: *El Diario "El Pregonero". Su importancia en el periodismo venezolano*. Por María Antonieta Delgado Ramírez. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 55: *Historia del Estado Trujillo*. Por Mario Briceño Perozo. Bs. 63 - \$ 14.
- Vol. 56: *Las eras imaginarias de Lezama Lima*. Por Cesia Ziona Hirshbein. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 57: *La educación primaria en Caracas en la época de Bolívar*. Por Aureo Yépez Castillo. Bs. 120 - \$ 28.
- Vol. 58: *Contribución al estudio del ensayo en Hispanoamérica*. Por Clara Rey de Guido. Bs. 48 - \$ 11.
- Vol. 59: *Contribución al estudio de la Historiografía literaria Hispanoamericana*. Por Beatriz González Stephan. Bs. 54 - \$ 13.
- Vol. 60: *Situación médico-sanitaria de Venezuela durante la época del Libertador*. Por Alberto Silva Alvarez. Bs. 68 - \$ 9.
- Vol. 61: *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (Antecedentes y documentos)*. Por Nelson Osorio T. Bs. 104 - \$ 13.
- Vol. 62: *Muro de dudas*. Tomo I. Por Ignacio Burk. Bs. 120 - \$ 15.
- Vol. 63: *Muro de dudas*. Tomo II. Por Ignacio Burk. Bs. 120 - \$ 15.
- Vol. 64: *Rómulo Gallegos: la realidad, la ficción, el símbolo (Un estudio del momento primero de la escritura galleguiana)*. Por Rafael Fauquió Bescós. Bs. 56 - \$ 7.
- Vol. 65: *Flor y Canto. 25 años de poesía venezolana (1958-1983)*. Por Elena Vera. Bs. 88 - \$ 11.
- Vol. 66: *Las diabluras del Arcediano (Vida del Padre Antonio José de Sucre)*. Por Mario Germán Romero. Bs. 96 - \$ 12.
- Vol. 67: *La Historia como elemento creador de la cultura*. Por Mario Briceño Iragorry. Bs. 96 - \$ 12.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE OCTUBRE DE 1985

Reg. 17.847.

Clas. 809 B76h

